

Nina Minina



Alicia
en el *país*
sin wifi



Alicia
en el país
sin wifi

Nina Minina



1.^a edición: noviembre 2017

© NINA MININA, 2017

Título: Alicia en el país sin wifi

Diseño de portada: Nina Minina

Maquetación: Nina Minina

Registrado en SafeCreative, mayo 2017

ISBN – 13: 978-1978267244

ISBN – 10: 197826724X

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

A nuestros Misteres Mininos

Sinopsis

Alicia Trevi vive su particular vida de GLAMUR en Madrid. Pronto estrenará película, está más delgada que nunca, goza de una privilegiada tarifa de datos que satisface su NOMOFobia y, además, se está tirando al GUAPAZO nacional del momento.

¿Qué más podría desear? Lo tiene todo.

Cuando por fuerza mayor se ve obligada a instalarse en un pequeño pueblo en los confines de La Mancha, y malvivir durante un mes en una casa destartada con un corral de gallinas pegado a su habitación, siente que su mundo se derrumba de golpe, y más, cuando encima tiene que lidiar con todo ese horror sin una mísera conexión WIFI con la que poder aislarse en su universo telemático.

Todo sería más fácil, si el dueño de las gallinas, un guardia civil muy SEXY, pero con muy MALAS PULGAS, tuviera el detallazo de prestarle sus megas, pero él no solo se niega a compartirlas, además, tiene la desfachatez de detenerla por un delito de nada y de tildarla de enferma mental. Pero ese no es el único problemita al que tendrá que enfrentarse Alicia mientras dure su TORTURA rural.

Una HERENCIA, un SECRETO familiar, muchos sueños por cumplir y dos CORAZONES que latirán a mil por hora.

¡Ríe, llora, suspira y disfruta en tu cuerpo el amor con chispa de esta nueva COMEDIA ROMÁNTICA de NINA MININA! Llena de momentos hilarantes, un montón de QUÍMICA SEXUAL y una pareja dispar que jamás olvidarás.

No sé qué me das... en Santo Domingo

—No contestes —me pidió Alex, entre jadeos, al oír el móvil tronando *No sé qué me das* en la inmensidad de mi capazo de croché ecológico.

Había elegido esa canción, como tono de llamadas, porque me recordaba tanto a Alex como a la película que acabábamos de rodar ambos, y donde nos habíamos conocido profesional, personal e íntimamente. Las dos cosas más grandes que me habían pasado en los últimos meses. Era una canción con muy buen rollo y me daba buenas *vibras*, pero en aquel momento, como una oscura premonición de *Cuarto Milenio*, esa canción acabó con la sensación de paz que tanto me había costado conseguir tras ocho semanas de rodaje.

—No entiendo por qué no puedes dejar el móvil apagado. Estamos de vacaciones en Santo Domingo, el puto paraíso. Disfruta, Ali. Olvídate del móvil y de todas las jodidas redes sociales en las que estás registrada —añadió, viendo que suspendía de golpe el *frotis* y me inclinaba a un lado para recoger el capazo del suelo y buscar dentro.

No podía. Era un poderoso imán que me atraía con su magnetismo omnipotente, como un pastel de fresas y nata a un enjambre de moscas. Con cierto hipnotismo y nepotismo acaparaba toda mi atención tan pronto repiqueteaba con algún aviso. Debería desactivarlos, lo sé, pero no podía; era escucharlos y sentir el aguijón de la primaria necesidad pinchándome los dedos ávidos de sentir su tacto, deslizar el dedo por la suave pantalla, descubrir el origen del aviso, leer el mensaje y responder.

Llegados a este punto, pongámonos primero en mi lugar. Yo era Alicia Trevi y me debía, en gran parte, a mis fans. Estaban esperando mis «Me gusta», mis *RTs*, mis comentarios... No podía pasar de ellos sin más. Se contaban por millares, a pesar de que todavía era una actriz emergente, aún desconocida en esa nueva faceta por mis seguidores.

La película que acababa de rodar iba a ser mi trampolín al cosmos cinematográfico, tras haber arañado algunos trabajillos en publicidad televisiva.

Que cantaba bien y tenía chispa ante la cámara, nadie tenía dudas, por eso, pese a que no gané el concurso de moda, *Por tu cara bonita*, había obtenido el favor del público, siendo la preferida imbatible durante varias semanas. De eso hacía ya un par de años y de ahí la mayor parte de mis seguidores en las redes. Pero no lo gané y, por tanto, no logré el contrato para la producción de un disco, el que sería mi primer álbum y el que conseguiría llevarme al estrellato del panorama musical nacional. No obstante, sí conseguí un agente artístico cojonudo, que me animó a no tirar la toalla y a perder algo de peso y enrolarme en un gimnasio, que parecía regentado por el mismísimo Leónidas y sus leyes espartanas, pero que cumplía la promesa de su eslogan con el mismo rigor que entrenaba a sus feligreses, te dejaba hecho un pincel en tres meses. Eso sí: adiós a las grasas saturadas de por vida y hola a las proteínas sanas y ricas. Ricas en salud, claro. Y pese a que no estaba a lo Rosa de España en sus inicios, sí que contaba con unos buenos jamones a conjunto con un flamante trasero de chica recia, que fueron menguando hasta su mínima expresión a golpe de zumba y pilates.

Hasta entonces había sido administrativa en una empresa de pinturas y disolventes, horas y horas sentada y pocas distracciones, era muy buena en mi trabajo e incluso estaba cómoda en él (mi silla ergonómica hacía su buena labor). Cerca de casa, salario normalito, trabajo rutinario, esas cosas... pero no me satisfacía a nivel personal, por lo que animada por mis amigos me presenté al *casting* de un concurso nuevo que por aquellos días prometía romper los *shares* de audiencia.

Yo, a decir verdad, no daba un euro por mi persona, pero ellos me convencieron de que sí merecía la pena afrontar el reto y, al final, me dije: «Tú puedes, Alicia, que a positivismo no te gana ni un catión». Es curioso cómo las cosas que más miedo nos dan terminan siendo las mejores decisiones de nuestra vida. Y así fue. Con algunos kilos más y algunos músculos menos (vaya, estarían ahí, aunque no de forma visible), arranqué con ilusión y mucha esperanza ciega un incierto proyecto de carrera profesional artístico. Debo decir que yo siempre había querido ser cantante y a ser posible de musical, así pues, le dije a mi madre: «Mamá, quiero ser artista», tal cual, y me piré a Madrid, donde tenía lugar la última tanda de pruebas de selección y con ella mi última oportunidad de entrar a formar parte de aquel tinglado. Y tuve la suerte de que me seleccionaran, o no, la suerte no se tiene, la suerte siempre sale al encuentro de quien la busca, pero así fue cómo dejé de ser, en parte, Alicia Garrido y me convertí en Alicia Trevi para el inmenso público español.

—Tengo que mirar, pero tú no te muevas, cariño —dije ansiosa por la curiosidad, hurgando en el capazo, apartando con descuido el vestido, la pabela, la funda de las gafas de sol, el neceser, el protector solar, la manzana que había

cogido del bufet del restaurante... hasta dar con mi maravilloso pPhone, en el fondo y boca abajo—. Puede ser algo importante —comenté mirando la pantalla.

—¿Quién es? —preguntó Alex antes de estirar el brazo para coger su copa de mojito de encima de la mesita, luego le dio un sorbo con una pajita multicolor con sus adorables morritos de tío bueno.

Y hablando de Alex un poco, hace solo dos años, yo solo podía soñar en bidimensional con que un tío como él quisiera tener algo conmigo, y ahora lo tenía a mis pies, vaya, a mis pies no (ja), pero sí entre mis piernas. Alaska iba ya por el estribillo y Alex palmeó las sílabas de la letra sobre mi trasero desnudo con su mano libre.

—No lo sé —le respondí—. El prefijo es el 34 y en España no son ni las ocho.

Y nadie me llamaría desde España a esas horas si no fuera algo de vital importancia.

Antes de volver a sorber de su mojito, Alex dijo:

—Apágalo. Te lo digo muy en serio, estoy hasta los cojones de tanto pitidito todo el día, parece que estamos en una feria ambulante.

Tenía la mano paralizada sujetando el móvil mientras decidía si respondía o no.

—¿Y si es algo importante? —insistí.

—¿Importante? Todo puede esperar, menos esto. —Miró lastimosamente hacia sus partes bajas, donde nuestros cuerpos seguían encajados como dos piezas de Tetris, y movió un poco la cadera para recordarme que todavía estaba listo para el combate.

—¿O algo malo? —añadí.

—¿Peor que nos haya jodido el polvo? —me increpó de morros, dejando la copa sobre la mesita para aferrarme con fuerza los muslos con ambas manos y comenzar a amasarlos.

—No lo sé.

Fangoria seguía a lo suyo: «*No sé qué me das, que me hace volar, no sé qué me das...*» y yo clavé la vista en la pantalla.

«Que le pase algo a mi madre», pensé. Mi madre era mi única familia. Llevábamos mucho tiempo siendo solo nosotras dos, toda mi vida, para ser más precisa. Siempre habíamos sido ella y yo. Yo y mamá. Teníamos un vínculo especial más allá del congénito, en muchos aspectos mi madre no solo era mi madre, era mi mejor amiga, aliada y consejera. Y si se trataba de algo relacionado con ella, esa llamada era más que sagrada.

Habíamos hablado por teléfono la noche anterior, y la de antes, y la antes, y la de antes, no, porque la habíamos pasado juntas, pues había ido a verla, tras el

fin del rodaje, antes de subirme en un avión rumbo al Caribe para disfrutar de unas merecidas vacaciones con Alex, mi novio supongo, aunque todavía no lo habíamos hecho *vox populi* en las redes sociales, cosa que yo estaba deseando con ansia viva y no sabía cómo había podido ocultarlo tanto tiempo, me quemaban las yemas por teclear la noticia. Quería gritar a los cuatro vientos que Alex Crespo, el actor de moda tras ganar el Goya a actor revelación de 2017, era mi chico, que yo Alicia Trevi se estaba beneficiando (y de qué manera) de todos los músculos de Alex, el macho más deseado por todas las mujeres españolas de entre dieciocho y cuarenta años.

Sin duda, Alex era el guapazo que cualquier mujer desearía llevarse a la cama y durante cuarenta noches, menos cuatro, había deshecho la mía a base de bien. Tenía una entrega. ¡Dios mío de mi vida cómo se entregaba! Y eso que me estaba haciendo ahora me volvía loca. Looocaaa. Qué boca tenía y qué bien sabía usarla para darme gusto. Estaba medio incorporado con la cabeza inclinada sobre uno de mis pezones y tras buscarlo con los labios, lo había lamido primero como una bola de helado para luego chuparlo con avidez. Luego mordisquitos, estirones, más lametones y dale y dale, él sabía, hasta que las sensaciones desembocaron en una explosión de placer que se extendió por mi vientre buscando nuestro punto de conexión.

A la mierda la misteriosa llamada. Solté el móvil sobre el colchón y me pegué contra su torso de anuncio de bañadores para comerle la boca mientras retomaba el galope ligero de sus caderas en busca y captura del roce perfecto de su sexo y el mío. Allá voy, allá voy, que voy, que voy, que voy, voy, vooooy, vooooy, me vooooooy, me vooooooy...

—No dejes de pellizcar —le rogué dirigiéndole la mano hacia mi pecho, pidiéndole un poco de caña brava.

—Ali, qué bien te mueves —me susurró mientras haciendo pinza sobre un pezón, tiraba de él hasta ese punto donde el dolor es tan agradable como agudo y no sabes si pedir más caña o aflojar porque sientes que te vas a desmayar del gusto.

Se me aflojaron las rodillas, perdiendo el ritmo, pero daba igual, porque Alex había asumido el control y estaba empezando a embestirme desde abajo hundiendo su polla despacio en mí, como pidiendo permiso para entrar, acoplándose, poco a poco y suavemente, con cada golpe de cadera.

«Es que me hace volar. Como el águila que vuela en libertad. Sobre el valle lejos de la tempestad. Como el viento cuando cruza la ciudad. Con el rumbo fijo y sin mirar atrás.»

Sin poder evitarlo, mis ojos buscaron el móvil entre las sábanas.

—¿Otra vez, Ali? —me preguntó Alex, levantando con brusquedad la

cadera para clavarme la erección hasta los riñones. Ahí, sin compasión. Él podía. Tenía *the power of the universe to fuck me*—. Esto es más urgente. —Yo, en respuesta, contraí los músculos de la vagina volviendo a fijar la vista en su rostro—. Mmmmm, eso me gusta. —Se mordió el labio mirándome juguetón.

—¿Quieres más... —Dejó la frase en el aire con un jadeo, al sentir su polla creciendo aún más en mi interior tocando todos mis puntos neurálgicos, metafísicos, espirituales... *Ese era su poder. ¡Viva Alex y la madre que lo parió!* (yo todavía no tenía el placer de conocerla, pero seguro que era una santa).

«*Como una granada a punto de explotar. No sé qué me das.*»

—¡¡Joder, haz que se calle ya!! ¡Me dan ganas de estamparlo contra la pared! —gritó, agarrándome con fuerza las caderas para dirigir de nuevo el movimiento—. Me está desconcentrando. Así no hay quién eche un polvo en condiciones.

No hizo falta, en ese momento el móvil se quedó en silencio y Alex volvió a recuperar el ritmo. Me aferró con posesión el trasero, clavándome los diez dedos en las nalgas y embistiéndome con fuerza hasta que comenzaron los espasmos de un orgasmo extraordinariamente placentero y... *Puede que solo sea artificial. Puede que a mi manera, me sirva para olvidar. Prometí que nunca volvería a caer. Pero esta vez no lo quiero evitar...*

—Voy a tirar el puto móvil por la ventana —gruñó mientras se corría entre jadeos, y yo, sin esperar a que terminara de descargarse, me bajé de un salto de sus caderas para recuperar mi pPhone de entre las sábanas.

Deslicé el dedo por la pantalla para desbloquearlo y le di a responder, por fin.

—¿Diga? —respondí recuperando aún el aliento.

—¿Es usted Alicia Garrido Sempere?

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

—Francisco José Coloma Aparicio, soy el abogado de su abuela.

Por unos segundos me quedé confundida.

—Perdone, debe haber un error, yo no tengo abuela.

—Supongo que es correcta su afirmación, ya no la tiene, falleció ayer por la tarde.

—¿¡Cómo!?

—Su abuela.

—Pero ¡que no tengo abuela ni muerta ni viva! —Me comí un «joder»—. Que mi abuela murió hace mucho tiempo, nunca la llegué a conocer. Que usted se ha equivocado de Alicia Garrido Sempere.

—¿Es usted la hija de Manuela Garrido Sempere? —siguió con su tono profesional de letrado (no me perturbo, aunque me claves un tacón de aguja en el

dedo pequeño del pie).

—Sí, esa es mi madre.

—Pues su madre, Manuela Garrido Sempere es la única hija de mi cliente, la fallecida, Virginia Sempere García.

Me masajé la cabeza tratando de acomodar en mi cerebro la información que este señor de voz petulante me acababa de comunicar. Suspiré y lancé una mirada hacia Alex, pero ya se había levantado de la cama y se había metido en el baño para darse una ducha. Lo que yo necesitaba en aquel momento; en Santo Domingo se sudaba una barbaridad con solo pestañear tres veces seguidas.

—A ver... es posible que sí tenga abuela, pero no la conozco de nada. No tengo ninguna relación con ella y mi madre tampoco. Así que, en realidad, lo que usted tenga que decirme, no me importa.

—Pues debería.

—Pues lo siento, pero no.

—Usted es su heredera legítima y, aunque no quiera aceptar la herencia, debe personarse aquí para la lectura del testamento. Si, tras escuchar las últimas voluntades de la señora Sempere, desea declinar la herencia, puede hacerlo, pero deberá firmar entonces los documentos legales de renuncia.

—¿Y cuándo tengo que estar allí? Estoy de viaje en el Caribe.

—Como muy tarde, mañana. En las últimas voluntades de mi cliente hay una postulación expresa en la que se manifiesta que si usted desea aceptar la herencia debe haberse hecho cargo del sepelio en primera instancia.

—¿¡Qué!?! Ya le he dicho que paso de esa herencia. Que se ocupe otro del funeral de esa mujer, que yo ya iré a firmar esos papeles si me parece cuando regrese de mi viaje... ¿y dónde es eso?, si se puede saber.

—El acto oficial de lectura tendrá lugar, tras el entierro de la señora Sempere en el cementerio municipal de Villa Maravilla, en el domicilio habitual de mi cliente, ubicado en dicho municipio.

—¿Y por dónde para Villa Maravilla?

—En la provincia de Albacete.

—¿¡Albacete!?!

Pero ¿qué se me había perdido a mí en Albacete?

—Así es.

—Ya, bueno, pues ya le he dicho que no me interesa esa herencia, así que, que se haga cargo cualquier otro del entierro y punto.

—¿Está segura?

—Segurísima.

—¿Usted va a renunciar a una herencia desconociendo el alcance de la misma?

—No será mucho, digo yo.

—Y si le dijera que está «diciendo mal».

—¿Me va a decir usted de cuánto estamos hablando?

—No puedo hacerlo, para conocer ese dato debe personarse allí mañana, encargarse del funeral de su abuela y, luego, presentarse en la lectura del testamento.

—¿Y no me va a dar una pista?

—No puedo darle números concretos.

—Pues nada... no voy.

El abogado se mantuvo en silencio durante unos segundos, finalmente habló:

—Piense en algo caro que a usted le gustaría comprar.

Vaya dilema. Algo caro. A ver, a ver, a ver...

—Un Mercedes clase C —respondí.

—Buen gusto.

—Gracias.

—Con la herencia líquida podría comprarse varios.

El pPhone se me cayó de las manos de la impresión.

—¿Qué quiere decir con «líquida»?

—El dinero en cuentas disponible. No le digo más.

—¿Me da usted una hora para pensármelo bien?

—De acuerdo, una hora, no se demore mucho más, si usted renuncia verbalmente, tendré que llamar al siguiente de la lista de herederos.

—Pero ¿es que hay más?

—Sobrinos. Pero usted es la primera. Es la heredera primera y absoluta de *toda* la herencia de la señora Sempere en caso de aceptarla. —Su forma de enfatizar la palabra «toda» me persuadió finalmente de que se trataba de una herencia muy golosa y nada desdeñable—. *La primera*, pero no la única, no lo olvide, y sus otros posibles herederos no están tan predispuestos como usted a rehusar tal regalo del cielo.

—De acuerdo, en menos de una hora tendrá mi respuesta.

Acto seguido llamé a mi madre. Tenía que explicarme unas cuantas cosas. Di gracias a que fuera sábado y que no estaría trabajando, envasando morcillas o chorizos, y tener que esperar a las nueve de la noche, hora oficial de nuestro acto de comunicación madre-hija, hora en la que mi madre llegaba a casa tras una jornada de doce horas seguidas en una empresa de embutidos. Embutidos que nos habían mantenido a las dos hasta que volé del nido tras el concurso y me mudé a Madrid definitivamente para triunfar por la puerta grande, vaya, más o menos, si se puede llamar de ese modo a trabajar de camarera en un pub de Malasaña mientras hacía *castings* esperando que me surgiera *la gran*

oportunidad en un musical de Gran Vía, pero mi oportunidad se hacía esperar y ya estaba a punto de volver al abrigo de sus alas cuando Rúper, mi agente artístico, me hizo *la gran llamada*: unas pruebas para una comedia romántica musical. La repera, y me eligieron a mí, a mí, a mí, entre más de doscientas candidatas de ojazos marrones, cara de *panquemao*, trasero opulento y bonita voz.

En tres tonos la tuve en línea.

—Hola, cariño, ¿qué tal todo por Santo Domingo? ¿Hace bueno? Aquí empieza a hacer bastante frío y estoy sacando la ropa de invierno de los altillos.

—Sí, todo bien, mamá.

—Me alegro, ¿cómo es que me llamas tan pronto? —preguntó apurada. Supuse que estaba cargando algún fardo mientras hablaba con el móvil pegado a la oreja.

—Me acaba de llamar un abogado de Albacete, que según me ha dicho es el abogado de *mi abuela*. O era, porque la ha palmado. ¿Tengo abuela? ¿O la tenía? —Fui al grano.

Escuché un golpe sordo por respuesta.

—¿Mamá?, ¿mamá?, ¿¡mamá!?

Tardó unos segundos en responder.

—Se me ha caído el teléfono. —El tono de su voz se había congelado.

—¿Estás bien, mamá?

—¿¡Ha muerto!?

—Sí, ayer por la tarde.

—Dios... —enmudeció de golpe y al poco escuché como si estuviera llorando.

—Mamá...

—Dime —respondió con un hilo de voz al cabo de unos segundos.

—¿Es verdad? ¿Esa señora de Albacete, Virginia Sempere, es tu madre?

—Lo fue alguna vez.

—Lo siento. —Me apené por mi madre, después de todo esa señora era la suya.

—Bueno, estas cosas pasan, todos morimos. No tenía noticias tuyas desde hace muchos años, y no sabía si estaba viva o muerta. La noticia me ha afectado más de lo que esperaba.

—No sé, yo pensaba que estaba muerta y enterrada hace mil años. Eso me dijiste.

—Lo estaba metafóricamente. La di por muerta en mi vida cuando me fui del pueblo.

—¿Villa Maravilla?

—Sí —suspiró profundamente—. ¿Por qué te han llamado a ti?

—Soy la heredera legítima.

—Vaya, parece que me saltó olímpicamente, yo también debía estar muerta para ella —recuperó un poco su ánimo habitual.

—Eso parece —dije pensando en por qué habría sido desheredada mi madre y por qué nunca me dijo que tenía una abuela viva. Siempre había pensado que éramos solo dos, como *Bonnie and Clyde*, como *Epi y Blas*, como *Kim Kardashian* y su pandero...

—¿Y qué tienes que hacer?

—Ir mañana a ese pueblo, officiar el entierro y presentarme en la lectura del testamento que tendrá lugar en su residencia habitual.

—¿Y piensas ir?

—Me lo estoy planteando en serio. Me ha dicho el abogado que la herencia es *grande*. ¿Es posible que sea *grande*?

—Sí, muy posible. Cuando me fui de allí era dueña de muchas tierras, un molino, una almazara... Puede que conservara todo eso y quién sabe si tendrá más. No lo sé.

—¿Crees que debería ir?

—Todo eso es tuyo. Te pertenece legítimamente.

—Y tuyo, mamá.

—Yo no quiero nada.

—Entonces, si decido ir, ¿no piensas acompañarme?

Al otro lado de la línea, ella guardó silencio por espacio de unos instantes.

—Lo siento, pero no.

—Pues si tú no vienes, yo tampoco pienso ir.

—Ali, ve y recoge lo tuyo.

—No quiero.

—No me seas cabezota.

—Me viene de genética. La culpa es tuya por hacerme así.

Rompió a reír.

—Mira que eres.

—Soy como tú, *cagada* a ti. Si no vienes conmigo, no voy, y si no voy, a esa mujer no la entierran —mentí a la desesperada en un intento de convencerla.

—¿¡Qué dices!?

—Lo que oyes que, si no voy, no la entierran y esa mujer se quedará por siempre tumbada en su cama como una reliquia hasta que las gallinas le coman los ojos.

—Pero ¡qué dices! No hagas bromas, Ali, que esto es muy serio.

—Bueno... no, sí la entierran, pero si no voy, directamente me tachan de la

lista de herederos y llaman al siguiente candidato.

—Tú verás, decide tú. Yo no voy.

—Pero qué cabezota eres. ¿Por qué no superas el odio o rencor o lo que sea que te carcome el alma y me acompañas? Te lo pido «por favor».

—No tengo que superar nada. Mi alma está perfecta —me replicó molesta—. Es que no quiero volver allí.

Solté el aire, disgustada, sabía que no iba a convencerla, pero tenía que intentarlo una vez más, con un poquito de chantaje emocional, así que le dije con voz de profunda pena:

—Claro y prefieres pasar de mí.

—Cariño, no paso de ti y lo sabes. Eres lo más importante para mí en esta vida, pero no me pidas que vuelva a Villa Maravilla. —Y colgó, dejándome con cara de «¿eing?».

Tras eso me puse a hacer cuentas mentalmente (eso era lo mío, además de darle al cante), tratando de calcular de cuánto podía estar hablando el señor letrado. Varios Mercedes clase C. ¿Cuántos? ¿Dos? ¿Tres? ¿Diez? En realidad, igual daba, estábamos hablando de miles de euros. Miles de euros que no me vendrían nada mal. Y total, era ir a ese sitio, a Villa Maravilla, ¿no?, en Albacete, ¿¡Albacete!?, enterrar a la vieja antes de que las gallinas le comieran los ojos y decir que sí cuando leyeran la herencia, y solo tenía que, a cambio, cancelar el viaje y volverme para España, esta misma noche, o mañana por la mañana a más tardar. Con el desfase horario, le llevaba seis horas de ventaja al reloj peninsular. Tampoco era para tanto, la verdad, así que busqué en el registro de llamadas el número del abogado.

El condón lingüístico y yo

Cuando Alex salió del baño, me encontró metiendo mis cosas en la maleta.

—¿Qué haces, Ali?

—La maleta.

—¿Ha pasado algo grave? —Se acercó con gesto preocupado.

—No.

—¿Entonces? —preguntó, sentándose en la cama y tirando de mí para que me acomodara sobre sus rodillas.

—Ha muerto mi abuela.

—Joder. —Me miró sobrecogido—. Lo siento mucho. —Me abrazó para reconfortarme.

—Sí... bueno, no, no lo sientas... —negué con la cabeza. Parecía un ser sin sentimientos diciendo aquello—... en realidad, no la conocía en persona. De hecho, me acabo de enterar de su existencia y fallecimiento en el mismo acto... hace un momento.

—Igualmente lo siento, era tu abuela y una persona después de todo. —Se separó para encararse conmigo.

—Sí, claro —dije dándole un beso en la mejilla—. Tranquilo, estoy bien, pero tengo que ir a su entierro. En Albacete, España.

—Sé dónde está Albacete —comentó y me lanzó una sonrisa monísima.

—¡Qué listo!

Asintió entonces y me abrazó la cintura, hundiendo la boca entre mis pechos. Comenzó a olisquearme, acariciándome con la punta de la nariz la suave piel del canalillo.

—¿Sabes, Ali? Todavía tengo ganas de follarte, nunca me canso de ti. Hueles a sexo del bueno enlatado.

Le envolví la cara con las dos manos y le alcé el mentón para mirarle a los ojos.

—No tengo tiempo de eso ahora. Tengo que hacerme la maleta y coger un

avión.

—Pero... ¿y eso?, ¿es que vas a ir? No dices que no la conocías.

—Si no voy, no me dan mi herencia.

—Ah... —Abrió la boca y así se quedó a la espera de más noticias.

—Se ve que es *gorda* y es mía, ¿vale? La quiero... y... por eso me voy.

Tengo que ir.

—Bien. —Asintió.

—Vale, pues... —De mala gana me levanté de sus rodillas (lo que allí se estaba tramando era algo muy prometedor) y fui hacia el armario para coger los vestidos colgados—. ¿Te importa llamar a la agencia para reservar el vuelo y cancelar los que teníamos?

—¿Por...?

Me volví para mirarlo. Estaba tumbado en la cama deshecha, en pelotas, mirando al techo con un aire a lo Alain Delon en *A pleno sol* que quitaba el sentido. Pecho perfecto y bronceado. Cabello mojado y desaliñado. Estaba para comérselo y no dejar ni los huesos. Ese hombre era el objeto de deseo de decenas de miles de fans histéricas, pero era tonto, tonto, tonto, lo que se dice tonto, vaya, que no tenía ni dos dedos de entendederas.

—Pues ¿por qué va a ser? Para volvernos a España.

—Ah. —Se tumbó de lado y el pene se le descolgó tal cual péndulo de Foucault. Esa era la única parte de Alex que se regía por las leyes de la gravedad, el resto quedó impertérrito, todo en su sitio, como una estatua de mármol.

—Venga, ¿a qué esperas? —le increpé para que se pusiera en movimiento.

—Yo no me voy.

La mandíbula se me cayó a los pies y le di una patadita para comprobarlo. Efectivamente, ahí estaba, en el suelo.

—¿Cómo?

Se sentó sobre el colchón y estiró la mano para coger su copa de mojito que todavía conservaba algo de hielo picado.

Tras sorber ruidosamente un trago con la pajita, me sonrió. Vale, bien, como broma estaba muy bien aquello, sí.

—Venga, mueve el culo —le dije.

—Ya te he dicho que yo me quedo.

—¿Aquí?

Asintió.

—¿Tú solo?

Volvió a asentir y me dieron ganas de arrancarle las orejas de un bocado.

—¿Cómo que te quedas? —Todavía no podía creérmelo. Habíamos venido

los dos juntos y lo lógico sería que nos fuéramos juntos los dos también—. ¿Estás seguro?

—Pues claro, tonta.

Encima, *tonta*. O sea, ¿tonta yo?

—Bien, pues nada. ¿Puedes llamar entonces a la agencia de viajes y adelantarme el billete de regreso a España para el próximo vuelo disponible para *mí sola*? —le pregunté con un alarde extraordinario de parsimonia por si decidía cambiar de opinión en el transcurso de la cuestión.

Pero no. Alex se levantó de la cama, fue hacia la cómoda donde había dejado su móvil y lo cogió para llamar. Y lo hizo, con un par, mientras yo seguía guardando mi equipaje veraniego y me hacía cruces mentales, murmurando en silencio que este no volvía a catar Alicia hasta el día del juicio final.

—Ya está, a las 20:45 sale un vuelo a Madrid. Te cargarán 527€ más en la tarjeta por la gestión extra y la diferencia de tarifas —comentó como si nada tras unos quince minutos de conversación telefónica.

—Gracias —respondí seca, doblando una camiseta.

—Aún te quedan —consultó su reloj— cuatro horas para facturar. Puedes disfrutar de las maravillas de Santo Domingo mientras tanto —añadió, acercándose y me cubrió el cuerpo por detrás con el suyo para besarme la nuca, tirando de mi cadera hacia él para darme un buen restregón. Sentí su erección oprimiéndome el trasero otra vez en pie de guerra—. ¿Echamos otro antes de que venga a recogerte el taxi? Tenemos tiempo de sobra.

Lo llevaba clarito si se pensaba que íbamos a estar *dale que te pego* hasta entonces.

—¿Es que tampoco piensas a acompañarme al aeropuerto? —empecé a engrescarme.

Alex no pareció escucharme. Sus labios acariciaron la parte de detrás de mi oreja, provocándome una oleada de deseo. Pero no le iba a dejar salirse con la suya, estaba molesta, así que aparté la cabeza para alejar esa zona del alcance de su prometedora boca. Lástima, al hacerlo, sin darme cuenta, mi culo se empinó, pegándose todavía más a sus partes bajas como una respuesta instintiva y afirmativa a su tentadora oferta de dos por uno. Sus polvos siempre valían por dos. Era muy bueno empotrando.

—Me tienes loquito y ahora mismo te voy a follar enterita, Ali. Te vas a volver a España tan saciada de sexo que no vas a tener ganas de follar en un mes —comentó.

De un tirón me bajó las bragas lo justo para restregarme, sin intermediarios, la erección por el trasero, mientras dejaba un reguero de besitos apresurados subiéndome por la espalda con un objetivo muy claro: mi lóbulo derecho. Mi talón

de Aquiles. Solo un bocadito, no más, y le dejaría follarme y él lo sabía. Aparté, lo que pude, la cabeza a un lado para impedir que lograra llegar a su meta, pero con la astucia de un zorro se lanzó en picado sobre él, atrapándolo suave entre los dientes. Solté un gemido al primer mordisco. Una de sus manos me cogió de la barbilla para que no me apartara mientras mordisqueaba suavemente ese punto tan sensible mío.

Entre la ropa esparcida, mi móvil comenzó a sonar y con una fuerza bruta salida de mis entrañas logré sacarme a Alex de encima y recuperar mi preciado pPhone. Pero él seguía intentando cogerme como a una perra en celo.

—¿Puedes parar un poco? —le pedí.

—¿Ahora? Me tienes encendido, Alicia — gritó fuera de sí.

Entonces el móvil dejó de sonar y su imagen en el espejo captó toda mi atención. Estaba divino. Su imponente cuerpo en tensión manteniendo la postura, los ojos cerrados, las manos crispadas hundiéndose en mi piel mientras se descargaba en toda su frustración.

—¡Cógeme! —le grité, queriendo de repente ser poseída por ese dios que me tenía la mente nublada.

—Pero ¿no querías que parase? —preguntó mientras recuperaba la compostura. Tenía los brazos en jarras y la cabeza echada hacia atrás.

—Ya no. Ahora lo que quiero es, que me atices con la de mear.

—Ahora la tengo *morcellona* —respondió, sentándose en la cama.

—Pues póntela dura —le exigí, restregándole el culo por la cara para hacerle reaccionar.

—Espera unos minutos, que no es un juguete mecánico al que le pueda dar cuerda —se quejó con una sonrisa que podría partirle la cara en dos, agarrándome de las caderas y sentándome en sus rodillas—. Joder, Ali, no hay quien te entienda.

—Sí, claro —dije molesta, poniéndome en pie y volviendo a mis maletas.

—Te voy a echar de menos.

—¿Seguro?

—Pues claro, ¿lo dudas? —preguntó mirando distraído su reloj—. Tengo hambre, ¿pedimos algo?

—Pide tú, yo tengo que mirar quién me llamaba.

El taxi llegó a la hora prevista, un telefonazo desde recepción me lo comunicó.

—Ya es la hora, me tengo que ir —le dije a Alex, que yacía tumbado en la cama zapeando, con un plato de macedonia de fruta tropical apoyado en su

imponente abdomen.

—Genial, llámame cuando hayas llegado a Madrid. —Se metió un trozo de guayaba en la boca y volvió a cambiar de canal.

—¿No piensas ayudarme con las maletas?

—Para eso están los botones, ¿qué te pasa, Ali? Estás como estresada.

Lo miré ceñuda.

—La palabra «como» es como un condón lingüístico, sirve para preservar la cruda realidad.

—No entiendo —dijo sin mirarme.

—Lo escuché en una peli y me gustó. Ese «como» tuyo es muy acertado.

Me miró entonces, seguía sin enterarse de nada, y se metió un trozo de sandía en la boca esbozando una sonrisa.

¿¡Como estresada!? No estaba «como», lo estaba y de verdad, aunque es posible que esa no fuera la palabra exacta que yo usaría para expresar mi estado emocional en aquel momento. Más bien estaba cabreada hasta el infinito o estaba *chochocargada* nivel diez, pero Alex era cortito como las mangas de un chaleco. Carecía de sentido común en no pocas ocasiones y no solo se iba a quedar en Santo Domingo sin mí tan ricamente además de no venir conmigo al aeropuerto, ya que tampoco se le pasaba por la cabeza el acompañarme hasta el taxi. Y lo mejor de todo es que este viaje lo había financiado ¡yo! Había sido una sorpresa para él y, mira por dónde, la sorpresa me la estaba llevando yo con él. Capullo.

Igual estaba completamente equivocada en la definición de corto de entendederas de mi guapo acompañante, y la que era tonta de remate era yo. Si este hombre de perfecto *serran body* y yo éramos ya o cupiese la posibilidad de que fuésemos pareja en un futuro, era solo producto de mi imaginación, una ilusión óptica llevada al extremo entre polvos y *selfies*. Que conociera a la perfección los puntos cardinales de mi anatomía que me ponían a máxima potencia como la freidora del bar Manolo, no lo convertía en un novio, sino solo en un buen amante. Muy bueno, eso sí. El mejor que había tenido hasta la fecha.

Me acerqué por cortesía a la cama y le di un beso en la frente para despedirme, pero Alex me agarró el brazo y atrayéndome hacia sí succionó mis labios, dándome un morreo de padre y señor mío, que encendió de nuevo todas mis alarmas, antes de susurrarme al oído: «Nos vemos pronto, nena, pensaré en ti.».

Cargada de ilusión y olvidando por completo por qué narices volvía a España, atravesé la puerta de salida de la *suite* 3425 con mis bártulos a cuestas.

—¿Va todo bien, señorita? —preguntó el botones al ver mi gesto contrariado.

—Sí, pero he tenido que adelantar mi vuelo por problemas familiares.

—Lo siento mucho, espero que no sea nada grave.

—Mi abuela ha muerto.

—Oh, vaya, *entonces* sí que es algo importante. Mi más *sinseras condolencias*, señorita, Dios tenga en la gloria a su abuelita.

Y así, sin más, delante de un perfecto desconocido, rompí a llorar, y no fue por lo apenada que debería estar por la muerte de mi desconocida abuela Virginia, sino porque sentía que algo, que apenas unas horas antes estaba muy muy vivo, acababa de morir mientras Alex ingería plácidamente un bol de fruta paradisiaca.

Mientras el taxista metía el equipaje en el maletero, aproveché para hacerme un último *selfie* con los *hashtags* **#CiaoSantoDomingo** y **#CiaoAbuela**.

JLo, tenemos un problema...

Llegué al aeropuerto con unas dos horas de adelanto, tal y como estipula el protocolo. La red wifi del aeropuerto funcionaba como el culo y me estaba empezando a poner nerviosa, alzando el móvil en el aire en busca de una señal decente donde conectarme y poder estar comunicada con el mundo cibernético. Ya había facturado las maletas y para colmo de males me había dejado el cargador en una de ellas, por suerte tenía la *tablet* en mi bolso de Max Mala, pero no había manera de pillar señal.

Al final de aquel pasillo de mármol lúgubre y muy poco transitado a pesar de las horas, se encontraba una tienda veinticuatro horas *duty-free* y recordé que Jimmy me había pedido, casi de rodillas, que le llevara un Toblechone tamaño XXL de esos que solo puedes encontrar en los aeropuertos, y que no me perdonaría en caso de no hacerlo. Mi amigo y compañero de piso era muy fan de lo extragrande, así que para matar el tiempo me dirigí allí airosa con tal de gastar unos cuantos pesos y paliar mis ansias de consumismo.

Cogí una de aquellas chocolatinas gigantescas y me paseé por los pasillos sin atraerme ninguna de aquellas cosas que se ofrecían en los estantes (casi todas prohibidas en mi dieta macrobiótica), antes de dirigirme a la cola de caja. Entendí entonces la soledad de los pasillos, pues parecía que todos los turistas nos habíamos concentrado en aquella tienda mata-tiempo-libre.

Mi bolso empezó a vibrar como loco. Eso significaba que por fin se había conectado a la wifi y podía mandar unos *tweets*, unos *selfies*, saludar a amigos, anunciar mi vuelta y, de paso, pillarme algún modelito *on line* para asistir al funeral. Había una cola tremenda y estaba empezando a impacientarme, el móvil no dejaba de vibrar y la mano me temblaba, presa del tic nervioso por utilizar la pantalla táctil que tanto me gustaba.

Un señor *guiri* estaba dispuesto a llevarse todo el género de grasas *trans* sin impuestos, sí o sí. Alcé el Toblechone para captar la atención de uno de los cajeros, que no daban abasto empaquetando la compra de aquel yanqui-sebo-

adicto.

—Disculpe, mi vuelo está embarcando y yo solo llevo esto —agitó la tableta—, ¿podrían hacerme el favor de cobrarme? —Quería zafarme de la cola para disfrutar un ratito de las cuatro rayitas de conexión que acababa de obtener.

—Respete su turno, señorita —me contestó el dependiente sin ni siquiera mirarme.

—Lo sé y es lo que estaba haciendo, pero en vista de que a este señor aún le quedan unas horas de espera y que yo tengo que irme...

—Respete su turno, además, no han *realizado* ninguna comunicación por megafonía. —El dependiente apiló la cuarta bolsa y se dispuso a abrir una segunda caja—. Vayan pasando en orden por la caja dos. *Going in order, please.*

Las cinco personas que iban delante de mí se recolocaron a la derecha, comprobé el número de cosas que cada uno cargaba en las manos y cestas y calculé mentalmente el tiempo que tardarían en terminar la transacción. Si todo iba correctamente en cinco minutos podría enseñar la compra del Toblechone a media red y a Jimmy, que iba a saltar de la alegría.

—Siguiente, por favor. *Next, please.*

Este solo llevaba una camiseta de Santo Domingo con unos cangrejos salseros. Una compra rápida, o eso pensé yo. El tipo no estaba seguro de la talla y el dependiente abandonó la caja para entrar al almacén y traerle una talla más.

No podía más con aquella desazón que me invadía el cuerpo. Intenté colocar mi bolso extragrande en una posición neutral, el Toblechone como una barra de pan de carrasca sujeto por mi codo flexionado, y agarré el móvil con ambas manos. Estaba en éxtasis: tenía unas doscientas notificaciones entre todas mis aplicaciones. No daba de mí (los dedos me quemaban y salía humo de ellos) respondiendo a sus comentarios y mandando emoticonos. Eché en falta alguno de luto en ese momento; no hay nada como infundir pena para que te lleguen miles de *likes* y mensajes de consuelo. A decir verdad, no los necesitaba, era todo mero postureo, solo digo que hubiera estado bien tenerlos a mano. Llegó la hora de mandar un *selfie* a Jimmy (que en realidad se llama Raimundo) con el Toblechone por trofeo. Luego seguiría con las demás notificaciones. Estiré el brazo todo lo que pude, pues la mujer que tenía delante tenía una espalda perfecta para proyectar una peli en un cine de verano y el señor que tenía detrás estaba al borde de espetarme con una esterilla de playa que llevaba en las manos.

Estaba a puntito de culminar mi hazaña con el Toblechone en alto y morritos de *gipsy-queen* incluidos, cuando el móvil se me resbaló de la mano y cayó al suelo pasando por en medio de las dos columnas románicas que tenía por muslos la mujer de la espalda recia. La fila avanzó un paso y temí por mi *smartphone*, ya que nadie se había percatado de que se me había caído; eran malditos *zombies*

autómatas: comprar, comprar, comprar... Me agaché con cautela, no fuera a ser que el señor de la esterilla entendiera que estaba dispuesta a ofrecirme para un polvete rápido en los baños en plan ninfómana en un parque de *dogging*. Estiré de nuevo el brazo entre las piernacas celulíticas de la señorona con vestido playero y alcancé, por fin, mi más preciado tesoro.

Pero la mala suerte quiso que, en ese momento, el cajero diera otra vez la voz de avance y el caballero de la esterilla avanzara un paso impulsando mi trasero hacia delante justo cuando estaba alzando la mano con la dulce miel del triunfo corriendo por mis venas. Mi mano se deslizó emulando a mi antigua tarjeta de empleada pasando por el fichador de la empresa, deslizando tanto el pulgar como el borde extrafino del móvil por la *rajinfl* pegajosa de aquella *guiri* como el que corta jamón york en un corta-fiambres, y con la mala sombra de vibrar hasta tres veces seguidas tras recibir unas notificaciones a la altura de su botón del amor.

—*Oh, my God! Oh, my Good! Someone it's trying to fuck me!!!!* —Por su mal acento inglés deduje que era alemana (algo que no venía al caso dada la gravedad del asunto).

—No, no, no, *sorry, lady*, era mi móvil, *my celular*, se me había caído, yo no... pero ¡¡¡por Dios!!!, ¿cómo voy a querer yo follarme a esta señora (pero ustedes la han visto bien)? —dije enzarzada para defender mi honorabilidad ante todas aquellas personas que me estaba mirando con cara de pocos amigos, osando creer que pudiera estar intentando violar a eso.

—Señorita, suelte ese Toblechone —me pidió uno de los reponedores de la tienda mientras yo seguía agachada, con aquella chokolatina apuntando de frente al chichi de la supuesta alemana.

—Ni muerta, es para mi amigo Jimmy.

—*No me haga amarrar la chiva*. Entrégueme ese chocolate ya mismo.

—Por favor, no me dispare, soy inocente —le rogué presa del pánico, cubriéndome la cabeza con el Toblechone.

—¿Con qué? —Me mostró una etiquetadora que llevaba en la mano—. ¿Con esto? —Rompió a reír.

—Pues no amarre *la chiva* esa... —le supliqué.

—Ah, no, no, discúlpeme, significa que no me haga perder el tiempo, pero haga el favor de entregarme ese chocolate. —Extendió la mano hacia mí.

—Lo siento, pero no. Se lo he prometido a mi amigo Jimmy y yo cumplo todo lo que digo. Soy muy testaruda, ¿sabe usted?

—Por eso, señorita, por eso. No queremos que usted ultraje a esta señora con ese chocolate, podría *haserle* daño.

—Y dale con la perica al torno, ¿me ve cara de lesbiana adicta a la celulitis?

No quería violarla, quería recuperar mi móvil, ¿lo ve usted? —Como prueba volví a alzar la mano que sujetaba el pPhone y de nuevo chocó contra el chumino decolorado de aquella señora, vibrando como un poseso en el peor momento.

—*Wow, wow, help, help.*

—Señora, por favor, déjese de tanto «*help*», que parece un Beatle.

Me incorporé ya bastante cabreada por aquella osadía. Agradecida debería estar de que mi móvil le hubiera propinado aquellas descargas; seguro que tenía el asuntillo algo rígido desde hacía tiempo.

—Llamen a seguridad —dijo el reponedor, apartando a la gente de alrededor como si se estuviera incorporando el Yeti.

En esas, la señorita de megafonía dio el aviso de mi puerta de embarque y me apresuré a sacarles del error.

—Por favor, se lo pido, no llame a nadie, ha sido un malentendido. Un accidente. Ha sido sin querer, se lo juro por mi madre.

—Esta señora *con truño dise* que usted la ha tocado indecorosamente — señaló a la guiri con una mano y ella, aun sin entender las palabras, asintió con lágrimas en los ojos, ¿¡con lágrimas en los ojos!?. Qué manera de echarle drama al asunto, por favor, lo suyo era puro teatro.

—¿Cómo que *con truño*? ¿Qué dice? Aquí no se ha ido nadie por la pata, nadie, lo sabré yo—. Me olí la mano violadora e hice una mueca de asco.

El reponedor me miró mal.

—Pero ¿qué *dise* usted?

—¿Lo del *truño*, la caca, la mierda...? —le expliqué.

Negó con la cabeza volteando los ojos, antes de dirigirse al cajero.

—Rogelio, avisa a seguridad ya mismo.

Hice lo último que cabría esperar: actué a la desesperada. Me puse de rodillas y todo, y le supliqué perdón a la supuesta alemana aferrada a sus *pantobillos* con ambas manos, como si estuviera rezando en dirección a La Meca.

—¡Por favor, retire su acusación, soy inocente, inocente, inocente...!

La guiri miró al reponedor sin entender ni jota, y este le tradujo. Yo seguí a lo mío: lágrimas de cocodrilo a su máxima potencia. Una gran actuación, sí, señor; Pedro estaría contento, qué pena que no estuviera aquí para verlo. Levanté la cabeza y miré a un señor con papada que observaba la escena sin perder detalle mientras se zampaba una bolsa de Tuffles.

—¿Le importaría grabar el momento con mi pPhone?

Interrumpió el bocado para mirar alucinado al reponedor, que me miró a su vez extrañado.

—Es que soy actriz —le expliqué.

—¿Porno?

—No, por Dios. —Me llevé la mano al pecho insultada.

—¿Famosa?

—Un poco.

—*Could you please excuse the lady?* —El reponedor miró entonces a mi *verduga* con ojos de cordero degollado—. *It was an accident.*

Ella se lo pensó unos segundos, al fin dijo, a regañadientes:

—*Well.*

—Entonces sí que es Alicia Trevi, ya te lo decía yo. —Escuché una voz de mujer española entre los marujas que observaban la escena.

Vaya, pues sí que era famosa.

—Sí, soy Alicia Trevi —dije, levantando la barbilla henchida de orgullo.

—Es Alicia Trevi. *¡Singer and actress. She is a famous Spanish artist!* —gritó la misma mujer en plan maestro de ceremonias.

—*¿A Spanish singer?* —La supuesta alemana me ayudó a ponerme en pie mirándome con los ojos abiertos de par en par. Un extraño fulgor resurgió en lo más hondo de sus pupilas. Se llevó la mano a la nuez (vaya, una mujer no debería tener nuez, pero esta la tenía, además de bigote de jabalí... raro, raro, raro, si no fuera porque yo misma había podido comprobar la presencia de la raja, hubiera dicho: «Alicia, aquí hay gato encerrado.») y luego me sonrió—. *Would you like to sing for me?*

Mi nivel de inglés es regular, pero aquello lo entendí a la perfección.

—*Now?*

Ella asintió emocionadísima y yo la miré pensando que estaba loca, pero entonces la pequeña multitud que colapsaba las cajas de la tienda *duty-free* se sumó a su petición y empezaron a jalearse todos a una en varios idiomas: «*Que cante, que cante, que cante...*».

Me vi obligada, vale, yo no quería hacerlo, pero mi público me aclamaba en aquel momento.

—¿Y qué le gustaría que cantase? —le pregunté y, viendo su cara de ni pajolera, añadí—: *What song? Something from Spain?* —dije, asintiendo con una sonrisa.

—*Something from JLo?* —sugirió.

La Jenny muy española no es, pero una petición es una petición, y la cosa era que esta señora se olvidara de todo el escabroso asunto y se dejara de absurdas acusaciones sexuales.

—¿Jennifer López? *OK*, allá voy.

Asintió ella ahora más feliz que una perdiz.

—Dejen *espasio*, por favor. *Please, stand back, the lady is going to sing* — anunció el reponedor, cual Gurruchaga en acción, haciéndome un hueco en el centro.

Y me arranqué a capela, di que sí, con un par. *Ain't your mama*, de principio a fin, bailecito del dedito levantado incluido, e incluso me salió un improvisado elenco de bailarines entre los empleados de la tienda y de los compradores compulsivos, que parecían saberse al dedillo la coreografía del videoclip. Estuve sembrada, sí, señor, así se cantaba.

«*Señores pasajeros con vuelo 78956, destino a Madrid, diríjense a la puerta de embarque 14B.*»

—*I'm sorry*, tengo que irme pitando.

Y así fue como yo, Alicia Trevi, me dispuse a hacer mi primer *simpa* con tal de no defraudar los deseos de Jimmy. Con unas sandalias de tacón color *nude* de Queens, me lancé a correr como alma que lleva el diablo torciéndome los tobillos con un Toblechone, que pesaba igual que una llave inglesa de camiones, en una mano, mi maravilloso e indiscreto pPhone en la otra y el bolso colgado del codo, que se me iba escurriendo como una ristra de longanizas. Parecía que estuviera en unos juegos paraolímpicos, corriendo a trompicones.

Cuando llevaba un buen trecho recorrido, me detuve para tomar aire cayendo en la cuenta entonces de que no había sonado ni una sola alarma antirrobo, y la señorita de megafonía volvió a hablar. Esta vez para llamarme a mí, Alicia Garrido Sempere, y avisarme de que si no llegaba en menos de un minuto me quedaría en tierra firme y a la espera del siguiente vuelo, mientras mi abuela se descomponía como un filete de pollo al sol. Así que la carrera sobre sandalias de minitiras y suelo de mármol pulido a consciencia comenzó de nuevo, llevando por antorcha aquel descomunal chocolate que metería por el culo a Jimmy yo misma en cuanto tuviera ocasión, con peligro de que incluso le gustara y se aficionara a los juguetes sexuales de forma rectangular.

Flying voy, flying vengo, vengo...

En la puerta de embarque, un zumbido me alertó de una nueva notificación, me detuve a un metro de la azafata, ante su penetrante mirada, para leerla. Fui abriendo las distintas aplicaciones a la busca y captura del origen de la misma, pero no la hallé. No había notificaciones nuevas, raro, raro, raro... Yo siempre tenía alguna notificación a la espera.

—Señora...

Miré a la azafata y levanté el dedo para pedirle un segundo al tiempo que comprobaba las aplicaciones por si se me había pasado por alto alguna.

—Señora, por favor.

Me estresaba su impaciencia, pero ¿no se daba cuenta de que tenía algo importante entre las manos?

—Es solo un momento.

—Tiene que embarcar, el avión está a punto de cerrar las puertas.

De mala gana metí mi pPhone en el bolso y saqué mi tarjeta de embarque para entregársela.

Anduve hasta el portalón y un azafato con cabello de querubín, nada encrespado, me dio la bienvenida con una afable sonrisa pese a mi tardanza, indicándome donde estaba mi asiento. Por todas partes había turistas de pieles bronceadas y camisas floreadas. Avancé por el pasillo deseando que me hubiera tocado un compañero de vuelo joven, simpático y de buen ver con el que hacer migas y distraerme un poco, y quién sabe, con un poco de suerte, incluso podría ser el amor de mi vida...

Pero no fue así, esto no era una maldita peli romántica y la suerte no estaba sentada en mi hombro a la caza de oportunidades. Era una fila de cuatro, y en el asiento de la izquierda tenía a una mujer con un bebé en brazos y en el de la derecha una especie de gigante sudoroso que ocupaba toda su plaza y parte de la mía. Joder, qué suerte.

Me senté tratando de encajar mi trasero en el poco sitio que restaba y respiré

hondo infundiéndome valor (mal hecho, me insuflé una buena dosis de sobaco). Y ahora a volar, ocho horas, ni más ni menos, incomunicada del resto del mundo, se me antojaba insoportable. En la ida, al menos, había gozado de la compañía de Alex y sus artes disuasorias, pero en ese momento me enfrentaba yo sola a un largo trayecto. ¿Por qué no había elegido Formentera como destino? Ah, sí, porque estábamos a primeros de diciembre y no era plan de remojarnos el culo en unas aguas a once grados, por muy paradisiaca que pudiera ser la playa. Tal vez Lanzarote hubiera sido una opción igualmente válida, pero ni lo pensé entonces. Me dejé aconsejar por Jimmy, que era dominicano y hablaba maravillas de su país natal y me comentó que el ambiente caliente era ideal para fraguar el vínculo entre Alex y yo. ¿Qué vínculo ni qué narices? Lo único que hacíamos era fornicar como bonobos a todas horas, pero admitámoslo: a Alex se le daba muy bien el sexo y yo lo había pillado con muchas ganas. Esa actividad era el sustitutivo perfecto, y no siempre, de mi otra gran afición: mi *smartphone* y que, por cierto, ¿llevaba sin consultar...? lo saqué de mi bolso y sonreí feliz tras comprobarlo: cinco minutos.

Embutida como una sardina en lata, encontré al fin un momento de paz para colgar las fotos en Instaglam y responder a los comentarios que me habían dejado mis amigos y seguidores en Facepook y demás y que todavía estaban a la espera de mi atención. Me puse a teclear como loca, dándole a «Me encanta» por aquí, «Me entristece» por allá, leyendo con interés los *posts* y respondiéndoles mi parecer. Cada vez que le daba a compartir me daba un pequeño subidón energético, una microdescarga de dopamina tan necesaria en ese momento.

Cuando llevaba unos diez avisos o así solventados, mi nivel de estrés había alcanzado su nivel normal, y entonces noté que mi compañero de viaje me daba un leve codazo, pero ni lo miré, como he comentado ocupaba parte de mi sitio y eso es lo que me esperaba durante el resto del vuelo. Seguí a lo mío, con una sonrisa de oreja a oreja, leyendo y tecleando sin freno y, de nuevo, mi compañero me asestó otro codazo más brioso, y esta vez lo miré mal. Me encontré sus ojos chicos de frente.

—¿Ocurre algo? ¿Es que necesita más sitio? —le pregunté, maliciosa.

Negó con la cabeza y me señaló hacia arriba. Seguí esa dirección con la mirada y me encontré con el azafato querubín observándome ceñudo. Ese chico podría ser el sustituto de Cerbero en el infierno cuando tuviera que ausentarse para ir al veterinario.

—¿Sería tan amable de apagar el móvil?

—¿Por...?

—Estamos despegando y puede interferir en las comunicaciones.

—Pero ¿eso es verdad? Creía que era una leyenda urbana, como la de la niña

de la curva.

—Por supuesto que es cierto, si no, no lo pediríamos al iniciar el vuelo. ¿Es que no ha escuchado al capitán por el altavoz?

—Pues no, perdone, estaba atendiendo unas cosas importantes.

—¿Más incluso que ponerse el cinturón de seguridad?

Vaya, se me había olvidado ese pequeño detalle.

—Perdone, vale, ya está, ¿lo ve? —dijo conciliadora ajustando la hebilla.

—Perfecto, y ahora apague su móvil, por favor.

Levanté el dedo para pedirle solo un segundo y terminar de escribirle un mensaje a María León; iba a recibir un premio esa semana y tenía que felicitarla de inmediato por ello.

—Señorita, no me obligue a requisarle el aparato hasta que aterricemos, no se lo repito más veces —dijo armándose de paciencia.

Alcé la mirada ante tal osadía.

—Ni se le ocurra poner esas manazas sobre mi teléfono, jamás. Escúcheme bien, jamás dejo que nadie toque o use mi móvil.

Un azafato mulato se acercó al querubín y le susurró algo al oído, tras mostrarle un folio plegado en cuatro en el que pude avistar por encima dos fotos y juraría que una de ellas era de Melendi.

—¿Qué es eso que le acaba de enseñar?

—Señorita, entrégume el *selular* —dijo el azafato mulato, guardando el folio de nuevo plegado en su bolsillo dejando a la vista una de las esquinas.

—No —me reiteré, abrazando mi teléfono de 6”.

—Señorita, está *entorpesiendo* las labores de despegue, no nos obligue a tomar medidas drásticas ante su despropósito.

—No. —Mis ojos inyectados en sangre miraron fijamente a aquellos azafatos tan descombinados, parecían un café *macchiato* juntos en su hazaña.

El mulato se acercó a mí tras un largo suspiro y, estirando lentamente el brazo, osó rozar la esquina de mi pPhone para arrebatármelo.

—Suéltelo, hágame el favor, señorita.

—No, no, no, noooooo...

La vena del cuello se me empezó a hinchar como un globo de helio en forma de salchicha, palpitando a toda mecha y mis fauces se prepararon para asestarle un mordisco tipo pitbull para amedrentarlo, pero, dadas su cercanía y mis pretensiones cotillas, opté por arrebatarle el folio con las fotos del bolsillo, en lugar de defender la posesión del móvil, que me fue arrebatado en el acto, ganando con ello el azafato mulato la batalla.

—¡¡¡Rosauero, tiene las fotos, código rojo, código rojo!!! —gritó el querubín con las manos en alto y girando como una bailadora de sardanas.

Una cuadrilla de azafatos (vale, solo eran dos más) salieron de su habitáculo, soltando el carrito de las bebidas, y se acercaron para auxiliar a sus colegas.

La tensión mientras desplegaba aquel folio se palpaba en el ambiente, ninguno se atrevió a mover un solo dedo, como si fuéramos a explotar todos. ¡Qué exageración! En este aeropuerto había mucho talento telenovelesco oculto. Pero, cuando tuve ante mí el contenido de aquel panfleto mal impreso, entendí el nerviosismo de los azafatos y empezó el mío propio, rompiendo cualquier conato de locura producido minutos antes.

—Este es Melendi y esta, esta... ¿esta soy yo?

—Señorita, todo esto tiene una *explicación* —dijo el mulato tragando saliva con dificultad—. Mantenga la calma.

—Pero ¿por qué me tienen fichada en un folio A4, como una vulgar delincuente, junto a Melendi con rastas y una botella de JD? —Me incorporé del asiento como pude, mi vecino el gigante sudoroso seguía repanchingado como si nada. Trepé sobre sus piernas y salí de aquella cárcel de plástico y escay—. Exijo hablar con el capitán de este avión ahora mismo, esto es un atropello contra mi dignidad y mi honor.

—Verá usted, señorita, es solo un aviso de pasajeros conflictivos, no está usted fichada ni nada parecido, es solo un código entre azafatos, casi un acto de caridad entre compañeros. —El querubín quiso paliar los estragos de aquel desatino, pero definitivamente la estaba cagando un poco más.

—Pero ¿¡qué narices me estás contando, *deslavado!*? —le grité en todo el *jepeto* blancuzco.

—Nos informaron que, en el anterior vuelo, usted... usted... ¡la lio parda! —Finalmente se envalentonó y dijo, con todo el peso de su dialéctica, que yo *la había liado parda*, perdiendo todas las formalidades de los azafatos de pro.

—Y más que la voy a liar ahora mismo. Quiero la hoja de reclamaciones y un *gin- tonic* de Sigramos —les ordené con todos mis derechos de pasajera y después me posicioné en el centro del pasillo para hacer un llamamiento a los demás pasajeros—. Atención, les habla Alicia Trevi, actriz y cantante española, *a very famoust actress in Spain attention, please*. —Extendí el folio y se lo mostré a todos, como si fuera a realizar un truco de magia—. Esta compañía osa usar fotografías, por otro lado, horrorosas, de los pasajeros para tratarnos según nuestra condición, un acto totalmente anticonstitucional en mi país —miré directamente al azafato mulato—, me gustaría organizar una recogida de firmas para denunciar a Caribbean Lines ante los juzgados penales de Madrid...

—¡Carlos, aplácala! —gritaron detrás de mí, antes de sentir un golpe seco en la espalda que hizo retintinear mis dientes y caerme de bruces al suelo con un sonoro planchazo.

—¡Suéltenme, me están haciendo daño en las muñecas! —les grité, presa de la ira. El tipo me estaba retorciendo los brazos de mala manera y colocándome unas esposas igual que a una vil delincuente.

—Cálmese, y todo irá bien, señorita Garrido, Rosauero le va a suministrar un calmante.

—¿Un calmante? No, a la automedicación. ¿Es que no ven ustedes la televisión? Suéltenme inmediat... —el tal Carlos me volteó como una tortilla de patatas en una sartén y poniéndome más derecha que a un palo *selfie* me estrujó la nariz obligándome a abrir la boca, mientras Rosauero me metía con extremada cautela una pastilla diminuta en la boca, obligándome a tragarla como si fuera un perrete en el veterinario.

Lo único que recuerdo tras eso fue un «Llévatela al lugar más vip de la aeronave» y hasta ahí puedo contar, lo siguiente que escuché fue: «*Señores pasajeros, en cinco minutos sobrevolaremos el aeropuerto de Barajas, la temperatura es de 10°C y el cielo está despejado. Esperamos hayan disfrutado de su vuelo y les agradecemos que hayan escogido nuestra compañía.*»

Sentía la boca pastosa y un fuerte dolor de espalda, mi cuerpo aún no respondía y solo pude mover un dedo para comprobar que no me encontraba en un sueño. Lo ojos me pesaban una tonelada, los sentía incluso hinchados, y una especie de cuerdas oprimían mi pecho mientras notaba una inclinación extraña en mi cama.

¿Mi cama? ¡Aquello parecía el maldito Dragon Khan! Mis conexiones neuronales empezaron a encenderse con más brío que las luces intermitentes de un árbol de Navidad y mis ojos se abrieron como los de una muñeca articulada.

—¡¡¡¡Aaaaaaaaaaaaaah!!!! ¡¡¡Aaaaaaaaaaaaaah!!! —empecé a gritar, estábamos cayendo en picado, atravesando nubes espesas, tenía el cuerpo inmovilizado y en posición vertical. Iba a caer de cabeza y no podría usar mis brazos para amortiguar el golpe—. ¡¡Coño, Jodeeeeeeeeeeeeeer!! (lamento ser tan de soez, pero hay que comprender que era un caso de suma necesidad; hasta la Reina Letizia diría algo de ese calibre de encontrarse en una situación similar a la mía).

Con los ojos más fuera de las órbitas que un chihuahua enrabiado miré, presa del pánico, a un chico rubio como un sol que me miraba con la mandíbula tensa y los ojos aterrorizados.

—¿Vamos a morir? —quise, en realidad, no saber; pero es la típica pregunta en estos casos y yo soy como cualquier hija de vecina, morbosa de la hostia.

—Probablemente. ¿Sabe rezar?

Ay, mi madre, iba a morir, con solo veintiséis años, en la flor de la vida, y a un paso de ser la JLo española. Esto no era de ley. No había derecho a morir tan

joven.

—Muy poco —respondí con la voz estrangulada.

—Pues hágalo, cualquier ayuda es buena.

Me estaba mareando. Iba a echar la pota del siglo de un momento a otro.

—Es que no creo mucho —dije a duras penas.

—Por favor, mantenga la calma —me pidió.

¿Mantener la calma? ¿Cómo iba a estar tranquila? Íbamos a palmarla en cuestión de segundos y yo seguía atada. ¿Y por qué narices estaba atada!?

—Carlos, no seas borde, la estás asustando. —Una voz a mi derecha habló con serenidad y volví la cabeza hacia ella, buscando el origen: un señor vestido de coronel de la marina y gafas de *Top Gun* se encontraba en la posición de copiloto de... ¿de la cabina del avión? (vaya, estábamos en la cabina del avión), mirando en mi dirección con una expresión compasiva en sus ojos verdes—. Tranquila, señorita, solo estamos aterrizando —añadió.

¿Aterrizando? Unos *flashbacks* se arremolinaron en mi mente: una foto de Melendi, otra mía con las cejas despeinadas, un grupo de pasajeros gritando «llévensela de aquí», un querubín con malas pulgas... Miré al rubio y era él, él, el maldito querubín... el que me redujo en el pasillo y quien me puso las esposas...

El avión volvió a posicionarse horizontalmente y sentí entonces el tranquilizador rebote de las ruedas contra la pista de aterrizaje y el áspero deslizamiento del aparato por el asfalto y su posterior frenada en seco.

Tras la típica perorata por el altavoz, el capitán se volvió hacia mí y me tendió la mano para saludarme.

—¿Qué tal, bella durmiente? Soy el capitán Velázquez, un placer haberla tenido en cabina. —Tras observar, impasible, mi mohín desagradable, puesto que estaba atada a lo Hannibal Lecter, añadió en su tono cordial—: Lo siento, ahora mismo la desataremos, avisaré a Rosauero.

¡Eso era!, maldito Rosauero *joputa*, el otro azafato, el que me había usurpado mi pPhone y drogado a traición, dejándome sopa todo el trayecto.

Se marcharon los tres, dejándome sola en la cabina de mandos, estuve allí encordada unos veinte minutos hasta que aparecieron Rosauero y el querubín. Con cara de buenas personas se pusieron frente a mí.

—¿Ha tenido usted un buen vuelo, señorita Garrido? —preguntó Rosauero con una sonrisa de dientes apretados falsa hasta la muerte.

—¿A ti qué te parece? —Le dediqué una de mis miradas fulminantes y apreté los labios al máximo con peligro de marcar para siempre las malditas arrugas de código de barras.

—Vamos a desatarla lentamente y le daremos un vasito de agua, ¿sí?

—Síiiiiii —dije a la desesperada, tenía la boca como el esparto y los brazos entumecidos.

—Beba un poco. —Me ofreció un vaso tras liberarme las muñecas.

Le di un buen trago e hice una mueca de asco, aunque me supo a gloria bendita.

—Debe disculparnos, señorita Garrido, pero hemos actuado según el protocolo de pasajeros controvertidos. Le suministramos un Lexafin extrafuerte y la realojamos en uno de los asientos más vips de la aeronave. No se quejará, no todos los días viaja una con el capitán de un Boleing 767 venido de las Américas. —Rosauero iba contándome toda esa milonga para restar importancia a lo que habían hecho conmigo, pero la cosa no iba a quedarse en un hecho aislado, pensaba demandarlos nada más pisar tierra firme.

—No os va a salir barato este atropello, querido Rosauero, no vas a convencerme con ese acentito dulzón.

—Me temo que no hay caso posible, señorita Garrido —intervino el querubín mostrándome un papel con mi firma.

—¿Qué narices es eso?

—Un papel donde usted consiente cualquier procedimiento por nuestra parte para hacerle el vuelo más agradable, le leo textualmente: «Yo, Alicia Garrido Sempere, doy consentimiento al personal de a bordo del vuelo 78956, destino a Madrid, a proceder cualquier actuación necesaria para paliar mi nomofobia aguda... blablablá blablablá blablablá... Firmado, Alicia Garrido Sempere, con DNI 74.889.562 X.»

—Pero... ¿cuándo he firmado yo semejante documento? —Se lo arrebaté de las manos.

—Tres minutos antes de empezar a roncar como un oso —respondió con bastante guasa.

—Mira lo que hago yo con este documentucho. —Cogí el papel por los extremos y me dispuse a romperlo con mucha clase ante la atenta e impassible mirada de aquellos azafatos de tres al cuarto.

—Muy bien, señorita, pero ese solo es una copia de cinco, siempre procuramos quintuplicar los documentos por si las moscas, y ahora... debe desalojar el avión.

—Esto no va a quedarse así, me oyen, soy Alicia Trevi, tengo treinta y cinco mil *followers* que serán informados de este abuso de autoridad... —Iba yo soltando todo aquel discurso mientras me empujaban por la espalda para sacarme de allí rápidamente con una amplia sonrisa en los rostros.

—Tenga su bolso y su móvil, y sentimos no darle las gracias por volar con nosotros, que tenga un buen día, señorita Garrido. —Juntos como un dúo cómico

me dieron el último empujón fuera del avión, cayendo de bruces en la manga de salida.

Madrid, tierra soñada por mí...

Me incorporé todo lo digna que fui capaz en ese momento y comprobé que mi pPhone estuviera en perfectas condiciones, y lo estaba. Lo besé con el amor de una madre y lo apretujé contra mi pecho, dándole al botón de encendido e introduciendo, con los dedos aún morcillones por la falta de circulación de sangre durante horas, la clave de seguridad.

Poco tardó en conectarse y empezar a vibrar como un loco, qué sensación de euforia escucharlo tan vigoroso, tan lleno de vida, pese a su poca batería. Una rayita nada más. La sensación que sentía al verlo en plenas facultades de nuevo era extrapolable a un orgasmo triple. Empecé a andar con paso alegre y mirando la pantalla, mientras leía los *wasapitos*, cuando me entró una llamada de un número desconocido.

—¿Alicia?

—Sí, soy yo, ¿quién es usted? —pregunté a aquella voz desconocida de señora mayor.

—Ay, hija mía, menos mal que contestas, quinientas veces he debido llamarte en las últimas dos horas. ¿Cuándo piensas llegar?

—¿Llegar a dónde?

—¿*Ande va ser, mumacha?* A Villa Maravilla, no sé si lo sabes, pero tu abuela está aquí de cuerpo presente echando ya un tufillo desagradable, la Salomé se niega a apagar los braseros y hace un calor en la casona de mil demonios.

—¡Joder, la abuela!

—No digas palabrotas, *mumacha*, y dime qué hago. El abogado me dio tu número para emergencias y esta es una y de las gordas.

—Pues no sé, señora, póngale hielo como a las merluzas en Mercalonia, yo acabo de llegar de Santo Domingo, tengo que ir a mi piso, hacer la maleta, localizar el pueblo y bueno... lo que tarde en llegar.

—¡Virgen de Cortes! Eso es *muchísimo* tiempo, para ese entonces tu abuela

tiene corroída media cara. Quería comentarte... El Benigno, que es el hijo de la Sagrario y trabaja en Albacete, conoce una empresa de sepelios que alquilan ataúdes refrigerados para estos casos. ¿Te importa que llamemos y enchufemos el aparatejo?

—Claro, llame usted, tiene mi permiso.

—Dios te bendiga, estamos que no damos abasto con el Pics Naporús. Lo vio la Salomé en un capítulo del CSI y tenemos las fosas nasales en rompan filas.

—Aún no me ha dicho su nombre, señora.

—Domitila, querida, soy la Domitila. No obstante, no tardes mucho en llegar, que tu abuela en paz descansa *tie* la casa aún con el contador a ciento diez voltios y no sé si ese *federico* funerario aguantará mucho antes de incendiar la casona con una *electrocución*.

—Descuide, Domitila, la dejo, que van a quitar la manga.

—Uy, La Manga, ahí fui yo con mi Demetrio de luna de miel, precioso paraje, ¿por qué lo quitan?

—Hasta luego, Domitila, esto se corta, adiós... adiós.

Salí de la manga de un salto y a punto estuve de besar el suelo de mi querida España, *esta España mía, estaba España nuestra*... Estaba sudada, el pelo hecho una maraña y el vestido arrugado con un tirante roto para más inri, pero feliz al fin de estar de nuevo en mi país y al amparo de sus leyes constitucionales. El móvil emitió una larga y sorda vibración un segundo antes de apagarse en mi mano y sentí una desazón tremenda, de nuevo estaba incomunicada. Sin mi pPhone me sentía desnuda, por eso me había puesto así de guerrillera con el azafato querubín, quería quitármelo y eso no era algo que yo llevase bien, nada bien, vaya, a la vista estaba, ¿no? Lo había defendido como una leona defendería a sus leoncitos, sacando uñas y dientes.

En mi móvil estaba gran parte de mi vida: mi madre, mis amigos de Valencia que dejé atrás tras mudarme y que apenas veía ya, mis nuevos amigos de Madrid, casi todos concursantes de *Por tu cara bonita*, mis compis de mi anterior curro de camarera y de la academia de interpretación, mi agente artístico, mis contactos profesionales, mis seguidores y amigos de las redes sociales, mi todo... ¡toda mi vida!

En él siempre encontraba alguien dispuesto a charlar, me calmaba cuando estaba angustiada, me animaba cuando estaba disgustada, me inyectaba energía cuando estaba hecha polvo, y ahora de nuevo estaba fuera de circulación. Anduve sin aplomo hasta la cinta de recogida de equipaje y por un momento pensé que el colmo de la mala suerte sería que mis maletas, con todos mis superconjuntitos monísimos comprados expresamente para el viaje a Santo

Domingo y que terminarían de conquistar a Alex, se hubieran extraviado y estuvieran en otro aeropuerto muertas de risa dando vueltas y más vueltas en una cinta solitaria o, peor, que alguien hubiera osado llevárselas y, ahora mismo, podría estar probándose mis cosas u olisqueando mi ropa interior con una mano en la entrepierna... Pero, por suerte, no fue así, y cuando llegué a la cinta sinfín, ahí estaban, solitarias ya, pero de cuerpo presente.

—¡Alicia! —gritó alguien cuando asomé por la puerta de llegadas—. ¡Acá, Alicia, acá!

Miré hacia el lugar de donde procedía la voz pensando que sería alguien buscando a otra chica con mi mismo nombre. Pero otra vez pensaba mal. Era Jimmy. Mi amigo y compañero de piso. Muy guapo, y muy estiloso, y muy negro, y muy gay. Se acercó corriendo con ese estilo suyo de princesa en apuros, que tanto llamaba la atención en un hombre de sus dimensiones, y me abrazó con fuerza, espachurrándome entre sus brazos de acero y su torso de hormigón armado.

—Uuuuuuy, Ali, cuántísimo te echado de menos —suspiró con voz engolada—. ¿Te encuentras bien? Llevas unas pintas, qué despelucada vas, pero qué fatal. —Se separó para mirarme con los ojos entornados y me recolocó algunos mechones detrás de las orejas.

—Qué alegría me das, Jimmy. No te esperaba —fui cambiando de tema, no me apetecía hablar de mis pintas.

—¿Y eso, reina? Te he enviado un *wasapito disiéndote* que venía.

—Es que no he podido mirar el móvil durante todo el viaje.

—Uuuuuuy, qué tragedia, ¿no? Estarás fatal —se burló un poco—. ¿Cómo te fue el vuelo?

—Estupendo —mentí, ¿o no? A decir verdad, se me había pasado volando—. ¿Cómo es que has venido?

—Tenía el día libre y he pensado que te gustaría tras un largo viaje que alguien te viniera a buscar. Además, me encantan los aeropuertos, son sitios *especiales*, tanta gente de tantos países distintos y culturas, llegando de no sabemos dónde o marchándose muy lejos... es muy *emocionante*, ¿no crees?

—¿Sí...?

—¿Te ayudo? —preguntó, agarrando una de las maletas como si fuera liviana como una pluma.

—Gracias.

—Pesas una barbaridad. ¿Qué llevas dentro, reina, un dominicano *for me*?

—Qué más quisieras, lo único que traigo para ti es un Toblechone tamaño *king size* que casi me cuesta la libertad.

Se detuvo, para abrir los ojos como platos y sonreírme emocionadísimo.

—¿No?

—Sí. —Y le aticé la frente con la tableta.

Se puso a dar saltitos, emitiendo grititos demasiado agudos para alguien de su tamaño.

—Pero qué mooonaaaa eres. *Te ailo*viu un huevo, Ali. Uuuuuuy, ¿y ese tirante roto? ¿No me digas que has pillado cacho en el avión, puercona? —añadió, señalando mi tirante caído.

Tragué saliva y me froté la cara para ganar tiempo.

—Qué va, si el vuelo ha sido de lo más tranquilo, viendo pelis y eso... Se me ha enganchado con un clavo salido de la pared y rasss... roto —volví a mentir, porque, en realidad, no tenía ni idea de en qué momento se me había roto el tirante, y tampoco quería dar explicaciones de por qué no sabía tal cosa.

—Luego te lo coso en casa. —Me acarició la mejilla con cariño.

—Gracias, Jimmy.

Jimmy era una joya de persona, lo había conocido durante mi paso *Por tu cara bonita*. Él, a diferencia de mí, concursaba en la sección de bailarines, pero coincidíamos mucho en los ensayos, hasta que lo echaron en la cuarta o quinta semana, pero conservamos la amistad y cuando decidí mudarme a Madrid, me ofreció una habitación en su piso, tamaño liliputiense, con microventana a un patio de luces destartalado y cruel (lo de cruel porque no entraba ni un rescoldo de luz natural), que a la vez compartía ya con un par de amigos suyos, igual de voluminosos, igual de negros, igual de charlatanes, igual de locas, pero en definitiva, geniales. Eran mi sal y yo su azúcar. Los tres trabajaban en el elenco de bailarines de *El Rey Peleón* y eran mi punto de referencia cuando miraba hacia el futuro. Algún día, yo también estaría sobre un escenario de Gran Vía enseñando mi arte.

—¿No llevas chaqueta?

Negué con la cabeza. Me había venido con lo puesto.

—Pues *hase* un frío pelón que te va a dejar el chichi ultracongelado. ¿Por qué no entras en un lavabo y te pones algo de abrigo?

—Pues sí, buena idea. No sé qué haría yo sin ti.

—Ya lo creo, reina. —Agitó hacia mí las pestañas de un modo insuperable. Era un divo total—. Te espero en la cafetería, tomándome un *cofe*.

Al entrar en el baño y mirarme en el espejo fui consciente realmente del alcance de mis pintas, parecía la sobreviviente de un naufragio. Abrí el maletón sobre un cambiador de bebés y saqué lo único que llevaba de invierno: unos vaqueros pitillo, que apretaban mi trasero hasta decir basta, una sudadera gris, un vellón negro que ocupaba casi todo el espacio disponible, y mi neceser con mis imprescindibles. Me recogí el cabello con una coleta y me lavé la cara antes de

emborrónármela con una hidratante con color y pintarme la raya y las pestañas. Un poco de *gloss* y volvería a lucir resplandeciente. Entré en uno de los cubículos, haciendo malabarismos con la puerta y el *trolley*, para cambiarme de ropa y echar una meada de diez minutos; tenía la vejiga a punto de estallar. Es lo que tiene una retención de orina de más de ocho horas, y salí del aseo expirando glamur.

Jimmy me esperaba tomándose un café con el meñique levantado.

—¿Nos vamos, guapi? —dijo, apurando la taza.

—No, me apetece un café con leche de soja.

Fui al mostrador y me pedí uno, y un pepito integral vegetal, y dos bollitos de jengibre de regalo, y un enchufe para cargar el pPhone mientras me daba el ágape. En cuanto puse la bandeja sobre la mesa, Jimmy la miró alucinado y luego me miró a los ojos.

—Sí que estás famélica, Ali. ¿Es que no te han dado de desayunar en el avión?

—Sí, pero tengo hambre todavía —volví a mentir.

Había decidido que no le iba a contar mis experiencias aéreas, más que nada porque empezaría como siempre, vaya, que si estás obsesionada con tu móvil, que si no lo dejas ni para mear, que si me estoy perdiendo el mundo real, que si... esas cosas que me sacaban de quicio, porque yo no estaba obsesionada y, además, tenía mucha vida más allá de mi móvil.

—Ya lo veo, ya. —Me observó mientras le hincaba el diente al pepito—. Bueno, cuéntame eso de tu *no* abuela y su muerte súbita y la *herensia* millonaria.

Y lo hice, hasta donde sabía, que no era mucho.

—¿*Entonses*, ahora tienes que ir a ese pueblo de *Albasete* y *ofisiar* su funeral?

—Exacto. —Terminé de masticar un bollo antes de sorber un poco de café con leche de soja.

—¿Y qué vas a *desir* si no la conocías?

—Sobre la marcha improvisaré.

—¿Y tu madre?

—Manuela pasa de todo.

Pese a que Jimmy nunca había conocido en persona a mi madre, le había hablado mucho sobre ella. A decir verdad, siempre la tenía en boca, pues la echaba mucho de menos en mis andanzas madrileñas, desenterrando con ello los frágiles detalles de mi ausencia de familia, en el término amplio de esa palabra, para mí tan grande y a la vez tan pequeña. Grande, porque mi madre era mi universo, y pequeño, porque éramos tan solo un sistema binario en órbita circular. Me resultaba fácil hablar de mi madre, no tanto del resto, que era poco,

apenas nada. Mi padre, nunca supe de él. Tampoco si alguna vez me quiso o si, por el contrario, era la hija no deseada de una noche loca y por eso nunca llegué a conocerlo. Mi madre rara vez lo mencionaba y si por una de aquellas se le escaba algún comentario se refería a él como *Ese Vil Espermatozoide*, así pues, ni su nombre de pila conocía.

En mi partida de nacimiento y el DNI solo era un espacio vacío al igual que el espacio que ocupaba en mi vida. Es un poco triste, así contado, y no era fácil a veces tampoco llevarlo bien. En el colegio no tenía una respuesta a preguntas tan triviales tales como cuál era su nombre o a qué se dedicaba. Sentía entonces una pena infinita; no iba a responder que mi padre se llamaba *Ese Vil Espermatozoide*. Los demás me miraban apenados y yo volvía a casa con el corazón afligido pidiendo explicaciones a mi madre, que siempre me respondía que no tenía un padre como tal y que ella debía bastarme. Me acostumbré, ¿no?, ¿qué iba a hacer? No me quedaba otro remedio. Ya de más mayor, empecé a usar aquel alias de mi progenitor para responder y siempre lograba impactar y provocar unas risas; yo reía por fuera, por dentro no me hacía ninguna gracia. Pero así fue. Pese a ello, siempre fui: primero una niña, luego una adolescente, y ahora una joven, feliz. Mi madre es sin duda la mejor madre que podría tener y, tal vez por ello, nunca eché en falta en realidad esa figura paterna que todos mis amigos tenían y parecían adorar. Aunque, he de admitir que, muchas veces, sentía una punzada de envidia cuando sus abuelos venían a recoger a mis compañeros a la puerta del cole, con sus abrazos y sus besos cargados de amor, o llegaban las fiestas tradicionales y mis amigos se reunían en familia, o eran vacaciones y se marchaban a pasar unos días al pueblito rural. Y ahora... de golpe y porrazo, yo tenía una *no* abuela muerta y un pueblito en los confines de Albacete.

Jimmy extendió la mano y la puso encima de la mía en un gesto reconfortante. Por un momento, ajeno a mí, me había quedado silenciosa mirando mi taza con falsa atención y él debió presentir que algo me aturullaba.

—¿Todo bien, mi amor? —me preguntó.

—*Of course*. ¿Me acompañarías a ese sitio?

—Me gustaría, reina, pero no puedo, mañana tengo turno de mañana en el bar.

Además de trabajar en *El Rey Peleón*, Jimmy era camarero. Y es que el negocio artístico está muy, pero que muy mal pagado, la verdad, y con el salario de bailarín no le llegaba para cubrir sus gastos mensuales.

—¿Vas a manejar tu carro? —añadió.

—Sí, claro, solo serán un par de días a lo sumo, y en tren no sé cómo estarán las combinaciones, puede llevarme horas llegar a ese pueblucho perdido de la

mano de Dios. Es que no sé ni dónde está.

Mi viejo coche era parte de la liquidación del alquiler del piso, ni Jimmy ni Samuel ni Osvaldo tenían vehículo, pero sí carnet de conducir y usaban mi Forito cuando les hacía falta o les daba la gana. Las normas eran sencillas, si las llaves estaban colgadas de la trompa azul del elefante que ornamentaba la consola de la entrada, entonces tenías *el car power*.

—Okey, me hará falta para el martes por la tarde, reina, tengo una *audisión* en la Secta para un nuevo programa de variedades.

Abrí los ojos al máximo, feliz por él. Una nueva oportunidad siempre era motivo de celebración.

—Qué bien, y ¿de qué se trata?

—De los míos, reina: bailar y *haser* coros.

—Pues tranquilo, que estaré de vuelta mañana por la noche o el martes por la mañana a más tardar —respondí, levantándome de la silla.

—¿Dónde vas? ¿Aún tienes hambre?

—No, voy por el móvil, lo he dejado cargando en la barra.

Suspiró dramáticamente y movió la cabeza a los lados con desaprobación.

—¿Qué? —le increpé.

—Nada, nada... —Hizo un gesto de tú a lo tuyo.

Exacto, yo a lo mío, fui a la barra y le pedí al camarero mi pPhone, que fui encendiendo mientras volvía a la mesa y tomaba asiento. Jimmy había sacado el suyo y leía y respondía mensajes con una sonrisa en los labios.

—¿Alguien nuevo desde que me fui?

—¿Me vas a escuchar?

—Pues claro —respondí introduciendo el código de acceso.

—He *conosido* a un estudiante de Bellas Artes que quiere retratarme desnudo.

—Ajá —dije, leyendo un mensaje de mi amiga Sofía, que se había mudado a Bolonia hacía un mes y siempre me escribía para tenerme al corriente. Había conocido a un turco que la tenía loca—. Ajá —dije, mientras le pedía que me enviara una foto del turco para hacerme una idea de cuán loca la volvía.

—Te odio.

—¿Qué? —pregunté sin levantar la vista de la pantalla.

—Que te odio.

—¿Por qué? —pregunté ahora mirándolo a la cara.

—Por eso que *hases*. —Señaló con desdén mi pPhone.

—Pero ¿qué hago?

—Ignorarme, Ali, ignorarme.

—Pero ¿estás tonto? No te ignoro.

—Estás obsesionada con él.

—Qué va, para nada. No estoy obsesionada —dije mirando de reojo hacia la pantalla, donde había saltado un aviso con un nuevo *wasapito* de Sofía.

—Responde, por mí no te cortes.

—Porque tú me lo pides.

Pues sí que era guapo el turco. Cuando estaba a punto de hacerle unas palmas y unos bailes con los *emojis*, me entró un nuevo mensaje. Esta vez de Jimmy.

«*El pintor se llama Salvador y es divino de la muerte.*»

Me hizo gracia su astuta treta y le respondí que me mandara una foto. Vi el aviso de *escribiendo...* y entonces me llegó una imagen. Era un *selfie* de Jimmy haciéndome una peineta.

—Serás cabrón. —Me reí levantando la vista hacia él, que mantenía estoico el dedo corazón alzado en mi dirección.

—Si es la única forma de que hables conmigo, lo haremos a tu manera, pero que sepas que no me gusta.

—Venga, vámonos, que tengo un montón de cosas que hacer antes de ir al entierro de la sardina. —Jimmy rompió a reír—. Como no llegue pronto, me voy a encontrar a mi *no* abuela hecha una momia —añadí, guardando el móvil en el bolso y poniéndome en pie.

—Ahora te entran las prisas —dijo, levantándose a su vez.

Me acerqué a mi amigo y lo abracé a la altura de la cintura. Es por donde le llegaba, más o menos.

—Venga, *cuéntame, ¿cómo te ha ido, si has conocido la felicidad? Háblame de lo que has encontrado, en tu largo caminar...*

—Está bien, está bien —me tapó la boca para callarme—, pero como te vea sacar el pPhone te lo meto por el culo.

—Y que me guste —le reté con una sonrisa.

—Estoy seguro de que te encantaría —me replicó con voz sensual.

—Por mi culo solo salen cosas.

—Pues tú te lo pierdes, monina. —Me guiñó el ojo.

—Exacto, yo me lo pierdo. Aunque... ¿sabes qué? Que como me aburría un poco en el vuelo y tenía tu Toblechone a mano, pues me he entretenido un poco con él —comenté con malicia.

—¿No serás *capás*? —Entornó los ojos, desafiante.

—No me tientes, reina mora.

***Highway to hell* o, lo que es lo mismo, rumbo a Villa Maravilla**

Siempre he detestado conducir, o *manejar* como decían mis compañeros de piso, así que tras llegar a casa, poner a cargar el pPhone, darme una ducha, abrir las maletas y vaciarlas sobre la cama (con la idea de hacer la colada a mi vuelta), llenar la más pequeña con algo de ropa de invierno y un par de bragas y calcetines, y alimentarme con una sopa de mijo con germinados y una ensalada prensada de col con aceite de oliva y limón (vaya, cómo había echado de menos mi dieta macrobiótica), me subí en mi viejo Forito Siesta, con matrícula de las antiguas, y fui dejando atrás el centro de Madrid con cara de pocos amigos.

Por el GPS sabía que Villa Maravilla estaba a unas tres horas de viaje y ese tiempo me lo iba a comer yo solita al volante. Aburrimiento mortal. Al menos no estaba muerta de cansancio por el *jet lag*, gentileza de los azafatos de Caribbean Lines y su pastillita tranquilizante para tumbar elefantes. Puse música para entretenerme y no pensar mucho, y algo de Lana del Rey comenzó a sonar. La escuché durante unas cinco canciones y mi ánimo se fue yendo a pique. Esta mujer es pura alegría y positivismo, lo que me faltaba a mí para hundirme un poco más en el pozo que estaba fabricando con mis pocas ganas de enfrentarme a toda esa gente desconocida y que me estaban esperando para oficiar un funeral de una *no* abuela que no había tenido ni el gusto ni el disgusto de nunca conocer.

Cambié el CD y puse uno de Marta Sánchez. Desde luego, mis compañeros eran todos unas divas, pero me valió para mi fin (yo y el inglés como que no hacemos liga). Me puse entonces a cantar a pleno pulmón, expulsando así mis demonios a golpe de diafragma, como siempre hacía, mientras surcaba la meseta en mi bólido bajo un cielo azul.

A la hora y media, decidí hacer un *kit-kat*, tenía que miccionar y consultar mi pPhone, que otra vez estaba a carga completa y listo para fusilarlo a *wasapitos* y demás. Paré en una estación de servicio y entré a toda mecha en un

baño y, tras limpiar el aro con papel higiénico, me senté a hacer mis cositas mientras consultaba las distintas *apps* sociales. Jesulín se había quitado un lunar de la entrepierna y Matamoros se había hecho un injerto capilar, telita, para que luego dijeran que internet era una pérdida de tiempo; gracias a Facepook y Twito vivía informada de lo que se cocía en el mundo.

Tras vaciar mi vejiga y empaparme de las últimas noticias, me puse otra vez en marcha, aún tenía una hora y media por delante y el sol comenzaba a caer a mi derecha. Es lo que tiene el invierno, días cortos, no eran ni las cinco de la tarde y la noche ya comenzaba a intuirse con sus apuntes anaranjados y rosados pincelando las nubes que sobrevolaban la línea rasa del extenso paraje que alcanzaba con la vista. La temperatura había descendido y el termómetro digital (era viejo, pero no antediluviano) del salpicadero apuntaba unos cinco grados. Tela de frío. Agradecí entonces llevar mi vellón negro a lo guardián de la noche en el asiento del copiloto.

Desesperada sonaba por tercera vez, y yo cada vez estaba más desesperada, la angustia de lo que se avecinaba me iba carcomiendo, cuando vi un desvío a Chinchilla. Según el *tontón* solo media hora de viaje restaba para llegar a mi destino. Unos kilómetros más adelante lo vi: el desvío a Villa Maravilla, doce kilómetros me separaban de mi *no* abuela muerta y ese mundo desconocido de gente lugareña adicta a los «*odos*» y las *tajás* de tocino (aunque yo en ese momento no era conocedora de tales cosas), o a saber qué podría encontrarme en ese pueblucho en medio de la nada, porque no había nada, o casi nada: campos y más campos, alguna pinada, una casucha desvencijada, un tractor... y a lo lejos en lo alto de los cerros: luces rojas, diminutas e intermitentes. ¿Qué era aquello? Eran inquietantes. Parecían ojos demoniacos observando la noche.

¿Dónde narices me había metido? ¿Había surcado los límites de la realidad y había entrado de lleno en la trastornada mente de Stephen King? O tal vez, ¿estaba llegando al Muro y aquello eran las antorchas de los guardianes de la noche? Lo que bien pensado, no era algo tan horrible después de todo; soñaba con conocer a Kit Harington, que se prendase de mi belleza española y llevármelo al huerto. ¿O quizá...?

Estaba en medio de montarme otra película de las mías, cosa que no ayudaba a tranquilizarme, cuando a lo lejos vislumbré unas luces azules. Joder, ¿qué era eso? ¿¡Qué era eso!?! ¿¡¡Qué era eso!!?! Había aminorado la marcha acojonándome por momentos. Esto era *Encuentros en la tercera fase* y me iban a abducir los extraterrestres manchegos. Alguna vez había escuchado de su existencia, pero siempre creí que era una leyenda urbana de esas que pululan en las creencias populares.

Avanzaba en primera, no me quedaba más remedio, pero no podía dar la

vuelta y escapar, ¿hacia dónde? ¿Hacia la infinidad de la noche donde acechaban múltiples peligros? Solo me quedaba seguir adelante y que ese dios de los cielos en el que no creía se amparase de mí.

Las luces cada vez estaban más cerca. Un ser alargado como un ciprés saludaba a la noche en un gesto repetitivo. Me pasé la mano por el cabello alborotándome todas las greñas, con la esperanza de que el alienígena no me encontrase de su agrado y desistiera de su idea de copular conmigo y usar mi útero para experimentar con el mestizaje de especies. Pero aquello era hipnótico, y yo me acercaba, y me acercaba, y me acercaba, sin poder resistirme. Entonces supe que haría todo lo que aquel ser quisiera hacer conmigo; tendría alguna sustancia parecida a la burundanga y me haría el amor entre los rastros, arrancándome la ropa y hundiendo el tridente (porque ese ser no podía tener un pene normal; tendría un trifásico), inseminándome de millones de espermatozoides con forma de ETs y me quedaría preñada de un engendro que crecería dentro de mí hasta desgarrarme la barriga como *alien* igual que en la película homónima.

Seguía a lo mío, alucinar sin necesidad de fumarme nada, cuando las luces cogieron forma de vehículo de la Guardia Civil y el ser alargado se tornó color verde caqui.

Ya casi lo tenía encima. Después de todo era un ser humano, para ser más precisa: un *picoletto* con un *pingote* de esos, dándole arriba y abajo. Nunca me habían hecho «un alto», no sabía si eso significaba seguir o parar, así que opté por lo más sensato en esos casos: seguir mi camino a paso tortuga mientras observaba su gesto impasible a través de la ventanilla.

Empezó a mover el *pingote* con más brío y me hice un lío tremendo. ¿Eso era darle gas o párate ya mismo o te acribillo con mi pistola reglamentaria? Las dudas me iban a matar sin necesidad de tiroteo. El coche empezó a *perchear*, fruto del incesante baile de mis pies sobre los pedales y terminó calándoseme unos metros más adelante del guardia civil, que se acercó con paso decidido hasta mi ventanilla y la golpeó con los nudillos urgiéndome a que la bajara. La bajé, qué remedio. Era eso o un tiro en la cabeza. Hacía un frío tremendo.

—¿Es que no me ha visto, señora? —preguntó entre una nube de vaho, apuntándome la cara con una linterna, que me dejó ciega al instante.

—¿Es que no me ha visto usted a mí, señor agente? —Me hice una visera con las manos para poder enfrentarme a su rostro.

—No soy un agente —me replicó con malas pulgas—, ¿y por qué dice eso?

—¿El qué?

—Lo de que si no la he visto. Es evidente que la he visto y le estaba haciendo un alto reglamentario.

—Perdone, usted, pero no lo tenía claro, movía el *pingote* de una forma algo confusa.

—Ah... ¿es que me va usted a dar clases de cómo mover el *pingote*?

—Que Dios me libre, hace usted muy bien su trabajo.

—¿Usted ha bebido, verdad?

—Pues sí.

—¿Y me lo dice así? —preguntó desconcertado.

—¿Qué pasa? Tengo por costumbre beber tres litros de agua al día. Va fenomenal para la piel y el funcionamiento de los órganos vitales. Bueno, eso me ha dicho Emilio.

Me miró con curiosidad.

—¿Y quién es Emilio?

—Mi entrenador personal.

Achicó los ojos entonces y paseó la linterna por el interior del vehículo.

—¿Viaja sola?

—Con mi vellón.

—¿Quién?

—Nada, era una broma.

—Me parece que usted se está tomando a pitorreo este control.

—No. Para nada —dije con deferencia.

—¿Le importaría hacerse la prueba del alcohol?

—No he bebido alcohol.

—Entonces, seguro que no le importa —comentó y una especie de apunte de sonrisa maliciosa se esbozó en su boca.

—Está bien, ¿qué tengo que hacer? ¿Salir afuera y andar en línea recta con el dedo en la nariz?

—Por ejemplo.

—Está bien, lo haré si así se queda contento.

—No es cuestión de que yo me quede contento o no, es su deber obedecer a las autoridades si se lo exigen.

—Bueno... eso seguro que es discutible.

—¿Cómo dice, señora?

—Y dale.

—¿Dale, con qué?

—¡Con lo de señora!, es evidente que soy una mujer joven, soy más bien una señorita.

—Está bien, veamos cuánto. ¿Puede mostrarme su documentación?

—¿En serio?

—Muy en serio. —Extendió la mano en mi dirección.

El guardia civil me estaba empezando a exasperar, a santo de qué me hacía un control, era más que obvio que estaba sobria. De mala gana saqué el DNI de la cartera (esa foto no me hacía justicia) y se lo puse en la mano. Lo examinó por unos segundos bajo la luz de la linterna.

—Señorita, haga el favor de salir del coche —dijo devolviéndome el carnet.

—¿Es realmente necesario? Hace mucho frío.

Se rascó la morena y bien recortada barba, sin quitarme el ojo de encima.

—Salga del vehículo. —Se apartó de la puerta y me hizo un gesto para que me apeara del coche.

—Si me lo pide «por favor». —Le sonreí zalamera, tratando de ganármelo un poco.

Puso los ojos en blanco y respiró hondo.

—Por favor.

Me bajé del coche y me encaré con él. Era alto, bastante alto. Yo mido un metro con sesenta y tres y él me sacaba una cabeza por lo menos. Además, era guapo, demasiado guapo para llevar un arma encima (yo me dejaría cachear sin oponer resistencia por un tío así), y tenía los ojos oscuros como la noche y un cabello espeso en consonancia del mismo tono. Yo soy medianamente guapa, aunque muy resultona, tengo unos ojos pardos grandes de largas pestañas, y un buen par de tetas, que no dudo en usar para costearme copas gratis cuando salgo de marcha. Como había bajado sin mi vellón, tenía el poder del escote de mi parte y le apunté con él sin contemplaciones. Cada cual tenía sus propias armas.

—¿Y ahora? —Me puse en jarras, sacando pecho.

—La prueba de alcoholemia —respondió sin inmutarse.

—¿Qué hago, andar en línea recta y ya está? —pregunté, poniéndome más derecha que un palo de escoba y extendiendo los brazos ilustrando al Cristo de la Buena Muerte, que no sé yo qué tiene de bueno que te torturen en una cruz.

—Usted ve muchas películas, ¿verdad?

—Así es, ¿cómo lo ha sabido?

—La prueba del alcohol se hace con un alcoholímetro.

—Lo suponía, pero como me ha hecho salir del coche y eso se puede hacer dentro, tenía ya mis dudas, y más tratándose de territorio albaceteño.

Parpadeó confuso, luego preguntó levantando una ceja suspicaz:

—¿Y qué pasa con Albacete?

—Pues que no sabía yo si esa tecnología punta habría llegado todavía aquí.

El guardia civil negó lentamente con la cabeza mirándome mal, pero que muy mal. Fatal. Fatal.

—¿Me está tomando el pelo? Porque le aviso que eso puede ser motivo de detención.

Guardé silencio y le dirigí una sonrisa de disculpa.

—Perdone, es que se me va la lengua cuando estoy nerviosa.

—Tranquila, es un control rutinario —dijo, pero no conseguí calmarme, el tono de su voz no era convincente—. Solo tiene que soplar por la boquilla.

—Está bien, deme ese cacharro.

—Voy por él. —Me dio la espalda y se marchó con largas zancadas. Seguí su culo hasta que se perdió por detrás del vehículo oficial. Al poco volvió con el artilugio en la mano y me lo entregó, junto con una boquilla precintada.

—¿Qué hago? —pregunté.

—Saque la boquilla del envoltorio y póngala en el orificio del alcoholímetro, luego coja todo el aire que pueda y expúlselo hasta el final.

Hice lo que me pedía y me puse en posición de soplar ante su atenta mirada. Soplé fuerte, pero me salió una especie de pedorreta, que me hizo reír tontamente. Recuperé de inmediato la compostura ante su gesto grave. Vaya, se tomaba muy en serio su trabajo este *picoletto*... guaperas. Porque era guapo, de verdad de la buena. Cuanto más lo miraba más guapo me parecía. Y ese gesto suyo, tan formal y tan profesional, me estaba poniendo bastante nerviosa y el filtro me estaba fallando por momentos. Hinché de nuevo el pecho como un gorrión y repetí el protocolo. Esta vez me salió una trompetilla, y me tapé la boca para no descojonarme allí mismo.

—Perdone, pero es que no me sale.

—No importa, podemos estar probando toda la tarde hasta que termine mi turno. —Consultó su reloj de muñeca entonces e hizo una mueca de fastidio.

—Pero ¿es que no tiene a nadie más a quién parar?

Ante mi estúpida pregunta se le escapó una media sonrisa, que pronto se apresuró a esconder; desde que había ordenado mi alto, no había pasado ni un solo coche por esa carretera salida de *La matanza de Texas*.

—Pues ya ve que no.

—Debe aburrirse muchísimo en su trabajo —rumié entredientes.

—Sople.

Por favor, qué sieso era.

—Ya voy. —Levanté las manos en son de paz.

Y otra vez hice prueba fallida.

—En serio, nunca he visto nada igual —se mofó.

—¿Me está llamando inútil?

Levantó las palmas y dijo:

—Que Dios me libre.

Lo miré mal, más que mal.

—Es que es mi primera vez.

—Mire, es fácil.

Me arrebató el alcoholímetro de la mano y se lo puso ante la boca, llenó de aire los pulmones y lo soltó como un bisonte, sin llegar a tocar la boquilla en ningún momento (por higiene, claro, no porque yo le diera asco).

—Pero has hecho trampa —me reí—, tú no has soplado en el cachivache.

—No puedo usar su boquilla, no sería higiénico, podría usted contagiarme una enfermedad.

—¡O tú a mí, no te jode!

Negó con la cabeza de nuevo, entregándome el aparato.

—Otra vez.

Lo rehusé con la mano.

—Pues demuéstremelo con otra nueva, es que no me sale, de verdad te lo digo.

Se llevó la mano a la frente y sacudió la cabeza de puro agotamiento.

—¿Venga? Es tu deber, ¿no? —le insistí, viendo que no decía nada.

Me miró guardando silencio por unos segundos, mientras se pensaba una respuesta, al fin dijo, cruzándose de brazos:

—No, no lo es. Es su deber soplar correctamente.

—Bueno... pues ya que insistes tanto, lo intentaré, aunque no te prometo nada.

—Adelante—. Me hizo un gesto con la mano.

Lo hice y esta vez la ejecución fue correcta. Me puse tan contenta que empecé a dar saltos, y luego el meneíto, y luego la batidora, y luego la corriente, como si hubiera ganado un premio instantáneo de lotería, e incluso tuve muchas ganas de abrazar al guardia civil guaperas, pero no lo hice, no era plan.

—¿Qué tal? ¿He dado positivo? —le pregunté entusiasmada cuando terminé mi particular celebración, que él observó con su cara formal y sin pestañear (lo tenía alucinado con mi superbaile, fijo, fijo).

—No.

—Lo ves, te dije que no había bebido —afirmé con orgullo.

—Entonces ¿esto es normal en usted? —dijo, dedicándome por primera vez una sonrisa.

—Se ve que sí. ¿Puedo irme ya?

—Por supuesto

—Voy a Villa Maravilla, ¿me queda mucho para llegar?

—Cinco minutos en línea recta por esta carretera. No tiene pérdida.

—Genial... pues nada me voy. —Fui reculando hasta la puerta de mi coche.

—Pues adiós. —Inclinó la cabeza a un lado.

—Pues chao. —Le sonreí mientras abría el portón sin perderlo de vista.

Levantó la mano para despedirse, pero sin moverla, en plan indio, mientras entraba en mi Forito.

—¿Se queda mucho tiempo? —me preguntó en cuanto puse la mano en la puerta para cerrarla.

Me volví hacia él para responderle.

—Mañana me voy. He venido solo de visita.

—Muy corta.

—Eh... sí. Bueno... me marchó.

—Adiós—. Se acercó al coche en un par de zancadas y plantó la mano sobre el portón manteniéndolo abierto—. Un placer haberla parado, señorita.

—Pues sí... ¿no? Un placer haber hecho la prueba del alcohol para *ti*, ha sido muy instructivo, seguro que puedo usarlo para algo. —Le hice el gesto universal de *touché*.

—¿Sabes? Tu cara me es familiar —dijo apuntándome con el dedo. Vaya, por fin me estaba tuteando. Era duro de pelar *el Picoletto Guaperas*, pero al fin había caído en mis encantos.

—Tengo una cara bastante común —dije sin darle importancia. Esto me pasaba cada dos por tres y siempre proporcionaba la misma respuesta ensayada para quedar bien.

—Sí, tu cara me suena.

Chasqueé la lengua.

—No, lo siento, te has equivocado.

—¿Cómo?

—Que no, que no es de *Tu cara me suena*. Es de *Por tu cara bonita*.

Me miró extrañado.

—No te entiendo.

Solté una carcajada incrédula.

—¿No te dice nada esa frase?

Se rascó la barba, pensativo.

—No, la verdad es que no.

Vaya, qué decepción.

—Da igual... entonces. Un placer, señor guardia civil. Tengo que irme, me esperan hace mil. La vieja estará a punto de momificarse.

Puso los ojos en blanco y se tocó la visera de la gorra antes de cerrarme la puerta y golpear el techo para que me pusiera en marcha.

¿Susto o muerte?

El *tontón* había funcionado a la perfección hasta el encuentro con *el Picoletto Guaperas*, pero a partir de ahí se había quedado mudo (o muda, era una voz de mujer robotizada), y yo no hacía más que mirarlo de reojo presintiendo que algo malo le estaba pasando a mi pPhone. Estiré el índice y lo deslicé por la pantalla para comprobar si estaba encendido. Se iluminó, por tanto, sí lo estaba. Suspiré de alivio. Que se quedara sin batería me provocaba bastante ansiedad, a decir verdad, y procuraba siempre llevar el cargador encima por si se agotaba en el momento menos indicado que, por supuesto, era cualquiera. No había un buen momento para que yo me quedara incomunicada del mundo exterior.

En esas estaba, cuando unas luces típicas de los pueblitos pequeños brotaron al frente. Eran diminutas y estaban repartidas salpicando la oscuridad aquí y allá, como si entre unas y otras distaran metros y más metros, señal de que eran luces pertenecientes a casitas adosadas o aisladas. Podría haber sido algo adorable, o algo precioso, o algo idílico... casi de belén navideño, con sus palmeras, y su nieve, y su puente, y sus ovejas, incluso su *caganer*^[1]... pero cuando tomé la vía principal (por llamarla de algún modo poco controvertido) pude comprobar que no era ninguna de esas cosas estupendas. Era todo lo contrario. Aquello era un pueblucho feo, feo, feo... feo hasta decir basta. Ya podía haber sido del rollo de Alcalá del Júcar, o de Albarracín, o de Ronda... pueblos en los que no había estado, pero de los que había escuchado hablar maravillas a gente que sí los había visitado. Pero no. Aquí solo se veían y mal, porque la luz era un bien escaso, casonas encaladas y llenas de desconchones, con ventanas descascarilladas cerradas a cal y canto.

Lo odiaba y aún no había puesto ni un pie en sus calles adoquinadas y rompe-tacones (adiós a mis *stiletto*s color negro, ideales para un funeral). Las luces que había visto desde la carretera provenían en su mayoría de las pocas farolas que alumbraban aquel lugar inhóspito. Eran de esas grises e industriales agarradas a las fachadas de las casas feunas, con cables y más cables asomando

por debajo de los tejados. Me recordó esas pelis clásicas del oeste americano donde los portillos de las ventanas se cierran enérgicamente al paso de los forasteros. Casi pude escuchar el toc-toc-toc... mientras circulaba lentamente buscando la calle del Cerezo, ya que al no tener el *tontón* en *on* tenía que usar mi propia intuición o encontrar, en su defecto, a un amable lugareño que me indicara la ubicación de la casa de mi *no* abuela muerta.

Un escuadrón de señoras vestidas de cucarachas y velo negro fue más que suficiente para advertirme que estaba llegando al lugar donde mi *no* abuela yacía como un palito de surimi congelado. No tuve más que seguir las, hasta un gran portón de madera pintado de verde por donde desaparecían una tras otra como monedas en una tragaperras, para saber que había llegado a mi destino.

Nada más detener el coche, no hizo falta aparcarlo, porque si algo bueno tenía ese pueblucho era la abundancia de plazas libres, toda la calle, cuan larga era, no mucho, para mí solita, cogí el pPhone y lo desbloquéé. Antes de entrar en aquel cucarachero humano, tenía que enviar unos *wasapitos* para avisar de mi llegada y consultar mis redes sociales.

No podía creérmelo. Una sola rayita de datos. Volví a mirarlo con los ojos abiertos como platos para cerciorarme.

¡Nooooo!

¡Ni una sola rayita!

Me quería morir allí mismo. Pero ¿qué era este sitio? ¿El maldito infierno? Ni eso. Estaba segura de que en el infierno, de existir, habría una conexión a internet bestial para que todos los penitentes visionaran en un ciclo sin fin el canal YouTube de Satan Rex, las veinticuatro horas del día, siete días por semana. No podía imaginar peor castigo que ese, la verdad. Pedazo machista neandertal con más de cien mil *youtufeseguidores*.

Era pronto para llamar a mi madre, así que llamé a Jimmy para informarle de que había llegado sana y salva. No me respondió. Por tanto, sin ningún pretexto ya, había llegado el momento de hacer frente a mi cometido en este lugar que odiaba desde el minuto uno y al que nunca volvería ni aunque me pagaran por hacerlo.

Tomé aire antes de bajar del coche y quedarme mirando desde aquella posición, presa de los nervios, por espacio de un minuto aquel portón siniestro, cubierto en el interior por una cortina retro-*vintage*-antigua, todo a la vez.

Unas *cucas* rezagadas entraron, andando con sus zapatillas típicas de abuelas que toman Orinil para la retención de líquidos en pies y pantorrillas. Aquí se tomaban muy en serio eso de morirse, dadas las vestimentas de aquellas mujeres. Caí entonces en la cuenta de que yo no iba vestida para la ocasión con mi chaleco de vellón que, aunque era negro, me daba un aspecto de cabaretera

impropio para un evento tan serio. En ese momento eché de menos el maletón de Jimmy con todos sus atuendos según el momento del día. Lo cargaba a todas partes para no ir igual que el resto en las audiciones. No obstante, esta ocasión requería ir igual que las demás personas. No me imaginaba entrando a conocer a mi *no* abuela... más bien, lo que era el envoltorio de ella, con unas plataformas y un abanico de plumas. El momento iba a ser frío, y tanto que lo iba ser, frío glacial.

Aparté la cortina, crucé el porche y entré en la vivienda. Un fuerte olor a crisantemo y cirio pascual mezclado con humedades invadió mi pituitaria. Las abuelas de luto, que había visto antes, rezaban un rosario con la cabeza gacha en unas sillas bajas de madera con asiento de esparto.

—Buenas tardes —musité, pero ninguna me hizo caso, ellas a lo suyo, así que seguí por el pasillo hasta llegar a la siguiente sala que, para mi sorpresa, estaba llena de gente charlando alrededor de una especie de refrigerador color marrón bellota—. Hola, soy Alicia. —Levanté los brazos para llamar la atención sobre mi presencia.

Una de esas señoras, me miró y vino hacia mí.

—¿Alicia? Oh, gracias que has llegado. —La mujer de unos setenta años mal llevados y redecilla en el pelo me abrazó con fuerza, impregnando mi chaleco vellón de un olor rancio a pachuli pasado.

—Sí, bueno, ya estoy aquí, y veo que lo tenéis todo bajo control.

—No te creas, hemos tenido un pequeño percance con esta *vávula* de aquí. —La señora, que supuse era Domitila, me agarró la mano y me acercó al arcón marrón—. Agáchate, *mumacha*. ¿La ves?, pues se ha atascado y no *vías* cómo está tu abuela de escarcha, parece *Copito de Nieve* que en paz descansa. —Y se santiguó.

—Pero era lo que querías, ¿no?, que se conservara.

—Santo Dios bendito, pero no hasta el punto del ultracongelado. Hemos tenido que cerrar la tapa porque a la Emilia le recordaba a una *pilícula* que vio en casa de su hijo en Almansa, *Viven*, dijo que se llamaba.

—Bueno, pero yo quiero ver a mi abuela, quiero abrir la tapa, decirle adiós e irnos para el cementerio.

—Pero *mumacha*, ¿al cementerio, a estas horas? Eso ya será mañana por la mañana, cuando don Anselmo vuelva a la villa a dar la misa.

—¿Don Anselmo?

—El párroco. —Negó con la cabeza—. ¿De qué lugar vienes, *mumacha*? Estás como descolocada. ¿*Ties* hambre? Te he sentido el rugir de tripas nada más verte, ven a la *cocinuca*, que te preparo *agora* mismo un chusco de pringue que te rellene un poco ese cuerpo-escoba que tienes.

—¿Cuerpo qué?

—*Chacha*, No *paeces* manchega, con lo *manchegota* que era tu abuela.

—Un momento. —Tuve que frenar a ese proyecto de cardado andante—. Domitila, ¿verdad? —La señora asintió con cara de asombro y brazos cruzados—. No tengo hambre y si lo tuviera, solo como cosas macrobióticas o afines en su defecto. En segundo lugar, ¿a qué hora viene mañana don Anselmo? Y lo más importante, ¿dónde voy a dormir yo? —la acribillé a preguntas.

—*Chacha*, por un momento me has recordado a tu abuela, qué carácter, *pareciera* que se hubiese levantado de ese cacharro congelador.

—¿Y bien?

Aquella señora esperpéntica no respondía a mis preguntas y estaba empezando a impacientarme.

—Don Anselmo pasará a eso de las once, porque antes tiene que recoger en la furgoneta del Amancio a las devotas de la Virgen de Cortes y cargar los estandartes, péndulos, *vestas* y velones. A las ocho, tienes que estar en pie para apagar el ataúd refrigerador y tener a tu abuela descongelada para pasarla a la caja de pino que está guardada en su cuarto, yo vendré antes para echarte una mano con las gestiones previas al entierro, la comitiva va a ser grande y *ties* que aprenderte la canción de la cofradía.

—¿Estás de broma, verdad, Domitila?

—¡Santa madre, de broma dices! ¿Cómo son los entierros allí de *ande* vienes?

—Pues no tengo ni idea, porque jamás he tenido que asistir a ninguno.

—Bueno, tú no padezcas por nada, que ya estoy yo aquí para ayudarte. —Me tendió su ajada mano, pero yo solo se la estreché tal cual hubiera hecho con algún productor de cine—. Dormirás aquí, esta es tu casa, al fin y al cabo. Si *quies* te preparo la cama de tu abuela, o si lo prefieres tienes otra habitación al fondo con una cama de cuerpo y medio.

—Casi que prefiero esa de cuerpo y medio.

—Como quieras. —Me miró con desprecio, como desaprobando que no quisiera dormir en la cama de alguien que acababa de morir en ella.

—No me da asco ni nada, pero es que me parece demasiado pronto para usurpar de esa manera la intimidad de mi abuela —me intenté disculpar ante aquella mirada inquisitoria. A decir verdad, toda esta gente en su hábitat natural daba un mal rollo que te cagas.

—Ya, tranquila, a mí no me gusta criticar, Alicia, ni una *miaja*, Dios me libre de hablar de nadie, ni un *poquismo*. —Y volvió a clavar sus ojos en los míos, como esperando una respuesta, a no sabía qué, salir de mi boca.

—Me parece una muy buena filosofía de vida. ¿El baño?

—Al fondo, junto a tu cuarto. —Se quedó con el dedo extendido en dirección del supuesto baño (y digo supuesto, porque bien podría estar mandándome a un cuarto de torturas manchegas, que a mí ya nada me extrañaba).

Entré en el aseo, que resultó ser: un metro cuadrado con un váter sin tapa, un lavabo diminuto del que salía un chorrito de agua casi congelada y una especie de pila-ducha con la alcachofa más calcificada que la lavadora del anuncio de Cagón.

—Respira, Alicia, solo pasarás aquí una noche —me dije a mí misma, mirándome en aquel espejo de mano colgado de un alambre en la pared de yeso húmedo, y me lavé las manos y la cara, solo con agua, porque la pastilla de jabón el Guepardo me daba tiricia solo de mirarla.

Dejé mi maleta sobre la cama que me daría esa noche el soporte vital básico, y el colchón se hundió hasta prácticamente el suelo con el peso. Fui a mirar de qué tipo de material era aquel somier y mis ojos quedaron tan abiertos que noté como empezaban a secarse por el frío ambiente de la sala. Era una mera estructura de hierro endeble entrelazado como un panal de abejas, roído por el paso del tiempo y más endeble que un pelo atacado por un láser diodo. El colchón ni siquiera tenía una forma cuadrada, estaba como abollado por todas partes y estaba relleno con una especie de baturrillo duro y rasposo.

—Es un colchón de *pellorfas* y *cascarulas*. —Una voz chirriante apareció de la nada y me acojoné pensando que era la de mi abuela venida del más allá.

—¿Abuela?

—Sí, nieta, llevo toda la vida esperándote y he tenido que fallecer para conocerte.

—No sabía de tu existencia, hubiera venido antes —mentí, presa del miedo, y la voz empezó a carcajearse con muy mala baba.

—Perdona, hija mía, soy la Salomé, no me pensaba yo que creyeras en espíritus. —Miré hacia la puerta y allí estaba, una señora de un metro cincuenta con el cardado tipo olla típico, visto lo visto, de la zona—. No quería asustarte y menos en esta situación tan grave. Pobrecina, ¿estás triste por la pérdida de tu abuela? Era una gran mujer, muy respetada en el pueblo.

—Qué susto me ha dado, señora.

—Oh, lo siento de verdad, hija mía —sonríó con una hilera aterradora de muelas—, es que tengo que ir al escusado y tenía que pasar por tu alcoba.

Tras esa breve conversación, aún recuperándome del susto, nos quedamos en silencio sin saber de qué más hablar, interfiriendo entre las ganas de quedarme sola y la anciana vejiga de la Salomé pidiendo auxilio.

—Hija, *debieras* salir y saludar a todas las *playideras* de la sala, eres la

nietisma, y la gran heredera de media Villa Maravilla. Sal y haz lo que *ties* que hacer.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer, Salomé? En confianza le digo, que no tengo ni pajolera idea de qué se hace en estos casos... ni siquiera conocía a mi abuela.

—Pues ahí *mesmo* tienes una foto. —La Salomé me señaló hacia un rincón de la habitación donde colgaba una foto antigua.

Me acerqué curiosa para conocer al fin el aspecto de mi abuela en vida y di un respingo cuando la tuve de frente.

— ¡Ay, Dios mío, la yaya, si parece el Joker!

—Pues bien *apañá* que era de moza, le quitó el novio a la Paca, que era la más cotizada por las tierras de sus padres en Conejillo del Montejo —dijo la Salomé visiblemente a punto de explotar como una bombona de butano—. Sal, reina, y reza por tu abuela.

—Está bien, enseguida voy —le dije acercándome con ella a la puerta para invitarla a salir del dormitorio—. Miccione usted, en paz, Salomé —añadí, cerrándole la puerta en las narices mientras ella me miraba sospechosamente (más tarde supe que la palabra correcta en la región era «orinar»).

Aproveché que estaba sola y ya era la hora oficial de comunicación madre-hija para hacer la sagrada llamada a mi progenitora e informarle de que había llegado sin perderme ni una sola vez. No quiso preguntarme mucho sobre lo que aquí me había encontrado y yo tampoco insistí en darle detalles.

Tras eso me tomé un buen rato en deslizar tristemente el dedo por la pantalla comprobando la ausencia de vida cibernética en mis *apps*. Mi pPhone estaba muerto, ni una sola notificación desde las siete y cuarenta y siete. ¿Por qué narices me había quedado sin datos ahora? Las horas que me quedaban por estar aquí iban a ser un suplicio, mirando un congelador fúnebre, acompañada de carcamales con velos negros, aislada de mi mundo... Menos mal que mañana volvería a Madrid. Podía soportarlo o, al menos, eso quería pensar. Eché un vistazo a mi alrededor y me llené de más apatía si cabía; era un zulo al estilo celda de monja, incluso tenía un crucifijo de madera colgado de la pared sobre el cabecero.

Me puse sobre el vestido de escote vertiginoso, que levantaría las cejas de todas aquellas señoras, algo menos llamativo que mi chaleco: una rebeca negra multiusos de Tara, y salí con el ánimo arañando el suelo de aquel cuarto queapestaba a rancio, dejando por primera vez desde hacía ni sabía cuánto mi pPhone abandonado sobre la mesita de noche.

La Domitila me avisó con unos golpes en una silla de que el asiento estaba libre, y me senté a su lado, a sabiendas de lo orgullosa que estaba esa señora de

redecilla de ser la encargada oficial de la *nietisma*. Así me lo había hecho saber la Salomé antes de apresurar sus pasos al baño con un «A mí no me gusta de hablar, pero a la Domitila se le está hinchando el pecho como a un gorrión.»

—Vamos a rezar por el alma de tu abuela, Alicia, que Dios se la lleve consigo. —Acto seguido, bajó la cabeza y comenzó a rumiar un rosario.

La miré sin saber qué hacer, y luego a la señora del velo negro que tenía delante, y luego a la de al lado con medias calcetín color carne enrolladas a la altura de los tobillos, y luego a la siguiente, que parecía ser más joven y tenía un cardado ideal para pillar canales internacionales, y después a su vecina, que parecía calcada a la primera... Era una vista horrible. Todas tenían las cabezas gachas y rezaban tan rápido que parecía que *El vuelo del moscardón* estuviera sonando por unos altavoces de ultratumba. La Domitila me cogió la mano y clavé los ojos, con miedo, en ella.

—Reza, Alicia, reza.

¿Y qué iba a hacer? Pues lo que siempre mi madre me decía que se hacía cuando se llegaba nuevo a un sitio con costumbres arraigadas: «Donde fueres, haz lo que vieres». Así pues, agaché la cabeza y me puse a recitar las tablas de multiplicar una tras otra.

En esas estaba cuando mis tripas hicieron su entrada triunfal rompiendo aquel sopor.

—¿De verdad que no *ties* hambre? Pareces una aguja de molde. —La Domitila levantó la vista hacia mí.

—Un poco sí, la verdad, para que nos vamos a engañar.

—Si ya lo sabía yo. —La Domitila se sacó de debajo del sobaco un trozo de algo envuelto en papel de estraza—. Ten, un chusco de pringue con la última *tajá* que frío tu abuela.

Me lo entregó como si se tratara de una reliquia, estaba caliente y blandengue debido al lugar de conservación del mismo. En cualquier otra ocasión no me hubiera comido jamás un bocadillo sacado de debajo del sobaco de una señora con olor a rancio y desconocida higiene corporal, pero el hambre y los nervios me estaban atacando con lanzas de acero el estómago.

Lo miré primero con repulsión, pero, haciendo de tripas corazón, le di el primer bocado y... vaya sorpresa.

—Pero ¿qué es este invento? Está buenísimo.

—¿Lo ves?, vete tú a saber qué comerás. Es pringue casero, aquí lo aprovechamos todo.

—¿Y dónde puedo comprar algún bote de esto para llevarme a Madrid? Seguro que, a Jimmy, a Samuel y a Osvaldo, les gusta.

—¿Qué bote ni qué bote? Es grasa, hija mía, la que queda en las sartenes

después de freír cochino. La solidificas y luego pasas el pan para llevártela toda como si fuera betún, delicia pura.

En ese momento, empezó a azuzarme de nuevo el estómago, pero no de hambre, sino de angustia. ¿Grasa, cochino, betún y sartén? Me estaba comiendo lo que quedaba en las paellas tras freír grasas *trans* por un tubo, esa especie de manteca dura con sabor a bar de fritangas directamente en un trozo de pan de hogaza, galipote del bueno... «Deja de pensar, deja de pensar.» Estaba a punto de echar la pota, cuando una señora, que acababa de entrar en la sala con un «buenas» susurrado, se acercó a darme el pésame.

—*Mumacha*, qué pena más grande. Te acompaño en el sentimiento. —La mujer se quedó esperando que me incorporara para darme un emotivo abrazo, pero, si me levantaba, la pobre abuelita correría un riesgo innecesario.

—Alicia, dale un beso a la Juana —me dijo la Domitila entredientes, dándome un codazo en las costillas que me provocó el conato de una arcada—. Pero ¿qué te pasa, chiquilla? Levántate de una vez y haz lo que te digo. Estás quedando mal. —La Domitila sacó entonces su fuerza bruta y de una brazada me levantó de la silla, incorporándome como a una marioneta frente a la Juana que esperaba con los brazos abiertos y los ojos cerrados su ansiado abrazo.

Pero el impulso provocó lo inevitable, un torrente de jugos gástricos aderezado de migajas de bocata de pringue sin digerir salió disparado desde mi estómago derecho a mi boca y tuve que hacer lo impensable: reprimir todo aquello, presa del asco, y tragármelo *todito* para que no duchara la cara de la pobre Juana con una lluvia de meteoritos semisólidos y convertirla en la versión escatológica del videoclip de Miley Cyrus. Bien por mí. No obstante, lo que sí que no pude reprimir fue el eructo digno de un cabestro que me vino milésimas de segundo después.

—¡*Odo!* —gritó la Domitila, llevándose las manos a la redecilla.

—Lo siento, lo siento mucho... ha salido sin querer.

—¡*Agora, escarpia! Ma tú, piazo regüeldo ma soltao* en todica la cara. ¡Esta es tan gorrina como su madre! —gritó la Juana, que tenía un *paluego* de morcilla en medio de las palas.

—¿Qué es lo que ha dicho? —pregunté calentándome y convirtiéndome en la masa manchega.

—Lo que has oído, gorrina tu madre y gorrina tú. —La Juana lo soltó con un par de ovarios sin moverse un milímetro de su posición.

La miré con mis ojos de chihuahua estresado y, con todas mis ganas, le solté un soplamocos que la dejó sentada como a un muñeco de ventrílocuo en el suelo de baldosas roídas.

La Domitila se puso en pie de un salto para auxiliar a la Juana.

—¡Madre del amor hermoso! Restituta, ven a levantar a tu madre y llevarla al hospital, seguro que se ha vuelto a romper la cadera.

A la orden, se montó un revuelo de abuelas. No podía clasificarlas por edades, todas parecían tener entre sesenta y mil años. Andaban como pingüinos aturullados dando vueltas al congelador y a la Juana que seguía sin moverse y sin articular palabra ni gesticular. La levantaron y nadie, ni su propia hija ¿Prostituta?, me reprochó que la hubiera dejado K.O. en el suelo. Se había ganado el sopapo con todas las de la ley y supongo que el resto de las señoras también lo creían. Pude incluso divisar alguna mirada disimulada de reconocimiento, como si le tuvieran ganas a la vieja arpía insolente.

—No te preocupes, Alicia, la Juana es muy *camorristera*, cinco peleas lleva este mes, pero no hay manera de que escarmiente —me susurró la Domitila al oído mientras entre todas se llevaban a la Juana en volandas como si fuera un santo, dejándonos solas en el velatorio.

—Me ha sacado de mis casillas —me excusé, sentándome de nuevo en la silla sin mirar. Una pena, de haberlo hecho no me hubiera sentado sobre el bocadillo de pringue ni me hubiera manchado de grasas *trans* mi vestido negro de Hoss Extropicia, que quedó hecho un estropicio.

—Ainsss, con lo bonito que era. Esto me lo llevo yo a mi casa *agora* y mañana mismo lo *ties aviao*.

—Te lo agradezco mucho, porque no he traído nada más de luto.

—Nada, *mumacha*, yo y tú abuela éramos íntimas, ¿ya me entiendes?

La miré dudando, ¿esta mujer con redecilla en la cabeza me estaba insinuando que ella y mi abuela hacían tijeritas? «Deja de pensar, deja de pensar».

—No me mires así, *chacha*, si tú supieras lo que me recuerdas a la Virginia, qué buena era, qué buena era... —Se pasó un pañuelo de tela hecho un gurrño, que sacó de dentro de su sostén, por los ojos y se enjugó unas lágrimas que velaban sus retinas vidriosas por la edad.

Era muy entrañable la Domitila, pese a su afición a guardar las cosas en lugares raros, pero esto era otro mundo. Cada vez lo tenía más claro. «Alicia, ya no estás en Oz», me dije tratando de no reírme, porque esto era justo lo contrario: había salido de un mundo lleno de color y ruido y había aterrizado en un lugar oscuro y lúgubre.

Me ausenté un momento, dejando a la Domitila a solas con su pena frente al féretro refrigerado de mi abuela, pensando en el porqué de aquella inquina de la Juana con mi madre, a la que yo quería y respetaba profundamente. Mi madre era muchas cosas, todas buenas, y para nada una gorrina. Me había ofendido muchísimo y no me arrepentía de haberle soltado aquel sopapo.

Me puse algo más cómodo, la Domitila me había advertido que el velatorio duraría toda la noche, pese a que el cadáver de mi abuela ya llevado dos días en la casona. Tres cajas de cirios habían consumido durante todas esas veladas, y para que constara me entregó un tique con el importe de las mismas, probablemente como una indirecta de que le fuera soltando la pasta gansa.

Volví a la sala con mis vaqueros de andar por casa, una sudadera de Gam y mis Uff, pero antes de salir del dormitorio claustrofóbico volví a consultar mi pPhone. Qué triste estaba, ni un *wasapito* ni medio.

La Domitila estaba en la cocina preparando otro manjar manchego, yo no tenía ganas de comer nada después del incidente, pero me obligó a poner la mesa y a sentarme mientras ella terminaba de hacer aquello que chisporroteaba en la sartén como un Peta-Seta.

—¿Por qué ha dicho eso de mi madre? —le pregunté, apurando un vaso de agua.

—Verás, Alicia, es un tema complicado. Tu madre se lo hizo pasar muy mal a tu abuela por algo que pasó y que yo no me creo tenga el derecho de contarte, eso es competencia de tu madre. Yo no pienso eso de ella, quiero que te quede claro, pero sí creo que no debió marcharse de Villa Maravilla como lo hizo y dejar a la Virginia hecha añicos. ¿Me entiendes?

—No mucho, mi madre nunca me dijo que tenía abuela, ni siquiera sabía que pertenecía a este lugar. Siempre creí que era de Valencia. Es lo que siempre me ha contado mi madre.

—Bueno, pues ahora ya sabes tus raíces y, además, vas a tener la oportunidad de conocerlas a fondo —concluyó dejando un plato de no sé qué cosa sobre la mesa.

—¿Qué es esto?

—Esto es algo *buenismo*, Pruébalo.

—Pero ¿qué es?

—No me seas cenutria y pruébalo, la Domitila da fe de que te gustará. Coge ese cacho de ahí, ese churruscadico. —Me señaló un trozo de aquel animal despiezado, parecido a un torrezno de bolsa, pero de formar circular y la corteza burbujeante con un hueso en el centro, y me lo llevé a la boca.

—¿Te gusta, *mumacha*? Tu abuela era la reina del cochifrito.

—Está... duro por fuera y blandito por dentro, sabe fuerte —comenté, masticando visiblemente complacida. Estaba rico de verdad.

—Es un gorrino extra, este se ha alimentado a su aire por Villa Maravilla, comiendo lo que los vecinos le iban dando, hasta una correa del Benigno se comió.

—¿Y qué parte del cerdo es esta, si se puede saber? —pregunté llevándome

otro cacho a la boca.

—El rabo.

—¿El qué? —Casi me atraganté.

—El rabo, mujer. —Domitila hizo un gesto señalándose sus partes *pudentas*.

—¿Estoy comiendo pilila de cerdo? —Me tapé la boca por educación y para no escupir lo que restaba de eso en mi boca encima de la mesa.

—¿Qué pilila ni qué pilila? El ra-bo. —Se dio una nalgada para enfatizar.

—¿El rabo? —repetí tras tragarme el cacho del mismo con cara de asco.

—Anda, no me seas *repipipi*. Eso se limpia antes, come, chiquilla, coge otro cacho y mastica, que estás *mu* flacucha.

Las imágenes de un cerdo con el orto más negro que las maracas de Machín vinieron a mi mente, provocándome de nuevo ganas de vomitar.

—¡*Chacha!* ¿No me digas que vas a *degolver agora*? Pero ¡qué delicadica eres! Voy a prepararte una infusión de hierbas de San Juan que va de maravilla *pa* los *nirvios*.

Me tapé la boca y salí disparada hacia la calle, necesitaba aire fresco, además, de soltar todo aquel batiburrillo que borboteaba en mi estómago a punto de erupcionar. Me vacié por completo en el borde de la escasa acera, aliviándome por fin de aquel bocata de los horrores y manchándome a base de bien los bajos de los vaqueros, mientras un coche se acercaba con las luces resplandeciendo entre aquella niebla espesa, cosa que no me hacía ni pizca de gracia. El coche frenó a mi altura alumbrándome la cara de lleno y dejándome eclipsada como a un conejo en medio de una carretera. Alguien bajó del vehículo, desde mi posición solo pude verle las botas, muy feas, por cierto, y de montaña.

—Vaya, veo que ahora sí que has bebido —me dijo sin moverse.

—¿Yo?, perdone, pero no sé a qué se refiere.

—Ahora es a *ti* a quien no le suena de nada la frase. —Soltó una carcajada forzada y me puse en pie para ver la cara de aquel sujeto, pero llevaba puesto una especie de escafandra de lana.

—¿Podría quitarse eso que lleva puesto? Me gustaría saber quién me increpa mientras vomito bocadillos de pringue sacados del sobaco de una vieja.

Estalló, esta vez, en una risa más espontánea.

—Hace frío, no pienso quitármelo —respondió una vez dejó de reírse.

—¿Sabe que es delito ir por la calle con la cara tapada?

—Pues no entiendo mucho de leyes —me replicó con sorna—, pero si usted lo dice... me lo quitaré. —El individuo tiró de aquel condón facial y dejó a la vista su rostro, y vaya rostro, casi igual que el de ese *Picoletto Guaperas* que me paró antes... ¡Coño, era él!

—Me has acojonado, ¿lo sabías?

—Pues no lo parecía, señora Garrido.

—¿Cómo sabes mi apellido? Además, no soy ninguna señora.

Ladeó la cabeza y caí en la cuenta entonces de que me había pedido la documentación cuando me hizo el control.

—Vale, es cierto. Un placer haberte visto de nuevo, supongo, señor agente guardia civil.

Se le escapó una risa y me crucé de brazos para protegerme del frío y me dispuse a entrar de nuevo en la casa, me estaba congelando y tenía los pezones como picaportes.

—Me llamo Pepe.

—Bonito nombre, un placer, Pepe. Tengo que dejarte, tengo invitados que atender.

—Yo no los llamaría invitados, la señora Virginia ha fallecido. ¿Eres familiar?

—Soy su nieta. ¿La conocías?

—Sí, vivo justo ahí. —Me señaló la fachada adyacente, mucho mejor arreglada que la de mi abuela y con unos maceteros que seguramente en primavera florecerían con algún geranio.

—Pues muy bien, Pepe, te invitaría a pasar, pero como ya sabes es un velatorio.

—Tranquila, lo entiendo. Nos vemos por aquí.

—No creo, mañana en cuanto la metamos en el hoyo, me piro, vampiro.

—Pues un placer, entonces.

Levanté el mentón y me despedí de aquel espécimen rural con pinta de cachondo de calendario de cuerpos de seguridad del Estado; cómo estaba el Pepe de las narices.

El muerto al hoyo y el vivo al bollo

En algún momento de la larga y fría noche caí rendida sobre el hombro de la Domitila, que era incansable en cuanto a rosarios se refiere, parecía tener un reproductor integrado en la boca. La buena mujer me había preparado un tazón XL de *hierbica* buena, que me hizo beber de un trago y sin rechistar una *miaja*, y al poco comencé a notar sus efectos relajantes. No recuerdo cómo consiguió llevarme al dormitorio ni meterme en aquella cama tan incómoda (mi espalda daba fe) tapándome con esa manta que pesaba un quintal, ni tampoco cuando se marchó cerrando la puerta de la casona, dando por terminado así el velatorio oficial de mi abuela.

Desperté sobresaltada por unos golpes contundentes en los postigos de las ventanas, como si alguien quisiera entrar. Abrí los ojos despacio, muerta de miedo, y tardé unos segundos en acostumbrar las pupilas a la penumbra reinante. Casi por instinto eché mano a la mesilla buscando mi pPhone, y un alivio instantáneo me inundó al encontrarlo allí, como siempre. Me lo llevé delante de los ojos y deslicé el dedo por la pantalla en busca de mis notificaciones y entonces... me acordé... Ni datos ni leches. Esto era una mierda como un castillo. En fin... era cuestión de unas horas. Ese pensamiento consiguió animarme un poco, hasta que caí en el motivo primero por el que me encontraba en este espantoso lugar que no desearía como lugar de vacaciones ni a mi peor enemigo.

¿Cómo le había dado a mi abuela por morirse justo ahora que me encontraba en pleno despegue de mi carrera profesional? Hacía pocas horas me encontraba tan ricamente disfrutando de unas merecidas vacaciones, follando de lo lindo con el guapazo de Alex Crespo y comiendo fruta tropical a deshoras, tras un rodaje de ocho semanas siendo la nueva musa de Pedro Almodóvar, y ahora me despertaba en este escenario digno de la nueva adaptación cinematográfica de *Los santos inocentes*.

Todo muy surrealista, sí, pero con la calma en el cuerpo de saber que

acabaría en unas horitas nada más. Y volvería a mi *real life*. Con mis datos a tutiplén. Y mi cama de látex. Y mis cafés con leche de soja en la cafetería de Delicias a un tiro de piedra de mi pisito en Divino Valles. Esperando la promoción de la película y el día de su estreno de la mano de Alex Crespo, que pese a ser un desgraciado que no había tenido ni el detalle de regresar conmigo a Madrid, ni de acompañarme al aeropuerto de Santo Domingo ni de llevarme las maletas al *hall* del hotel... tampoco se había molestado en llamarme para saber de mí y de cómo me había ido el vuelo, con lo mal que llevaba yo eso, y él lo sabía, porque lo sabía y ni, aun así. Cabrito. Y, aun así, ojo al dato, tenía ganas de verle la cara y el resto que no era cara... y de ventilármelo. Joder, qué ganitas tenía de volverme para Madrid y echar un buen polvo, que ya me venía haciendo falta para desquitarme de esta ansiedad que tenía en el cuerpo.

Me levanté de la cama y salí del dormitorio para ir al baño. Solo de pensar en todos los culos viejos que lo habían visitado en las últimas horas se me iban las ganas de mear. De nuevo, hice de tripas corazón y, haciendo equilibrios sobre el váter, hice mis cositas. En el espejo encontré unos ojos cansados y enrojecidos bajo los restos de rímel y kohl que no me había molestado en quitar la noche anterior; quería estar guapa para las señoras de velo negro. Me lavé la cara solo con agua y volví a mi dormitorio, donde la Domitila estaba haciéndome la cama. Creo que podría acostumbrarme a eso.

—Pero, hija mía, ¿no me digas que te acabas de levantar!?

—Sí —respondí, acercándome al *trolley* para sacar mi neceser de imprescindibles, en él tenía, a parte de algunas de mis pinturas de guerra, un espejo de mano.

—Pues tu abuela sigue congelada como un bloque de hielo. Está más dura que un torrezno. No te dije que te levantarás a las ocho para apagar el *federico*. *Chacha*, que no va a dar la *cabezá* con todo el *desacarreo* que tenemos por *alante* antes de que llegue don Anselmo.

—Lo siento, pero no me acordé de poner el despertador.

—*Odo*... —chasqueo la lengua contra el paladar, visiblemente molesta por mi ineptitud—... y ¿para qué quieres el *apechusque* ese que siempre *ties* en la mano?

—¿Para llamar o consultar internet?

—Ay, *internete*, *internete* —llevó los ojos al techo—, eso es cosa del demonio, siempre se lo tengo dicho al Fulgen. Siempre con la cabeza *metidica* en el *ordinador* viendo *pilículas desas*.

—Internet tiene muchas cosas útiles y buenas, depende del uso que cada uno le dé.

Agitó las manos por delante de los ojos.

—*Escusas, excusas...* el caso es que tenemos a la Virginia más congelada que una barra de *helao* de turrón de Jijona y por culpa de la escarcha se le ha *estropicio* el maquillaje que le hizo la Dolores, y ahora parece un punki *desos*... por no hablar del pelo, con lo bonito que tenía el pelo tu abuela Virginia, siempre cardadico, y *ahora* lo tiene todico *chafao* que parece una torta frita. Tenemos que conseguir descongelarle la faz y el pelo para poderle aviarle el estropicio. *Amos ya*, por mi santa madre que en paz descanse, que no sotierro yo a mi *queridisma* Virginia con semejantes pintas de travestido.

—¿Cuánto se tarda en descongelar un filete? —pregunté en toda mi ignorancia urbana; jamás había descongelado nada, ventajas de la dieta macrobiótica.

—Depende de la masa del mismo —se llevó la mano a la barbilla y comenzó a peinarse los cuatro pelos largos que se la adornaban—, teniendo en cuenta que tu abuela pesaba unos sesenta kilos...—empezó a hacer cálculos mentales como si fuera una matemática de carrera. Domitila me descolocaba, igual era la más garrula del lugar, que se te ponía trascendental a lo Punset—. ¡*Venticuatro* horas y haciendo uso del microondas a intervalos! —Se echó las manos a la redecilla.

—Pues habrá que acelerar el proceso, son las nueve y media. —Me senté en el borde de la cama para pensar con claridad—. ¡Secadores! Necesitamos un número indecente de secadores y braseros. ¡Eso es! Avisa a todo el mundo para que se persone con un secador, estufa, brasero o calefactor.

—El cuadro de luces va a explotar, ¿lo sabías?

—No lo creo, esos aparatos gastan poco.

La Domitila se encogió de hombros y me entregó una bolsa.

—Toma, tu vestido.

—¡Gracias! ¿Ha quedado bien? Es de seda salvaje.

—Pues debe serlo, porque en todo su salvajismo ha hecho lo que le ha *dao* la gana.

Saqué el vestido de la bolsa para entender de primera mano a qué se refería con eso.

—La pu... ¿esto qué eees? Si es del tamaño de una Fancy pija. —El vestido no me cabía ni en un brazo. Trescientos euros tirados a la basura con tres puestas.

—Pues no sé, *mumacha*, yo lo metí en la lavadora, que también las carga el *mismismo* Belcebú. Lo *espolsé* mil veces, pero así *sa quedao*. Yo prefiero lavar en la pila como toda la vida, pero viendo la urgencia que corría... Yo solo uso ese cacharro endemoniado para las colchas.

—¿Y qué hago ahora? No he traído nada más, a parte de mi vestido rojo de

Purificación Mehacía, y no es propio para un entierro.

—Puedo prestarte algo.

Me asusté ante la idea de ir vestida a lo Domitila con una redecilla a juego.

—¿Sabes? Leí hace poco un artículo que decía que en otras culturas el rojo es el color de luto por excelencia.

—Como quieras, voy a buscar el arsenal de secadores. En la cocina *ties* el desayuno: café y torrijas. Ya sabes que en barriga vacía, no hay alegría

—Gracias, creo que me tomaré solo el café. —Pasaba de echarme a la boca nada que no contara con su sello oval certificando una procedencia segura y sanitariamente fiable.

Ataviada como una cupletista venida a menos: vestido rojo de lana acanalada largo, chaleco de vellón, pelo sujeto con un improvisado moño con dos coleteros y mis Uff *cámel*, tras descubrir que mis *stilettos* de batalla tenían un tacón roto sin saber cómo ni por qué, aparecí en la sala mortuoria para ver por primera vez a mi abuela en versión *Frozen*, con un tazón gigantesco en las manos de esa infusión maravillosa, que me daba la calma que tanta falta me hacía, para manejar la situación sin arrancarme los pelos.

Un tropel compuesto por unas diez mujeres, con cardados de todos los estilos, ya se habían presentado, secador en mano, y estaban en ese momento apuntando al féretro con ellos, tal cual las estaba aleccionando la Domitila, que era una mujer de lo más eficiente, había que admitirlo, pese a que la seda salvaje y ella no hicieran migas.

—*Tenís* que apuntar bien, no hay tiempo que perder, la Virginia *tie* que estar a punto para las once. ¿Entendido?

Todas asintieron, cargando los secadores como si fueran un Kalashnikov.

—Oiiiiiiiss, madre del amor hermoso, pero ¿qué llevas puesto? —Reconocí la voz de la Salomé entre todas aquellas mujeres indistinguibles, la Domitila era la única que destacaba por su punto de distinción: la redecilla.

—Un *look* funerario recomendado por la revista *Crazy People*, vosotras no entendéis de esas cosas —me hice la interesante; sabía que mi indumentaria era de lo más ridícula e inapropiada, pero era el último pistoletazo antes de colgar el cartel de *se vende* en la casona y salir por piernas a Madrid.

—*Dejaros* de modelitos y al lío, hay que volcar el arcón y poner a la Virginia sobre ese plástico de obra —dijo Domitila, haciéndose cargo de la operación «descongelar la merluza».

—¿Tú sabes lo que pesa eso? Tengo yo las cervicales como para cargarlas, me da un *apechusque* que la rosco en *na* como la Virginia —comentó una nueva incorporación al evento; no la había visto la noche anterior, ¿o sí? Es que todas eran iguales, en serio.

—Deberíamos llamar al Pepe —sugirió la señora que estaba a mi lado.

—*Mía* en su casa primero a ver si estuviese y si no, llámalo al teléfono, que *lo mesmo* está de servicio —secundó otra señora.

—Corre, Escolita, *veste* y llama al *mumacho*. —La Domitila se me acercó sigilosa y me susurró al oído—: Es muy buen mozo, Alicia, igual podrías tomar luego con él una Mirinda.

—No creo que me quede a merendar.

—Una Mirinda es un refresco, que poco mundo *tenís* los de ciudad. —Puso los ojos en blanco dándose aires de superioridad rural—. Lo dicho, muy buen partido, lo que yo te diga. El pobrecico ha tenido una vida muy desgraciada, se quedó huerfanico a los doce años y se crio entre casa de sus abuelos y el *internaio*. Cuando se hizo un hombre se hizo guardia en Toledo, pero su abuelo murió y su abuelica cayó enferma de Alzhéimer. El buen mozo, que es un bendito, pidió el traslado y aquí se volvió a cuidar de la pobre mujer.

—Mucha pena, Domitila, pero no creo que pueda quedar con él, tengo una especie de novio.

—¿Qué clase de *especie*? Se es novio o no, una pera es una pera, no hay más definiciones para las cosas.

—Hay muchas definiciones para las cosas, pero aquí no lo entendéis.

—Y dale con la perica al torno, aquí entendemos muchas cosas, Alicia, lo que pasa es que te has creado unas ideas muy desacertadas de la gente de pueblo —concluyó la Domitila con todo el peso de sus palabras—. Mira, por ahí viene del bracillete de su tía la Juana.

Para mi sorpresa, la Juana era la valiente zorrupia que osó blasfemar sobre mi madre, y para mi alivio tenía las caderas perfectamente encajadas donde las tenía que tener. Suerte la mía, sabiendo ahora, que era la tía carnal del guardia civil guaperas que podría meterme en el calabozo por agredir a una anciana de su consanguinidad.

—Buenos días, señoras —saludó a todas las mujeres allí presentes, para luego dirigir su mirada hacia mí, y tocándose la visera de la gorra y adornando su cara con una sonrisa burlona, añadió—: Y señorita.

—Menos mal que tenemos a mi sobrino en el pueblo, mirad que brazacos de toro. —La Juana le profirió unos golpes en el bíceps.

—¿Qué hay que hacer, señoras? —preguntó liberándose de su tía la boca-chanca.

—Volcar esta cajona y poner a la Virginia en ese plástico, tenemos que descongelarla antes de que llegue don Anselmo.

—¿Se puede saber por qué habéis congelado a la pobre mujer? No se os puede dejar solas —dijo con picardía. Se notaba que tenía ganadas a todas

aquellas señoras de vagina en dique seco—. Seguro que no es para tanto. —Se fue acercando al ataúd refrigerado y abrió la tapa sin ningún tipo de reparos; estaría más que acostumbrado a ver cadáveres dada su profesión—. ¡La hostia puta! —Reculó con la cara descompuesta.

—¿Qué pasa? —Me acerqué a mirar sin precaución alguna y la imagen de una señora de color morado-berenjena dentro de un bloque de hielo gigante me echó para atrás como si hubiera visto un cocodrilo.

—Te lo dije, Alicia, tu abuela no está en condiciones, siento que la única imagen que has tenido de ella en cuerpo presente sea esta —comentó la Domitila visiblemente afectada.

—Va a ser difícil tenerla lista para las once —dijo Pepe rascándose la cabecita, y qué cabecita, redondita y pobladita con pelito morenito, a juego con dos ojitos bonitos, pero bonitos, bonitos...—. ¿Cómo pensabais descongelarla?

—A golpe de ciento cincuenta mil voltios de secador —respondí.

Pepe rompió a reír a carcajada limpia y, tras unos segundos, paró en seco viendo que a nadie más le hacía tanta gracia.

—Lo siento —dijo mirándome fijamente—. Pero eso no va a funcionar. Lo mejor será enterrarla donde está y llevarla a la iglesia en un carro de carga. Ese ataúd refrigerado debe pesar mucho y dudo yo que los hombres puedan cargarlo a hombros como pensaban hacer.

—El Amancio es el único que conserva el viejo carro de su padre, pero necesitaremos tres borricos —comentó la Juana.

—De arrastrarlo me encargo yo —se ofreció Pepe.

—Bffff, perdona, pero no creo que tengas tanta fuerza. —Esta vez a la que le hizo gracia su estafalaria idea fue a mí.

—Con el coche patrulla, señorita Garrido. ¿No habrás pensado que iba a tirarlo de estribo con la boca?

—¿Eh?... No, era una broma, para quitarle hierro al asunto —mentí, ¿estaba siendo poseída por el garrulismo o qué me pasaba? Necesitaba un chute de Instaglam a la voz de ya.

—Id a buscar a Amancio y a unos cuantos hombres más. —Pepe cerró la tapa y recogió el cable del ataúd con una manivela manual.

Domitila me llamó con sus manos finas y largas a lo Nosferatu.

—Si no devolvemos el ataúd, nos van a cascar dos mil *leros* de la fianza.

—¿Y qué quieres que hagamos? No te preocupes por el dinero, Domitila, lo importante es enterrar a esta mujer cuanto antes.

—No hables así de tu abuela, referirte a ella como *esta mujer* es muy frío.

—¿Más? —Me hizo gracia lo de frío, no pude evitar hacer la broma, y para mi sorpresa a la Domitila le hizo también gracia y rompió a reír.

—Imposible, tu abuela es el *mismismo* Walt Disney de Tailandia.

—Disneylandia —la corregí.

—Pues del *landia* que sea.

Me di cuenta por el rabillo del ojo de que Pepe me observaba desde el otro lado de la sala, quizá esperando que fuera a darle las gracias por haber solucionado aquella situación desastrosa. Y como mi madre, que vuelvo a repetir no era ninguna gorrina, me enseñó buenos modales y educación me acerqué a él para ofrecerle mi agradecimiento.

—Gracias por sacarme de este apuro.

—De nada, señorita Garrido, por cierto, lleva usted un modelito muy apropiado para la ocasión —dijo Pepe pasando la mano por el vellón que ya conocía—. Veo que es una fan incondicional de este chaleco.

—¿No te gusta? Me lo he puesto especialmente para ti. Además, la gente de pueblo como tú, impregnada de garrulismo no entendéis un carajo sobre moda fúnebre.

—¿Me estás llamando garrulo?

—Te estoy llamando agreste, es lo que eres, no debería ser ninguna ofensa.

—Pues no, no lo es, así que no te importará que yo a ti me refiera como la insoportable, es verdad que lo eres y no debería ser ninguna ofensa.

Le dediqué una mirada inquisitoria, ¿de qué iba el gañán este? ¿Insoportable, yo? Por favor, pero si era toda amor.

Me di media vuelta dignamente, sin ganas de seguirle el juego, no iba a darle el placer de haberme ofendido.

—Por cierto, señorita Garrido, también es una rotunda verdad, que ese vestido rojo le hace un culo impresionante, aunque yo lo hubiera combinado con otros zapatos.

Seguí andando hacía mi posición anterior, junto a la Domitila con una sonrisilla boba que él no pudo ver. Aquel comentario me había subido el ánimo y me dieron ganas de hacerme un *selfie* para mandarle a Jimmy una instantánea de mi modelito y que pusiera el grito en el cielo, pero no podía, estaba atrapada, secuestrada en aquel pueblo de lugareños extraños con un tío bueno, el único, visto lo visto, en unos cuantos kilómetros a la redonda.

A los quince minutos aparecieron tres hombres más, que me presentaron como el Amancio, el Braulio y el Gregorio. Pepe trajo unas cuerdas y entre los cuatro arrastraron el ataúd por la rampa del carruaje. Después ataron los viejos estribos a la bola de remolque del Paton de la Guardia Civil y comprobaron que las ruedas oxidadas funcionaran por lo menos hasta llegar primero a la iglesia y luego al cementerio.

—¡Se les pone un poco de aceite de la orza y listo! —dijo el Braulio,

untando un trapo con aceite de una vasija que había en la cocina, que luego pasó por los ejes oxidados de las ruedas del carro—, *ahora*, Pepe, arranca y tira.

El Paton arrancó soltando una gran polvareda, derrapando de mala manera, pero como dice el dicho: «A la tercera va la vencida», y, al tercer bramido, el carro empezó a moverse torpemente, pero suficiente para el corto recorrido que iba a hacer y posiblemente el último.

—Tranquila, Alicia, daremos sepultura a la Virginia y daremos de baja el carro. Este cacharro también va siendo hora que pase a mejor vida —me dijo el Amancio como si me preocupara lo más mínimo lo que le pasara a aquel medio de transporte rural.

—¿Qué es ese ruido? —Empecé a escuchar unos golpes de bombo que provenían de a un par de calles de donde estábamos y una especie de cántico.

—Serán las devotas de la Virgen de Cortes que vienen con el Julián y su bombo —me respondió la Domitila, agarrándome del brazo y tendiéndome un pañuelo—. *Amos* a colocarnos detrás del carro y llora un poco, Alicia.

—No tengo ganas de llorar.

—Pues lo finges, como las plañideras, a las que por cierto les debes cien *leros*, llevan casi tres días a lágrima viva.

—Pero ¿qué dices? ¿Tengo que pagar a esas tres señoras? Pensaba que serían muy amigas de mi abuela, o familiares.

—Aquí no se ha arrimado ningún familiar, tu abuela tenía una hermana, pero vive en Santander desde hace muchos años. Tu abuela ha estado muy solica, Alicia, muy solica.

—Entiendo —dije, pero en realidad no entendía nada de nada.

Por la esquina aparecieron esas devotas de riguroso negro, con peinetas y mantillas, y con velones en lo alto de unos palos largos cromados en oro. Delante de la comitiva iba el cura, el supuesto don Anselmo, con otra *manola*, portando un estandarte con la cara de una virgen mal bordada y que daba más miedo que verte de frente a Hitler y Mussolini de la mano. Iban cantando algo ininteligible. Y detrás de la comitiva un señor orondo con boina calada hasta las orejas con un bombo gigante, al que iba dando un golpe seco y dos rápidos como Manolo *el del Bombo* en un partido de la Selección. Tras él, un tropel de lugareños con semblante serio vestidos de particular, pero ninguno dando el cante de rojo.

—*Ahora*, Alicia, llora que te vean las devotas. ¿No querrás que piensen que eres una desaprensiva?

—Pero ¿cómo voy a llorar sin ganas?

—¿No sabes fingir un lloro? ¡*Pos* vaya actriz estás tú hecha! —me increpó la Domitila cruzándose de brazos, desafiándome a llorar como una Magdalena.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Tu abuela nos lo contó, ella seguía el programa ese de *Por tu carrillada bonita* y todas tus andanzas desde entonces. Muy orgullosa estaba de verte cantar en la televisión, tu abuela también lo hacía de maravilla.

—¿Ella me vio? ¿Y cómo supo que era yo?

—Ay, *mumacha*, ella te quería en la distancia. Tu abuela sabía que eras tú por tu nombre y apellidos y sobre todo por tu aspecto, igualico al de ella cuando era una moza.

—Vaya. —Por primera vez durante esas horas vividas en Villa Maravilla se me encogió el corazón y sobre todo aumentó mi curiosidad por saber lo que pasó entre mi madre y mi abuela.

—Creo que deberías cantar en la iglesia, sería un acto honorable por tu parte.

—Pero no me he preparado nada, Domitila, y mira qué pintas llevo.

—Tontuna, seguro que te sabes el *Ave María*, es una canción muy popular.

—La verdad es que sí me la sé, pero no estoy segura de si será apropiada para la ocasión.

—No digas tonterías, es perfecta. —Me dio unos golpes en el antebrazo—. No se hable más, voy a avisar a don Anselmo de tu actuación y a decirle a Pepe que mueva que nos vamos.

La *procesión* dio comienzo, con una comitiva ridícula, que incluía un párroco con sotana (de las que solo se ven en las pelis españolas de antes) portando un estandarte, un escuadrón de *manolas* que daban más miedo que pena, tres lloronas de pago, un Manolo *el del Bombo* agreste, un montón de gente que seguía el paso con cara de circunstancias, la Domitila con su redecilla perenne que cambiaba de color según el atuendo, un vehículo de la Guardia Civil, un carro rústico al que le faltaban mil tuercas y que había pasado la ITV con un poco de aceite para conservar embutidos, y el ataúd de mi abuela perdiendo agua por los cojinetes de la maquinaria, dejando una estela de color pis tras de sí. Muy surrealista todo, sin añadir que yo iba medio de cupletista medio de domingo de no hacer nada en el entierro de mi abuela, que acababa de descubrir que me quería y seguía por televisión, y a la que había tenido que conocer momificada y de color berenjena en un bloque de hielo.

La ruta hasta la iglesia fue corta, no llegó ni a tres calles hasta la plaza. Era pequeña, no llegaría a los cien metros cuadrados, sencilla y sin ningún elemento ostentoso. Un altar como en todos los santuarios, tan solo acompañado de una cruz de madera a sus espaldas dentro de una cúpula chiquitita, y los bancos justos para una localidad pequeña como aquella. Para mi sorpresa, estaba hasta la bandera, ¿de dónde había salido toda esa gente? Había incluso de pie.

—¿Quiénes son todas estas personas? —le pregunté a la Domitila.

—Villamaravillarenses en su mayoría y trabajadores de tu abuela. No sabes nada, Alicia, no sabes nada.

Desde luego que no, seguía sin tener ni idea de qué narices hacía aquí.

El carro no pudo entrar, pero lo aparcaron en la puerta, inclinado para que mi abuela estuviera presente en su propio sepelio, escoltada por las devotas de la Virgen de Cortes y con las puertas abiertas de par en par, dejando entrar un frío invernal que pelaba.

—Queridos feligreses, dado que el clima no acompaña y que la pobre Virginia lleva tres días de cuerpo presente, haremos una ceremonia breve para que esta sierva del Señor se vaya en paz con el mismísimo...

Don Anselmo empezó su homilía, homilía que debió durar dos horas, no sé lo que entendía este señor por algo breve, en las cuales yo me di alguna que otra cabezadita.

—Alicia, despierta. —Noté un codazo seco en las costillas, la Domitila y las señoras que tenía alrededor me estaban mirando fijamente, y don Anselmo me esperaba de brazos cruzados en el altar con cara de pocos amigos.

—Hija mía, te estamos esperando para que cantes a tu abuela el *Ave María* —me increpó el cura, negando con la cabeza, a las claras desaprobando mi siesta en plena ceremonia.

Me levanté de un respingo y pedí agua, menos mal que la Domitila lo tenía todo previsto y me ofreció una cantimplora cargada de...

—*Argggg*, ¿qué es esto?

—Ponche, *pa* calentar el cuerpo —me susurró al oído, haciéndome un ademán para que me echara un trago sin rechistar.

Bebí un poco y noté cómo el licor me bajaba por la garganta produciéndome un calorcillo muy reconfortante en el estómago; la *jodía* Domitila sabía que la misa iba a ser soporífera.

—Gracias.

—Sube, corre.

Recorrí el pasillo todo lo rápido que aquel vestido me dejaba, pues los bajos se liaban cada dos por tres con las Uff.

—Lo siento —me disculpé ante la imponente figura de don Anselmo, que había debido ser un *collejador* de primera en sus buenos tiempos, y este bramó.

Me coloqué tras el púlpito. «Venga, Alicia, llena el diafragma y canta como tú sabes», me dije mientras recorría con la mirada todo el perímetro de aquella iglesia llena de extraños y de un Pepe, visiblemente divertido, al fondo apoyado en la pila del agua bendita. Pero antes de lanzarme a cantar, pensé que sería buena idea dedicarle unas palabras bonitas a mi abuela. Vacilé un poco, no sabía

qué decir.

—Nada puedo contar de mi abuela Virginia, salvo que no la conocía de nada. En mi caso, de un día para otro, ha aparecido en mi vida y se ha marchado... para siempre. No sé de qué ha fallecido, probablemente de anciana, pero estoy segura, por lo que las amigas me han contado, que fue una gran mujer. Vivió setenta y nueve años, era joven... ahora que lo pienso, podía haber vivido mucho más, pero no, se ha muerto. Y el vacío que habrá dejado debe ser abrumador, entiendo... Le encantaba el cochifrito y cantar... Y ahora... solo me queda dedicarle mi único y último regalo: lo que mejor sé hacer. Para ti, abuela. —Levanté el brazo apuntando a su féretro, que ya había hecho un charco considerable durante el sermón de don Anselmo y me mostré emocionada para darle empaque a mis palabras.

Me puse de espaldas a la gente y levanté los brazos como si estuviera en una actuación del Moulin Rouge; iba a darlo todo. Me giré como si fuera el mismísimo Camilo Sesto, con mucho dramatismo, y empecé a capela la canción y, vaya, aquella iglesia tenía una acústica impresionante, se me escuchaba de maravilla.

—*Ave maría, ¿cuándo serás mía? Si me quisieras, todo te daría. Ave maría, ¿cuándo serás mía? Al mismo cielo, yo te llevaríaaiaaiaaiaaia... Dime tan solo una palabra, que me devuelva la vida y se me quede en el alma. Porque sin ti no tengo nada, envuélveme con tus besos, refugiarme en tu guarida...*

Estaba en pleno éxtasis, bailando y girando a lo Bisbal, y tanto me metí en la actuación que agarré la sotana de don Anselmo y le obligué a bailar, mientras él intentaba torpemente deshacerse de mí. Yo no atendía a razones, tenía los ojos cerrados haciendo mis vibratos con pura pasión encima del altar, cuando una voz gritó desde los bancos y me hizo parar en seco.

—¡¡Cállate ya, desvergonzada!! —Era la Juana, con su cara de perro pachón desencajada, más o menos igual que la de las demás personas allí presentes.

Todos me miraban con los ojos abiertos como platos y la boca más abierta aún, algunos incluso se santiguaban. No entendía nada, la Domitila fue quien me pidió que cantara la canción, ¿por qué se molestaba toda esta gente ahora? Y encima con lo satisfecha que estaba yo de mi actuación, lo había hecho igualito igualito a la que me llevó a la gran final de *Por tu cara bonita*.

—Venga, tía, demos un aplauso a Alicia, ha estado espectacular. Esa canción era una de las favoritas de la señora Virginia —dijo Pepe, aguantándose la risa con las piernas flexionadas, agarrándose el estómago para no soltar una carcajada en pleno sepelio, pero qué capullo.

La Domitila, apiadándose de mí y por el cariño que nos habíamos cogido en tan pocas horas, arrancó con el aplauso, poniéndose incluso de pie.

Y después dos señoras más la siguieron, y luego otras dos, y así hasta que todo el mundo, menos don Anselmo y la Juana, estaba claro que esa señora me odiaba no sabía por qué, me aplaudieron. Y además me aplaudieron tanto que a punto estuvo de superar el aplauso de hora y veinte minutos de Plácido Domingo.

Tras hacer una inclinación de cabeza en señal de agradecimiento por su ovación, volví a mi asiento con la cabeza gacha junto a la Domitila.

—Qué voz tienes, no me extraña que llegases tan lejos en ese concurso, pero, hija mía, ¿esa canción, por qué!?

—La que tú me has dicho, Domitila, soy una mandada.

—¿Yo? —se llevó la mano al pecho, sorprendida—, que Dios me libre —añadió santiguándose.

La *procesión* hasta el pequeño cementerio a un par de kilómetros del municipio fue igual de ridícula: el Paton de la Guardia Civil tirando del carro del Amancio con el ataúd encima perdiendo aguas y la esperpéntica comitiva andando detrás a paso un tanto acelerado, pues Pepe conducía bastante ligero.

Luego le dieron sepultura en un acto emotivo en el que las devotas de la Virgen de Cortes lanzaron pétalos de rosa sobre el féretro congelador tras cubrirlo con un tapiz bordado con la estampa de su virgen, y la gente empezó a abandonar el lugar, quedándome a solas con la Domitila y algunos más, que se habían acercado a darme sus condolencias, presentándose a sí mismos como Paco, Jesús, Ramiro y la Sole. Eran empleados de mi abuela, me dijeron, pero ¿dónde? Y esperaban verme pronto, ¿por qué?

Vi a Pepe saliendo del cementerio y fui tras él a la carrera. Lo alcancé en el momento en el que ya tenía una bota dentro del Paton.

—¡Espera, espera!

Pepe se detuvo, se volvió un momento para mirarme con el asomo de una sonrisa en los labios y se tocó la gorra, como siempre hacía al parecer, para saludar.

—Señorita Garrido.

—Te quería dar las gracias por lo de antes.

—Tranquila, no ha sido nada. Ha sido el mejor entierro con diferencia en el que he estado, pese a que Bisbal no es muy de mi agrado.

Le lancé una mirada fulminante.

—David es demasiado refinado para alguien tan rural como tú. Y no te permito que te metas con él en mi presencia.

—¿Lo llamas David?

—Por supuesto, es amigo mío. Fue mi *coach*. Pero no lo decía por eso (capullo). Te quería dar las gracias por lo de mi abuela y su féretro congelado.

—Es mi deber. No tienes que darme las gracias. —Bajó el pie del vehículo y se me acercó unos pasos, no sabía con intención de qué.

Retrocedí para mantener las distancias, mal hecho, metí de lleno la Uff en una zanja y perdí el equilibrio tambaleándome peligrosamente como un tentetieso hasta que Pepe volvió a avanzar, esta vez con el propósito de ayudarme. Me agarró por la cintura y me puso derecha, antes de apretarme contra su cuerpo de hormigón armado. Tenía la constitución de un hombre acostumbrado a hacer deporte. Seguro que había unos músculos bien duros ocultos bajo ese uniforme tan feo y a la vez tan favorecedor. Me dedicó una sonrisa picarona y yo me puse como un tomate.

—¿Qué haces? —conseguí preguntarle.

—Ayudarte o ¿es que quieres caerte en ese hoyo —lo señaló con los ojos— y quedarte aquí para siempre?

Volví la cabeza para examinar el hoyo y vi que era bastante profundo. Solté una temblona carcajada.

—No quiero, claro que no... Bueno, pues nada... solo quería darte las gracias y ya está hecho. Y muchas gracias ahora también por impedir que sea sepultada en vida en este pueblo. Adiós.

—¿Adiós? —repitió, hincándose los dedos en la espalda a la altura de la riñonada, impidiéndome así la marcha, y entonces ocurrió algo curioso: un insólito cosquilleo me recorrió el estómago.

—¿He hecho mucho el ridículo?

¿Y por qué narices le había preguntado eso? ¿Qué más me daba su opinión? Además, ya me iba.

—Sí, pero a mí me ha gustado, sobre todo cuando hacías eso con las caderas. —Me imitó restregándose un poco contra mi vientre y tuve que reconocer que lo hacía bien, demasiado bien, mientras un agujijón de excitación me azotaba ahí abajo.

—Oye, Pedro —dije apartándome hasta una posición más segura.

Sus caderas eran una tentación, por no hablar de sus brazos, y sus manos, y su cara, y sus ojos, y su sonrisa de *capullesco* engréido.

—Pedro, no, Pepe —me rectificó seco, ladeando la cabeza.

—Ay, perdona —me reí tontamente—, es que llevo el nombre de Pedro metido en la cabeza.

—¿Y quién es Pedro? ¿Tu novio?

—Pedro es mi director —respondí con orgullo.

—¿El director de tu empresa?

—No, hombre, no, de película, es que acabo de hacer una película...

—¡Ah, ¿eres actriz?! Ahora lo entiendo todo.

—¿Y qué es lo que entiendes? —Entorné los ojos de pronto a la defensiva.

—Pues to-do.

—Pues no entiendo qué quieres decir con to-do. Sabes que te digo, que eres un po-qui-to in-so-por-ta-ble...

—¿Insoportable, yo?

—Sí, insoportable, tú. —Levanté la barbilla, no me iba a amedrentar ante su chulería. Para chula, yo.

—Pues entonces estarás muy contenta de perderme de vista, porque ya te vas de este *pueblo* a dónde sea que eres... con Pedro.

—No lo dudes, y para que lo sepas sí que tengo novio y se llama Alex.

—Y a mí qué.

—Pues si supieras quién es Alex, no te daría igual.

—¿Qué es, un médico de ONG, un abogado humanitario, un científico que investiga el Alzheimer?

—No —respondí con la boca pequeña.

—¿Y quién es, entonces?

—Alex Crespo.

—No me suena de nada.

—Tú y yo debemos vivir en mundos muy distintos, no sabes nada. ¿Y tú qué haces para divertirte? No ves la tele, no lees la prensa rosa, ¡¿qué haces?! Al menos, ¿sabrás quién es Pedro Almodóvar?

—Pedro Almodóvar, sí, es un director muy famoso. He visto varias de sus películas.

—Pues Alex Crespo es el nuevo actor revelación del año, ha ganado un premio Goya.

—Sigo sin saber quién es.

—¿Me tomas el pelo?

—No.

—Bah, no vale la pena hablar contigo. Eres un inculto, me voy.

—¿Te vas tú? No, perdona, me voy yo, porque eres un poquito insoportable.

—Esa frase es mía.

—No, es mía, te la dije antes en la casa de tu abuela. Y, por cierto, te recuerdo que soy el único que te ha echado un cable en la iglesia cuando has hecho el mayor de los ridículos.

—Tú me has dicho que no... ah, no, vale, me has dicho que te ha gustado —rectifiqué pronto ante su burlona sonrisa.

—Lo he dicho por compasión.

—¿Lo ves? Eres insoportable

—A mí lo que de verdad me parece insoportable es la personas que tienen

exceso de verborrea, cosa que a ti te sobra, hablas demasiado y dices muchas tonterías. Hay veces que es mejor estar callado, ¿no lo sabías?

—Mira, de verdad, que no te soporto, no te soporto.

—¿Y por qué sigues ahí dándome la murga?

Me di media vuelta con la barbilla bien alta, levantando una polvareda y dejándolo ahí plantado con su sonrisa de suficiencia plantificada en su cara de guaperas.

En la puerta del cementerio, me esperaba la Domitila con un señor vestido con chaqueta de terciopelo negra y pajarita burdeos, el cabello blanco y un bigotito canoso con forma de caracol en los extremos. Me acerqué a ellos tratando de calmarme; Pepe me sacaba de mis casillas, y el hombre se presentó.

—Buenos días, señorita Garrido, hablé con usted el otro día por teléfono — me dedicó una cálida sonrisa—, soy Francisco José Coloma Aparicio. —Le estreché la mano que me ofrecía y lo miré esperando sus indicaciones—. ¿Le parece que vayamos al domicilio de su abuela para hacer la lectura del testamento?

—Para eso he venido.

El abogado miró ahora a la Domitila y esta asintió con determinación.

—Ha cumplido usted con una de las últimas voluntades de su abuela y, por tanto, está en su derecho de aceptar la herencia.

Pero ¿qué he hecho yo para merecer esto?

Escapé corriendo de la salita, aguantándome las ganas de llorar, dejando al letrado junto a la Domitila solos, con expresión de desconcierto, tras soltar ese «¡nooooooooo!» salido de lo más profundo de mis entrañas. Cuando alcancé la puerta de la casona, miré al cielo, faltándome el aire, no me llegaba a los pulmones por más que abriese la boca. Si eso no era un ataque de ansiedad, no sabía qué podría ser. Miré alrededor y, de pronto, todo me pareció mucho más aterrador que a mi llegada, y eso que ahora era de día y el sol se había dignado a acompañarnos aquella mañana. Me sonreía desde lo alto burlón y apoyé las manos en las rodillas para tratar de recuperar la respiración. Conseguí dominarla y entonces eché a correr hacia un bancal que había situado a la izquierda de la casa de enfrente de mi abuela, y cuando llegué a esa posición, vi que estaba plantado de maíz y eso solo consiguió asustarme más (lo asocio instintivamente con la película de *Los niños del maíz*, pero la antigua que aún da más cague). A lo lejos, no sabría decir cuánto, en línea recta, había una propiedad vallada con muros altos de mampostería, cosa que me hubiera parecido ideal en cualquier otra situación, ahora los veía como los muros de una cárcel. A mi izquierda, campos y más campos, a la derecha, la fachada lateral de mi vecina de enfrente, y detrás comenzaba Villa Maravilla, aquel pueblo infernal que me había hecho presa.

No sabía hacia dónde correr, la vista me bailaba, los campos se encogían y crecían como en un caleidoscopio, la fachada se acercaba y se alejaba a gran velocidad, me quería morir. Estuve tentada de echar a andar sin rumbo fijo a través del maizal, pero las piernas no me respondían, así que opté por tirarme al suelo y comenzar a patallar como un niño en plena rabieta. Varios pájaros salieron volando espantados de unos arbolitos cercanos ante mis gritos desgarrados. No les culpaba, parecía una loca en medio de una crisis de las gordas.

Allí fue donde me encontró la Domitila, me tocó el hombro con suavidad, y

la miré con los ojos anegados por las lágrimas.

—Ven, Alicia, vas a coger frío.

—Domitila, ¿por qué mi abuela me ha hecho esto? —conseguí decir.

—*Chacha*, tampoco creo yo que sea *pa* tanto, ¿no?

—Es peor, tú no lo entiendes. ¿Qué hago yo aquí un mes entero? Me pilla en Navidades... (me perderé la fiesta de Pedro de fin de año) y... y... no conozco a nadie... (este sitio es horrible) y ¿cómo voy a poder soportarlo?... (un mes sin datos) No puedo, no pueeeeeedooooo, ¡noooo puuuueeeedooooo!

Me sentía fatal, no podía dejar de llorar a lágrima viva, la pobre no sabía ya cómo consolarme.

—Ven, que te prepare algo de comer.

—Y esa es otra, sigo una dieta macrobiotica que se va a ir a la porra.

—¿Dieta de qué? *Peo* si estás *escuchimizá*. A los hombres les gustan las mujeronas recias, fuertotas, jamonas...

—Pero yo no lo hago para gustar a los hombres, lo hago por mí, por gustarme yo y estar sana.

—No hay *na* más sano que el gorrino y, además, aquí tenemos mucha verdura ecológica, te vas a hinchar a patatas.

—¿Carbohidratos? Yo necesito mijo y tofu... y algas, muchas algas... —le expliqué con los ojos desorbitados.

—Qué exagerada eres, chiquilla, ni que fueras un *pescao*. Se nota que eres actriz.

—¿Y por qué no hay datos en este maldito pueblo? —Ahí la Domitila me echó una mirada feroz, y yo reculé, tragando saliva—. No puedo vivir sin conexión a internet. No puedo —la agarré por la falda y ella trató de echar a andar—. No puedo, ¡no puueeedooo! Es mi vida... —La pobre andaba a traspiés arrastrándome como una mopa—. Mi vida, no podré soportarlo, no podré. Un mes, un meeeees, un maldito mes.

Puedo parecer exagerada, pero habría que estar en mi pellejo para saber a qué me enfrentaba. Nadie de no estar en mi lugar podría atisbar de lejos lo que para mí aquella renuncia significaba. Vivir sin mis datos era como pasar un pequeño duelo. Me retorció de dolor solo de pensar que no volvería a conectarme en un mes, que no sabría de mis amigos (mis amigos no llamaban, solo *wasapeaban*) ni de mis seguidores ni del mundo exterior. Estaba presa en aquel pueblucho. Me sentía perdida y vacía, abandonada en territorio hostil. Mi móvil era lo primero que miraba por las mañanas y lo último cada noche, éramos inseparables, pPhone y yo, yo y pPhone, como una prolongación de mi mano. Y desde ayer estaba más inactivo que el volcán Fujiyama y así estaría por espacio de un mes, si aceptaba aquella locura de cláusulas que me había impuesto mi

abuela.

La pobre Domitila, viéndome en aquel estado, dejó de andar, y me sugirió que fuera a dar un paseo por el campo para que me diera el fresco, que eso lo arreglaba *to*. Genial. Estupendo. Maravilloso.

—No puedo.

—*Mía* que te meto un zapatillazo, como no dejes de decir tontunas, me vas a obligar, y no quiero, ¿eh?

—No puedo.

—Pues llama al Pepe, que es un *mumacho mu apañado* y te tomas una Mirinda con él y así te distraes.

—Ni muerta, Pepe es insoportable. —Me crucé de brazos, allí sentada, despatarrada en el suelo, como una niña pequeña a la que le niegan un capricho.

—¿Insoportable, Pepe? Insoportable, tú. Es del *to* majo y *mu* buen *mumacho*.

—Vale, pues no puedo, tengo novio.

—Era *especie* por lo que recuerdo —se echó la mano a la barbilla y achicó los ojillos bajo su redecilla—. *Amás*, ojos que no ven, corazón que no siente.

—Eso no está bien.

—*Oisss*, si yo tuviera tu edad, sería más puta que las gallinas. *Pos* no he *perdíó* yo el tiempo, Alicia, que luego te arrepientes toda la vida de no haber vivido. Toda la vida lavando los calzones de mi Demetrio, como tonta y a sabiendas de que visitaba el bar de las luces de vez en cuando. ¡Que la vida es *muuuu* corta y no hay que decir nunca «ojalá»!, ¿sabes? Si no que se lo digan a tu pobre abuela, que en paz descanse —se santiguó—, las veces que decía ella «ojalá». Ojalá no hubiera dicho esto, ojalá hubiera hecho aquello... Toda la vida *arrepentía*, todica.

—Bueno, me lo pensaré.

—Piénsatelo, que un mes son muchos días. Y en este pueblo hace mucho frío, sobre todo por las noches.

¿Un mes? ¿Por qué era tan cruel?

—¿Tú tienes wifi? —Yo a mi rollo.

—Yo que *vía* tener, no sé qué demonios es eso.

—Internet.

—Pero, chiquilla, tú estás enganchada a eso, eres *adista*. Déjate el *internet* de las narices y llama al Pepe, que te va a dar más alegría. —Balanceó la pelvis con un alto riesgo de partírsela.

—No, nada de eso. Los adictos son los que están enganchados a las drogas, o al alcohol, o al tabaco, o al... y yo no, ni bebo ni fumo ni me drogo, soy una persona muy sana.

—*Peo* aquí estás llorando como una Magdalena por la *wili* esa. Diciendo que te vas a morir. ¿No ves qué espectáculo tan deplorable estás dando? Si te viera tu abuela, con lo orgullosa que estaba de ti, te desheredaba, su nieta una *adista*, *habrase visto*.

Me puse en pie un tanto avergonzada por su regañina.

—*Amos*, *tía padentro*, que te preparo un chusco con una *tajá*, y te enseño cómo funciona todo.

Con el ánimo por los pies, fui con ella a la que sería mi vivienda (aquello no era un hogar) durante los próximos treinta días. Me obligó a seguirla hasta la cocina y mientras me preparaba sus manjares ricos en grasas *trans*, me fue explicando dónde estaba la bombona del butano y las llaves de paso del agua corriente, cómo encender el calentador, los fuegos y el hornillo... Yo lo miraba todo con cara de asco, no es que estuviera sucio, pero era todo tan viejo, y no viejo *vintage*, era viejo en el peor sentido que se le pueda encontrar a esa palabra.

Me entregó el chusco de *tajá*, que me supo a gloria bendita, y me instó a seguirla hasta la salita donde una estufa arcaica reinaba en la chimenea. Me dijo que funcionaba con cáscaras de almendra y que las cáscaras estaban en un pequeño cobertizo que estaba saliendo por una pequeña puerta junto a la del baño. Me hizo una demostración de cómo se encendía y al poco un calor muy agradable colmó la pequeña estancia. Tras eso, me comentó que tenía que marcharse, y que al día siguiente volvería para enseñarme el pueblo, y yo le di las gracias por todo. Tan pronto se fue, entré en el cuarto de invitados y miré con pesar aquella cama de colchón inhumano que sería mi sostén nocturno durante un mes y me lancé de bruces sobre él con una congoja monumental.

En esas estaba, yo a lo mío, llorar sin freno, cuando Alaska hizo su entrada de lleno desgarrando el silencio con su voz, únicamente roto por mis llantos e hipidos (siempre me da hipo cuando lloro a moco tendido), y al escucharlo me dio un subidón tremendo. ¡Vida exterior!

Fui corriendo en busca de mi móvil, saltando sobre el *trolley*, que vacío y abierto yacía iluso en el suelo tirado a la espera de marcharse de allí. El pPhone estaba dentro de mi bolso en una silla de la salita, donde yo lo había dejado durante la lectura del testamento.

Ver el nombre de Jimmy en la pantalla me hinchó de gozo.

—*Jelooouuuu*, reina, ¿cómo vas?

—Me quiero morir, Jimmy, estoy fatal.

—Ay, cómo me dejas, pero ¿y eso? Si no la *conosías* de nada, qué pena no estar contigo allá, te daría un *abrasote* de oso amoroso.

—No es por mi abuela, es por el testamento.

—¿Al final era poca cosa?

—No, ni mucho menos, es todo lo contrario. Estás hablando con una mujer rica en un futuro próximo, si lo consigo...

Ahí me puse otra vez a llorar.

—Pero ¿qué pasa, Ali. ¿Estás llorando?

—Sí, lo estoy, esa mujer era un demonio, no te creerás lo que hizo.

—¿Qué *hiso*?

—Puso una cláusula cruel y abominable. Me obliga si quiero heredar to-do a permanecer un mes en su vivienda.

—¿Y cuánto es to-do, reina?

—Mucho. Era condenadamente rica: una cuenta de más de seis ceros, más una finca a pleno rendimiento con caballos, unas bodegas de vino, más un montón de parcelas en la región.

—Jopé.

—Sí, jopé.

—¿Y cuál es la pega, eres una rica heredera? ¡Chicos, chicos! —dijo un berrido sin la precaución de tapar el altavoz—. ¡Alicia es la nueva París Hilton! Tenemos una amiga forrada de pasta. Forradísima. —Comenzó a aullar como un loco por la alegría, mientras yo cada vez me sentía más culpable de ser tan desagradecida. Mi abuela, esa mujer que no me conocía en persona, me lo había dado todo. Todos los bienes materiales que había acumulado en su vida, lejos de mí y de mi madre.

—También he heredado la que era su casa y tendrías que verla. Es una casa que se cae a pedazos.

—Pero bueno... eres rica... refórmala, además, solo es un mes. Nadie se muere de *cutrés* en un mes.

—No puedo tocar nada. Exigencias de la cláusula. Tengo que vivir aquí tal cual vivía ella, y aquí no hay nada. Es una mierda.

Para mi asombro, Jimmy se echó a reír.

—No tiene gracia, te lo aseguro. Es horrible. Te enviaría unas fotos, pero no tengo datos.

Y ahí explotó.

—¿Qué pasa? —le pregunté cuando consiguió calmarse.

—No imagino a una adicta al móvil como tú privada de datos durante un mes a la *fuersa*. Ahora lo entiendo todo, por eso estás así de mal.

Y dale con la perica al torno, que yo no era adicta a nada.

—Que no, que tendrías que ver esto, es un horror, no te puedes ni imaginar, que no hay calefacción central, ni una ducha en condiciones, ni camas decentes... Es un completo horror.

—Lo veré. En un par de semanas tengo unos días libres y no imagino un lugar mejor para pasarlos.

—¿Vendrás?

—Pues claro, tonta, y *selebraré* tu cumple contigo. No pienso dejarte sola en ese día tan *especial*.

—Eso sería una pasada, te lo agradezco mucho. —Me entraron ganas de llorar otra vez—. Me tienes que hacer un favor.

—¿Cuál?

—Necesito que me envíes una maleta por correo exprés con prendas de mucho abrigo y ropa interior. Me traje poco y nada.

—¿Es que no puedes *asercarte* y recogerla tú? Y así de paso traes el Forito, y te vuelves en tren, es que me *hase* falta.

—Imposible, en la cláusula hay una tercera imposición, no puedo alejarme a más de treinta kilómetros de aquí. El abogado finolis vendrá de improviso siempre que le dé la gana para comprobarlo. Estoy presa en este lugar.

Y en ese momento, el que comenzó a llorar fue él, que si no podía dejarle sin el auto, que el auto era imprescindible para él y su maletón mágico, que si se iba a morir.

—Lo siento, ya te he dicho que la vieja era cruel.

—No hables así de tu abuelita —me regañó, haciéndome sentir mal. Muy mal.

—Está bien, soy la peor nieta del mundo, lo reconozco —me avergoncé un pelín—, pero es que no tengo costumbre —añadí justificándome.

—Hay que respetar a las personas mayores.

—Pues aquí me voy a hartar de respetar; la media de edad de la población de este pueblucho es de la piedra.

—¿Algún joven habrá?

Pensé en *el Picoletto Guaperas*.

—Todavía no he visto ninguno. Bueno, ¿me harás el favor de enviarme la ropa? —cambié de tema.

—¡Qué remedio! Mándame un *wasapito* con la *dirección*.

—No tengo datos —gemí tristemente—, me duele hasta pronunciarlo.

—Pues deletrea.

—Calle del Cerezo, número 5, Villa Maravilla, 0-2-0-4-8, Albacete.

—¿Y qué ropa quieres que te mande?

—Todos mis jerséis gordos, sudaderas, vaqueros, mis zapatillas de zumba, un par de botas de montaña, el pijama de franela y la bata de antelina. Ese conjunto polar horroroso que me compré para ir un día a la nieve, y muchas bragas de cuello vuelto.

—¿Estás segura?

—Del todo.

—Y también todos los paquetes de mijo, algas desecadas, soja, etc. que puedas recopilar.

—A sus órdenes, reina mora.

—Y siento lo del coche.

—Más lo siento yo, pero todo sea por esos *sapatos* de Gacci que me vas a regalar por dejarme una pasta en un taxi para ir a ese polígono donde *hasen* las *audisiones*.

—Tranquilo, eso te lo paga la tía Ali.

La noche es fría y larga... y alberga peligros...

Colgué con una opresión en el pecho y un frío escalofriante en los pies. Las Uff estaban húmedas de andar por aquellos suelos empedrados llenos de huecos semihondos donde se estancaba agua ennegrecida. Y los bajos de mi vestido rojo estaban tiznados y asquerosos, vaya, para tirar a la basura directamente. Necesitaba una ducha caliente y ponerme un pijama grueso si no quería morir esa misma noche por congelación, y de eso, en este pueblo por hoy, ya habíamos tenido más que suficiente.

Entré en el baño y miré aquella ducha de película de terror, estaba segura de que de esa alcachofa calcificada en lugar de agua saldría la banda sonora de *La profecía*. Menos mal que Domitila me había dejado encendido el calentador, ya no recordaba cómo se encendía esa bomba de destrucción masiva casera. Giré la manivela del agua caliente, suerte que aún conservaba el distintivo de color rojo y pude hacerlo a la primera. El agua caliente tardó en salir una eternidad, me metí casi de lado en aquella pila de suelo rasposa y me enjaboné el cuerpo con una pastilla de jabón Guepardo evitando a propósito pensar por dónde se la habría restregado previamente mi abuela cuando estaba en vida. ¿Es que no conocían en este pueblo los botes de gel y champú? ¿Cómo se suponía que iba a lavarme el pelo? Tras intentar hacer algo de espuma con aquella pastilla de jabón roída y no conseguir otra cosa más que irritarme el cuero cabelludo, salí de la ducha a buscar un poco de lavavajillas. En su día leí que según qué marcas podían dejarte un pelo estupendo y sin necesidad de acondicionador.

De puntillas, con el pelo chorreando y con una toalla que había perdido toda suavidad y funcionalidad por los lavados, me dirigí a la cocina.

El primer lugar donde miré fue debajo del fregadero y, para mi desgracia, no estaba a la vista. ¿Y los armarios? Todavía no había sido capaz de fijarme realmente donde iba a pasar los próximos treinta días, y la cocina para mi

asombro carecía de armarios. En su defecto, había cortinillas de flores, cuadros y rayas hechas con retales y por barra corredera un alambre. Me agaché para encontrar lo que andaba buscando, dejando al aire todas mis posaderas aún humedecidas y del frío que sentí debieron tornarse rojas como la carne de un pomelo. Por fin había encontrado una botella típica de lavavajillas, sin etiqueta y rellena seguramente repetidas veces. Cerré la cortinilla y me incorporé intentando cubrir mis partes bajas para calentarme y al girarme para volver a la horrenda ducha de *El resplandor*, un señor con una azada y sombrero de paja de doble ala me miraba petrificado con una estúpida sonrisa en la cara.

—¿Quién narices es usted? ¿Cómo ha entrado aquí?

—Soy el Cristo, vengo a dejar las llaves del bancal de vides. Usted debe ser la señorita Alicia. —Me tendió la mano en señal de saludo, pero no me encontraba yo en disposición de soltar la maldita toalla.

—¿Lleva mucho rato ahí?

—El suficiente —dijo con cara de baboso.

—Deje las llaves y máchese.

—Lo que usted mande, señorita Alicia, con Dios. —Como un autómatas se dio media vuelta y escuché cómo dejaba un manojito de llaves en la mesa camilla de la entrada.

El jodido Cristo me había puesto, si aún cabía más, la piel de gallina. Pensaba que iba a descabezarme como a un pavo con esa herramienta rural.

Volví con el corazón acelerado de nuevo a la ducha y me enjaboné lo más rápido que me fue posible, generando una masa gigante de espuma que me impedía ver con claridad los azulejos de ornamentación marrón e imaginé que estaba en la fiesta de la espuma de 2.001 en la discoteca Bananas, cuando aún era una desconocida y no tenía una abuela que me dejaría una herencia multimillonaria, ni un casi novio que aún no me había llamado. De nuevo una oleada de desesperación se apoderó de mi cuerpo, impidiéndome respirar y oprimiéndome la garganta, no sentía el frío, simplemente pensé que me iba a morir de un infarto en aquella miniducha poseída por la cal. Sola. Abandonada. Y sin datos para poder enviar a mis amigos y seguidores un último *selfie* ni unas pocas palabras de adiós para siempre.

Cerré el grifo con dificultad y salí, presa del pánico, agarrándome al minilavabo y mirándome aterrada en aquel espejo de marco rojo de plástico colgando de la pared, y me dije: «Tranquila, Alicia, solo es ansiedad. Un *shock* postraumático, igual que el que sufrió Jimmy tras descubrir que su último novio no era fan de las Kardashians, como le había dicho en un principio, y llamó petarda a Kim mientras veían la reposición de su *reality show*.».

Respiré hondo repetidas veces con los ojos fijos en mi imagen reflejada

hasta que conseguí mitigar el terror, me puse las Uff y entré en la habitación, agarré la colcha y crucé la casa como la Virgen del Carmen en busca de algún pijama de mi abuela en su dormitorio. Hacía un frío indecente en esa casa, el vaho salía a propulsión de mi boca, era el jodido Fu-Manchú de los cigarrillos de vapor invisibles; sin sus bigotes, claro.

La habitación de mi abuela seguía el patrón decorativo del resto de la casa, salvo por el gran cabecero de cama y la caja de pino fúnebre que se había quedado allí sin usar. El cabecero era una pieza preciosa de roble oscuro, tallado seguramente a mano y con unos cuantos años de antigüedad, hasta una devota de Pikea como yo podía apreciar la belleza de aquella pieza de madera. El armario no se quedaba atrás, era un enorme mueble a juego con el cabecero. Las puertas tenían dos bombines viejos de los cuales asomaban dos llaves oxidadas que accionaban las palancas de apertura.

Tiré de ellas por los pomos y un tufo a alcanfor y colonia de lavanda invadió mis pituitarias. Tendría ante mí el vestidor de la más rica de Villa Maravilla, pero no era el de Carmen Lomana ni por asomo.

Casi todo lo que colgaba de las perchas era negro, marrón o azul marino, recio e insulso. Jerséis de punto típicos de anciana y faldas forradas tipo bloque. Y, en una esquina, un camisón del siglo XV por lo menos, de color hueso, largo como el que Annie Lenox llevaba en el videoclip de *Here comes the rain, again* portando un candelabro siniestro. Lo cogí teniendo en cuenta que era lo único cómodo y con pinta de estar por casa que tenía en ese momento, rezando en mi interior para que el servicio postal llegara a este inhóspito lugar y que Jimmy me mandara cuanto antes mis cosas bonitas, nuevas y mulliditas. Me lo coloqué a lo comando, pasaba de ponerme unas bragas de mi abuela y un sujetador de balas tamaño torpedo, por los cuales pude adivinar de quién había heredado yo mis turgentes maxitetas; mi madre era más bien devota de la Virgen de los Llanos.

Cerré el armario y, antes de salir de aquel santuario sagrado, le eché de nuevo un vistazo a la cama. Parecía mucho más cómoda que la que estaba utilizando yo, pero todavía no me atrevía a sobrepasar ese límite de usurpación de identidad estando aún caliente, válgame la paradoja, el cuerpo de mi recién estrenada abuela, y con un ataúd, que ahora podría usar como arcón, al otro lado de la cama.

Ya en mi celda de clausura, sequé las Uff con el secador y me las coloqué aún calientes en los pies, pero ese placer duró lo que un perro en misa. La estufa estaba pidiendo a gritos una recarga de cáscaras y la casona estaba sufriendo una congelación lenta y dolorosa. Muy dolorosa. Me dolía el cuerpo del frío que estaba pasando. La Domitila me había explicado donde estaban los sacos de reposición, pero debía tener el cerebro helado; no recordaba si me había dicho en

el patio trasero o en el porche. Decidí salir al patio, no sin antes echarme por encima la colcha, cubriendo bien toda mi cabeza y las orejas, parte extrasensible de mi cuerpo; si se helaban podían tirarse en ese estado horas, incluso días.

El patio estaba bastante oscuro y de nuevo una niebla espesa colmaba el ambiente. El alumbrado era muy pobre, apenas llegaba luz de la farola de la calle, pero para lo que había que ver o hacer allí supongo que era más que suficiente. Mi pPhone, que no se había separado ni un segundo de mi mano derecha con la esperanza de escuchar el dulce sonido de alguna notificación me sirvió de linterna. ¿Dónde narices estaban los malditos sacos de cáscara de almendra?

Mi mano temblorosa rastreaba con la luz del pPhone el suelo como un sabueso, mis ojos hacían un esfuerzo sobrehumano por ver y encontrar aquellos asquerosos sacos y, por fin, choqué con algo, con tan mala suerte entonces, que el móvil se me escurrió de la mano y cayó en el suelo. Me arrodillé y a palpas lo fui buscando hasta dar con todas las piezas, que luego fui montado como un puzle en la adusta oscuridad que reinaba. Una vez recompuesto me puse en pie, le di a encender y la pantalla se iluminó.

—¡Coño! —Un grito hueco, terrorífico y de persona humana o ente manchego sonó muy cerca.

El ser dio un salto de rana sobre mí y se me enganchó al cuello, lo agarré en brazos por inercia, soltando de nuevo el móvil, que volvió a descomponerse, dejándonos a oscuras.

—Noooooooooooo, Cristoooo, no me mateeeeeeeeeeeeeees.

—¿Alicia?

—¿Pepe?

El Picoletto Guaperas se bajó al punto de mis brazos, se enderezó y se alejó unos pasos para encender la bombilla de diez vatios que alumbraba el patio.

—Menudo susto me has dado, creía que eras Cristo y que venías a matarme con la azada.

—Susto el que me has dado tú. ¿Qué haces con eso puesto encima?

—Tenía frío, prin-ce-sa —me burlé, aliviada de que fuera él y no Cristo, y a la vez sorprendida por que se hubiera tirado a mis brazos como una chica en apuros.

—Ha sido un acto reflejo —dijo avergonzado, recolocándose el abrigo.

—Vale, si tú lo dices —me mostré guasona.

—¿Qué buscabas aquí afuera?

—Los sacos de cáscara para rellenar la estufa. ¿Y tú qué hacías aquí merodeando como un vulgar ladrón de gallinas?

Se le escapó una carcajada.

—Pues precisamente comprobar que no se hubiera escapado ninguna gallina de mi corral —señaló el muro encalado que separaba su patio del de mi abuela—, he oído ruidos y he venido a mirar. A veces saltan la tapia y mira por dónde... al final sí que he encontrado una y bastante grande... —Rompió a reír con su estúpido chiste de paleta. Le saqué mis ojos de chiguagua y paró en seco—. Y a todo esto... ¿tú no te ibas de inmediato a Madrid?

—Al final no. Va a ser que me quedo un poco —respondí con la boca pequeña—. Pero no sé si voy a poder soportarlo. Hace un frío infernal.

—«Infernal» sería más apropiado si hiciera calor —me corrigió—, para el frío es más correcto usar el término de siberiano o antártico o...

—O, cállate ya —lo corté molesta—. No sé cómo podéis vivir en estas condiciones tan precarias.

—Habla por ti, yo tengo calefacción de gasoil en toda la casa. Y los sacos están en el cobertizo si no recuerdo mal, alguna vez ayudé a tu abuela a cargarlos hasta allí.

—¡Ah, sí! —Recordé ahora las instrucciones de la Domitila—. Pues será mejor que vaya a buscarlos, gracias por la información.

Me agaché a recoger el móvil y comprobé que la pantalla estuviera aún entera y, por suerte, así era.

—¿Ese camisón también es el último grito en tendencias urbanas?

—Este camisón es lo único que tenía para ponerme hasta que reciba mi ropa. ¿Te molesta?

—Para nada, solo que se transparenta un poco. —Pepe miró fijamente mi delantera y yo bajé la vista comprobando que dejaba levemente ver que iba en plan comando. Me cubrí enseguida con la colcha.

—¿Nunca has visto unos pechos?

Pepe soltó una carcajada que rompió el silencio sepulcral de la noche villamaravillareense y debió oírse hasta en Chinchilla.

—Alguno he visto, señorita Garrido, pero quizá no tan jugosos como los suyos.

Pero qué descarro tenía este tío. Iba a decírselo, pero un sonido cristalino y maravilloso que reconocería, aunque llevara dos bolas de algodón gigantes taponándome los oídos, me desvió del tema.

—¿Qué ha sido eso? —Me puse la mano tras la oreja.

—¿El qué?

—Ese sonido.

El tintineo típico de quien recibe un *wasapito* volvió a envolver deliciosamente el aire que nos rodeaba y yo rebuscaba, olisqueaba y giraba la cabeza como una loca buscando moscas.

—Es mi móvil, ¿qué haces?

—Intentando saber de dónde viene la ráfaga de datos.

—¿Por el olfato? —Estaba bastante extrañado.

—¿Tú tienes wifi?

—Sí, ¿por?

—Gracias, Dios, gracias a Dios, sé que no soy digna de entrar en tu casa y que no te hago mucho caso, pero gracias, gracias. —Me puse de rodillas, llena de gozo y alegría, deseando que aquel vecino buenorro tuviera dosis suficiente para compartir conmigo—. ¿Cuántos megas tienes?

—Cien megas —contestó orgulloso de tener la saca bien llena.

—Necesito una rayita, solo una.

—¿Perdón?

—Una rayita, ya sabes... —me aparté la colcha de encima empitonando mis pezones; tenía que ganármelo a golpe de tetas y *zalameo* desvergonzado.

—¿Una rayita de qué? ¿Eres yonqui?

—Pero ¡qué dices, chalado! Me refiero a una rayita de wifi, un chute de datos para mi pPhone y por consiguiente para mí, necesito comunicarme como un ser humano normal. ¿Me dices la contraseña? Puedo pagarte.

—¿Te estás ofreciendo sexualmente para conseguir la contraseña de mi wifi?

—¿Tú estás loco?

Pepe levantó las cejas y volvió a dirigir los ojos a mis pechos, que se transparentaban de lo lindo dejando ver mis aureolas en pleno apogeo, y volví a cubrirme pudorosa con la colcha.

—Me refería a con dinero.

—Pues sintiéndolo mucho no estoy a favor del tráfico de datos. —Se cruzó de brazos con una estúpida sonrisa en la cara.

Estaba bromeando, ¿verdad? Mis facultades mentales se habían colapsado y no podía distinguir emociones humanas.

—Te lo pido por la amistad que tenemos, Pepe, Pepito... —Le agarré los brazos y le supliqué a la desesperada.

—¿Amistad? Creo recordar que era un poquito insoportable.

—¡Eso era una broma, hombre! Parece mentira que no me conozcas —le repuse divertida y quitándole hierro a aquel desafortunado momento.

—Es que no te conozco y compartir algo tan personal como una contraseña no me parece apropiado.

La vena de mi cuello empezó a hincharse, palpitando incesante y provocando el posterior enrojecimiento de mis glóbulos oculares, clavando mis uñas en los antebrazos de Pepe sin medir la presión.

—Venga, ¿qué te cuesta, Pepe? Solo son ondas flotando en el aire, no te

estoy pidiendo el *pin* de tu tarjeta de crédito, Pe-pe. —Pronuncié su nombre con los dientes prietos, entrando en estado de nervios nivel diez.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Tú te estás viendo?

—Ahora mismo no veo nada, necesito lo mío, ¿lo entiendes? Un *wasapito*, unas notificaciones y una buena actualización de estado —le expliqué perdiendo la calma.

—Tú lo que necesitas es la medicación, estás como un cencerro.

Aquello me dolió. Mucho, además. Estaba insinuando que tomaba Procaz como si fuera una esquizofrénica, así pues, le solté los brazos y me recompuse como pude.

—No piensas darme la contraseña, ¿verdad?

—Verdad.

—Pues buenas noches.

Tenía que entrar pronto en casa si no quería adquirir el bonito tono berenjena de mi abuela, tomarme una infusión de hierbas de San Juan y ver algo en la tele para intentar distraerme y no pensar que a pocos metros tenía una conexión de cien megas que un ser huraño, agreste y egoísta no quería compartir. Para que luego dijeran que la gente de pueblo era pura amabilidad con los forasteros. Sería en el pueblo de al lado, porque aquí eran todos unos paletos. Odiaba este pueblo y sus lugareños.

—Tendrás que ganártela. —Me paré en seco, aquello era un atisbo de esperanza.

—¿Cómo? —dije con cara de ilusión, como una niña pequeña espera los regalos de Navidad.

—Buenas noches, señorita Garrido.

—Pero dime cómo. —Pepe me dio la espalda y echó a andar hacia la tapia, fueron cinco pasos contados—. No me dejes así, Pepe, dímelo, ¿qué tengo que hacer?

—Hasta mañana. —Me miró por última vez girando la cabeza de un lado a otro como los muñecos cabezones de los coches y se encaramó en la tapia salvándola con una agilidad que me dejó maravillada.

Pensando en qué pruebas absurdas tendría que pasar para conseguir lo que tanto anhelaba: ¿carrera de sacos?, ¿agarrar manzanas colgadas de un árbol?, ¿la gallinita ciega? Solo Dios sabía qué tipo de juegos clásicos se gastaban en este pueblo, entré de nuevo en la casa de mi abuela. Fue poner un pie dentro e instantáneamente entrar en fase embrionaria de criogenización. Pero qué frío, leches. Hacía más frío dentro que fuera, ¿cómo era eso posible? *Habrase visto...*

¡No, por favor! Encima se me estaba contagiando el palabrero lugareño. Si es que no podía salir de la ciudad, si es que yo era muy de dejes, y si me dejaba

fluir y me entremezclaba mucho con ellos, en un mes sería una más, con sus «odos», y sus «mumachas», y sus «chachos» ¡Nooooo! Tenía que recuperar pronto la comunicación con el mundo exterior, fuera como fuese, y ese Pepe, alias *el Picoletto Guaperas*, no se me iba a resistir. Le sacaría la contraseña de su wifi costara lo que costase.

Ladrona de guante rosa

La llamada de las nueve de mi madre me hizo dar tal brinco en el sofá, que estuve a nada de tirarme por encima el tazón de hierbicas buenas que me había preparado para calmarme un poco y lograr conciliar el sueño; había tanto silencio en los rincones de la casona que se me antojaba aterrador. Hablé con ella una media hora, le expliqué lo que había pasado en la lectura del testamento y de las malditas cláusulas de mi abuela.

—¿Ya la llamas *abuela* y todo? —Se echó a reír.

—De alguna manera tengo que referirme a ella. Lo de *no* abuela aquí no sienta muy bien.

—Tú verás, ya eres mayorcita para saber lo que te haces.

No entendía por qué mi madre se mostraba tan reticente, todo eran «peros», y por qué no quería contarme nada ni por qué nunca me había contado nada sobre mi familia, porque la tenía y no poca. Una abuela (tacha abuela), una tía abuela con un par de hijas y varios nietos que vivían en Santander (los suplentes). Me despedí de ella con «Un hasta mañana, te quiero mucho» y me acerqué a la estufa, estaba más fría que un cadáver y el pensamiento me hizo reír. Pobre abuela mía, al menos estaría bien conservada. Volví a reír y me recriminé tener un sentido del humor tan negro.

Necesitaba entrar en calor o correría su misma suerte, así que regresé al patio a por un saco de cáscaras y lo arrastré hasta la salita. Abrí la tapa donde supuestamente tenía que verterlas y un humo negro y espeso me cubrió la cara, haciéndome toser como una enferma de tuberculosis, obligándome a abrir las ventanas para ventilarme si no quería morir intoxicada dulcemente por monóxido de carbono, mientras visionaba una peli en la tele. Una tele que aún no había visto por ninguna parte. Pero había tele, ¿verdad? Mi abuela me veía siempre en la tele, eso había dicho la Domitila, y ¿dónde estaba esa tele?

Empecé a mirar por todos lados, pero no había ninguna, ni siquiera una de esas de tubo de rayos catódicos. ¿Dónde leches estaba la maldita tele? No era

posible que, a aquella atroz experiencia de por sí, se le sumara el hecho de no tener una caja tonta para despejar la mente. La cosa empeoraba por momentos y mi desesperación y las ganas de arrancarme la cara y hacer confeti con ella más.

Hundida en la miseria, me desplomé en el sillón orejero de escay marrón decorado con un tapete de ganchillo en el respaldo y, al descolgar los brazos, me topé con un revistero repleto de crucigramas. Jamás en mi vida había hecho uno, pero sabía cómo se hacían y tampoco había otra cosa mejor que hacer.

Las portadas habían pasado a mejor vida y las hojas tenían un tacto áspero y curtido por el paso del tiempo, además del típico color amarillento con manchas difuminadas. Pude ver por primera vez la letra de mi abuela, la letra de alguien que fue al colegio en contadas ocasiones, con acentuadas vocales y separación entre letras.

Había uno sin terminar y, en un intento por hacer algo junto a aquella señora que me quería premiar y joder a partes iguales, decidí terminarlo. Por suerte, un boli yacía junto a las llaves que el loco de Cristo había dejado sobre la mesa camilla.

—¿Actual presidente del gobierno, con la «a» en posición inicial? —leí la primera definición que se me puso ante los ojos.

No tenía que pensar mucho, el actual presidente del gobierno era... un momento, no empezaba por la «a». Deduje entonces que el crucigrama sería un poco más antiguo. Pero Aznar tenía solo cinco letras y aquí había doce y el nombre de pila de Aznar no empezaba por «a». Me devané los sesos un rato, intentando pensar con claridad, no era una persona extremadamente política, pero algo de cultura general tenía y no recordaba ningún otro presidente, desde que tenía uso de razón, que comenzara por «a».

Cómo echaba de menos mi buena conexión de Madrid, habría hecho trampas y mirado en internet la respuesta, pero desafortunadamente ¡no la tenía! Y, de hecho, de haberla tenido, no estaría perdiendo el tiempo haciendo ¡un maldito crucigrama del año de la Maricastaña! Cogí el cuadernillo y le di la vuelta, exasperada y vencida, y vi entonces que contaba con un anexo de soluciones al final, así pues, decidí hacer trampas a la antigua

—¿Adolfo Suarez? —dije asombrada en voz alta de nuevo, parecía que hablar conmigo misma se iba a convertir en una costumbre a partir de ahora—. Pero ¿de qué año es esto, por favor? —Busqué entre las páginas el año de edición y vaya—. ¡Del 1.977!

Dejé el crucigrama de *Cuéntame* en el revistero y comencé a deambular por la casa, revisando cada rincón de aquel tétrico lugar. Si tuviera wifi podría ver algo por Youtufe, escuchar música en el pTunes, hablar con Jimmy, mandar fotos, cotillear la vida de los demás... Me aburría, la verdad. Mucho. Muchísimo.

Era pronto para acostarme, nunca me iba a la cama antes de las doce. Cogí mi pPhone y sincronicé las wifis más cercanas, había varias, pero una de ellas marcaba, nada más y nada menos (redoble de tambor), cuatro rayitas y, cómo no, estaba protegida por una contraseña.

Era la de Pepe, seguro. Yo con una sola me conformaba, pero no me la quería dar, desgraciado. Me rasqué la sien y una idea brillante vino a mí. Quizá podría adivinar la contraseña de su wifi, no era ningún lumbreras, seguro que sería algo del estilo «altoalaguardiacyivil», «lospapelesdelcocheya», «sopleaquí». Probé suerte con la primera opción. Nada. La segunda. Nada. La tercera. Nada. Ninguna de esas era. Pues mira por dónde nos había salido listo *el Picoletto Guaperas* e iba a tener una de esas combinaciones raras de números, letras en mayúscula y minúscula y símbolos. Aunque, cabía la remota posibilidad de que no la hubiera cambiado y tuviera la que por defecto te pone la compañía y que viene pegada en el culo del *router*... Y ahí fue cuando una luz potente me alumbró la cabeza, llenándomela con una idea genial. Genial, pero ilegal. Ilegal, sí, pero era, sobre todo, genial genial.

—Olvídalo, Alicia, eso no estaría bien.

Pero por más que intentaba desbancarla, más fuerte se hacía en mi mente. Era un pensamiento recurrente que chocaba como las olas en los espigones, haciendo regresar el impulso del agua con más fuerza.

—Piensa en otra cosa, piensa en otra cosa.

Para despistar mis pensamientos, empecé a canturrear *Te quise tanto*^[2], que siempre me traía tan buenas *vibras*, porque me recordaba mi paso por *Por tu cara bonita*, pero esta vez no hacía más que recordarme a mi pPhone sin datos, cada frase que decía era una elegía en su honor, así que, cuando llegué al estribillo, estaba a punto de una llantina monumental, y aquel rocambolesco pensamiento apareció de nuevo, nublando toda mi razón.

Corrí de nuevo a la habitación de mi abuela y me hice con un pañuelo negro. Pensé en ponérmelo como doña Rogelia, pero eso no distorsionaría mi imagen, era altamente reconocible, así que me lo puse a lo *cowboy* del oeste, tapándome la nariz y la boca con el pico a la altura de la barbilla.

Supuse que las puertas en este pueblo no guardarían ninguna medida de seguridad extrema, teniendo en cuenta que la de mi *no* casa se abría con un pomo de rodete y se cerraba con un simple pestillo por dentro. Aunque, pensándolo bien, nuestras casas lindaban por los porches y los patios traseros y solo estaban separadas por un muro no demasiado alto lleno de gallinas y que me sería fácil saltar.

Salí al patio y cogí una silla de madera, que posiblemente usaba mi abuela para sentarse a disfrutar del sol o del fresco o lo que fuera, pero a mí me iba a

servir como escalera para alcanzar lo alto de la tapia, y desde ahí saltar al otro lado. Fue coser y cantar, tal y como lo había imaginado. Además, aquel camisón me hizo de paracaídas y caí como una auténtica profesional del hurto. Un par de gallinas dieron un brinco. Pobrecillas, las había despertado de su estado catatónico de incubación y ensueño. Las demás siguieron en fase REM por suerte, y menos mal, pues temía que alguna se pusiera a cacarear despavorida obligándome a trepar la tapia a lo *spiderman*. Al verlas ahí, tan tranquilas, me vino a la mente la fobia que les profesaba la protagonista de la película que acababa de rodar y me pregunté si Pepe también pondría en práctica los poco ortodoxos métodos de desinfección anal que usaba su maquiavélica abuela Bibi. Me tapé la boca para no reírme, al visualizar por un segundo al picoletto agreste pasándoles un algodón bañado con ron por sus culos de gallina, mientras avanzaba hacia la puerta.

Se abrió sin necesidad de palanca; qué confiados y pardillos eran en este pueblo. Un calor reconfortante invadió todo mi cuerpo. Era cierto que tenía calefacción, parecía un hornito y qué gustito daba.

Tenía que ir con cautela, no podía encender la luz, tan solo accionaría la pantalla del móvil para localizar el *router* y hacer una instantánea rápida de la clave de acceso.

Estaba en la cocina, la poca luz que entraba por la ventana me dejó ver los hornillos. Salí de allí y fui a ciegas, palpando con cuidado cada rincón de aquella casa. Mis ojos, poco a poco, se fueron adaptando a la oscuridad y la poca visión nocturna de los humanos se accionó un poco, presentándose ante mí, de súbito, la imagen de una señora mayor con rulos a la que estaba palpando los pechos.

—Manolo, ¿con esas ganas de jarana vienes? ¡¡Anda, suéltame las ubres que tengo que preparar el desayuno de la Angelita!! —gritó la mujer apartándome las manos y dirigiéndose a la cocina sin ninguna dificultad.

Me quedé petrificada y con una incipiente taquicardia. La luz de una de las habitaciones se encendió y luego la de la salita, lugar donde me encontraba yo cual muñeco de cera.

—¿Alicia?

—No, no soy Alicia, soy el espíritu de Virginiaaaaaaaaa, vengo a decirte que le des a mi nieta la clave de wifiiiiii —puse una voz de ultratumba poco creíble.

—¿Y mi abuela?

Tan solo señalé hacia la cocina; me había pillado y había que hundirse con el barco.

Pepe fue a buscarla y la encontró calentando leche en un cazo. La tomó por el brazo y la acompañó al que debía ser su dormitorio para volverla a acostar. Estuve muy tentada entonces de salir corriendo, pero finalmente opté por

quedarme donde estaba y aguantar el sermón que seguro me iba a echar. Y así fue. No tardó mucho en salir con cara de pocos amigos y me obligó a deshacerme de aquel estúpido pañuelo.

—¿Tan enferma estás como para allanar una casa y robar una contraseña wifi?

—Yo no estoy enferma.

—Pues lo parece, ¿tú te has visto la cara? —me increpó—. ¿Has estado llorando? —añadió mostrándose preocupado ahora a la vez que se acercaba un poco.

—No. —Me crucé de brazos.

—Pues lo parece.

—Tú no sabes lo que es estar en una casa sin tele y con un crucigrama de 1.977.

Me miró serio.

—No lo sé, pero, aunque lo supiera no cometería un delito como este.

—Bueno, lo siento, ¿me puedo ir ya? —Me hice la sueca; tenía que salir de allí como fuera, no podía olvidar que Pepe era guardia civil y podría encarcelarme como a una vil ladrona.

—Ja, no me hagas reír, tú de aquí no te mueves. —Con un movimiento rápido se sacó del trasero unas esposas y se plantó a mi lado de un salto. Agarrándome con fuerza de los hombros, me dio media vuelta como una peonza, me rodeó desde atrás con los brazos y me las puso, provocándome con ello una inesperada oleada de excitación bajo mi horrendo camisón, que me aceleró el corazón. Todo eso en cero coma, luego me arrastró a una habitación—. Por lo pronto pasarás la noche aquí, bajo mi atenta vigilancia.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco?

—No, señorita Garrido, la que está como una cabra es usted, y dé gracias que no dé parte al cuartel de que ha entrado en mi casa y palpado las tetas a mi pobre abuela enferma.

—No era mi intención, no soy *gerontófila*, es decir, que no me pone tocar pechos de ancianas... ni de mujeres... además, lo del incidente del chumino de la alemana no trascendió en nada, me dejaron marchar... —Pepe se quedó quieto escuchándome atentamente con cara de estupefacción—. Vale, sé que parece algo raro, pero se me cayó el móvil...

Me hizo un alto con la mano.

—No quiero saberlo, además, no deberías contar nada sin la presencia de un abogado.

—Pero me habías dicho que no ibas a denunciarme.

Abrió la cama, apartando el edredón a un lado.

—Calladita, señorita Garrido, y tumbese.

Hice lo que me ordenaba, no estaba en disposición de meter más la pata, además, el colchón de aquella cama era una pasada, me envolvía el cuerpo en su justa medida, dejando mi espalda recta y mi cuello en una posición muy agradable. Me quitó las Uff y me cubrió con el edredón hasta el cuello.

—Podrías soltarme, te juro que no me voy a escapar. —Y lo decía totalmente en serio, necesitaba dormir en aquella cama, aunque fuera en calidad de presa.

Me miró desde arriba sopesando mi petición, me estaba poniendo nerviosa, visto desde abajo (pantalón de pijama de rayas y camiseta blanca de algodón de manga corta) era imponente. Finalmente habló.

—La soltaré, pero si intenta escapar la encontraré y después la llevaré al calabozo del cuartel, palabrita.

—No lo haré, lo juro por los bolsos de Pumba y Chola.

Pepe me descubrió hasta la cintura y abrió el grillete. El roce de su mano contra mi muñeca me provocó una descarga descomunal en la entrepierna, haciéndome convulsionar con poco disimulo. Después cubrió mi cuerpo con el suyo para dejar las esposas en la mesita del lado contrario de la cama, acercando su cuello a mi boca, impregnando ese escaso espacio vital con su olor. Un olor suave a hierbas aromáticas y gel de supermercado, no como yo, que debía oler a Pistol de marca blanca. Aquello lo hizo a propósito (tenía otra mesita justo a mi lado), pero no quise pedirle explicaciones, en el fondo me estaba gustando. Tras guardarlas en el cajón, volvió a su posición anterior, mirándome fijamente por unos segundos a los ojos y sin mediar palabra, antes de pasar por encima de mí para luego meterse en la cama.

—¿No pensarás dormir aquí conmigo?

La idea de dormir a su lado me producía una mezcla de inquietud y ansiedad en el estómago.

—Por supuesto que sí, eres una delincuente y debo vigilar que no escapes. Además, no voy a dormir en el sofá en mi propia casa —respondió como si nada, colocando bien su lado de la almohada y poniéndose cómodo en general.

—¿Esta es tu cama?

—Lo es, tan solo hay dos habitaciones, no todos somos la rica del pueblo —dijo con cierto retintín.

—Pero ¿qué haces ahora? Por ahí sí que no paso.

El muy capullo se estaba quitando la camiseta, dejando a la vista su fibroso y marcado cuerpo sin exceso. Tenía un cuerpo increíble. El sexo se me humedeció y apreté los muslos; al ir en plan comando corría el peligro de dejar mi rastro en su cama como una perra en celo.

—Siempre duermo desnudo, pero hoy me dejaré el pantalón puesto en tu honor. Además, no suelo dormir con nadie y eso me provocará más calor aún y no quiero morir asado como un pollo, ¿no querrás que te acusen también de asesina?

Tan solo asentí, me di la vuelta y me acurruqué en aquella maravilla de cama con mi palpitar vaginal *in crescendo*.

—Buenas noches, señorita Garrido.

—Buenas noches, señor agente.

Y tras eso dio por zanjada la conversación, apagando la luz y no sé cómo ni por qué entrelazó sus pies con los míos.

Solo escuchaba su respiración honda y sosegada, la mía debía ir a mil, porque cada vez que movía tan solo un milímetro alguno de sus pies, notaba un pequeño pellizco de gusto. No sé cómo podía estar tan pancho, yo iba a correrme si seguía haciéndome eso que estuviera haciéndome con los pies. Cada leve movimiento incitaba una respuesta penetrante en el centro de mi sexo y el efecto resultaba insoportablemente erótico, sobre todo porque debía impedir a toda costa que él se diera cuenta de lo mucho que me estaba gustando. Tenía un ejército de hormiguitas marchando decididas hacia mi asuntillo, provocándome microespasmos y tuve que apretar las piernas y morder la almohada para contener los jadeos que surgieron de mi garganta al experimentar el primer orgasmo de mi vida que un hombre me provocaba sin necesidad de otra cosa más que el contacto de sus pies con los míos. Maldito Pepe y malditos sus pies provocadores de orgasmos.

A quién maneja mi barca... quién... que a la deriva me llevaaaahhh...

Cuando desperté en aquella mullida cama, Pepe ya se había levantado y se estaba terminando de vestir (menos mal; ¿más torsos sólidos que nublaran mi raciocinio? No, por favor), sentado en el otro lado del colchón y mirando hacia la ventana.

—Oye, Pepe.

Dio un respingo al escuchar mi voz de pronto, volvió la cabeza hacia mí con su cara de pocos amigos.

—Dime.

—¿Lo de las esposas?

—¿Qué les pasa a las esposas? —respondió con voz de agotamiento.

—¿Las tienes porque tienes gustos a lo Grey o algo así?

—Las tengo por mi trabajo. ¿Y a lo Grey? —se extrañó—. ¿Es algún tipo de juego?

—¿No sabes quién es Christian Grey?

—¿Debería saberlo? ¿Es algún famoso que conozcas?

—Es el protagonista de una peli bastante conocida, la de *Las cincuenta sombras*, ¿no te suena, tampoco?

—Ah, sí, pero no la he visto. También es un libro, creo, ¿no? —Se puso en pie y pude ver ese cuerpazo al completo. Llevaba un jersey negro de lana gorda, unos vaqueros grises y unas zapatillas de deporte, y estaba muy guapo, la verdad.

—Sí, pero no lo he leído.

—¿Y has visto la película sin leer el libro antes?

—No leo mucho. No tengo tiempo.

—¿Lo de leer no es cuestión de tiempo?

—Pero ¿si no tengo tiempo cómo voy a leer, entonces? —me defendí

mientras él avanzaba hacia la puerta.

—Cada uno tiene tiempo para lo que quiere. Tal vez, si dejaras el móvil a un lado, tendrías tiempo para leer —me recriminó con bastante mala baba.

—Pues ahora que lo dices, leo mucho, la verdad. En el móvil. Un montón de cosas interesantes y de vital importancia en la vida.

—*¿Vital importancia en la vida?* —Sacudió la cabeza con los ojos en blanco —. Dudo mucho que ningún experto considerase que tales aficiones sean comparables.

—Pues no entiendo por qué —respondí ofuscándome.

—Pues a lo mejor no eres tan lista como te crees —me repuso antes de salir del dormitorio.

Me dejó enfurruñada como una mona mirando la puerta como si quisiera traspasarla con mi inexistente visión láser. Tras masticar cinco o seis tacos, decidí levantarme y marcharme a casa de mi abuela. Me cepillé el pelo con los dedos hasta que estuvo desenredado y contemplé mi cara sin maquillar, blanca como la cal, en un espejo que había colgado en una de las paredes.

Se escuchaba movimiento en la salita y, tal como iba (no tenía nada más que ponerme), me calcé las Uff y salí, echando antes una buena ojeada a lo que allí había.

Era una habitación sencilla y sin grandes pretensiones decorativas. Una cama de uno cincuenta. Dos mesitas. Un escritorio y su silla. Un armario empotrado de dos puertas y una gran estantería repleta de libros. Estuve tentada de acercarme a cotillear qué tipo de libros gustaba a Pepe, pero no lo hice. *El Picoletto Guaperas* era muy pretencioso, y solo me faltaba comprobar que además lo era con razón, leyendo libros para gente culta.

En la salita vi a una anciana sentada a la mesa. Llevaba un babi de esos que tanto les gusta llevar a las señoras de cierta edad para trajinar por casa (uniforme ama de casa = babi azul marino, negro o marrón oscuro floreado, o de lunares. Las más atrevidas pueden llevar incluso rayas horizontales) y el cabello blanco perfectamente peinado con laca en ondas hacia atrás.

—Buenos días, señora —saludé con voz queda camino de la puerta de salida.

La anciana levantó los ojos de su tazón y me dedicó una cálida sonrisa.

—Pero, Angelita, ¿no te sientas a desayunar? Anda, Manolo, ponle a la chica un plato de sopas en la mesa.

Miré a Pepe, que acababa de salir de la cocina con un tazón en las manos, sin saber qué hacer, y este asintió. Me senté enfrente de su abuela y, al punto, *el Picoletto Guaperas* me puso el tazón delante.

—Es café descafeinado, ¿lo quieres con leche?

—¿Tienes de soja?

—Sí.

—¿En serio? —Me asombré, la verdad.

—Muy en serio, ¿por qué?

—No me lo puedo creer

—¿Qué no puedes creer?

—¿Venden leche de soja en este pueblo?

—En Villamoriscos, está a siete kilómetros, es más grande que Villa Maravilla y tiene un par de supermercados, una droguería, una peluquería, un hostel, algunos pubs...

—Guau, qué pasada, ¿no? Debe ser todo un punto de referencia en la región. Soltó un bufido de exasperación.

—¿Caliente? —preguntó mostrándome un brik de leche.

«Muy caliente.»

—Templada.

—¿Dónde te crees que estás? —preguntó dándose la vuelta para ir a calentar la leche en ¡¡un microondas!!

«En el culo del mundo.»

—En tu salita.

—Me parto contigo, eres la monda con tus chistes de urbanita.

Me sirvió la leche y luego se sentó a la mesa frente a otra taza de la que bebió un pequeño sorbo.

—¿No trabajas hoy? —le pregunté.

—Voy a turnos, esta semana estoy de tarde, de dos a diez.

—Ayer estabas de servicio por la mañana.

Tras darle otro sorbo al café, respondió seco:

—Ayer, doblé.

—Ya —dije antes de darle un sorbo yo al mío—. Está bueno, gracias.

—¿Quieres unas tostadas?

—¿De pan integral?

—No.

—Angelita, *ties* que ir a la *carnecería* y traer unas chuletas para cenar.

Miré a Pepe interrogante, no sabía si seguirle el rollo o no a la pobre mujer

—Yaya —dijo con cariño acariciándole la mano—, esta chica no es Angelita.

—Manolo, ¿qué *hacís* aquí todavía? ¿Que no *ti* has ido al huerto? ¿Es que es domingo?

—Yaya, soy Pepe, tu nieto.

—Al *mumacho* hace días que no le he visto. ¿*Ande* estará? ¡Pepe, Pepe,

Pepe!

—Yaya, estoy aquí —le respondió con suma paciencia y le cogió la mano para besársela en el dorso.

—Creo que me voy —dije apurando mi tazón. Comenzaba a sentirme incómoda presenciando aquella escena tan enternecedora. Era obvio que Pepe adoraba a su abuela y también era obvio que su abuelita sufría alguna enfermedad senil.

—Adiós, señorita Garrido, procure no meterse en líos, estaré vigilándola.

—Vale, sí —refunfuñé—, adiós, señor agente, que tenga un buen día y gracias por la cama y el desayuno —añadí apresuradamente poniéndome en pie.

Entré en casa de mi abuela y me lo encontré todo tal cual lo había dejado la noche anterior (y eso que me había ido sin cerrar con llave; qué *lerdis* eran aquí). Era el momento de arrimar el hombro y ponerme manos a la faena, había mucho por hacer. Lo primero, comprobar las existencias de productos de limpieza, de higiene corporal, alimentos... Lo segundo, hacerme con todo lo que faltara en alguna tienda del pueblo (algo habría de haber) y, por último, limpiar y limpiar y dejar aquello a mi gusto (si esto era posible). Me fui a la cocina y mientras me tomaba una infusión milagrosa de hierbicas buenas fui anotando todo lo que echaba en falta en una libreta que encontré en un cajón. Me sería difícil encontrar leche de soja, mijo, tofu, algas, *tamari*, ciruelas *umeboshi*... en Villa Maravilla, pero de momento podía pasar con vegetales de toda la vida, que seguro que de eso tenían por un tubo.

Seguía sin ropa, mis tres únicas prendas traídas para la ocasión estaban inservibles en ese momento, así que decidí investigar de nuevo en el armario de mi abuela a la busca de algo que pudiera *customizar* fácilmente.

Había un vestidito camisero negro con flores pequeñas blancas que, aunque no era la última moda de París, bien podría pasar por un arrapiezo de estos que te metían ahora las *bloggers* por los ojos como supertendencia. Y así fue. Tras ponérmelo (¡bien, era de mi talla!) y mirarme en un espejo que tenía el armario en el interior de una de las hojas, pude comprobar que podría pasar e incluso estaba mona, vaya. Me puse encima mi vellón y el efecto fue de lo más *cool*. Pena no tener mi Instaglam *online*; hubiera colgado una foto que habría tenido por los menos seiscientos «Me gusta». No debí pensar eso, de súbito, me inundó una tristeza infinita, y un ligero ataque de ansiedad.

—Deja de pensar, deja pensar —me dije respirando hondo—. Venga, Alicia, y ahora a comprar y a enseñarles a todos estos paletos quién eres tú y el arte que tienes. —Me colgué el bolso del hombro y salí dando un portazo.

Al pasar por la puerta de mi vecino *el Picoletto Guaperas*, mis ojos no pudieron evitar echarle una rápida ojeada en plan *terminator*. Su abuela estaba sentada en una sillita del porche leyendo un libro.

—Buenos días, señora —la saludé.

—Con Dios —respondió sin levantar los ojos de su lectura.

Empecé a andar siguiendo la misma ruta que la de la *procesión* del entierro para llegar hasta la plaza. Supuse que siendo el centro (ja, el centro) estarían por allí los pocos comercios que pudiera haber.

En la puerta de la iglesia había un corrillo de señoras, entre ellas la Domitila y la Salomé. Me acerqué, con ánimo de sonsacarles la información vital, con un escueto «buenos días, señoras».

—*Mia*, hoy *yaces* mejor cara. —La Domitila fue la primera en dirigirme el habla tras hacerse el silencio.

—Y qué maja *ti* has puesto —apuntó otra que no recordaba—. Mucho más acertado que no ese vestidico rojo que *ti* pusiste ayer —añadió con mala baba y acto seguido se puso a rumiarle la oreja a su vecina de corro.

Harta ya de tanta impertinencia, interrumpí su murmurio.

—Necesito comprar unas cosas, y estoy buscando alguna tienda.

—¿Y qué cosas? —preguntó la Salomé.

—Pues cosas para la casa.

—Pero según qué cosas se venden en según qué tiendas. No es lo *mesmo* una barra de pan que un cubo *pa* fregar.

Vaya, me había salido filósofa la mujer.

—Pues busco un poco de todo, cosas para limpiar y cosas para llenar la nevera y la despensa. Y ahora que lo pienso también me gustaría comprar una tele.

—Haber empezado por ahí, ven que te acompaño, aunque lo de la tele va a estar difícil, aquí no hay tienda de electrodomésticos, tu abuela siempre venía a mi casa a ver la televisión desde que se le rompió la suya. —La Domitila salió en mi ayuda, cogiéndome del brazo y alejándome del corro de arpías vetustas—. A ver, esa lista —dijo, señalándome el papel que portaba en la mano como una banderola de paz.

—Espera, Domi, que voy con vosotras —nos echó un grito la Salomé saliendo escapada del corrillo.

—No hagas caso, *mumacha*, aquí la gente se aburre bastante en invierno, pero no padezcas que en Navidades cuando el pueblo se llene, ya no estarás en el ojo del huracán.

Las dos señoras hicieron todo el recorrido de rigor, acompañándome por las distintas tiendas desperdigadas por las callejuelas. Había un ultramarinos que

vendía un poco de todo, ahí cargué con lo de la limpieza e higiene corporal, así como lechugas, coles, tomates, habas, alcachofas... todo fresco y con muy buena pinta, a decir verdad; una panadería, que sí tenía pan integral (gracias), una carnicería donde no entré, aunque pude comprobar desde la puerta que tenía un buen surtido de carnes prohibidas.

—¿No hay pescadería?

—No. Lo que quieras de *pescado tie* que ser congelado... con perdón —se interrumpió Salomé como si hubiera dicho algo malo.

—¿Perdón, por qué? ¿Está mal visto comer pescado en Albacete?

Y las dos mujeres rompieron a reír como si hubiera contado un chiste buenísimo.

—*Chacha*, no, lo decía por lo de tu pobre abuela, qué pena, qué fin más triste, *pareciera* un iceberg.

—No pasa nada. —Yo seguía sin entender nada.

—Pescado, *pues* comprar congelado en el ultramarinos de la Llanos.

—¿Y fresco, imposible?

Negaron con la cabeza ambas señoras.

—*Pa* eso tendrás que ir a Almansa, está cerca, a media hora en coche.

—¿Y a cuántos kilómetros?

Se miraron entre sí como buscando la respuesta en la cara de la que tenían enfrente.

—*Pos*, ni idea, la verdad, *peo* al menos, me figuro yo, que unos cuarenta o cincuenta.

Eso estaba por encima de mi radio de movimiento permitido. Mala cosa. Tendría que encargarle a alguien que lo comprara por mí o comerlo congelado. «Tranquila, solo es un mes. Podrás. Podrás. Podrás...»

—¿Cuarenta o cincuenta? ¿Estás segura, Domitila?

—No. Le tendré que preguntar a mi hija, porque no sé *mu* cierto.

Mierda, si tuviera datos lo podría haber mirado yo en un segundo en internet, y no tener que esperar a que la Domitila, que hoy llevaba una redecilla azulón combinada a la perfección con la blusa que asomaba por debajo de su chaquetilla de punto bien ceñidita al cuerpo, le hiciera la consulta pertinente a su hija. ¿A su hija?

—¿Tienes una hija? —pregunté con un atisbo de esperanza de encontrar alguien de mi edad, que no fuera Pepe y su mala leche.

—Sí, Cata. Y un hijo, Victoriano.

—¿Y cuántos años tiene tu hija?

—Cincuenta hará en enero.

—No me vale.

—¿No te vale?, ¿qué *pa* qué la quieres?

—Como amiga.

—Ah, ya, ella no, *peo* mi nieto el Fulgen sí. En agosto hizo los *venticinco*.

—Genial, y ¿Fulgen tiene más amigos? —pregunté animada de pronto al saberme no tan sola y abandonada en este lugar hostil lleno de reliquias (tanto humanas como inhumanas),

—*Pos* claro, hay *mu* buenos mozos aquí en el pueblo, Alicia. —Y levantó las cejas insinuando ¿algo?

—¿Y me lo presentarás?

—*Pos* claro, *de que* llegue el viernes.

—¿Que dónde está?

—*Pos* estudiando en Albacete, como casi todos los *mumachos* y *mumachas* de Villa Maravilla. ¿Y si nos tomamos un cafecico y te cuento más cosicas?

¿Esta iba a ser mi rutina lo que restaba de mes? *Cafecicos* en el único bar del pueblo con señoras que me triplicaban en edad.

—Aquí *mesmo* está —intervino la Salomé, señalando un punto más allá al doblar una esquina de la plaza.

—Vamos —dije animándome de pronto. Tal vez tendrían wifi gratis.

El bar era el típico bar que uno podría esperar en un pueblo de estas características. Nada destacable y, por supuesto, ni tenía wifi ni leche de soja, así que me pedí un té, y me quedé con todas mis ganas de actualizar las *apps* de mi pPhone moribundo.

—¿Y cómo has dormido esta noche? —preguntó la Domitila ajustándose la falda.

La miré pensando que me lo preguntaba porque de algún modo sabía que no había dormido en mi cama. Esto era un pueblo pequeño y seguro que las paredes tenían ojos. Alguien me había visto entrar a altas horas en casa de Pepe saltando la tapia o alguien me había visto salir en camisión esta mañana.

—Bien, pero tengo la espalda con un dolor que no es de este planeta —mentí para ponerlas a prueba.

—Pero ¿es que has dormido otra vez en la cama de cuerpo y medio.

—Sí —respondí con la boca pequeña.

—Contra, y ¿por qué eres tan cabezona? *Chacha*, duerme en la cama de tu abuela, que le cambió el colchón hace unos pocos años.

—Es que no me parece bien.

—Déjate de chorras y hazme caso, que un mes es mucho tiempo y la noche aquí en la villa es *muuuu* fría.

—¿Y qué me quieres decir con eso? —me envalenté.

—Nada, hija mía, que Dios me libre de decir *na* malo, que el cuarto de tu

abuela es el más caliente de la casona, ¿no ves que es pared con pared con la chimenea.

—Vale, me lo pensaré. Bueno... chicas —dije en plan confidente, y las dos me miraron con ojitos brillantes— y ¿qué me podéis contar del motivo de la disputa entre mi madre y mi abuela?

—*Arrea*, ¿así de primeras? Es pronto *pa* hablar *dese* asunto. No *somos nosotras* quien corresponde narrarte los detalles. Eso tu madre...

—Mi madre no está muy por la labor y tarde o temprano terminaré por saberlo, alguien se irá de la lengua, así que cuanto antes lo sepa mejor, y así podré defenderme si alguien me acusa de algo.

—Si lo dices por la Juana, tú ni caso. Es que la Juana y tu abuela, que en paz descansa —se santiguó como ya venía siendo habitual en la Domitila—, no eran *mu* amigas por lo que pasó entre tu madre y su...

Se interrumpió de golpe rascándose la espinilla y miró interrogativa a la Salomé, que hizo ademán de silbar como si la cosa no fuera con ella.

—¿Qué pasó con mi madre y su...? —la insté a largar.

—No *mi haigas* hablar, que no me gusta darle a la sin *güeso*. Que Dios me libre de hablar más de la cuenta.

—Domitila, bonita, necesito saber —le rogué poniéndole mi cara ensayada a conciencia de gatito de *Shrek*.

—*Peo* no le digas a nadie que yo te he dicho *na*. —Y mirando a la Salomé, añadió—: Y tú tampoco.

—Te lo juro.

—Tu madre es que se quedó embarazada de ti y tu abuela eso no lo llevó *na* bien.

—Bueno, pero eso tampoco es motivo para que mi madre se marchara del pueblo y nunca más hubiera relación entre ellas.

—¡Ay, hija mía! *Peo* es que tu madre se equivocó... se equivocó... se pirró por el que no debía y claro...

—Claro, ¿qué?

—Pues que se equivocó a quién ofrecerse y el pobre *mumacho* se vio *obligao*.

—De pobre nada, ese señor se desentendió de mi madre y de mí y adiós muy buenas —me cabreé bastante.

Las dos se miraron y soltaron un soplido. Estas sabían más de la cuenta y como que yo era Alicia Garrido me lo iban a contar todo con pelos y señales.

—Si es que eso ya veía venir —comentó la Salomé, que parecía un poco turbada.

—¿El qué?

—*Pue* esa relación, que no era sana, *mumacha*, estuvo *sentenciá* desde el *mesmo* día que empezó —respondió.

—Dudo mucho yo que mi madre obligara a ese señor a que se acostara con ella.

—Es una forma de hablar, *chiquilla*, no te enfades, si es que no hay que remenear viejas heridas. Eso ya pasó, ya pasó.

Negué con la cabeza.

—Tenéis que decirme quién era mi padre, porque esto no tiene ningún sentido. ¿Qué era, un delincuente, un... un...? —No sabía ni qué decir.

¿Qué podía ser tan horrible para que mi madre tuviera que salir por patas de este pueblucho de gente intolerante? Se me pasaba por la cabeza cualquier barbaridad, que fuera un ladrón de gallinas, o un asesino en serie, o un feriante que explotaba mujeres barbudas...

—No, *chiquilla*, era un buen *mumacho*, *mu* bueno... *peo* mira, cosas que pasan, el pájaro *estupino*.

Si volvía a decir que ese señor era bueno le arrancaba las orejas con los dientes y me hacía un collar con ellas. Ese señor era de todo menos bueno. Esto era el colmo de los colmos.

—¡Que me digas quién era! —Le saqué mis ojos de *chiguagua* y a punto estuve de cogerla de las solapas y ponerla con los pies en el aire.

—No me gusta el cariz que están tomando las cosas, vamos a dejarlo estar, mira que no me gusta hablar, que luego *to* se vuelve en contra. Te repito que esto es cosa de tu madre y es ella la que *tie* que contártelo *to* y no nosotras —dijo con aplomo, arreglándose la *redecilla*, y miró a la *Salomé* que no había dicho ni *pruna* desde que se había iniciado la *gresca*, que asintió rotunda y se puso un candado en la boca.

Y de ahí no las saqué, vaya que no, siguieron en sus trece en no desvelarme la identidad de mi padre, pero me acabaría enterando. Este pueblo era muy pequeño y alguien terminaría soltando la bomba.

Las gallinas que entran por las que salen

Cuando me quise dar cuenta era casi la una y decidí volver a casa de mi abuela para hacerme la comida: una ensalada y poco más.

Desde la ventana de la cocina, que tenía una visión estratégica de la solitaria calle, vi salir al *Picoletto Guaperas* de su casa con ropa de paisano, se fue derecho a su cuarto por cuatro y, abriendo el portón, hizo ademán de montarse, sin embargo, no lo hizo, se quedó quieto y consultó su reloj de muñeca, se rascó la cabecita, volvió a consultar el reloj y finalmente cerró la puerta. Parecía que había olvidado algo. Escondida tras la cortina, sintiéndome la nueva Vieja'l Visillo, espí sus movimientos mientras lo veía tomar rumbo hacia mi puerta (la de mi abuela). Me atusé el pelo peinándomelo con los dedos, me recompuse el vestido, comprobando que todos los botones estuvieran bien cerrados y mis pechos a buen recaudo y respiré tres veces hondo intentando calmarme; este hombre me ponía los nervios a flor de piel y aún más al recordar (cosa que trataba de evitar a toda costa) el maravilloso orgasmo que me había proporcionado la noche anterior con el maldito (maravilloso) roce de sus pies. Y ¿si era capaz de algo así tan solo con los pies que no sería con las manos... o su boca... o su...?

—Deja de pensar, deja de pensar... Tú no estás aquí para fornicar, sino para heredar.

Aunque, como bien decía la Domitila, la noche aquí era muy fría y Pepe, a decir verdad, me ponía muy caliente. Tenía que reconocerlo.

Desde mi posición escuché cómo golpeaba suavemente la puerta tres veces y, con paso lento y falsamente calmada, fui a recibirlo como si no lo esperara.

—¡Hola! —Mi saludo inicial sonó demasiado exaltado, así que moderé la emoción—. ¿Qué se te ofrece?

—Solo venía a despedirme, entro a trabajar en media hora.

—Muy bien, felicidades.

—¿Felicidades? —se extrañó—. ¿Siempre eres tan borde?

—Yo no soy borde, tan solo no entiendo a santo de qué viene esta visita para anunciar tu comienzo de jornada, no eres mi esposo.

—No, no lo soy, qué más quisieras que lo fuera.

—¿Perdona? A mí me gustan los hombres un poco menos miedosos, recuerdas, prin-ce-sa. —Me reí en su cara.

—Y eso me lo dice una mujer que confundió el *Ave Maria* de Franz Schubert con el de Bisbal moviendo la sotana de don Anselmo como una medusa. Eso sí que daba bastante *yuyu*.

—Podría haberle pasado a cualquiera.

—Pero te paso a ti.

—Mira que te gusta meterte conmigo, es que disfrutas, mírate, qué cara de placer —le increpé como si me diera asco—. Eres un sádico, estoy segura de que te gusta sodomizar a tus gallinas.

Llevó los ojos al cielo y se puso en jarras.

—¿Qué dices de las gallinas ahora? Estás muy loca, ¿lo sabías? No me gusta meterme contigo, pero la verdad es que me lo pones muy fácil.

—Pues yo diría que sí, estás ahí al acecho, esperando el momento para saltar... Aprovechas cualquier situación para sacar a relucir mis desatinos.

—Es que desatinas mucho y, créeme si te digo que, eso lejos de parecerme algo divertido, me preocupa bastante, puedes suponer un peligro para esta comunidad, así que no me queda más remedio que tenerte vigilada, y para eso he venido, no te confundas —declaró, exhalando aire fuertemente y bufando como un toro.

—¿¡Tú te pinchas!?

—Yo no me pincho nada, pero tengo mis serias dudas sobre ti. Creo que no solo estás enganchada al móvil, además tienes que estar tomándote algo bastante fuerte, porque lo tuyo no es normal.

—Pues todos dicen que soy un encanto.

—¿Quién, David y Pedro? Debe ser que no te conocen bien.

—Pero ¿quién te has creído que eres para hacer juicios sobre mí sin apenas conocerme? —La que resoplaba ahora como un miura era yo.

—Alguien que se ha visto obligado a dormir contigo para vigilarte.

—¿Obligado? —Levanté el mentón.

—Exacto.

—Pues yo creo que te ha gustado y no poco, además.

—No creas que tanto como a ti, ¿acaso crees que no sé reconocer cuándo una mujer tiene un orgasmo?

Me acababa de morir allí mismo, creía haberlo disimulado a la perfección con mis técnicas de actriz.

—No te hagas el vacilón conmigo que no cuele y no seas tan inventivo.

—Bueno, yo me tengo que ir, no puedo perder más el tiempo con tus tonterías.

—Nadie te ha obligado a venir a verme.

—Tú me obligas —dijo acercando su cara a la mía, envolviéndome el rostro con su aliento, cosa que, lejos de disgustarme, me gustó bastante; le olía a dientes recién cepillados—. No olvides que estás bajo vigilancia, pequeño saltamontes.

Se produjo un momento tenso entre los dos. Nos quedamos con la mirada fija el uno en el otro con las pupilas dilatadas y unas convulsiones conocidas, y que no venían a cuento, me asaltaron de nuevo las partes bajas. ¿Qué me pasaba con este *maromo*? Alex me ponía, me ponía mucho, tanto que creía que ningún hombre antes de él me había despertado mis instintos más primitivos, pero lo de Pepe era de otro mundo, una especie de atracción tántrica que envolvía cualquier situación que nos incluyera a los dos en un espacio habitable y fuera de la vista del resto de los mortales. Ese hombre me provocaba unas emociones encontradas que me alteraban la libido de una forma inusual. Por un parte, tenía ganas de meterle una hostia en toda la cara, y por otra, agarrarlo por el cuello y comerle la boca hasta quedar exhausta. Y ambas opciones me producían un placer inmenso.

Después de acelerarme el pulso... y el clítoris, dio media vuelta y con pasos largos llegó a su cuarto por cuatro, saliendo por ruedas rápidamente, levantando una polvareda digna de *Lluvia de estrellas*. Cerré la puerta algo decepcionada, lo reconozco, aquellas riñas con *el Picoletto Guaperas* me ponían a mil por hora, pero a la vez me producían un agridulce reflujo. Tenía que ganármelo como fuera, yo era una rica heredera y él el rico poseedor de cien megas, si juntáramos nuestras fortunas podríamos ser los Reyes Católicos de Villa Maravilla.

Volví a la cocina con mi rugir de tripa, deseosa de higienizarme el estómago de pringue y *tajás* a golpe de lechuga ecológica y tomates raf, pero de nuevo tres golpazos secos en la puerta interrumpieron mi cometido.

—¡Será gilipollas! —dije algo cabreada, y más emocionada de lo que me gustaría reconocer, de que volviera a por un segundo *round*—. ¿Qué quieres...? —Me paré en seco al ver que no era Pepe, sino dos mujeres que se llevarían entre ellas unos veinte años con dos maletas cada una.

—Aliciaaaaaa, ¡qué guapa eres! Más guapa al natural que en la tele. —La mujer más mayor, unos cincuenta años más o menos, me miró de arriba abajo como si fuera un insecto—. Podemos pasar, ¿verdad? Estamos cansadísimas del viaje, no veas el traqueteo que lleva el autobús por estas carreteras rurales. — Empezó a soltar palabras como una ametralladora mientras entraba en el pequeño recibidor y la joven la seguía con paso firme y forzando una sonrisa.

—Perdonad, pero ¿quiénes sois?

—¡Qué tonta soy! Como somos familia, he dado por supuesto que nos conocemos. Soy Rebeca, la hija de Anselma, y esta es mi hija Edurne.

—Encantada, pero ¿quién es Anselma?

—La hermana de tu abuela, ¿no te lo han dicho? Somos tu familia de Santander.

—Aaaaah, algo me comentó de pasada Domitila.

—¿Domitila? ¿Quién es, alguna prima lejana?

—No, no, es una vecina del pueblo. Y, bien, ¿qué hacéis por aquí?

—Hemos venido en cuanto nos hemos enterado del fatídico fallecimiento de tita Virginia, qué gran pérdida. —Rebeca me abrazó, trufándome de perfume barato.

—Sí, supongo que sí. Y ¿dónde os vais a quedar? Aquí solo hay una habitación más, os tocaría compartir cama...

—No, no te preocupes, hemos cogido un hostel en Villamoriscos, el único hostel para ser más exactas, no había mucho donde elegir.

Las miré con envidia, claro. Seguro que ahí disponían de una wifi gratis de la hostia.

—¿Y cuánto tiempo tenéis pensado quedaros por aquí?

—El que haga falta, mujer, para ayudarte en todo lo que necesites. Virginia fue muy cruel al obligarte a vivir aquí un mes entero, no es justo que lo pases sola, sin nadie de tu familia, ¿verdad, Edurne?

—Claro, hemos venido a echarte una mano, primita. —Edurne daba vueltas por la casa, como queriendo encontrar algo. Era era más o menos de mi edad, aunque por sus pintas deduje que poco teníamos en común. Era la típica *viejoven* con collar de perlas y peinado recatado que usa rebequitas y bailarinas de charol a juego, que combinaba con una perfecta hilera de dientes blancos ordenados por una carísima ortodoncia en su adolescencia.

—Pues gracias, supongo.

Tras un silencio incómodo entre las tres, me vi en la obligación de invitarlas a comer dadas las horas y en agradecimiento por haber venido desde tan lejos a echarme una mano, no sé exactamente en qué sentido, pero era reconfortante en cierto modo tener esa especie de familia después de tantos años creyendo que no tenía ninguna más allá de mi madre

—¿Queréis comer algo? Iba a prepararme una ensalada.

—Oh, no, querida, nosotras nos marchamos al hostel, necesitamos echarnos un rato y descansar. ¿Vas a hacer algo esta noche? ¿Tienes pensado salir?

—En principio no, tal vez salga esta tarde a dar una vuelta, pero hay poca cosa que hacer aquí.

—Ten —me dio una tarjeta de visita—, este es mi número de teléfono, llámame si te apetece que nos veamos un rato o si tienes pensado ir a algún lado.

—Descuida.

Una pausa silenciosa entre las tres volvió a reinar en el ambiente, mientras Edurne seguía deambulando por la casa como un inspector de Sanidad justificando su sueldo.

—Edurne, querida, vayámonos, Alicia querrá hacer sus cosas y a mí me están matando las cervicales. —Me dio dos besos sin apenas rozarme los carrillos—. Lo dicho, Alicia, llámame con lo que sea que vayas a hacer.

—Lo haré, y gracias de nuevo.

Las acompañé hasta la puerta y las dos echaron a andar por el suelo empedrado como si fuera de lava y se estuvieran quemando los pies.

Qué visita más extraña, no pude evitar sentirme incómoda y reconfortada a la vez. Cerré la puerta en cuanto doblaron la esquina y miré con más detenimiento la tarjeta de visita. Era blanca, obviamente, y con letras de oro, una horrerada total, rezaba «Rebeca Angosto Sempere, Servicios inmobiliarios e interiorismo integral». Después de todo, me podría venir bien la ayuda de mi recién estrenada tía segunda; sus servicios me podrían ser útiles para renovar el aspecto de esta casa antes de venderla. Si la vivienda tuviera mejores condiciones, el valor aumentaría. Pero para eso aún quedaba mucho, aunque Rebeca podría darme algunas ideas y asesoramiento.

Sobreviviré... o no, no lo sé

Aburrimiento total.

Absoluto.

Mortal.

Tras marcharse mis familiares de nuevo me había quedado sola a mi merced. Terminé de hacerme la ensalada, me la comí masticando con desdén y fregué los platos y cubiertos (el lavavajillas tampoco había llegado a territorio Virginia). Sin nada más que hacer, fui a por el móvil con la vaga esperanza de que hubiera revivido fruto de algún milagro. Pero no. Seguía marcando cero rayitas de datos. Probé suerte entonces llamando a alguno de mis amigos, pero ninguno se dignó en responder a mi llamada de socorro e, incluso, alguno dio apagado o fuera de cobertura, cosa que me pareció una auténtica locura. ¿Cómo podían soportarlo? Tenían que darme la clave para resistir...

Y con ese pensamiento me vino a la mente la versión española de *I will survive* del Dúo Dinámico. Mientras la tarareaba fui repasando mis contactos, buscando alguno que pudiera estar libre en ese momento y el nombre de Alex Crespo me golpeó las retinas. Desgraciado. No había tenido noticias suyas desde que me fui volando de Santo Domingo y se suponía que me iba a llamar para interesarse por mí. Pero nada. Habían pasado tres días y no había dado señales de vida. No debería llamarle porque no quería parecer desesperada por su atención, pero me estaba aburriendo... y ya se sabe, el aburrimiento es el padre de la imprudencia... Era martes y debía estar ya de vuelta en Madrid.

Estuve contemplando la idea mientras observaba la calle desde la ventana de la cocina dando sorbos de un tazón de infusión de hierbas de San Juan. No pasaba ni un alma. Además, tenía pinta de hacer un frío del carajo.

Fui a la salita y rellené la estufa con cáscaras a mansalva y me quedé mirándola un buen rato. Me aburría tanto que incluso barajé la posibilidad de irme a la cama, aunque solo fueran las siete, pero tenía que llamarme mi madre y... tenía que esperar la vuelta de Pepe... ¿Y si le daba por hacerme una visita de

las tuyas? Dios, cómo me aburría. ¿Qué podía hacer?

Miré alrededor a la busca de alguna idea pasajera. ¿Y si salía a la calle a que me diera el fresco? Ni de coña, yo no era de esas personas a las que les gusta tomar el fresco, aquí, además, eso de «tomar el fresco» era un eufemismo esperpéntico, aquí te cagabas directamente de frío. Resoplé de puro hastío.

Empecé a rondar la salita examinando las viejas fotos de los marcos y abriendo los cajones del aparador buscando algo que hacer, lo que fuera, que me distrajera por un rato. Mi abuela guardaba de todo allí, un sinfín de manteles y servilletas bordados con punto de cruz y paneras y tapetes de ganchillo. Qué pena no saber hacer labores, porque también había un buen arsenal de hilos y agujas con los que llenar y llenar horas de tedio.

Estaba sacando un mantel exquisitamente bordado para verlo mejor cuando algo en el fondo del cajón captó toda mi atención. Era una foto. Pero no cualquiera. Era una foto de una niña de unos cinco años vestida de manchega. Era ¿yo? Sí. En el recibidor de mi casa en Valencia. Pero ¿cómo había llegado hasta aquí? La cogí con cuidado observándola con detalle. Me acordaba de ese día.

Eran carnavales y todos los niños íbamos al colegio disfrazados para el festival y mi madre me vistió así. Yo no quería porque era horroroso y todos mis amigos irían de cosas chulas: Pocahontas, Casper, Buzz, Batman, cosas así, y se burlarían de mí. Pero mi madre se empecinó y me convenció de que iba de la princesa Leia de gala, cosa que nadie se creyó y me pasé el día soportando el chiste de que iba de pastorcita del belén. Maldita crueldad infantil. Pero... no recordaba que me hubiera sacado una foto antes de salir de casa, pero aquí estaba. Mentirosa entonces y mentirosa ahora.

Debió pasar el tiempo, aunque yo no fui consciente de ello, mientras rebuscaba en los confines de mi cabeza algún recuerdo que tuviera que ver con mi abuela, pero no lo había. Mi madre nunca nunca me habló de ella, y ¿por qué le había enviado una foto mía, entonces? Acaso, ¿sí mantenían el contacto y me había mentido en eso también?

En esas estaba, se me estaban hinchando los vapores de mala manera e iba a saltar por los aires de un momento a otro, cuando el pPhone se puso a cantar y yo me quedé mirándolo, por primera vez en mi vida, sin ganas de responder. Era mi madre. Pero a pesar de que tenía mil cosas que recriminarle, sabía que no era buen momento para hacerlo. Estaba demasiado engrescada y yo no era lo que se dice fina y delicada cuando me encontraba en ese estado. Diría cosas de las cuales posiblemente me arrepentiría conforme cortase la llamada.

Lo miré fijamente hasta que dejó de sonar, conteniéndome las ganas, cantando la canción de Fangoria sin un atisbo de buen rollo. Tenía que cambiar

el tono. Ya no me daba buenas *vibras*. Me fui a mi habitación y me puse el vellón sobre el vestido, metí el móvil en el bolso y me lo eché al hombro. Tenía que salir a que me diera el aire, aunque me congelara en el intento.

Empecé a andar calle arriba, y anduve, y anduve, hasta llegar a una casa que parecía que ahí se acababa el pueblo, entonces me di la vuelta y anduve varios metros hasta doblar en una esquina y comencé a andar y andar...

Y andar...

Y andar...

Y andar...

Qué bien me estaba sentando la caminata, vaya, cada vez me sentía más liberada de mi cabreo y con ello... pude pensar de nuevo con claridad. Necesitaba hablar con mi madre, pero *wasap* a *wasap*, necesitaba de ese *bypass* que te brindaba la distancia y el silencio para hacer las preguntas pertinentes y pensarme bien las respuestas y no decir animaladas. Tenía que conseguir datos, como fuera. Tenía que haber en algún lado de este pueblucho... pero ¿dónde? y, entonces, me acordé del día de mi llegada y de cómo el *tontón* había acompañado mi viaje con su robotizada voz y cómo había enmudecido justo al pasar la rotonda donde Pepe, el desgraciado que no quería compartir sus cien megas, me había parado para hacerme un ridículo control de alcoholemia.

Traté de volver a casa de mi abuela, pero tanto había andado que... Joder, me había perdido, no tenía ni pajolera idea de dónde estaba. Todas las calles me parecían iguales, pero la plaza no podía estar muy lejos, era un pueblo liliputiense después de todo. Y no había ni un alma despistada en la calle a quien preguntar. Empecé a ponerme nerviosa. Saqué el móvil del bolso y lo volví a guardar, ¿para qué? ¿A quién llamaba?

—¿Qué hago? ¿Qué hago? —Me tiré de los pelos dando vueltas sobre mí misma.

Y así fue cómo me encontró el *Picoletto Guaperas*. Al principio no lo reconocí. Los potentes faros del cuatro por cuatro me encandilaron mientras se aproximaba y detenía el vehículo a pocos metros. No le quedó más remedio, yo seguía dando vueltas sobre mí misma en medio de la calle y la calle no era ancha. Era un obstáculo difícil de salvar.

Abrió la puerta y se apeó.

—¿Alicia?

—Sí.

—¿Qué haces aquí... sola y bailando? —preguntó entre risas.

—No te rías. —Corrí hacia él y me lancé a sus brazos, que no hicieron nada por recibirme.

—¿Estás bien?

—No. Me he perdido.

—¿En Villa Maravilla? —dijo con extrañeza.

—Sí.

Y rompió a reír de nuevo.

Como respuesta me aparté rápidamente y le lancé la mirada más fulminante de todo mi repertorio.

Levantó las manos en actitud conciliadora.

—Perdona, es que es la primera vez que alguien se pierde... aquí. No lo creía posible.

—Sin mi GPS no soy nada.

Se llevó la mano a los ojos y se masajeó la sien sin dejar de mirarme.

—¿Quieres que te lleve a tu casa?

—Sí, por favor.

—Anda, sube.

No fui consciente del frío que había pasado tomando *el fresco* hasta que planté mi culo en el interior de su coche. Tenía la calefacción puesta y se estaba la mar de a gustito.

—¿Has cenado?

—No, ¿por qué?

—Yo tampoco, ¿te apetece cenar conmigo?

Consideré la idea un momento. Cenar con Pepe... a solas en su casa calentita y con wifi a tutiplén.

—En tu casa.

Me miró ladeando la cabeza.

—No ha sonado a pregunta —dijo.

—Es que no lo era.

—Está bien, en mi casa —accedió deteniendo el coche y parando el motor—. Ya hemos llegado.

—Estaba cerca —dije avergonzada, no habíamos tardado ni un minuto en llegar; me había perdido a menos de una calle de distancia—, pero de noche todas las calles me parecían iguales, la verdad —añadí en mi defensa.

—Perdona, no debería haberme reído de ti, pero es que me ha parecido muy gracioso que te perdieras en este pueblo. Es bastante surrealista.

—Lo entiendo, debo ser la hostia de graciosa.

—Pues a veces sí. —Y se quedó mirándome muy serio desde su posición de piloto.

Carraspeé y le sonreí.

—Está bien, perdonado.

—¿Me das unos diez minutos?

—¿Para...?

—Para despedir a Cecilia...

—¿Qué es...? —Entorné los ojos en su dirección.

—La señora que cuida a mi abuela en mi ausencia.

—De acuerdo, pero ¿puedo quedarme en el todo terreno mientras espero? — le pedí y él estrechó los ojitos y sonrió muy bonito—. Es que hace un frío siberiano ahí fuera.

—Está bien, pero agáchate cuando salga Cecilia para que no te vea.

—¿Y por qué habría de hacer eso?

—Este pueblo es pequeño y no quiero estar en boca de todos mañana.

—¿No quieres que te relacionen conmigo?

—Me lo agradecerás, créeme.

—No hay problema, me agacho. Mira cómo lo hago. —Me doblé sobre las rodillas y saqué la manita para saludar—. ¿Así está bien?

—¿Más?

—¿Más, cómo?

—Métete en el hueco de los pies.

—Qué exagerado.

—Tú, hazlo.

—A sus órdenes, todo sea por meterme algo caliente en el cuerpo.

Y Pepe ladeó la cabeza y me lanzó una sonrisa picarona.

—Ya me entiendes, que tienes la mente un poco sucia para ser un agente de la ley y el orden.

—Bueno... —se aclaró la garganta—... diez minutos. Usa ese móvil que tanto aprecias para cronometrar el tiempo.

Le saqué la lengua y me deslicé hasta el hueco de los pies tal y como me había pedido.

—Así, muy bien. No tenía claro que fueras a caber, eres más pequeña de lo que aparentas.

—¿Lo ves? Te encanta meterme contigo.

—Sí, reconozco que sí —dijo antes de cerrar la puerta.

Esperé el tiempo estipulado mientras escuchaba a Cecilia despedirse de Pepe y dar un portazo (la de entrada a la casa) y luego otro (el portón del porche). Conté sus pasos alejándose con los latidos de mi corazón, que iba acelerándose ante la perspectiva inminente de una cena en *petit comité* con *el Picoletto Guaperas*.

No llamé para entrar, simplemente lo hice y me lo encontré en la salita quitándose el jersey de lana negro y dejándolo sobre el respaldo de una silla. Era sólido allí donde depositases los ojos, la camiseta de algodón blanca de manga

corta lo dejaba tan claro como ya lo había podido comprobar por mí misma la noche anterior. Mientras contemplaba el robusto ejemplar masculino que tenía frente a mí, sentí el instintivo aguijón de mis apetencias más primarias.

—¿Qué te gustaría cenar?

—¿Tienes mijo o arroz integral?

—Me parece que sí, espera que mire en la despensa... —se fue para la cocina y yo lo seguí al galope.

—¿Es posible que tengas? ¿Es que sigues también una dieta macrobiótica? —pregunté emocionándome por segundos.

Soltó una sonora carcajada.

—No, señorita Garrido, estaba de coña. Tengo para hacer una ensalada normal y corriente y Cecilia me habrá dejado algo preparado y que, si te apetece, podríamos compartir.

—Mira, Pepe, yo...

Levantó un dedo para indicarme que guardara silencio y se acercó a una fuente tapada con papel de plata, la descubrió de un modo que yo no pudiera verlo y se asomó para mirar el contenido.

—Menú para dos.

Parpadeé, sorprendida.

—¿Cómo dices?

—Cecilia piensa que estoy en edad de crecer y siempre me prepara comida de sobra. Hay dos muslos de pollo deshuesados al horno con patatas panaderas. ¿Te vale como macrobiótica?

Resoplé.

—El pollo entra de forma excepcional y solo hervido. La patata, ni de coña.

—¡Puff, qué asco, ¿no?! Y ¿el cerdo y el vacuno...?

—Totalmente prohibidos.

—No sabía que fueras tan delicadica con las comidas, si no, no te hubiera invitado a cenar.

—¿Y privarte de mi compañía?

—¿Qué, haces la excepción o te preparo un hervido para ti solita de espinacas recién recolectadas de mi huerto?

—Tienes muy mala leche.

—¿Pollo o espinacas? —me dio el ultimátum mostrándome el contenido de la bandeja y pasándomela con alevosía por debajo de la nariz para que pudiera olfatearlo.

Casi me corro.

—No me tientes así, no seas malo —conseguí decir; se me hacía la boca agua. No recordaba la última vez que había comido pollo asado con patatas. Y,

además, este en concreto olía de maravilla. Eso debía ser delito.

Pepe esbozó una sonrisa cuando vio mi cara y sentenció.

—Creo que pollo.

Me encogí de hombros claudicando al fin y sonreí.

—¿En qué puedo ayudarte?

—En nada, señorita Garrido, ponte cómoda, enciende la tele y deja que yo me ocupe de todo.

—Gracias. Tú mandas —respondí feliz.

Lo dejé solo preparando la cena y me acomodé en el sofá tras quitarme el vellón y dejarlo sobre el apoyabrazos, cogí el mando y el corazón me dio un brinco. Era una televisión último modelo con conexión a internet. Miré furtivamente hacia la cocina. Pepe estaba entretenido cortando lechuga. Pulsé el botón de YouTube y una descarga de dopamina me recorrió el cuerpo entero de un modo tan sumamente placentero que casi tuve un orgasmo allí mismo.

Escribí «Gloria Gaynor» y enseguida aparecieron varios álbumes suyos (vaya, qué rápida le iba la conexión), seleccioné uno y le di a reproducir. Dios mío, cómo echaba de menos escuchar música, casi tanto como mis datos perdidos. Cerré los ojos y me dejé llevar por la voz de Gloria. Estaba en la gloria, valga la redundancia.

Como por impulso, me levanté del sofá y me puse a bailar en el salón de Pepe, llamando la atención de su abuela, que había salido de su dormitorio y divertida y con una pañoleta al hombro vino a unirse a la fiesta.

—Angelita, hija, no sabía que hubiera hoy verbena, no sé ni en qué mes estamos. —La mujer empezó a bailar dando círculos con la pañoleta en alto—. Mira cómo bailo, mira cómo bailo —empezó a gritar y a reír.

Pepe salió de la cocina alertado por nuestras voces y nos encontró a las dos danzando como locas con la canción *I will survive* tomadas por las manos mientras yo la cantaba a pleno pulmón.

—Pero ¿qué escándalo es este? ¿Se puede saber qué hacéis? —Dejó la bandeja de cristal con el pollo en la mesa y su abuela lo agarró del brazo obligándolo a unirse al jolgorio.

—Mira, Angelita, es Manolito Escobar. ¡Baila conmigo, Manolo! Soy tu *fans* número uno.

Pepe le dio el gusto a su abuela y se puso a bailar con ella, cogiéndola de la cintura y haciéndola girar con cuidado para que no se rompiera la cadera. Me senté en el sofá y desde allí me limité a contemplar la escena con un nudo en la garganta. Ojalá yo hubiera podido disfrutar así de mi abuela. Descubrir que tenía una foto mía era señal inequívoca de que ella me llevaba en su corazón de algún modo y que estaba al tanto de mi vida en la distancia.

—Venga, yaya, vamos a parar, tengo hambre —dijo Pepe divertido tratando de pararla.

—¿Yaya? ¿Me estás llamando vieja, Manolito? Qué descarado, si solo tengo treinta y dos años. —Y en el acto le metió un soplamocos con la mano abierta, que dejó a Pepe con las orejas temblando.

—¡Yaya!

—Y dale con yaya, mira que te cruzo el otro carrillo. Habrase visto, será tonto el pijo.

No pude evitarlo, una carcajada sonora surgió de mi garganta. Aquello era lo más cómico, dentro del respeto, que había visto en mucho tiempo. Y la imagen de Pepe confundido por Manolo Escobar me producía una gracia tremenda.

—Venga, yaya, vamos a la cama. —Pepe arrastraba a su abuela casi sin conseguirlo; se había atrincherado entre los sillones supletorios del sofá.

—No, yo quiero quedarme en la verbena, con la panda del pan *torrao*. *Ailostubebe...*

—Alicia, ayúdame, se pone muy terca cuando se le mete algo entre ceja y ceja. Y una de las normas es no alterarla por las noches.

—Lo siento, no tenía ni idea.

—No tenías por qué saberlo, tranquila.

Entre los dos arrastramos a la abuela hasta su habitación y, cuando Pepe la tuvo calmada sobre la cama, me fui para dejarles intimidad mientras él le ponía un pañal para adultos.

Desde luego que lo que este chico hacía tenía un mérito tremendo, tenía que ser muy difícil conciliar su trabajo con la dura tarea de hacerse cargo de una persona en esas condiciones. Eso le honraba; no toda la gente joven está dispuesta a sacrificar parte de su vida en algo así, aunque sea un familiar directo.

—Ya está, parece que se ha conformado con el transistor. Se quedará durmiendo oyendo Radio Racional —dijo cuando salió del baño para lavarse las manos.

—Tiene que ser muy duro —comenté.

—A veces sí, otras no, depende de cómo tenga el día. Lo más desolador es cuando tiene momentos de lucidez, se emociona mucho de verme y es como si fuera consciente de que me olvidará en pocos segundos.

A Pepe se le humedecieron los ojos, se notaba que quería muchísimo a su abuela y le tendí la mano para reconfortarlo.

—Y ¿qué haces cuando tienes turno de noche, se queda Cecilia?

—No tengo turno de noche, me arreglé los horarios para poder conciliar el trabajo con mi abuela, y si me hace falta llamo a Cecilia o a mi tía Juana, pero no siempre les viene bien quedarse con ella, así que me voy apañando como puedo.

Es complicado.

—Entiendo, igual yo podría echarle una mano con ella.

—¿Tú? Dudo mucho que tengas madera para algo así, ya has visto cómo se ha puesto, además, hay que cambiarle pañales y si se hace de vientre es muy desagradable.

—¿Por quién me tomas? Yo puedo con todo lo que se me ponga por delante, no soy ninguna floja.

—Mira, Alicia, cuidar de una persona con Alzheimer no es como tener un muñeco Eunuco.

—Yo solo quería ayudarte, pero está claro que lo mejor era quedarme calladita.

—No te ofendas, te lo agradezco, pero no quiero involucrarte en una tarea dura que no te pertenece.

—No obstante, lo reitero, aquí me tienes cuando lo necesites.

Esta vez fue él quien me tendió la mano. Una cálida y amplia mano que cubría perfectamente la mía.

—Gracias.

—Qué buena pinta tiene esa polla... digo pollo.

Pero ¿cómo se me había ocurrido decir algo así? ¿En qué estaba pensando? Claramente en cambiar de tema, pero no con ese despropósito.

—Sí, Cecilia es una gran cocinera de pollas. —Pepe rio divertido.

—Se me ha trabado la lengua.

—¿Por qué? ¿Estás nerviosa?

—¿Nerviosa? Para nada. —Lo miré con fingida indiferencia—. ¿Por qué iba a estar nerviosa por cenar con un amigo?

—O sea, ¿que por fin me he ganado el apelativo de amigo? Esto avanza, me gusta.

—Supongo que sí, que podemos ser amigos.

—Me parece perfecto —concluyó, introduciéndose un gran trozo de pollo con patatas en la boca.

—¿Sabes lo que suelen hacer los amigos? —comenté jugando tontamente con el tenedor en el plato.

—¿Tomar cañas, jugar al parchís...?

—Además de esas cosas.

—No sé, dímelo tú, Alicia. —Se le achicaron los ojos y le chisporrotearon como cables pelados cerca de agua.

—Compartir cosas.

—¿Qué cosas?

—Los megas, por ejemplo. —Por fin se lo había soltado, era la mía, ahora

que éramos oficialmente amigos.

—¿Todavía estás con eso?

—Es un pacto oficial del código de amigos, lo dice la ley.

—La ley no dice nada de eso, pero sí dice que el Estado debe velar por el beneficio y los intereses de sus civiles, y el Estado en esta parte del mundo está representado por mí, por eso te digo que no.

—¿¡Qué no!?! —me enfurruñé—. Dame una razón de peso.

—Pues, querida amiga, he hablado con Domitila y Salomé y me han dicho que tienes un pequeño problema con tu móvil, que lo llevas pegado a la mano como una lapa y que no lo sueltas ni para ir a mear. —Abrí la boca para protestar, pero de nuevo me hizo un gesto para que guardara silencio—. Pero, vamos, que no hacía falta que me lo dijeran, yo he podido comprobar de primera mano lo que eres capaz de hacer por conseguir un buen chute de megas.

—¿Un chute? Ni que fuera una drogadicta.

Negó con la cabeza.

—Hay muchos tipos de adicciones, Alicia.

—Yo no soy ninguna adicta, internet no es una droga, es puro y mero entretenimiento.

—Yo no opino lo mismo —repuso Pepe—. Te he observado...

—¿¡Me espías!?! —le interrumpí—. A lo mejor el que tiene un problema eres tú, pero de voyerismo.

—No quieras desviar el tema.

—¡Y no lo hago!

—Lo haces, porque no quieres afrontar la realidad de que internet te tiene pillada, y llevado a un extremo, eso es un verdadero problema.

—Quizá a ti te lo parezca —le expliqué—. Pero tú no estás en mi vida constantemente para saberlo con certeza, hago muchísimas más cosas además de estar pendiente de mi móvil. No es mi culpa estar lejos de mi casa y de mi gente, y tener seguidores en las redes sociales con los que me agrada charlar, y que me guste ver videos de YouTufe, o escuchar música en el pTunes, ¿eso es un problema? Yo lo llamo distracción o *hobby*.

—Aunque tú no lo creas eres una autentica yonqui. Las adicciones no solo están relacionadas con drogas duras, la adicción a internet es tan potente como la que un adicto al crack tiene. Estás pasando el mono, por eso estás así de nerviosa todo el tiempo y haces las cosas que haces. Te estás desintoxicando por fuerza mayor y créeme que te vendrá de maravilla, nunca mejor dicho, pues estás en Villa Maravilla. —Y me guiñó el ojo el muy desgraciado.

—¿Y quién eres tú para decidir algo así por mí?

—El dueño de los cien megas. —Volvió a meterse un bocado de pollo con

patatas y comenzó a masticarlo a dos carrillos. Parecía que aquello le divertía de lo lindo.

—Pues muy bien, don roñoso, espero que el *router* te explote y no puedas ver ni un solo video en el *youtufesexo*.

—¿Sabes de verdad lo que me está a punto de explotar? —Un chisporroteo travieso destelló en sus ojos oscuros.

Tragué saliva. ¿En serio me estaba diciendo aquello? ¿Insinuaba que tenía el manubrio como el cuello de un cantaor de flamenco?

No dije nada, tan solo me quedé mirándolo con cara de sorpresa. Pepe se levantó de la mesa y se acercó acelerándose el corazón, se paró detrás, apoyó las manos en mis hombros y se inclinó sobre mí. Sentí cómo todo su cuerpo me rodeaba y, en ese momento, se me paró el corazón y, tras susurrarme al oído que me levantara, comenzó a bombear sangre a su máxima potencia mientras millones de corrientes de electricidad comenzaban a correr por las profundidades de mi ser. Me puse en pie con las piernas temblonas y me erguí tan alta soy. Me cogió la mano y me ericé entera. Era la primera vez que entrelazábamos nuestros dedos y fue una sensación muy agradable. De un suave tirón me instó a darme la vuelta y mirarlo de frente.

—Mira, pon tu mano aquí. —Me cogió la mano y la acomodó sobre el lado derecho de sus pectorales perfectos y redondeados—. Lo notas, *cu-cu, cu-cu*.

—Eso es de *Dirty dancing* —le reproché, apartando la mano.

—¿Lo notas o no? —replicó molesto por mi intento de sabotaje de su plan.

—Lo noto, es tu corazón, a todos nos late la patata —dije con desdén, pese a que a mí también me palpitaba como un loco.

—Pero a mí me late más fuerte y rápido cuando estoy contigo.

«Que alguien llame a una ambulancia, estoy a punto de desmayarme», pensé, pero no por mucho tiempo; mi capacidad de pensar con claridad se vio de inmediato mermada cuando me acercó más a él, haciéndome prisionera con sus musculosos brazos, juntando su mejilla con la mía con un suave ronroneo. No se movió. Estábamos pegados, sentía su pecho subiendo y bajando con rapidez y me di cuenta de que a mí también se me había acelerado la respiración. La sensación era tan agradable, que de haber tenido que elegir un instante para morir, ese hubiera tenido muchos puntos a su favor.

—¿Lo sientes ahora? —me preguntó.

—Sí.

—¿Y te gusta lo que sientes?

—Sí.

Entonces sentí su sonrisa tocando la mía y morí y subí al cielo a la velocidad de la luz. Hizo ademán de moverse en pos de mi boca y los nervios me dejaron

paralizada. ¿Íbamos a besarnos?

—¿Sí, claro? Que te lo crees tú. Yo era Alicia Garrido y la suerte me había dicho *bye bye* el mismo día que pisé este pueblo, así que no fue eso lo que pasó, en su lugar, Pepe se separó rápidamente y se puso en plan guardia urbano alzando las orejas como un perro en alerta.

—¿Has oído eso?

—Claro, decías algo de tu corazón —Le hice un pestañeo coqueto, pero él parecía disperso de lo que allí se había empezado a cocer

—No, en tu casa. He oído golpes, como si hubiera alguien allí.

—¿En mi casa?

—Sí, tú quédate aquí, puede ser peligroso. —Pepe salió disparado hacia su habitación para salir poco después colocándose (Jesús, María y José) una pistola en la cintura del vaquero.

—No, yo aquí no me quedo, iré detrás de ti.

—No hace falta, me las sé arreglar solo, no voy a ponerte en peligro, es mi trabajo.

—No insistas, en cuanto salgas por la puerta iré detrás.

—De acuerdo, pero no te separes de mí.

Asentí asustada y emocionada de acompañarlo en aquella misión, aunque se estuviera produciendo en mi casa.

Salimos sigilosos, y Pepe me indicó que me pegara a la pared de la fachada, y así lo hice. Me agarré de su camiseta, como si aquella tela de algodón blanca fuera a protegerme de algo, pero solo el hecho de sentirme cerca de él me reconfortaba.

Con un movimiento rápido, Pepe empuñó la pistola y me arrastró como a una muñeca hasta la puerta de mi casa, que estaba abierta de par en par.

—Alto a la Guardia Civil, salga con las manos en alto —dijo como en las películas.

—Creo que ya se han ido —comenté aún agarrada a su camiseta.

—Shttttttt... Salga y no le pasará nada —dijo con voz potente y segura.

—De verdad, Pepe, creo que le estás hablando al aire, aquí no hay nadie.

—Me estás ahogando.

—¿Qué?

—Que me estás ahogando, deja de tirar de la camiseta.

—Perdón.

La solté rápidamente y miré alrededor, la casa estaba toda revuelta, los cajones tirados por el suelo, los asientos del sofá descolocados, y la ropa de mi abuela desparramada por todos los sitios.

—¿Qué pensaban encontrar aquí? —pregunté angustiada al ver todo aquella

destroza.

—Dinero, joyas, vete tú a saber.

Pepe se guardó de nuevo la pistola en la cintura y empezó a recoger el estropicio conmigo.

—¡Ooooh, Dios mío! —grité cuando tuve ante mis ojos un hallazgo insólito entre todo aquel desbarajuste.

—¿Qué pasa?, ¿qué has visto?

—Mira, es horrible, espantoso. —Le di aquello, tapándome con la mano izquierda la boca, era una atrocidad.

—¿Y esto?

—¿No me digas que no es un acto digno de un perturbado?

—Es una foto de una niña cabezona con un bigote pintado, ¿qué prueba es esta?

—¿Cabezona? Soy yo de pequeña, pedazo de idiota y, hace unas horas, la foto estaba en perfecto estado, no era Bigote Arrochet.

La miró con más detenimiento y luego me examinó la cara por unos segundos.

—¿Eres tú? ¿En serio?

—Sí, muy en serio. ¿Qué es lo que te hace pensar que no lo soy?

—El pelo, en esta foto eres muy rubia.

—Es que soy una rubia teñida de castaña, exigencias del guion.

—Pues debes verte bien guapa con el pelo claro, conjunta perfectamente con esos ojos que tienes... ¿verdes?

—Depende de la luz: pardos o verdes.

—Preciosos de todos modos.

—Gracias.

—¿Quién entra en una casa para pintar un bigote a una foto de una niña?

—¡Cristo! Ha debido ser él, el otro día me lo encontré parado en el salón mientras yo me duchaba.

—¿Cristo? No es posible, es un muchacho de pocas luces que trabaja en la finca de tu abuela, no haría daño ni a una mosca.

—Pues tú me dirás.

—Esto se escapa de mis dominios, es la primera vez en toda mi carrera que me encuentro algo así —dijo, colocando la foto al lado de mi cara para poder compararnos.

Estaba horrible, como si con lo de los moños de ensaimada que venían de serie no fuera suficiente, me habían dibujado un bigote ancho en forma de herradura inversa como si fuera Hulk Hogan.

—Aparta eso de mí vista, guárdala en una bolsa para pruebas o haz lo que

quieras con ella, pero no quiero verme en ese estado.

—Si la miras bien, es bastante gracioso.

—No tiene ni puta gracia, que la guardes te he dicho.

La noche me confunde, la noche te confunde, la noche nos confunde...

—¿Crees que debería ir al cuartel a denunciar esto?

—Puede esperar a mañana, yo mismo te ayudaré a poner la denuncia cuando entre a trabajar.

—¿Y qué hacemos ahora? —Resoplé, agachándome a recoger unos manteles que habían tirado al suelo y luego pisoteado con saña. ¿Quién había hecho aquello y por qué?

—Por lo pronto seguir cenando, nos hemos quedado a medias —respondió, evaluando el desastre reinante en la salita.

Exacto, nos habíamos quedado en un punto muy interesante de la cena. Mi parte favorita, lo que viene tras el postre.

—Está bien. Ya recogeré mañana este desastre.

Me abracé sintiendo de pronto frío, pero era un frío que iba más allá del proporcionado por el helor de la casona, donde la estufa ya se había apagado de nuevo y comenzaba a salirle escarcha a las paredes.

—Coge tus cosas.

—¿Qué cosas?

—Lo que necesites para dormir. No puedo permitir que duermas aquí esta noche sola tras esto que ha pasado. Podrían volver —comentó, provocándome una oleada de nerviosismo

—Pero ¿vamos a dormir juntos, tú y yo, como anoche?

Se rascó la cabeza con los ojos entornados fijos en mí, sopesando la corrección de mi suposición.

—Solo tengo dos camas, y en la otra duerme mi abuela —dijo con aplomo.

—No pienso dormir con tu abuela.

—También tengo un sofá muy cómodo —comentó.

—Estupendo, pues duerme en él.

—¿Yo? —Pepe se llevó la mano al pecho, indignado, como si le hubiera ofendido—. Estaba pensando en él para ti. —Se echó a reír—. En mi casa duermo en mi cama. Es mi norma.

—No eres lo que se dice un caballero.

Se produjo una larga pausa.

—Es que soy muy grande y en el sofá no estaría cómodo, necesito dormir en condiciones, Alicia, porque si no, luego me duele la espalda —se justificó.

—Vale —claudiqué a regañadientes—. Dormiré en tu sofá, si eso te hace feliz.

Otra pausa larga.

—Eso no me hace feliz.

—Bueno... pues voy a recoger mi camisón y mi neceser.

—¿El camisón de muñeca victoriana? —preguntó tras de mí.

—Lo sé, es horrible, pero no tengo nada más de momento hasta que llegue mi ropa.

—Pues a mí me gusta —reconoció.

Lo miré.

—Tienes gustos un poco raros.

—Puede.

—No hay «puede» que valga, los tienes, con ese camisón soy el antierotismo. Parezco un saco de sosa caustica con él.

—Veo que das por hecho que hay algo erótico entre tú y yo.

—No doy por hecho nada, solo es cuestión de glamur personal.

—Pues en ese caso diré que estás extremadamente glamurosa con él, más de lo que te imaginas. —Hizo un gesto con sus manos señalando sus pectorales con movimientos circulares.

—¿A qué te refieres?

—Joder, Alicia, a tus tetas, se ven extremadamente turgentes bajo esa tela recia.

—¡Qué grosero! —exclamé, cubriéndome la delantera como si me ofendiera que mis tetas despertaran en él pensamientos impuros, y digo «como si» porque no me ofendía. En realidad, me halagaba mucho.

—Como si no lo supieras, si no, ¿por qué irías en plan comando cuando te lo pones? Eres una provocadora nata.

—Voy en plan comando porque no tengo ropa interior, tengo que reservar la noche para lavar la poca que tengo y esperar una eternidad para que se seque con esta humedad. ¿Insinúas que intento seducirte con un camisón sacado de la peli *Psicosis* y en plan comando?

—Yo no insinúo nada, la que va insinuando eres tú. —Pepe parecía

divertirse sacándome de mis casillas, así que decidí concluir aquella absurda conversación.

—Pues si te hace ilusión pensar eso, la perra gorda para ti.

—Venga, fiera, coge tus cosas y salgamos de aquí, empieza a hacer demasiado frío.

Metí mis enseres nocturnos en una bolsa, mientras él recogía algunas cosas del suelo y recolocaba los cojines del sofá, y como colofón final puso mi foto, *fotosepeada* a lo rústico con un boli, en un lugar privilegiado del salón a la vista de cualquiera; estaba claro que le encantaba meterse conmigo, pero no le hice el menor caso, no iba a darle de nuevo el gusto.

El calor de la casa de Pepe caló en mis huesos nada más entrar, era un calor reconfortante, como el que sientes en momentos de bajón en casa de tu madre al abrigo de una sopa caliente de cocido.

—Ponte cómoda mientras yo recojo esto —dijo, recogiendo los platos a medio comer de la mesa de la salita.

Me marché al baño para colocarme ese camisón que tanto gustaba al anfitrión de la casa y que se había convertido en un inesperado refugio para mí estos dos últimos días. Un refugio cargado de partículas volátiles de wifi, cientos de miles nada menos, y que no podía usar a mi libre albedrío por su racanería vestida de falsa preocupación por mi supuesta adicción. ¿Adicta, yo? Qué clase de gilipolces pensaban en los pueblos, si eso fuera cierto, medio Madrid era un proyecto-hombre a rehabilitar andante. Yo misma vi cómo en Gran Vía un autobús urbano casi se llevaba por delante a una señora mientras cruzaba absorta en su móvil. ¿Acaso la ingresaron en una clínica de desintoxicación? Pues no. El conductor se disculpó y a punto estuvo de obtener una recompensa por daños y perjuicios. Los que necesitaban, sin duda, una terapia de normalización eran los habitantes de Villa Maravilla.

El baño era antiguo, pero mucho mejor que el mío, la ducha podría calificarse como tal y estaba habilitada con agarraderas y una silla ortopédica plegable para ayudar en las tareas de aseo de la abuela de Pepe.

Mi condición curiosa empezó a inspeccionarlo todo. ¿Qué cosas usaría este chico para oler tan bien siempre? Abrí el armarito forrado de espejo, típico de los años setenta, y encontré su paraíso cosmético masculino: crema hidratante para machos cabríos (¿qué diferencia hay entre la piel de un hombre y la de una mujer? ¿Pelos de barba?), desodorante Axon, espuma de afeitado Gallet, cuchillas de un solo uso marca Pic y su colonia. Debía ser esa porque no había otra. Vaya, Pepe racaneaba con las cuchillas de afeitado pero no escatimaba en gastos con el perfume Farrunkeit de Prior. Me puse un poco en una de las muñecas y una ráfaga de calor casi insoportable invadió mi entrepierna, pero

¿qué leches me pasaba? Mis partes bajas comenzaron a palpar como unos altavoces de alta potencia al ritmo de una canción de David Getta. Era el olor más embriagador del mundo, con sus notas amaderadas y su toque a incienso y romero, evocándome a ese hombre al que tan bien le sentaban el color caqui y la gorra de *picoletto*. Emocionada, empecé a darme *chufonazos* de colonia, provocándome más palpitations tántricas en mi *toto* alborotado. Pepe era la hostia. Podía follarme sin tocarme en mi alocada mente, eso sí era algo digno de tratarse con un psicoanalista en cuanto pisara de nuevo suelo madrileño. A cada golpe de colonia que me daba, el fervor y la agitación de mi clítoris iba en aumento, teniendo que ahogar mis gemidos mordiendo la toalla de mano. Era una puta loca a punto de asfixiarse en un baño, inhalando perfume de hombre mientras obtenía un orgasmo sin tocamientos... mordiendo una toalla... una toalla diminuta que había cogido a ciegas... una toalla de... ¡bidé!

¡Joder, qué asco más grande! Estaba mordiendo una toalla con la que alguien se había secado el ojetete tras buscar una solución al conflicto de Ruanda, y ese alguien incluía únicamente a Pepe o a su abuela.

Empecé a escupir y a toser de manera exagerada, tanto que Pepe empezó a traquear la puerta para ver qué me pasaba.

—¡Alicia, ¿estás bien?!

—Sí, aaaahg, cof, cof, *agora sazgo*, cof cof aaagrrr —respondí entre golpe de tos y esputo, también había alguna arcada. Eso alertó aún más a Pepe que estaba poniéndose nervioso.

—Alicia, ¿qué te pasa? Abre, por el amor de Dios.

No podía contestarle, la garganta me picaba una barbaridad y encima el bote de colonia cayó al suelo, por culpa de mis aspavientos, rompiéndose en decenas de pedazos.

—Voy a tirar la puerta abajo si no abres a la de tres. Uno...

La cuenta atrás había empezado.

—Dos...

Joder, joder, no podía respirar ni ver, el último *chufonazo* me lo había tirado a los ojos.

—¡Tres! Apártate de la puerta.

Con una patada a recalca-maza abrió la puerta del baño.

—Pero ¿se puede saber qué ha pasado aquí, querías suicidarte o qué? — Pepe empezó a toser al unísono conmigo.

—Sácame de aquí, no veo un pimiento.

—¿Qué has hecho con mi colonia?

—Ayúdame a salir, por favor, ¿no ves que soy Stevie Wonder?

—Desde luego que lo eres, a punto has estado de quedarte negra por asfixia.

—No estoy para bromas, ha sido horrible.

Pepe me sentó en el sofá y me trajo una toalla húmeda para ponérmela en los ojos. La ceguera me impidió comprobar que no fuera la del bidé; tenía que confiar en él.

—Pero ¿qué ha pasado ahí dentro con mi colonia?

—Ha sido el fantasma.

—¿Fantasma?

—Sí, el mismo que ha entrado en mi casa y me ha pintado bigote.

Pepe no estaba muy convencido.

—Alicia, ¿en serio que no tomas algún tipo de droga?

—¡No! Te lo digo en serio, el fantasma de mi abuela me ha atacado con tu colonia.

—Claro, claro. Y te pinta bigotes.

—Está claro que quiere joderme, quiere que no resista el mes y me largue de Villa Maravilla. —Estaba contenta de mi rapidez mental, era una coartada perfecta, o eso pensaba yo.

—Alicia, disculpa que te contradiga, pero los fantasmas no abren puertas ni atacan a la gente con perfume y mucho menos pintan bigotacos.

—Pues yo te digo que sí, acaso ¿no ves *Cuarto Milenio*? ¿No pensarás que yo he podido hacer algo así?

—Tengo mis razones para pensarlo...

—¿Qué razones podría tener yo para embadurnarme con tu colonia?

—Tu adicción, Alicia. Estoy preocupado.

—¿Mi adicción? —Me aparté para mirarlo con perspectiva.

—Sí, tu adicción. Tienes que luchar y no rendirte. —Me agarró las manos y me las apretó muy fuerte—. Morir no es la solución.

—No quería suicidarme, ¿quién se suicida inhalando colonia?

—¿Alguien como tú?

—¿¡Alguien como yo!?

—Sí, debes reconocer que estas algo... chiflada. —Hizo el gesto de que me faltaba un tornillo enroscando el dedo en su sien.

—Pero ¿¡de qué vas?! —dije empezando a cabrearme.

Como respuesta, me apretó de nuevo las manos tratando de transmitirme valor y confianza, y asintió; a qué le metía un soplamocos que le ponía la cabeza a girar en plan noria. Sentí cómo el cabreo crecía dentro de mí. Pero antes de que pudiera replicarle, se puso en pie y se alejó. Le seguí con los ojos, primero a la cocina, de donde salió con una escoba y un recogedor, luego entró en el baño. Hice unos ejercicios de respiración mientras le escuchaba barrer. Tenía que tranquilizarme.

—¿Puedo pasar? —Pepe paró su maniobra para mirarme. Estaba terminando de recoger los cristales.

—Adelante —respondió apartándose a un lado.

—Al menos huele bien —comenté con voz culpable mientras me agachaba para secar con papel de cocina el charco de perfume. Su perfume que olía a metrosexual de la hostia. Había tal concentración de Pepe en aquel estrecho baño que me iba a dar un soponcio—. Te compraré un frasco en cuanto pueda o te daré el dinero.

—Me da igual, Alicia.

—A mí no. Quiero hacerlo. Que mi abuela esté tratando de sabote...

—No sigas por ahí, señorita Garrido —me cortó en un tono duro.

—No he dicho nada.

—Por favor, te pido que te calles y lo dejes estar.

Me puse en pie con los brazos en jarras.

—¿Por qué, señor agente? ¿Te preocupan mis desvaríos? ¿Mis adicciones? ¿Mi locura? —le fui increpando cada vez a mayor volumen.

—Sí y no.

—Explícate mejor, porque estás empezando a mosquearme.

Se cubrió los ojos con las manos y respiró hondo, luego dijo:

—Prefiero no hacerlo.

—Pues yo prefiero dormir en casa de mi abuela.

—Te ruego que no lo hagas, puede ser peligroso.

—Soy una loca, no tengo miedo al peligro —le repliqué, recogiendo mis cosas de encima de la tapa del váter, decidida a marcharme de allí.

—No me obligues a obligarte.

—No podrás —respondí avanzando por la salita mientras pillaba mi bolso al vuelo.

Pepe me acompañó por el pasillo, pisándome los talones.

—¿No hablarás en serio?

Abrí la puerta y me volví para lanzarle una sonrisa desafiante.

—Te lo agradezco mucho, Pepe. Todo lo que has hecho. Yo...

Detuve el ataque de ironía que estaba a punto de descargar en él para mirar lo que sus ojos estaban mirando.

—¿Te gustan? —le pregunté belicosa, sin hacer nada por ocultarme.

En algún momento de la estampida se me había abierto el vestido y tenía todo el sujetador al aire. Un sujetador muy sexy, negro y de encaje y con muchas transparencias en la zona de las aureolas. Puro vicio.

Apartó la vista, un poco avergonzado.

—Perdona —dijo con la voz queda.

—¿Perdona, por qué? ¿Por llamarme loca? ¿Por mirarme las tetas?

Pepe ni siquiera era capaz de hablar.

Me di la vuelta y seguí mi camino hacia la maldita Siberia. Pero por mis ovarios morenos que no dormía en su sofá esta noche.

—No te las estaba mirando —me dijo desde la puerta.

Volví a detenerme y desanduve el porche para enderezarme todo lo alta que soy ante él.

—Pero abróchate ya —me pidió—. Soy un hombre y tus tetas me tienen bastante loco ya. No puedo evitar mirártelas si me las pones delante.

—¿Lo ves? El único que tiene aquí un grave problema eres tú. Eres un *voyeur*.

—Yo no soy un *voyeur*.

—Lo eres. Mírate, no puedes apartar los ojos de mis tetas —le critiqué, encopetándome los pechos con las manos para alzarlas y él rugió.

El frío debía de haberme robado todo el sentido común que poseía, porque en lugar de cubrirme le estaba ofreciendo una perspectiva cada vez más apetecible de mi delantera.

—Estás loca.

—Como vuelvas a llamarme loca te abofeteo toda la cara. —Me puse de puntillas para aproximar nuestras miradas. Todas las alarmas de mi cuerpo empezaron a gritar «Loca, loca, loca...» en cuanto nuestras bocas se rozaron y nuestros alientos se entremezclaron entre las brumas.

—Loca —osó decir.

Levanté el puño y lo puse ante sus ojos como una amenaza inminente.

—Enfermo —mascullé.

—Lo sé. —Sentí una de sus manos en la nuca y la caricia de sus dedos en el pelo—. Pero no te vayas.

—Pepe, no...

—Me gustan —murmuró mientras deslizaba un dedo por el borde de mi sujetador desde el tirante hasta el cierre delantero. Me puse más tensa que el tanga de Nicki Minaj—. Mucho.

Madre mía del amor hermoso, el que estaba perdiendo la cabeza ahora era *el Picoletto Guaperas*, y no podía culparle. Mis pechos eran abrumadores y los había usado deslealmente contra su persona de forma abusiva.

—¿Qué? —Me entró un tembleque general cuando volvió a deslizar el dedo, ahora en sentido inverso.

—Tus tetas, tú. —E inclinó la cabeza con intención de besarme.

Le di un empujón en el pecho y me aparté cubriéndome el mío con las solapas del vestido.

—Me voy.

—Perdona, Alicia, no te vayas, te juro que no volverá a pasar. No sé qué me ha pasado.

Seguí andando sin volver la vista.

—Ha sido sin querer.

—Sin querer evitarlo —le repliqué con malicia.

—Joder, lo siento, en serio. Se me ha ido la olla. Compréndelo, tú eres una mujer... muy guapa... y te paseas por mi casa a lo comando... Yo soy un hombre... Alicia... tengo mis necesidades básicas y tú me pones muy cachondo —se explicó con pesar, como si de verdad todo aquello le doliera—. Pero si tú no quieres que haya nada entre los dos, no lo habrá, tienes mi palabra. Te juro que no volveré a tocarte de un modo sexual.

Parecía sincero y realmente avergonzado por lo que había pasado. Yo tenía parte de mi culpa, lo tenía muy claro, lo había llevado hasta el límite con toda la intención, pero no iba a reconocerlo en ese momento. Ese era mi as en la manga. Me mantuve seria mientras me detenía y me daba media vuelta.

—Está bien, te perdono.

—¿De verdad? —Le brillaron los ojos.

—Sí, pero prométeme que nunca más me dirás loca y... —Vacilé un poco para ponerlo nervioso.

—¿Y qué más? Lo que tú quieras.

—Esta noche me pido tu cama.

Asintió.

—Trato hecho, de todas formas, te la iba a ceder.

—Eso lo dices ahora, porque te sientes mal —le repliqué acortando la distancia entre los dos.

—Por favor —me señaló el pecho—, tápatelas.

¿Qué hace una chica como yo en un pueblo como este?

Estaba tan a gustito que una babilla me resbalaba por la mejilla rumbo a la almohada y ya había hecho un charquito en el que me restregué con alevosía. Me encantaba dormir a pierna suelta babeando, para mí era signo de que había dormido de primera.

Mi mano izquierda fue derecha instintivamente a la mesita, el primer lugar que buscaba cada mañana, para coger mi móvil. Me gustaba repasar las notificaciones del WhatsApp y de mis redes sociales remoloneando en la cama, *abrujadita* entre el edredón y en su trayecto golpeó algo que exclamó «Aaaauuuugggghhh». Abrí los ojos y me encontré con Pepe acariciándose la mejilla. Estaba acucillado al lado de la cama. ¿Y qué hacía ahí? ¿Me estaba observando mientras dormía? ¿Habría visto mi charco de babas?

—Perdona —le dije bizqueando un poco.

—No pasa nada, aunque tienes un buen izquierdazo —dijo con una sonrisa monísima.

—¿Qué pasa? ¿Te vas ya? —le pregunté viendo que estaba vestido.

—Tengo que irme, me han llamado del cuartel para hacer una sustitución de un compañero de última hora.

—¿Qué hora es? —Me restregué los ojos.

—Las ocho.

—Vale, ya me levanto —dije incorporándome.

—No hay prisa, puedes quedarte un rato más en mi cama, te queda bien.

Sonreí con malicia.

—¿Tanto como el camisón victoriano?

Sacudió la cabeza con los ojos en blanco y se puso en pie.

—Necesito pedirte un favor —dijo sin responder a mi pregunta.

—Claro, ¿qué es? —pregunté mientras le seguía el paso con la vista por la

habitación.

Qué bien le quedaban los vaqueros a este hombre, eso debía ser delito, por no mencionar esa camiseta negra con un *print* en el pecho sobre la zona del corazón que rezaba «Play». Daban ganas de poner la mano encima y sentir lo bien que le funcionaba, sobre todo cuando yo estaba cerca, ¿cómo dijo que hacía? Ah, sí: «Cucú, cucú, cucú...», pero qué mooonoooo.

—Necesito que vigiles a mi abuela esta mañana. Cecilia no puede venir y no quiero dejarla sola todo el tiempo. Solo es echarle un ojo de vez en cuando y prepararle la comida a eso de la una. Un hervido o algo así. Lo tienes todo en la nevera. Puedes prepararte también para ti y comer con ella. Si te apetece...

—¿No te da miedo que pueda electrocutarla con el brasero? ¿O que la asfixie inhalando Pips Naporús? ¿O que la intoxique con una cebolla pocha? ¿O...?

—Déjalo ya, ¿vale? Ya me disculpé contigo ayer por eso... —tragó saliva— ... y por lo otro.

Me miró serio y recorrió la distancia que nos separaba para plantarse de nuevo ante mí con los brazos en jarras. Pero qué mono era, incluso enfadado lo era, casi que más. Se le arrugaba el entrecejo y se le achicaban los ojitos de un modo muy sexy.

—Está bien, bajemos el hacha de guerra, ahora somos amigos —comenté.

—Amigos sin derecho a wifi. —Me dedicó una sonrisa socarrona.

«Ni a roce», añadí mentalmente.

—De acuerdo —accedí de mala gana (a las dos cosas)—. Entonces, ¿no te espero a comer?

—Haz marcha, porque yo no volveré hasta pasadas las cuatro. Pero haz tus cosas, mi abuela ya está levantada, vestida y desayunada.

—Vale, no hay problema, puedo hacerlo. Iré a mi casa a organizar todo el desastre de anoche.

—Por cierto, sobre eso... ¿te parece que haga yo la redacción de la denuncia y luego te la traiga para que la firmes? También compraré un bombillo nuevo y te lo cambiaré esta tarde, por si acaso los que entraron anoche tienen copia de la llave.

—Me parece perfecto.

—Necesitaré tus datos. Luego me llamas a eso de las once y lo hacemos, ¿te va bien?

—¿¡Y usar mi teléfono!?! —dije con fingido temor., llevándome las manos a la boca.

—No hay nada malo en usar el teléfono si se hace un uso responsable del mismo —me replicó, comenzando a engrescarse.

—Era broma. ¿No sabes pillar bromas?

—Vale —dijo, dándome la espalda y comenzó a escribir una nota en el escritorio—. Aquí te dejo mi número, para que luego me llames o por si necesitas decirme cualquier cosa... sobre mi abuela.

—Tranquilo, la voy a cuidar muy bien.

—Estoy seguro de ello. —Cogió su suéter negro y se lo puso, luego se acercó a la cama y se inclinó sobre mí.

Hizo ademán como de besarme, pero se lo pensó mejor, y me ofreció la mano. La miré por un momento antes de aceptarle aquel saludo tan impersonal. Era excesivo, teniendo en cuenta que ayer habíamos estado a punto de besarnos, pero claro... (cachetazo mental) estaba lo de su promesa de no volver a tocarme un pelo. Dadas las circunstancias era lo mejor, que la noche sería muy larga y fría y que Pepe cumplía todos los requisitos para que yo me colgara de él como una idiota y, eso, pensándolo fríamente, no era conveniente, porque yo pasado este mes volvería a Madrid, y entonces estaríamos separados y la situación sería insostenible. No me apetecía mantener una relación *on line* condenada desde el principio al fracaso. Sí, bien pensado, lo mejor era mantener las distancias.

—Si necesitas cualquier cosa, ya sabes —comentó apartándose.

—Pues ahora que lo dices, sí necesito una cosa...

Subió los ojos al techo y yo negué con la cabeza.

—Que no es eso, tonto. Me aburro bastante, ¿podrías traerme revistas de chicas, el *Fuore*, *Bella Spagnola*, *Crazy People*...? Cualquiera de esas me vale.

—No hay problema. ¿Alguna cosa más?

—¿Leche de soja?

Asintió con una sonrisa.

—Lo que quieras, hazme una lista y me la pasas por WhatsApp.

Puse morros y él rompió a reír al ver mi expresión.

—Perdona.

—Perdonado —dije de mala gana—. Oye, Pepe, ¿qué puede hacer una chica como yo en un pueblo como este para divertirse un poco?

Se rascó el mentón contemplando las posibilidades.

—Dar paseos, salir a correr, leer, tomar algo en Casa Cebrián o en el pub.

—Pero ¿¡es que hay un pub y todo!?! —me asombré.

—Sí, pero solo lo abren los fines de semana, si te apetece podemos ir juntos el viernes por la noche y presentarte a mis amigos.

—Pero ¿es que tienes amigos?

—Alguno, suelen venir a pasar el fin de semana.

—¿Y por qué hacen eso?

—¿Por qué les gusta estar tranquilos, lejos de la ciudad, respirando aire sano

y esas cosas? No sé. —Se encogió de hombros.

—No puedo imaginar que nadie venga aquí a pasar el *finde* por propia voluntad. Es horrible tener q...

—Vale, déjalo —me cortó y yo me eché un candado a la boca mientras me recostaba en la almohada buscando posiciones.

—Tu cama es comodísima —dije cubriéndome con el edredón hasta la barbilla.

—¿Verdad que sí?

—Verdad, ¿y qué tal has dormido tú?

—Tengo una contractura en el cuello, pero por lo demás, bastante bien.

—Lo siento muchísimo.

—Sí, seguro que sí. Bueno... señorita Garrido, me tengo que ir, se me hace tarde.

—Chao, señor agente, que tenga un buen día.

Se detuvo en la puerta y tras pensar algo, desanduvo la distancia hasta la cama y se inclinó sobre mí y me besó la frente.

—Gracias, Alicia.

—De nada, Pepe, somos amigos, y los amigos se ayudan.

—Amigos —repitió con acritud—. Lo tengo muy presente —comentó antes de salir por la puerta y dejarme sola en sus dominios de macho manchego.

Me levanté de inmediato y me vestí con lo único que tenía allí: mis bragas del día anterior, el sujetador que también pedía a gritos un buen lavado, el vestidito camisero de mi abuela y las Uff. Luego le di un repaso ligero a la habitación, abriendo alguno de los cajones para husmear sus cosas y echándole un vistazo a los libros de su biblioteca: Ackerley, Doctorow, Masereel, Serge, Carrère..., vaya, pues no conocía ninguno. Pues sí que era listo *el Picoletto Guaperas*, para mí eso eran más bien lecturas obligadas de instituto y no algo que uno leyese por puro placer.

Abrí el armario y cotilleé su ropa, no tenía mal gusto el chico. Le gustaba la ropa informal, pero de marca. Había una camiseta doblada en un estante a medio usar y la cogí para olerla. Mal hecho. Millones de moléculas con saborcillo a Pepe me invadieron las fosas nasales y suspiré de gusto. Al punto, la volví a plegar tal como estaba y salí de su dormitorio, encontrándome a su abuela, sentada en una silla junto a la ventana que daba al porche, leyendo. La saludé y ella levantó la vista para mirarme.

—Buenas, Angelita, ya eran horas de que te levantases.

No la saqué de su error, por lo poco que la conocía sabía que sería un gasto de tiempo innecesario pues no la iba a hacer entrar en razón.

—Hola —dije, acercándome a ella y no sé por qué le di un beso en la mejilla

antes de sentarme a su lado—. ¿Qué lee?

—El Evangelio de San Marcos.

—¿Y está interesante?

—Lo he leído ni sé cuántas veces, pero siempre encuentro algo nuevo. Mira.
—Y comenzó a leérmelo en voz alta.

Yo nunca había leído La Biblia, fui a un colegio laico y siempre opté por Ética cuando tuve que elegir, pero me quedé escuchándola un buen rato hasta que interrumpió la lectura y me dijo que ya se había cansado de leer *a voces*.

—¿Quiere que le prepare algo? Yo voy a hacerme un vaso de leche.

—Una manzana.

—¿Quiere que se la corte en gajos? —No sabía bien cómo andaría de muelas la mujer.

—No, dámela *cortá* por la mitad y un chusco pan. —Me indicó una medida con las manos.

Fui a la cocina y vi sobre la bancada una cafetera con café que todavía seguía caliente y una barra de pan de pueblo (cómo no). Me preparé un café con leche de soja, que encontré en la nevera, y cogí una manzana para la abuela y otra para mí. La corté por la mitad y se la llevé. De nuevo tomé asiento a su lado para desayunar en su compañía.

A las nueve y media decidí ir a casa de mi abuela, tenía que recoger lo de la noche anterior y hacer limpieza general.

Aquello parecía el escenario de un concierto de rock, pero el día después. No habían dejado nada dentro de los cajones, me pregunté entonces qué andarían buscando para poner la casa del revés del modo que lo habían hecho. Sacudí la cabeza y suspiré, estaba cansada antes de empezar, pero comencé a recogerlo todo, plegando los manteles y las servilletas con cuidado y guardándolos de nuevo en los cajones. De un aparador habían sacado y tirado al suelo un montón de libritos de tapa blanda, que parecían formar parte de una misma colección por el tamaño y el diseño de las portadas descoloridas: torsos varoniles, parejas abrazándose o besándose, vaya, todo un derroche de ranciedad. Visto lo visto, mi abuela era toda una adicta a la lectura romántica, se contaban por centenares y todos eran de la misma autora: Corín Tellado. Los fui agrupando en montones de tres o cuatro y guardándolos en su lugar del aparador.

A las once hice un alto para llamar a Pepe y darle mis datos para la denuncia. Su voz me resultó extremadamente sexy a través del móvil, pero no tanto como cuando susurraba en mi oído, y por un momento deseé que lo repitiera pronto, pensamiento que aparté de inmediato, pues Pepe y yo, como

que no, no, no, ¿verdad? Me preguntó por su abuela y le dije que estaba perfecta, que no se preocupara, que a la una iría para hacerle la comida y que lo esperaría con ella hasta su regreso. Me dio las gracias y le dije que no tenía por qué, que era lo mínimo que podía hacer por él tras usurparle la cama.

—Pero no te acostumbres. Hoy duermes en la tuya —comentó entre risas.

—Sí, claro —dije, pensando que ni de coña.

Y así nos despedimos y seguí ordenando la casa. Aquello me sirvió para distraerme hasta la una. Volví a casa de Pepe, hice un hervido de toda la vida y serví un plato para la abuela y otro para mí. Tras comer decidí dar una vuelta para bajar la comida y que me diera el fresco, me puse el vellón y salí a la calle.

No había girado la esquina cuando me encontré a mi tía Rebeca con la prima Edurne acercándose en dirección contraria.

—Hola, querida. Íbamos a tu casa ahora mismo a verte. ¿Es que te ibas?

—Había salido a dar un paseo.

—Nosotras venimos de la finca de tu abuela Virginia. Está preciosa. Hacía muchísimos años que no la pisaba y hay que ver todo lo que han hecho ahí. Parece mentira que aquello esté tan bien conservado y que la tita viviera en un sitio tan echado a perder.

—Yo todavía no he ido —comenté con voz culpable. Es que ni se me había pasado por la cabeza, vaya.

Edurne me echó la mano a la cintura.

—Pues tienes que ir, primita, la bodega es preciosa.

—Y el picadero —añadió su madre.

—Pues tendré que ir un día de estos.

—Claro, tendrás que ir para hacerte cargo de las cuentas. Pronto todo será tuyo y tendrás que vigilar que no te sisen los trabajadores.

—Por lo que me comentó el abogado, mi abuela se fiaba mucho de ellos y tenía contratada una asesoría que se encarga de administrar la contabilidad y finanzas.

—Sí, tú fíate mucho y verás —Edurne comentó entre risas.

—Mi madre siempre me dice que el que no se fía no es de fiar.

—Ay, tu madre, tu madre, la cabeza loca de tu madre, ¿qué es de ella? Hace años que no sé nada de ella —comentó Rebeca muy pizpireta.

—Está muy bien, gracias.

Era mentar a mi madre y me ponía tensa; todavía seguía cabreada con ella. ¿Y qué decía mi tía de mi madre, loca de qué? Mi madre era responsable hasta decir basta. Lo más atrevido que le había visto hacer era beberse un chupito de Potarsmaiter el día que me notificaron que entraba en el concurso y eso estaba muy lejos de llamarse locura.

—Alicia, no te alteres, querida, que somos de la familia, solo queremos lo mejor para ti, para eso hemos venido.

No me lo creí demasiado, esas dos me daban mala espina.

—Os lo agradezco. ¿Me podéis decir por dónde se va a la finca?

—Tienes que coger este caminito —Edurne señaló una carretera de arena y grava— y todo derecho a diez minutos a pie estarás allí.

—¿Os apetece acompañarme?

Se miraron por unos segundos, mi tía finalmente respondió:

—No, ya te hemos visto y comprobado que estás bien, casi que nosotras mejor nos vamos al hostel a descansar un ratito, que estamos muy fatigadas con tanto trasiego, ¿verdad, Edurne? Pero tú ya sabes que lo que necesites, nos llamas.

—Pues en ese caso, adiós, yo me voy a la finca a conocer a los trabajadores y verla con mis propios ojos.

Ya me picaba la curiosidad, a decir verdad.

—Adiós, querida. —Mi tía se acercó dejando caer sendos besos en mis mejillas y acto seguido su hija hizo el mismo gesto.

Mientras andaba a paso ligero, aproveché para llamar a Jimmy, que con un poco de suerte estaría en casa. Al cuarto tono respondió con voz somnolienta.

—Hola, reina, ¿cómo vas?

—¿Que cómo voy? Hecha un adefesio con un vestido de mi abuela y las botas Uff. Sé de una que la palmó esperando su ropa —dije enfadada.

—Ay, no te pongas así, mujer, que todavía no he tenido tiempo de preparártela. Es que voy de culo...

—¿De culo?

—No seas mal pensada, gorrinota —me reprendió.

—Vale, está bien, ¿cuándo crees que podrás mandármela?

—Mañana, te lo prometo.

—Jurámelo.

—Jurar es pecado.

Llevé los ojos al cielo, que era de un azul tan intenso y brillante que dañaba las retinas, y negué con la cabeza.

—¿Jurar es pecado? Y fornicar con hombres, ¿no? —le recliné en broma.

—Ay, ya me entiendes, reina, no me des la lata que estaba *haciendo* la siestecita y no tengo la *cabeza* para tanto jaleo ahora.

—Está bien, perdona, es que me urge ya, no sé si voy a poder sacar en claro estas bragas que llevo ya tres días puestas.

Se echó a reír.

—¿Y tú abuela no tiene bragas?

—Por favor... —bufé haciendo una mueca de asco.

—¿Qué?

—¡Que no pienso ponerme las bragas de una anciana, joder!

—Está bien, está bien, no te alteres. Estás muy alteradita tú, ¿no?

—Estoy de puta madre aquí en este pueblo perdido sin wifi y sin comida macrobiótica. Voy a morir, o bien de aburrimiento, o bien de inanición.

—Pero qué exagerada eres, reina mora. Cómo te va el drama.

—Tú no me has visto —protesté de malos modos.

—Venga, relaja la raja, algo habrá que puedas *haser* para divertirte.

—Sí, dar paseos por el campo, leer novelitas rosas y...

Me quedé callada pensando que *el Picoletto Guaperas* también era una muy buena opción de entretenimiento. A decir verdad, mucho mejor que cualquiera de las mentadas.

—¿Y qué más? —me urgió a hablar.

—Nada más, aunque ahora estoy camino de la finca de mi abuela, que por lo visto es la repera.

—Qué bien, cuantísimo me alegro, *has* fotos y me las pasas.

—¿Con qué malditos datos? —bramé.

—Ay, de verdad, estás muy alterada, tomate una tilita, anda.

—Sobrevivo aquí a base de infusiones de hierba de San Juan y aun así estoy que me subo por las paredes.

—Venga, Ali, *tranquilízate* ya o tendré que ir a ese pueblo a darte una hostia.

—Ahí va. Joder... —Me quedé alucinada.

—¿Qué pasa?

—Es inmensa.

—¿El qué?

—La finca de mi abuela —respondí evaluando con la vista el alcance de sus dimensiones. No soy muy buena midiendo a ojo, pero aquello era muy grande.

—La tuya, querrás decir —me corrigió.

—Sí, eso mismo.

Le fui describiendo lo que veía mientras recorría la distancia que me separaba del doble portón de madera que daba paso al interior del recinto de la finca, que estaba por completo resguardada por unos muros de mampostería de más de tres metros de altura.

La reina de la Red

Cuando atravesé el pórtico, me quedé en silencio contemplando lo que tenía delante. Era precioso, maravilloso, increíble (la verdad, no me esperaba ni de lejos algo así). Un jardín muy bien cuidado con una fuente era la bienvenida a la casa solariega de dos alturas, construida con roca vista y techado de tejas de barro rojo. Había macetas con plantas donde posases la vista y las ventanas altas con mallorquinas verdes llenaban de colorido la fachada, pero no le hacía falta, porque era sencillamente perfecta. Era muy agradable a la vista y se respiraba paz y armonía en aquel lugar. Y pensar que todo esto era mío.

—Luego te llamo, Jimmy —dije con el estómago en un puño, emocionándome al ver esa otra versión de mi abuela Virginia.

—Vale, reina, y te prometo que mañana mismo te preparo la maleta y te la hago llegar.

Nos despedimos con besos y abrazos y recuerdos para los chicos mientras recorría el jardín.

En la puerta había un timbre y llamé, pero nadie vino a abrir en los siguientes cinco minutos. Estaba comenzando a impacientarme cuando vi a Cristo cruzar la entrada de la finca montado en una bicicleta. Me vio y vino derecho hacia mí con el pelo churretoso por el sudor y la cara roja.

—Buenos días, Cristo —lo saludé seria. Me daba un poco de miedo ese hombre. Todavía albergaba mis dudas sobre él, pese a que Pepe me había asegurado que era inofensivo.

Sonrió esquivando mi mirada y dijo resoplando por el esfuerzo de la carrera:

—Wiki, wiki, wiki...

—¿Qué?

—Wiki, wiki.

—¿Qué significa eso, Cristo? ¿Es algún tipo de saludo de la región?

Negó con la cabeza sonriendo en modo Cristo.

—Oye, Cristo, ¿tú por casualidad no pasarías anoche por casa de mi abuela?

—le pregunté.

—No, señorita Alicia. Anoche estuve con mis ovejas.

No quise preguntarle más, me horrorizaba saber qué habría podido estar haciendo con esas pobres ovejas.

—¿Sabes dónde está la gente aquí?

Volvió a rumiar un par de «wikis» para sí mismo (a decir verdad, creo que tampoco quería saber qué podría significar esa palabra) y me hizo un gesto con la mano para que lo siguiera. Se puso a pedalear rodeando la casa en dirección a lo que parecía ser la planta de elaboración y lo seguí a la carrera. Se apeó y sin dirigirme la palabra, volvió a hacerme un gesto con la mano para que fuera detrás y entró en la nave donde había una hilera de unos diez depósitos de acero inoxidable organizados en ambos laterales. Me aproximé a uno de ellos para tocarlo mientras Cristo se quedaba cerca sin perderme ojo.

—Esto es una propiedad privada. No estamos en horas de visitas ni tampoco comercial. —Un chico se acercó con una carpeta en las manos, llevaba puesta una bata de laboratorio; supuse que era el técnico responsable de las instalaciones.

Vaya, era muy mono. El pelo rubio cortado a lo moderno y unos ojos azules rasgados tras sus gafas de pasta de chico listo. La gente lugareña parecía tener buena genética, pero envejecían fatal.

—Soy Alicia Garrido.

—¿Alicia Garrido?

—Sí, la nieta de Virginia... la dueña.

—Ah, sí, perdone, siento lo de su abuela, era una gran mujer.

—Gracias.

—No la esperábamos. Podía haber avisado que venía y la hubiéramos salido a recibir.

Sí, claro, en plan primera ministra, ¿no?

—No importa, ha sido pensado y hecho y bueno... ya me ha ayudado Cristo a encontrar el camino —comenté mirando al interpelado, que me lanzó una sonrisilla babosa de lo más espeluznante.

—Wiki, wiki.

—Calla, Cristo —le ordenó el chico mono de la bata blanca.

—¿Qué significa esa palabra? —La curiosidad finalmente me pudo.

—Eh... nada, nada, cosas de la psique del pobre Cristo. Acompáñeme y le enseñaré las oficinas y le presentaré a los trabajadores. —Me hizo un gesto para indicarme el camino.

—Soy Pascual, el enólogo —se presentó, ofreciéndome la mano al cruzar la primera puerta.

—Yo, Alicia —respondí, estrechándosela.

—Lo sé, ya lo ha dicho. —Me propinó una sonrisa guasona.

Subimos a la primera planta y entramos en un despacho diáfano, bien iluminado, con mobiliario moderno y ordenadores con pantalla plana y todo. Sacudí la cabeza sin poder creérmelo, para ser una oficina rural estaba muy bien acondicionada. Tras los escritorios había ocho personas tecleando o hablando por teléfono. Pascual profirió una especie de llamada al orden, similar a un «yeeeeeep» que me provocó un pequeño sobresalto. Sus compañeros levantaron la cabeza para atender aquella extraña llamada; tendría que aprendérmela si eso era lo que aquí se estilaba.

—Os presento a doña Alicia, la nieta de la señora Virginia.

Joder, ¿doña?

Hice un gesto con la mano a modo de saludo y les sonreí un poco nerviosilla, y ellos se levantaron de sus sillas para venir a saludarme, estrechándome la mano unos y besándome las mejillas otros. Reconocí en algunos de los rostros aquellos que me habían presentado sus condolencias en el cementerio.

—Perdonad que no recuerde vuestro nombre, pero me presentaron tantas personas el día del entierro que me es imposible recordarlos todos —comenté, observando de soslayo una pantalla con la ventana de Goble abierta. Era muy tentadora.

Una lluvia de «No te preocupes, muchacha», «No pasa *na*», «No padezcas» vino a mi encuentro, y asentí agradecida. Parecían majos y amigables y me propuse entonces conocerlos más en profundidad en los siguientes días hasta mi marcha.

—¿Quiere que le enseñe las instalaciones? —se ofreció Pascual, que era mono, pero mono, mono.

—Pues me encantaría, la verdad, pero no hoy, llevo un poco de prisa — consulté mi reloj, viendo que eran las tres y media y había quedado con Pepe—, solo me he dejado caer para presentarme.

—Estupendo, muchacha, pues seguimos a lo nuestro. —El que se llamaba Lucas me palmeó la espalda y casi me saca el omoplato del sitio.

—Sí, sí, yo me voy enseguida, no quiero molestar. —Los ojos se me fueron de nuevo derechos a la pantalla.

Sole, la administrativa, se interesó por mí.

—Eres Alicia Trevi, ¿verdad?

—Sí.

—Ya me parecía.

Un tal Mateo pareció emocionarse un tanto.

—¿Eres tú? ¿Me darías un autógrafo?

—Sí, claro.

—¿Y qué tal es Alex Crespo en persona? —Otra vez, Sole.

Respondí con evasivas. Estaba demasiado ocupada mirando de reojo aquella pantalla tan llamativa. Era tan tentadora. Pero yo tenía prisa. Había quedado con Pepe. Pero solo iba a ser un momentito de nada. Echar un vistazo y ya. No pasaba nada. Cinco minutos. Tal vez, diez.

—¿Es posible que me dejéis un ordenador un ratito? —pregunté.

—Claro, siéntese en mi sitio, yo voy a hacer controles de planta —dijo Pascual, indicándome un escritorio arrinconado.

—Genial, es que mi abuela no tiene internet y estoy sin datos desde que llegué.

—Tranquila, todo suyo. —Me acompañó hasta su sitio, acomodándome la silla.

Pero qué mono, aunque no tan mono como Pepe. ¿Y qué pensaría Pepe si se enterase de que iba a saltarme su absurda terapia? «Que te den, Pepe, tú no mandas en mí», me dije emocionándome por segundos mientras tomaba asiento con los ojos brillantes fijos en la pantalla. Era hipnótica.

Fue poner los dedos en el teclado y me dio una especie de subidón energético. Unas cosquillitas de emoción me embargaron la barriga. En nada, había entrado en mi cuenta de Facepook. Asombrada e ilusionada, recorrí con los ojos los cientos de mensajes que me habían dejado en los últimos días mis seguidores y amigos preocupándose por mi estado emocional, preguntándome por mi viaje en Santo Domingo y mi incidente en el aeropuerto (*what!?*), queriendo saber sobre la promoción de la película... había tantas preguntas por responder que me puse a la faena de inmediato. Leía uno tras otro los comentarios, dando las respuestas más ingeniosas y ocurrentes que se me ocurrían sobre la marcha. Trataba de ser simpática y lo conseguía. A decir verdad, caía de la leche a la peña cibernética. Iba a la mía. Mostraba mi mejor versión. Nada de dramas. Nada de malos rollos.

Estaba eufórica, me sentía tan querida, y eso era muy importante para mí. Era tan satisfactorio que con cada clic sentía un microorgasmo en mi cerebro provocándome un instante infinito de felicidad. No podía parar de teclear y leer, teclear y leer, teclear y leer... hasta que di por zanjada esa red social. Pero una cosa llevó a la otra. Me quedaba por actualizar el Twito. Abrí mi cuenta y dos segundos después tuiteé: «Alicia en el país sin wifi. Muero de agonía». La gente empezó entonces a tuitearme preguntándome que qué quería decir con eso. Y les fui respondiendo que estaba secuestrada en el culo del mundo sin datos, sin algas, sin tofu... La gente me tuiteaba sus propias anécdotas sobre situaciones

similares. Me lo estaba pasando bomba.

Las horas pasaban sin darme cuenta y cada vez me sentía mejor. Tenía toda mi atención puesta en Twito, no podía parar, porque no dejaban de llegarme *tweets*, uno detrás de otro, una locura. Estaba borracha de datos, henchida, loca de gozo.

En un momento dado, Pascual se acercó para preguntarme si me quedaba mucho. Lo miré fugazmente y con el dedo en alto le pedí un segundo más. Y posiblemente fuera más de uno o de mil. Perdí la cuenta.

—Vamos a marcharnos. —Pascual de pie estaba a mi lado observando la pantalla.

—Muy bien —dije sin prestarle atención.

—Podría quedarse, pero tendría que explicarle antes cómo apagar las luces y cerrar las puertas.

—Muy bien —dije.

—¿Se va a quedar?

—¿Qué? —pregunté distraída mientras leía un *tweet* más.

—Que nos vamos ya todos, son las siete y es nuestra hora de salida —respondió con paciencia. Se había quitado la bata y las gafas y llevaba una mochila de piel colgada del hombro.

—Ah —dije de repente triste.

—¿Qué va a hacer?

—No, yo también me voy —comenté terminando de teclear un *tweet*—. ¿Qué hora has dicho que es?

—Las siete.

—¿¡Las siete!?! —Se me encogió el estómago hasta el tamaño de un puño de muñeco Pin y Pan.

Pero ¿cómo? ¿Cómo se me había pasado el tiempo tan rápido? Se me había ido el santo al cielo. Me llevé la mano a la cabeza y me estiré de los pelos en un arranque de culpabilidad. Ni por un momento me había acordado de Pepe o de su abuela.

Me puse en pie de un salto.

—¡Tengo que marcharme! —grité.

—Si quiere puedo llevarla.

—¿Tú vives en Villa Maravilla?

—Sí, a dos calles de la suya.

—Pues sí, corre —dije de pronto con una prisa tremenda, poniéndome el vellón y cogiendo el bolso.

En el coche saqué el pPhone y vi cuatro llamadas perdidas del *Picoletto Guaperas*. Empecé a agobiarme, debía estar preocupadísimo o cabreadísimo.

Tenía que inventar una buena excusa; no podía permitir que se enfadase conmigo y me privase de su cama.

—Dicen que se queda un mes —comentó Pascual.

—Veintisiete días —le corregí. Los tenía contados que no veas.

—Pues si quiere podemos quedar este fin de semana.

—Pues sí... claro.

—Vale... pues si me da su número, la llamo y quedamos, ¿le parece?

—Sí, claro, o quedamos cuando nos veamos.

—¿Piensa venir mañana a la finca? —preguntó con demasiado entusiasmo—. Si lo hace, se la puedo enseñar toda. Es una maravilla.

—Claro, me encantaría, seguro que me paso —dije distraída, pensando en esa conexión tan maravillosa que tenía la finca e, incluso cabía la afortunada posibilidad de que tuviera wifi.

El pensamiento me llenó de felicidad; podría actualizar el WhatsApp y charlar un rato con mis amigos, pero ¿cómo se podía vivir sin WhatsApp? La vida era mucho más aburrida sin él, desde luego, y todas esas horas muertas sin saber qué hacer tenían sentido con pPhone a su pleno rendimiento. Lo miré triste, sin vida en mi mano, pero qué pena daba el pobre. Estaba más silencioso que una habitación anecoica.

Cuando llegamos al pueblo, cinco minutos nada más, ya se había hecho de noche hacía un buen rato y las pocas luminarias alumbraban hoscas las callejuelas. Pascual condujo hasta la casa de mi abuela y detuvo en el coche en la puerta.

—Ya estamos —anunció.

—Muchas gracias. —Miré furtivamente la puerta de Pepe, empezando a ser devorada por el monstruo gigante de los nervios.

Me apeé del coche y me despedí con la mano. Esperé hasta que las luces de los faros se perdieron tras la esquina. Anduve los cuatro pasos que me llevaban derecha a la boca del lobo. Sentía tanta vergüenza de mí misma que estaba presa de los nervios. Abrí la puerta del porche y luego llamé con los nudillos a la puerta principal.

La noche de las torturas chinas

Pepe abrió la puerta en pantalón de chándal y una camiseta de algodón tan pegada al cuerpo que era para morir de gusto. Llevaba el pelo mojado y gotitas diminutas de agua le mojaban la frente y las sientes. Sentí un deseo casi irrefrenable de secárselas con la lengua (dudo que esto sea posible), pero me contuve; su expresión no presagiaba nada bueno.

—Hola —dije con voz queda.

Pepe exhaló un hondo suspiro y dijo:

—Aquí estás: la desaparecida. Estaba a punto de llamar a la Guardia Civil para avisar de tu desaparición. —No se me escapó el deje modo irónico *on*.

—Lo siento, Pepe, se me ha pasado la tarde volando —dije con un tono implícito de súplica.

Deseaba que me perdonara. Mucho. Muchísimo. Dormir en casa de mi abuela se me antojaba igual de apetecible que pasar unas vacaciones en el programa de *Supervivientes*, programa en el que había rechazado participar al punto en cuanto me lo propuso Rúper.

—Ya veo, ya —dijo con el entrecejo fruncido.

—Es que he ido a la finca de mi abuela, ¿sabes?

—Me parece muy bien —comentó con naturalidad esta vez—. ¿Te ha gustado?

—¿Es que no me vas a dejar entrar?

—Te he llamado cuatro veces. —Ahí se mostró un pelín crispado.

—Lo sé, lo he visto ahora de regreso. No he oído las llamadas.

—No sé si alegrarme por eso o disgustarme.

Y en ese punto vi un filón.

—Pues es que me han enseñado la finca y ya sabes que es muy grande y sin querer me he dejado el móvil en el bolso en la oficina, así que ni me he enterado y era todo tan bonito... y tan interesante —empecé a soltar trolas.

No quería de ningún modo que él se enterase que me había pasado toda la

tarde conectada a internet. Pero tampoco sabía por qué. No había hecho nada malo. Vale... sí, me había olvidado de su abuela. Algo bastante imperdonable. Era una insensata, vale, sí, lo siento mucho. Y un poco egoísta, que sí, que era muy mala persona. Había traicionado su confianza y eso era algo que por algún motivo me hacía sentir muy culpable.

—Tú abuela está bien, ¿verdad? —le pregunté de pronto preocupada. No me perdonaría que algo le hubiera pasado a la buena mujer en mi ausencia.

—Sí, está bien.

—Me alegro, Pepe, de verdad que lo siento un montón, es que me han entretenido mucho, yo no quería porque sabía que tenía que volver, pero no me dejaban irme.

Asintió lentamente.

—Te he llamado a eso de las tres y media para decirte que me iba a retrasar y como no respondías, le he pedido a mi tía Juana que se pasara para ver cómo estabais y, viendo que no estabas, se ha quedado con ella hasta mi llegada.

—Bien por tu tía Juana. —Sonreí nerviosa; esa mujer debía odiarme más aún tras comprobar mi ineptitud e irresponsabilidad como cuidadora de ancianos—. Entonces, ¿me perdonas? —Le hice un juego de pestañas.

—Venga, pasa, te perdono porque has conseguido resistir sin tu móvil toda la tarde y eso es signo inequívoco de que estás mejorando mucho —se hizo a un lado—, estoy contento contigo por eso y te mereces un premio.

—¿En serio que me perdonas? —Le hice un pucherito.

—Que síii, pero que no vuelva a pasar.

—Te lo prometo. Nunca más —dije trotando feliz hacia la salita—. ¿Un premio? —Me volví emocionada hacia él

—Sí, de hecho, me he retrasado porque me he acercado a Almansa a comprar pescado fresco para ti, como anoche me comentaste que lo necesitabas para subsistir, no me perdonaría nunca ser cómplice de tu muerte. Lo iba a preparar para cenar.

Este hombre iba a conseguir que muriera en el acto por un ataque de arrepentimiento. Cada cosa que decía me hacía sentir peor. Él comprando pescado para mí y yo *tuiteando* como una loca.

—Buenas noches, señora Elisa. —Me acerqué a la mujer que estaba sentada a la mesa cara a un plato de merluza hervida acompañada de judías finas rehogadas con ajitos.

—Buenas, Angelita —me saludó ella atacando el pescado con un tenedor.

Empezó a pincharlo aquí y allá sin dar atino y me senté a su lado para ayudarla a comer.

—Es que no me veo bien —comentó abriendo la boca para que le hiciera el

avión.

—Bueno, pues la llevaremos a que le revisen la vista, ¿¡verdad, Pepe!?

—Claro, abuela —respondió desde la cocina—. Alicia, ¿te gusta el vino?

—Sí, blanco o rosado, muy frío.

Al poco salió con dos copas en una mano y una botella de vino blanco en la otra.

Se sentó enfrente y las llenó. Me alargó una y yo le di un trago como si no hubiera un mañana. Tenía la garganta más seca que un papel de lija.

—¡Qué bueno está!

—¿Has visto de qué bodega es?

—No —dije, dándole otro trago.

—Míralo. —Me acercó la botella y yo la tomé para leer la etiqueta.

—¡Alicia! —Me reí—. Se llama como yo.

—Pero ¿has leído de qué bodega es?

—A eso iba.

Miré con detenimiento la etiqueta. Era muy bonita. Moderna y *vintage* a la vez. El ojo de una cerradura dorada con una silueta blanca de mujer sobre fondo turquesa y letras en negro. Se me encogió el corazón y un nudo se instaló en mi garganta al ver su procedencia. Tragué tres veces saliva para bajarlo antes de responder.

—Es de la bodega de mi abuela —dije conteniendo las lágrimas. Miré a Pepe y este me estaba observando con una mirada extraña—. ¿Qué?

Sacudió la cabeza y me hizo un gesto para que bebiera un poco más.

—¿Brindamos antes? —le sugerí.

Hubo un silencio que no supe cómo interpretar. Seguía con esa mirada.

—¿Por qué? —dijo.

—Por el vino de mi abuela, que está riquísimo —respondí, alzando la copa en su dirección.

Aproximó la suya y la hizo chocar con la mía.

—Y, ¿qué tal se te ha dado el día? —dije.

—Bien. Ah, he traído la denuncia, luego me la firmas que me la lleve al cuartel mañana.

—Sí, muchas gracias por ocuparte de eso. Eres un tío genial, Pepe. Soy muy afortunada de contar contigo, porque de no contar con tu ayuda la situación sería desquiciante. Se agradece tener alguien con quien hablar.

—De nada, Alicia, sabes que para mí es un placer echarte una mano... —carraspeó—... ¿tienes hambre ya?

—Pues sí, no he comido nada en toda la tarde.

Se puso en pie.

—Voy a preparar la cena. ¿Algún problema con el pescado al horno? — preguntó en tono burlón. Cosa que me gustó bastante; volvía a ser *el Picoletto Guaperas* de siempre.

—Mi dieta se decanta más por lo hervido, pero puedo hacer una excepción. ¿Quieres que te ayude?

—No, haz compañía a mi abuela mientras yo lo preparo todo.

La dorada a la sal estaba deliciosa. A decir verdad, tenía muy buena mano Pepe para la cocina. La acompañó con la guarnición de judías a la que añadió una salsa de tomate frito que me supo a gloria bendita, la de tiempo que llevaba yo sin comer salsa de tomate. Se contaba por años ya. A este paso mi dieta macrobiótica se iba al carajo en un par de semanas. Pero siempre me quedaba el ejercicio, nada me impedía hacer pilates, así que me propuse empezar al día siguiente. Si de algo exageraba este lugar era de paz para vivir en armonía con el espíritu.

Tenía que admitir que disfrutaba mucho de aquellos ratos en su compañía. Pepe conseguía que me sintiera casi feliz y que llegara a olvidarme, aunque fuera durante unas horas, de la angustia que me producía estar reclutada en este pueblucho, sin comodidades ni wifi casera, lejos de mi mundo y mis amigos, atacada siempre por la incertidumbre de no saber qué era lo que había pasado entre mi madre y mi abuela.

Durante la cena hablamos de su trabajo y también del mío. Me asombraba que nunca hubiera oído hablar de mí.

—Es que no me lo puedo creer, ¿en serio? —le dije con una sonrisa burlona. Se encogió de hombros.

—No dedico mucho tiempo a ver la tele... y mucho menos a leer revistas de cotilleo... ah, también te he comprado las cosas que me pediste. —Señaló con la mano el aparador. Había un buen montón de revistas y un paquete de seis briks de leche de soja.

—Muchísimas gracias, Pepe, eres un amor, pero un amor, amor, amor —dije envalentonada por el alcohol. Llevaba tres copas consumidas y no estaba muy acostumbrada a beber. No estaba como para saludar en las rotondas, pero iba un poco piripi.

—De nada, ya te he dicho que es un placer para mí ayudarte.

—¿Y siempre eres así, tan generoso? ¿Tan amable? ¿Tan majo? ¿Y tan buenorro? —Tragué saliva, aquello había sonado raro, ¿no? Me apresuré a corregirme—. Tan buenorro de... ya me entiendes... de buena persona, no de tío buenorro.

Alzó una ceja divertido por mi metedura de pata, y yo proseguí torpemente con mi defensa estúpida, hundiéndola un poco más.

—Que lo estás, Pepe, y mucho. Tú también me pones... No, no, perdona, no me pones nada, quiero decir que me pondrías si yo fuera una chica *free like a bird*, pero no lo soy, bueno, tú ya lo sabes.

Rompió a reír.

—En serio, eres única, señorita Garrido, o ¿debería llamarte señorita Trevi? No sé cuál prefieres. —Me guiñó el ojo.

—Pues depende de quién me lo diga, en ti, si te digo la verdad, me gusta más, señorita Garrido.

No sé qué me das comenzó a escucharse y Pepe me miró extrañado.

—¿Qué es eso?

—Mi móvil. Una llamada.

—¿Y no piensas responder? —preguntó viendo que yo no había movido ni una pestaña.

—*Nah*, no será nada importante.

Apoyó los codos en la mesa y me lanzó una mirada traviesa.

—¿No será tu novio y no respondes porque no quieres hablar con él delante de mí?

Me rasqué la nuca tratando de ganar tiempo, mientras el pPhone seguía cantando.

—Es mi madre.

—¿Tu madre? —Ladeó la cabeza—. ¿No te llevas bien con ella?

Le di un sorbo al vino y me recosté sobre el respaldo.

—Nos llevamos genial, pero últimamente ando cabreada con ella y no me apetece hablarle.

Sonríó con tristeza.

—¿Qué?

Pepe se lo pensó unos instantes y respondió:

—Me gustaría tener una madre con la que cabrearme alguna vez... o un padre.

Me acordé entonces de que era huérfano desde su infancia, y sentí mucha lástima por él, yo nunca había tenido padre, pero me quedaba mi madre, que valía por los dos. Alargué la mano y la posé sobre la suya y él me devolvió una mirada tan triste que se me encogió el corazón.

—Deberías descabrearte con tu madre y llamarla. Nunca se sabe cuándo será la última vez que podrás hacerlo. A veces pilla por sorpresa. Lo sé por propia experiencia.

—Sí, supongo, solo tengo que aclararme un poco la cabeza y hablaré con

ella.

—Hazlo, es mi consejo.

—Lo haré. Debe haber sido muy duro para ti, perderlos tan pequeño y crecer sin ellos.

—Lo ha sido, sí, porque yo ya tenía una edad como para acordarme mucho de ellos, de cómo eran y cómo era vivir con ellos y... de pronto murieron... los dos, el mismo día... en un accidente de tráfico...

—No sigas, si no quieres —le interrumpí, apretándole la mano.

Sacudió la cabeza.

—No, estoy bien, puedo hablar de ello sin llorar —sonrió entonces—, pero hay veces en las que de repente me acuerdo de ellos y es ¿difícil?... no sé... pero me gusta hablar de ellos, es una forma de darles vida, aunque solo sea por unos instantes.

—¿Y desde entonces has vivido aquí?

—No pongas esa cara de asco para decir *aquí*, no es tan horrible, cuando te acostumbras.

—Para mí es insoportable.

—Gracias, por la parte que me toca, señorita Garrido, usted siempre tan sincera.

—No lo digo por ti, de hecho, nunca hubiera pensado que encontraría alguien como tú en un sitio así.

—¿Alguien como yo? —Entornó los ojos en mi dirección.

—Sí, tan majo —le guiñó el ojo—, ya me entiendes.

Asintió con la cabeza.

—De todas formas, no siempre he vivido aquí, de hecho, al morir mis padres seguí estudiando en el mismo colegio en Albacete al que iba, pero en calidad de interno. Mis abuelos pensaron que era lo mejor para mí, no trastocarme mucho y evitarme los desplazamientos. Me lo podían pagar porque mis padres me dejaron dos buenas pensiones de orfandad, ambos eran maestros. Cuando acabé el bachillerato, me quedé a vivir en su piso y estuve probando a estudiar varias cosas, hasta que decidí ser guardia civil y me preparé las oposiciones. Estuve destinado por un tiempo en Toledo, y no pedí el traslado a Villamoriscos hasta hace unos seis meses cuando mi abuela fue diagnosticada con Alzheimer. Así que, como ves, no siempre he vivido *aquí* —me imitó en el tono y en el gesto—, aunque pasaba muchos fines de semana y largas temporadas en vacaciones y, para que lo sepas, me gusta mucho vivir aquí, es tranquilo y sano y, cuando te haces a él, no es tan aburrido. —Le lancé una mirada cargada de escepticismo y él sonrió—. En el fondo, soy más de pueblo que las bellotas.

Se echó a reír y yo me contagié de su risa, y empecé a reír también. Tenía

Pepe un no sé qué o un qué se yo que me ponía un poco loca, la verdad.

—¿Y tú, qué hay de ti? ¿Cómo decidiste convertirte en famosa?

Solté una carcajada.

—No soy tan famosa.

—¿No?

—Un poquito solo.

—Entonces, ¿cómo decidiste ser actriz?

—En realidad, estudie Administración de Empresas y hasta hace poco más de dos años estuve trabajando en una empresa de pinturas y disolventes como administrativa, pero siempre me gustó cantar y había ido a coro y luego a clases de canto, pero nunca lo había hecho en serio, como algo que pudiera ser factible en un futuro, más bien como *hobby*. Seguía todos los programas concurso de cantantes: *La hoz*, *Tu cara de sirena*, *Operación pitunfro*... pero no me atrevía a presentarme a ninguna prueba, hasta que un día lo hice y, la verdad, es que no me arrepiento de nada, porque nunca he sido más feliz en mi vida. Pedí una excedencia para probar suerte y ¡aquí me tienes!

—Ganaste el concurso.

—Quedé segunda, pero un agente se fijó en mí y me dijo que no me lo dejara, así que seguí probando, hice algún cameo en algunas series y un par de anuncios de publicidad y un día me llamó para decirme que iba a presentarme a un *casting* de una película... lo hice y me dieron el papel. La verdad, es que no me lo podía creer, ¿actriz, yo? Ya ves.

—Ya ves, seguro que eres espectacular —comentó, aproximando la copa para chocarla con la mía.

—Bueno... espectacular, espectacular, no, pero no se me da mal del todo.

Brindamos y luego nos quedamos mirándonos en silencio. Pepe ladeó la cabeza como queriendo tener otra perspectiva mía.

—¿Y por qué te cambiaste el apellido?

—Cosas de mi agente, dice que Garrido no tiene garra.

—¿Que Garrido no tiene *garra*? —se rio—, pues a mí me parece que tiene mucha *garra*, *Garrido*.

—Pues sí —tuve que reconocerlo—, pensándolo bien tiene mucha *garra*, *Garrido*.

—Nunca he oído un apellido *con más garra* —dijo y rompimos a reír.

Seguimos charlando sobre banalidades, le conté cuando en mitad de una actuación en directo en *Por tu cara bonita* se me rajó el vestido completamente y me quedé con el culo al aire ante todos los espectadores y televidentes.

Pepe se desternilló de la risa.

—¡No!, ¿en serio? ¿Y qué hiciste?

—Seguir cantando, ¿qué iba a hacer?

—Seguir cantando, claro —afirmó levemente con la cabeza—. Cantas muy bien.

—¿Cómo lo sabes?

Levantó una ceja burlona y yo caí en la cuenta.

—Vale, sí, me oíste cantar en la iglesia. Se me da muy bien desde siempre, pero tuve la mala suerte de soltar un gallo descomunal en la última actuación, la que era definitiva para ganar el concurso...

—¿Y por eso no ganaste?

—No, no lo creo, supongo que Natalia era mejor que yo.

—Debe ser muy buena.

—Sí, lo es, y además no soltó ningún gallo, así que se mereció ganar más que yo. A mí es que me pasan ese tipo de cosas en el momento de la verdad, soy un poco imán para los desastres, igual que la protagonista de la película que acabo de rodar.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa?

—Que parece que la ha mirado un congreso de tuertos. No pueden pasarle más cosas desastrosas en un solo día.

—¿Cómo qué? —se interesó, apoyando los codos en la mesa.

—Pues pilla a su novio siendo empotrado por un tío con peluca de los chinos y... se le rompe un tacón en Gran Vía...

—Uf, qué tragedia —me interrumpió riéndose.

—Pues sí, no creas, la lía tan gorda que acaba en comisaría, y por la noche su amiga es secuestrada y decide ir a su rescate... Bueno... un montón de cosas. No quiero contarte porque tienes que ir a verla. —Le apunté con el dedo, arrugando la cara para hacerle gracia.

—Pues no soy muy de pelis románticas, pero si sales tú, seguro que voy. ¿Cuándo la estrenan?

—De aquí a seis meses o así. Además, también es musical. Es brutal. Te va a encantar.

—No me lo perdería por nada del mundo.

Seguimos charlando y riendo con anécdotas mías y suyas, y así nos dieron las doce.

—Se nos ha hecho un poco tarde —comentó mirando su reloj.

—El tiempo pasa volando cuando uno está a gusto.

—Exacto —dijo, levantándose para recoger la mesa.

—Te ayudo —dije, apilando los platos.

—Déjalo, yo me ocupo. Es mejor que te marches.

—¿A por mis cosas? —probé suerte.

Negó con la cabeza.

—Alicia, es mejor que duermas en tu casa.

—Aquello es horrible —sollocé con ánimo de infundirle lástima—. Aunque puedo enchufar el brasero y ponerlo debajo de la cama —consideré, sabiendo que él pensaría que aquello era una locura.

—No hagas eso, por favor, podría incendiarse el colchón y... —me miró serio—, y más sabiendo que eres propensa a los desastres, no me perdonaría que murieras churruscada en la cama.

—Pues no lo hagas, sabes que estoy loca y hago cosas raras.

—Si quieres te enciendo la estufa. Aunque tampoco me gusta mucho la idea de que duermas con ella encendida toda la noche.

—¿Y si me dejases dormir aquí? —Hice un pucherito.

Suspiró hondo, como si le hubiera pedido un riñón, yo qué sé. No sé por qué le costaba tanto dejarme dormir aquí en su casa.

—Es que no puedo dejarte dormir en el sofá, sabiendo lo incómodo que es.

—¿Y en tu cama?

—Lo siento, pero no. Ayer apenas pegué ojo por culpa de la espalda y otra noche sería demasiado.

—¿Y contigo? ¿Los dos juntos?

Se rascó la cabeza y suspiró.

—No me parece buena idea.

—Prometo estarme quieta y no tocarte un pelo.

—No es por eso, Alicia, es que no me parece correcto.

—Está bien, si te pones así de mojigato me iré a casa de mi abuela, ya me apañaré —dije taciturna—. Creo que podré resistirlo.

Asintió.

—Nada, pues me voy a mi congelador. Mañana estaré más tersa que la frente de la Preysler o ultracongelada como un lomo de merluza.

—Espera, te acompaño a la puerta.

Me reí.

—¿Temes por mi seguridad?

—Pues sí —bufó—. Lo que pasó ayer en tu casa no es muy normal aquí. No sé qué pensar. Menos mal que te he cambiado el bombillo.

—¿Me has cambiado el bombillo?

—Sí, joder, voy por las llaves. Si no te importa, me quedaré una copia.

—No, qué va, además, soy muy doña despistes, suelo olvidármelas en casa, menos mal que no vivo sola.

Anduve hasta la puerta y lo esperé. Vino con las llaves y me las puso en la mano.

—Bueno... pues nada. Muchas gracias por todo, por la cena, el bombillo y, sobre todo, por no enfadarte conmigo por dejar sola a tu abuela.

—Nada, tranquila, ya te dije que tampoco es necesario estar con ella todo el tiempo.

—De todos modos, gracias. —Me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla, pero él volvió el rostro y nuestros labios se encontraron frente a frente.

Pude apartarme, pero no quise o no pude, no lo sé. Yo estaba tan fija en sus ojos negros que era incapaz de mover un solo músculo. Nos mantuvimos quietos, con las miradas enfrentadas y las bocas a la distancia de un beso, a la espera de que él otro tomara las riendas de la situación. ¿Qué hacía, pegarme a él y devorarle la boca, tal cual me dictaba mi cuerpo en ese momento? Tragué con dificultad. Tenerlo tan cerca me ponía muy, pero que muy cachonda.

—Que digo yo... —titubeé al cabo de un rato—, que debería marcharme.

—Sí, es lo mejor.

Me separé, no sin cierto pesar.

—Buenas noches, que duermas bien y sueñes con angelitos —dijo. Él también parecía apenado.

«Sí, angelitos de ojitos negros», pensé desanimada. Lo miré con inseguridad y me pregunté qué pensaría de mí si teníamos un algo y luego yo me marchaba. Tal vez, no esperaba mucho más de mí que una noche de sexo, o unas cuantas, pero no me daba la impresión de que fuera ese tipo de chicos. Era tan sensible y entrañable cuando dejaba a un lado su actitud de poli-duro, que me dolía poder causarle cualquier daño. O, tal vez, lo que me dolía era no saber si sería capaz de irme de allí si seguía colándome por él del modo en el que lo estaba haciendo. O sea, ¿que me estaba colando por él? La cabeza me daba vueltas de campana.

—Buenas noches, Pepe —dije, pero seguí sin moverme. Tenía los pies pegados al suelo.

—¿Quieres que te acompañe hasta la puerta de tu casa? —dijo en un tono burlón y tierno a la vez—. ¿Y luego a tu camita y que te arrope?

Negué con la cabeza. Si le permitía hacer algo así, el que acabaría arropado sería él, pero entre mis piernas.

—Pues venga, tira, que no te decides.

Me siguió con la mirada hasta que salí del porche y casi a rastras (el esfuerzo por no deshacer el camino y lanzarme a sus brazos era titánico) anduve hasta la casa de mi abuela y abrí la puerta con una de las llaves que llevaba en la mano.

Estaba oscuro y busqué a ciegas el interruptor, pero al accionarlo la lámpara del recibidor no se encendió. Debía haber saltado el automático. Saqué el pPhone y lo desbloqueé para que me iluminara. La mano me temblaba, mientras

recorría el pasillito hasta la salita. Todo estaba en orden, pero hacía un frío horroroso que calaba los huesos y una corriente helada lo invadía todo, como si hubiera alguna ventana abierta, moviendo los visillos y las faldas de la mesa. Entré en alarma. Me fui derecha a la habitación de huéspedes donde se suponía iba a dormir esa noche y exhalé un grito que quedó ahogado en mi garganta.

Los cristales de la pequeña ventana estaban rotos y las cortinas se removían como medusas llevadas por la corriente. La colcha y la manta habían sido apartadas de la cama y arrojadas al suelo. Pero lo peor, era el estado del colchón. Ya de por sí era lamentable, pero alguien lo había rajado de arriba abajo y sacado el relleno, que luego habían desperdigado por todo el dormitorio como una lluvia de meteoritos. Comencé a hiperventilar y contemplé todo aquel escenario dantesco con los ojos desorbitados. Abrí la boca y tomé aire y esta vez sí conseguí proyectarlo fuera de mí en cuanto me puse a gritar el nombre de Pepe.

Salí disparada de esa habitación en dirección a la puerta, pero con los nervios no atinaba a meter la llave en la cerradura.

Pepe me llamó desde el otro lado:

—¿¡Qué pasa!?! ¡Abre la puerta, Alicia!

Intenté volver a meter una de las llaves, pero se me cayeron de las manos y comencé a palpar el suelo buscándolas a oscuras.

—Voy. No encuentro las llaves.

—¡Abre, o tiro la puerta a abajo!

—Ya voy, ya voy. —Las encontré y haciendo un acto de contención nerviosa acerté a meter una en la cerradura.

Conforme la giré, la puerta se me vino encima y caí de culo al suelo. Pepe entró hecho un toro y cayó sobre mí de bruces. De pronto, estábamos rodando por el suelo. De no haber estado acojonadísima hasta me hubiera resultado algo erótico.

Acabamos conmigo encima de él aferrada con fuerza a su cuello con la respiración entrecortada y de pronto, sin venir a cuento, sentí un conato de terremoto en mis partes bajas. Vaya, y, al parecer, no era la única que se estaba excitando de lo lindo con aquel inesperado revolcón; había algo muy duro oprimiéndome el vientre. No, ¿verdad? No podía estar empalmado así y ya, ¿verdad que no?

Pues no, era su pistola, pero la reglamentaria (siento ser una aguafiestas), la llevaba metida en la cintura del pantalón pegada a su abdomen duro como el hormigón armado. Pensar en ese abdomen duro solo hizo que avivar mi excitación.

—¿Estás bien? —preguntó, acariciándome la boca con su aliento cálido, mientras me palpaba toda yo por encima de la ropa para cerciorarse de mi estado

físico. Cosa que me produjo de paso, así como si nada, varios microseísmos en la entrepierna.

—En San Francisco.

Abrió los ojos de par en par, extrañado.

—¿Qué?

—¿Eh? —dije, volviendo de pronto a la realidad, que no era Pepe y su supuesto miembro erecto haciéndome gemir con los ojos del revés—. No, no, fatal, fatal, alguien ha entrado en la casa esta tarde y me ha roto los cristales y destrozado la cama.

—Pero ¿cuándo? Yo he estado aquí a las cinco cambiando la cerradura y luego en mi casa. Ha debido ser antes.

—Estoy muy acojonada —dije temblando, pero no sabía si por el efecto de Pepe-el-provocador-de-terremotos-vaginales o por el susto que debería llevar en el cuerpo, y que se me había pasado de golpe gracias al mismo efecto.

—¿Seguro que estás bien? —Me miró preocupado y volvió a repasarme la anatomía con sus grandes manos y tuve que ahogar un gemido cuando se detuvo más de la cuenta en mi vientre.

—Físicamente, sí —mentí; tenía un calentón tremendo—, pero, emocionalmente, estoy muy asustada, Pepe. Alguien no me quiere en este pueblo. ¿Crees que podría ser tu tía Juana? Ha tenido que ser entre las tres y las cinco y ella estaba muy cerca del lugar del delito. Su única coartada es tu abuela y, dado su estado, no sé si un juez la consideraría válida en un juicio —dije en plan entendida.

Parpadeó sorprendido.

—¿¡Mi tía Juana!? No, no lo creo. Es un poco arpía, pero no la veo capaz de algo así.

—Entonces, ¿quién?

—No lo sé, pero lo voy a descubrir, no te quepa duda de que voy investigar el caso y voy a encontrar al culpable.

Se puso tan serio y profesional que acabó por encenderme más. Me ponía mucho ese plan suyo de chico-duro-puedo-con-todo y más como no cambiásemos pronto de posición. Algo empezaba a endurecerse ahí abajo, y ya no estoy hablando de su pistola reglamentaria.

—¿Te quitas de encima? —me pidió como si hubiera leído mis pensamientos.

—Sí, claro —dije, apartándome mientras me recolocaba el vestido.

—Quédate aquí, voy a inspeccionar el lugar.

—No, voy contigo. Yo aquí no me quedo sola.

—¿Por qué están todas las luces apagadas?

—Los intrusos deben haber bajado el automático y no sé dónde está el cuadro.

Se puso en pie, estirándose la camiseta, y sacó el móvil de un bolsillo, luego lo encendió para alumbrarse.

—No debe andar lejos —comentó enfocando las paredes. Fue derecho a una pintura de una moza con un botijo y la teta al aire y tras levantarla, exclamó—: ¡Aquí está!

Subió los interruptores y se hizo la luz en el recibidor, luego me cogió la mano y sentí un calor muy reconfortante naciendo desde nuestro punto de conexión. Rápidamente me condujo hasta el dormitorio donde se entretuvo lo mínimo en investigar la situación. Salió de allí y se fue derecho al dormitorio de mi abuela, encontrándose con una situación similar.

—Recoge tus cosas, te vienes a mi casa —dijo con determinación con su cara de chico duro.

—Muchas gracias, Pepe —dije, volviendo a mi dormitorio para coger la bolsa de aseo y el camisón victoriano.

Suspiré aliviada, dormir en aquel lugar ya se me antojaba de normal un infierno en vida, pues más ahora que parecía que una bomba hubiera estallado dejándola hecho un escombros. No sabía si llorar o dar las gracias a aquella persona, que me tenía evidente inquina, por propiciar una noche más en casa de Pepe. Pero ¿quién y por qué querría hacer semejante cosa? A mí no me conocía nadie en el pueblo, no podían odiarme de esa manera. No, tan rápido. La única persona, que había mostrado cierta animadversión hacia mí, era la Juana, pero tampoco me la imaginaba tipo la Vieja'l Visillo jodiendo la vida al prójimo y, por respeto a Pepe, no volvería a acusarla injustamente. Luego estaba Cristo, pero el pobre era tonto de remate, lo había comprobado esa misma tarde y, además, tenía coartada puesto que había estado conmigo. Entonces, ¿qué? Tenía que haber algo, algo que yo desconocía. ¿Tendría mi abuela algún tesoro escondido en la casa y alguien que lo sabía andaba buscándolo como un loco? Me puse a buscar el camisón entre las ropas de cama y los pedazos de relleno, coloqué las almohadas y recogí algunos trastos más que había tirados, pero no lo encontré entre tal desastre. Volví a la salita.

—No encuentro el camisón.

—Da igual, te dejaré algo mío. Vámonos —volvió a cogerme la mano—, mañana vendré con mis compañeros para investigar el lugar con diligencia y buscar pruebas.

Lo que estaba claro es que en aquella casa había algo que yo no sabía. No sabía qué podría ser, pero iba a averiguarlo. Mañana mismo empezaría también mi propia investigación para resolver aquel misterio. A este paso no iba a quedar

casa y si ya de por sí habitar en ella era un acto heroico, más lo era en este estado semirruinoso. Por mi salud mental y física debía arreglarla si no quería pasar el resto del mes en condiciones infrahumanas; la idea de pedir a Pepe que me acogiera eternamente era, por otro lado, disparatada, aunque muy apetecible. Además, debía llamar al abogado y contarle lo que estaba sucediendo y revisar de nuevo las condiciones del testamento, con un poco de suerte, esperaba no fueran tan blindadas como se me antojaron cuando la lectura. A lo mejor podía hacer mejoras por fuerza mayor y, tal vez, podría aceptar esa ayuda de Rebeca, en calidad de interiorista para reacondicionar la casa y hacerla más habitable.

—¿Crees que en casa de mi abuela hay algún tesoro escondido? —pregunté a Pepe, sentada con las piernas temblonas flexionadas en su sofá.

—Quién sabe, pero eso no les da derecho a entrar a su antojo y desmantelarte la casa. Además, de ser así, ese tesoro sería tuyo y de nadie más —dijo pasándome una manta.

—Gracias por todo, desde que puse el pie en este pueblo eres el único que se ha portado bien conmigo.

—¿Y qué me dices de Domitila?

—Sí, ella también, pobrecita, y Salomé.

—Tranquila, Alicia, no dejaré que nada te pase —me agarró la cara con las manos—, ¿me oyes?

—Lo sé. —le sonreí, agradecida.

—¿Quieres una tila o una manzanilla? Debes calmar esos nervios, estás temblando como un flan.

—Sí, una tila me vendrá bien —dije— y si me puedes pasar una de las revistas —añadí, señalando el montón que me había traído y que antes había olvidado en su casa, quizá en un acto premonitorio de que iba a volver.

Pepe me lanzó el *Furore* y se metió en la cocina a calentar el agua, mientras seguía hablando de cosas que no escuchaba con claridad mientras hojeaba la revista sin mucho interés y respondía con «sí» y «no» al tuntún.

—¿Quieres azúcar o prefieres miel? —alzó la voz.

—Pero ¡qué hijo de puta! —exclamé con los ojos de par en par por el estupor, extendiendo ante mí las páginas centrales de la revista y arrugando los extremos, presa de la rabia.

—¿Perdón? —Pepe asomó la cabeza.

—No te digo a ti, lo digo por esto. —Empecé a zarandear la revista como una posesa.

—¿Qué pasa ahora?

—¡Míralo tú mismo, será asqueroso!

Pepe se acercó sosteniendo la taza de tila y, tras dejarla en la mesa de centro,

se sentó a mi lado y me arrebató la revista.

—¿Qué es lo que tengo que ver? Solo es un tío frotando la espalda con crema a una chica... de muy buen ver. —Los ojos le hicieron chiribitas y me dieron ganas de estrangularlo.

—¿Es que no ves quién es?

—Perdona mi incultura, pero no sé quién es este afortunado muchacho.

—Es Alex, mi Alex...

—¿Tu Alex?

—Sí, mi novio, el que se quedó en Santo Domingo sufriendo por mí. El mismo que no tuvo la decencia de acompañarme ni siquiera al taxi y se quedó engullendo un plato de fruta tropical, el mismo que no me ha llamado ni una sola vez desde que lo dejé allí disfrutando de unas vacaciones pagadas por mí.

—Pues parece que las ha amortizado a base de bien.

—¿Te parece gracioso?

—No, para nada, ¿lo siento? —Aquello parecía divertírle mucho.

—Te estás riendo, eres un insensible.

—No, no me río de ti, me río por lo ingenua que eres, Alicia. Después de todo lo que me has dicho y estoy seguro de que habrá más... ¿Cómo podías considerar a ese tío aún como tu novio?

—Porque teníamos un vínculo, tú no sabes lo que es eso, pero lo teníamos.

Conforme hablaba, me di cuenta de lo inconexas que resultaban mis palabras. Defendía lo indefendible. Pese a que me había fastidiado (no voy a negarlo) ver esas fotos de Alex con esa mulata metiéndose mano en las blancas arenas de Santo Domingo, no había sentido ni por un momento dolor. Como si mi corazón supiera antes que mi cabeza que Alex no significaba ni había significado nada para mí. Me pregunté entonces si hubiera aceptado la noticia de que me estaba poniendo unos cuernos tamaño alce siberiano que no me cabían por la puerta con ese nivel de indiferencia de no haber conocido a Pepe.

—Sé perfectamente lo que es tener un vínculo con alguien, ¿crees que he salido de un convento? Solo que estaba claro que ese tío es un jeta, un aprovechado y que no te quiere ni te quería.

—Eso ya me ha quedado claro, gracias.

—Si te soy sincero, yo me alegro de que te hayas enterado. Creo que es el momento idóneo para que te desintoxiques también de ese hombre que claramente no te merece. Además, desde mi punto de vista, no está tan bueno.

—¡Y tú qué sabrás de hombres!

—Lo suficiente para decir que el producto manchego es mucho mejor que ese. —Hizo un movimiento sexy que consiguió arrancarme una sonrisa.

—Ha sido un día muy duro, creo que me voy a la cama. —Me levanté del

sofá refilando de mala gana la revista y me dirigí arrastrando los pies hacia la habitación de Pepe por inercia.

—¿Dónde cree que va, señorita Garrido?

—A la cama —señalé ingenuamente la puerta del dormitorio.

—No, no, usted está castigada por dejar a la pobre abuela Elisa sola esta tarde y te toca dormir con ella.

—¿Con tu abuela? Pero habías dicho que tampoco era para tanto, y que no estabas enfadado.

Se encogió de hombros con una sonrisa de lo más borde apuntada en su carita guapa de provocador-de-terremotos-vaginales. Asintió y se cruzó de brazos.

—¿Cómo voy a dormir con ella? Se sentirá incómoda conmigo en la cama.

—No te creas, piensa que eres su hermana Angelita, estará encantada de compartir un ladito de su lecho.

—¿No podrías castigarme con el sofá?

—Eso sería demasiado cruel, créeme que no será para tanto, y reconoce que se lo debes, pobre yaya.

—Pero...

Pepe me hizo el alto poniendo el pulgar en mi boca, su rico y fuerte pulgar...

—No hay peros que valgan, te dejaré una camiseta y un pantalón de chándal y a la cama.

Asentí, medio drogada por el tacto de su dedo en mi boca. Pepe era capaz de hipnotizarme con cualquier parte de su cuerpo rozando el mío y eso, innegablemente, sí que era un verdadero vínculo.

Entré en el baño donde el día anterior había montado la marabunta y recordé que le debía una botella de perfume, aunque dudaba que en el economato de Villa Maravilla tuvieran esa marca, quizá *Trumel*, *Gorago* o *Barón Danés*; pero no me lo imaginaba muy fan de esos olores tan castizos. Me puse su ropa y me sentí arropada por el mismísimo Pepe, la camiseta conservaba parte de su olor, hecho que me haría más llevadera la noche con la abuela Elisa.

—Te queda mejor que a mí —me dijo a la espera de darme las buenas noches.

—Si fuera de mi talla —contesté, estirando la camiseta hacia los lados.

—Alicia.

—¿Qué?

—Sabes de sobra que ese tío no te merece, ¿verdad?

—Lo sé.

—Que descanses.

—Tú, también.

Se quedó unos instantes mirándome desde el quicio de su puerta, instantes en los que nuestras miradas querían decirnos algo sin decir nada y, sin más, me di la vuelta y entré en el cuarto de la señora Elisa.

—Hola, Angelita, ven, acuéstate conmigo. Mamá ha dicho que mañana tenemos que madrugar para cosechar la almendra.

El recibimiento de la abuela me infundió una tremenda ternura, así que me hice hueco en su cama y le pregunté por el libro que estaba leyendo. Era increíble que una persona de su condición apreciara tanto la lectura e incluso supiera y comprendiera lo que estaba leyendo.

—¿Qué está leyendo?

—*El pájaro espino*, va de una *mumacha* perdidamente enamorada de un siervo del señor, pero no te creas, que él también la quiere. Un drama *mu gordo*.

—Pues sí que debe serlo.

—Y tanto, ponte en situación, Angelita. Tú imagínate si nuestra madre se enterara que nos gusta el sobrino de don Anselmo.

—¿Quién es el sobrino de don Anselmo?

—El Ángel, el seminarista que está a punto de ordenarse siguiendo los pasos de su tío. Es bien mozo, una pena para las mozas de la villa ¡Qué se le va a hacer! Y no me entretengas más, que mañana hay que estar bien frescas, a las seis ya estará madre tocando las espuelas y diciendo al son de un pobre.

Me acomodé como pude, la abuela Elisa tenía una buena cama para albergar dos cuerpos, pero el suyo no era pequeño.

Tendida en la oscuridad, traté de conciliar el sueño. Cuando ya creía que estaba a punto de caer en los brazos del señor Morfeo, un chascarrillo, tipo psicofonía, me puso en alerta en medio del silencio de la noche. Aquel sonido como de lluvia distorsionada no cesó hasta que oí: «*Buenas noches, bienvenidos al partidazo de la Tope, Juanma Castaño, para todos ustedes...*».

La abuela Elisa había decidido encender el transistor y pegárselo a la oreja derecha y por ende a mi pabellón izquierdo.

«*La derrota de Balaídos; ¿Se irá Morata del Real Madrid?; La guerra de las pancartas*».

¿Era también aficionada a los deportes esta señora?

Después de deleitarme media hora escuchando cosas que no entendía sobre fichajes, jugadas y anuncios varios, la abuela decidió apagar el aparato parlanchín y dejarse vencer por el sueño.

Por fin podía gozar de la tranquilidad de la noche y pegar ojo.

—¡¡Saturnina, que se te escapan las gallinas!!

Tan solo cinco minutos después de volver a encauzar mi sueño reparador, la

abuela pegó un grito descomunal y a mover los brazos intentando ayudar a la tal Saturnina a meter las gallinas en el corral.

—¡Mira esa, mira esa, que se va derecha al pozo, agárrala Saturnina, que se te *ajoga*! —Me agarró del cuello y comenzó a zarandearme como un muñeco de trapo.

Pues que se *ajoguenara* la puta gallina, por Dios, qué agonía, ahora entendía el castigo del que me hablaba Pepe. El sofá hubiera sido poca penitencia y para más inri, y como colofón final, la abuela atemorizada, por un tal Fausto que venía con una *azá*, nos tapó a las dos con el edredón la cabeza con tanta fuerza que me era imposible liberarme.

—Así no nos verá, Angelita, agarra aquella punta y tira fuerte que no se escape ni un poco de aliento, que el Fausto es muy astuto y *pode* oler el atascaburras de lejos.

—¿Qué atascaburras, qué aliento? —pregunté, ya presa del pánico por el tal Fausto, aquello parecía una pesadilla, pero la abuela tenía los ojos abiertos como platos.

Me acojoné viva, ¿y si Fausto era un ente venido del más allá? Y del más allá efectivamente vino, vino un Fausto oloroso del ojal de la señora Elisa, que me hizo toser como una tuberculosa y provocarme soberanas arcadas bajo aquel edredón de plumas. Un horno holandés en toda regla me había tragado a cara perro, sin poder liberarme. La jodida abuela tenía la fuerza de un miura y me amenazó con sacarme las tripas con un canasto si nos descubría el Fausto bajo el edredón.

—Ni se te ocurra asomar el hocico, si nos pilla nos corta la *gugular*.

Yo asentí con la cara roja de tanto aguantar la respiración, estaba viviendo un infierno como Rambo escondido entre la maleza de la selva de Vietnam. De repente y sin más dilación, la abuela bajó el edredón liberándome de aquella tortura china y empezó a roncar como un oso pardo. Y yo, lentamente y sin despertarla, saqué los pies de esa cama y salí sigilosa para dormir en el sofá; ya había pagado con creces haberla abandonado toda la tarde, acompañándola ahora en sus aventuras nocturnas.

Para mi sorpresa, la puerta de la habitación de Pepe estaba entreabierta y la luz estaba encendida; era una invitación evidente a que entrara en su alcoba, y así lo hice.

—¿Lo ha pasado usted bien, señorita Garrido?

—Divinamente, señor agente. —Pepe abrió el edredón en su lado opuesto y me invitó a acostarme en su cama.

—Por hoy ya ha sufrido demasiado, que descanse, señorita Garrido —dijo arrojándome, luego me besó la mejilla y apagó la luz dándome la espalda, no sin

antes rozarme levemente los pies con los suyos, cosa que me puso tensa, pera tela de tensa.

Así no había quien durmiera a pierna suelta. Esto sí que era una penitencia de las malas. Su respiración pausada me llegaba desde su lado y entonces me dio por acordarme de sus pies provocadores de orgasmos y no tenía muy claro si sería capaz de no acercarme a él, buscando que sus pies me rozaran.

No es lo mismo ser graciosa que tener gracia

Aunque la idea de dormir se me antojaba inconcebible con Pepe tan cerca, en algún momento entre pensamientos pecaminosos caí rendida.

Cuando desperté estaba sola en la cama y tenía la sensación de haber dormido un año entero. Me desperecé, me vestí y salí del dormitorio. La abuela estaba en el sillón orejero leyendo La Biblia, por lo visto, *El pájaro espino*, era más de su gusto por las noches, y Pepe estaba sentado a la mesa leyendo el *Furore*. Alzó la vista y me dedicó una sonrisa monísima.

—Buenos días, dormilona.

—He dormido como un lirón. —Me acerqué a él para besarle la mejilla, pero me lo pensé dos veces y, finalmente, me senté en una silla.

—Me alegro, tenía mis dudas, anoche parecías bastante inquieta.

—¿Yo? ¿Por qué? —me asusté.

—Tenías pesadillas, gemías y me llamabas dormida.

«Tierra, abre las fauces y zámpace enterita», pensé, pero sonreí y sacudí la cabeza como si lo que acababa de decir fuera tan descabellado que incluso me hacía gracia.

—¿Qué dices? Vaaa...

—Lo que oyes, pero no te quise despertar por si te asustaba.

Lo que me faltaba por escuchar, tenía sueños eróticos con él por protagonista y él, además, era muy conocedor del dato.

—Bueno, voy a desayunar —cambié de tema, no fuera a ser que me preguntará con qué tenía pesadillas.

No sé si Pepe hubiera considerado como pesadilla la imagen de él y yo fornicando como salvajes en el suelo de su recibidor, y luego sobre la mesa de la salita, y otra vez en su cama, y luego otra... Lo recordaba perfectamente porque no había sido un sueño en realidad, sino mi febril imaginación dibujando momentos eróticos entre los dos antes de caer dormida. Solo de pensarlo me daban leves taquicardias, que disimulé mirando con fijeza su taza vacía del

desayuno.

—¿Te preparo algo?

—No, ya voy yo —dije, levantándome con rapidez y entrando en la cocina como Pedro por su casa.

—Estás genial en esta foto —comentó al poco.

—¿Qué foto?

—Una de la revista esta.

Salí de la cocina con la taza en la mano y me acerqué a mirar a qué foto se refería.

—¡Dios mío de mi vida! —exclamé al ver un primer plano de mi careto desencajado adornado a mala leche con un «Aaaarrrggg!» gigantesco saliendo de mi boca.

—¿En serio le estabas metiendo mano a esa turista alemana? —preguntó con guasa.

—Por supuesto que no, no soy bollera, y si tuviera que hacer mis pinitos elegiría a una tía buena, no a esa morsa sudorosa —repliqué engrescándome.

—Ya lo sé, tonta —dijo entre risas—, no tengo dudas de que te gustan los machos.

—He salido fatal —comenté, mirando la foto.

—No estás tan mal —me repuso antes de apurar su café—. Está bien —zanjó el tema—, tengo un montón de cosas que hacer. Quiero ir a casa de tu abuela e investigar un poco antes de irme. Ya he llamado al cuartel para avisar de la intrusión de anoche y cuando entre a currar haré la pertinente denuncia.

—Muchas gracias, Pepe, no sé qué haría sin ti.

Probablemente hubiera salido huyendo en estampida a la primera, pero estando con él me sentía segura y protegida... y cachonda... síiii, cachonda todo el tiempo.

—¿Y tú? ¿Qué piensas hacer esta mañana?

—Pues si no precisas de mis servicios como cuidadora, creo que iré también a casa de mi abuela a buscar el tesoro.

—¿Crees que pueda haber un tesoro escondido?

—No lo sé, pero tampoco tengo nada mejor que hacer.

Aunque podría ir a la finca y pasarme horas perdida en la Red, opción que deseché pronto; prefería quedarme y estar con él hasta que se marchara.

—También quiero llamar al abogado de mi abuela y ponerlo en conocimiento de todo lo que está pasando y ver si puedo hacer algo en la casa para reparar los desperfectos.

—Muy bien. —Se puso en pie y se aproximó para darme un beso en la mejilla, que recibí con una sonrisa tímida. ¿Tímida, yo?

—Parecemos un matrimonio —comenté.

—Qué más quisiera yo.

—¿Qué? ¿Estás diciendo que te gustaría estar casado conmigo? —dije ilusionadísima por dentro.

Me guiñó el ojo antes de responder y darme la espalda.

—No exactamente, señorita Garrido.

—Entonces, ¿qué quieres decir con eso?

Podía intuirlo, pero me apetecía escucharlo de su boca.

Me dedicó una sonrisa traviesa antes de salir de la salita sin darme respuesta, luego escuché la puerta cerrarse.

Maldito Pepe y malditos sus pies-provocadores-de-orgasmos que me hacían conjeturar con lo bueno que sería follando.

—¡Angelita! —me llamó la abuela.

—Dígame, Elisa.

—¿Tú me arreglarías los pies? La uña gorda la tengo ensartada y me está matando.

Dije que sí, sin pensar por un momento lo que aquello podría suponer.

La abuela no tenía uñas, sino mendrugos de pan duro afilados como cuchillos, y me las vi canutas para cortárselas con las únicas tijeras que encontré tras rebuscar en los armarios del baño. Pero parecía tan feliz mientras la agasajaba con mis cuidados, que hasta se me pasaron las ganas de echar la pota (aquello había que verlo, no exagero).

Tras eso llamé al abogado, que pareció muy sorprendido por los incidentes, y me dio la grata noticia de que en casos de forzada necesidad se podían hacer arreglos. Le prometí que le enviaría las denuncias por *mail* y con la idea de pedirle este favor a Pepe salí en su busca.

Me lo encontré en la habitación de mi abuela, inspeccionando el polvo de las mesillas por si encontraba alguna huella dactilar o algo, no sé, esas cosas que hacen los del CSI.

—¿Has visto algo?

Sacudió la cabeza.

—Hay tantas huellas en esta casa tras el velatorio que es imposible encontrar nada que tenga utilidad en una investigación.

—Vaya, qué pena —suspiré.

—No te preocupes, daré con el criminal —comentó poniéndose en pie mientras se sacudía las manos para quitarse el polvo.

—No lo dudo, te veo capaz de cualquier cosa.

—Ya lo verás como sí.

—Ojalá... —carraspeé—... El abogado me ha dicho que si hay fuerza

mayor puedo hacer las reparaciones necesarias en la casa.

—Es una buena noticia.

—Pues sí, necesito que le envíes por *mail* la denuncia.

—No hay problema, esta misma tarde cuando redacte la nueva, le enviaré los documentos escaneados.

—Gracias.

—De nada.

—He pensado que, ya que me pongo, igual podría hacer algunas mejoras, como cambiar las ventanas, instalar una puerta acorazada...

—Buena idea, pero ¿crees que es necesario hacer todo ese gasto? Si te vas en un mes, ¿para qué?

Me encogí de hombros.

—¿Y si decido venir a pasar algún fin de semana o en vacaciones?

Se echó a reír.

—¿Lo dices en serio?

—¿Por qué no?

—Pues porque odias este pueblo.

Sonreí.

—Quizá no tanto ya.

Me devolvió la sonrisa.

—Me alegra oír eso. Oye y en ese caso ¿no te hará falta tener una buena calefacción para que no vayas por ahí mendigando cama?

Le saqué la lengua y asentí.

—Eso sí estaría bien, solo que no puedo hacerlo —dije con cierta pena—, la estufa está en perfecto estado.

—Eso tiene solución —comentó y acto seguido salió del dormitorio. Lo seguí al trote.

Se detuvo ante la estufa y la miró por unos segundos, antes de darse la vuelta y tomar rumbo hacia la puerta de salida.

—Pero ¿dónde vas?

—No te muevas. Vuelvo ya.

Intrigada, me quedé esperándolo en la salita mientras observaba mi alrededor preguntándome qué le pasaba a la Juana conmigo; todavía no tenía claro que no hubiera sido la causante de la destroza.

Al poco regresó con un hacha en las manos. Se remangó las mangas de la camisa de cuadros, gesto que me hizo suspirar, y la emprendió a hachazos con la estufa hasta que la dejó hecha un despojo, maniobra que me hizo hiperventilar, pero qué brazos, qué fuerza, qué furia. Estaba tan imponente, tan buenorro, tan follable... Cuando terminó con ella, soltó el hacha y me guiñó un ojo.

—Qué pena que te hayan destrozado la estufa también.

—Una verdadera lástima —dije tratando de no reír.

—Hala, asunto arreglado. Y digo yo, ¿dónde piensas dormir mientras tanto?

Bajé la vista, buscando una respuesta. No la tenía; a decir verdad, no lo había pensado.

—¿En tu casa? —sugerí con la boca chica.

Bufó y torció el morro.

—Podría irme al hostel e ir y volver todos los días —consideré en voz alta.

—Puedes quedarte en mi casa, no me importa, además, ya me he acostumbrado un poco a ti.

—Muchas gracias, Pepe, en serio, no sé qué haría sin ti. —Di un paso hacia a él para darle un abrazo (de amiga, lo juro).

Pese a que estaba empezando a acostumbrarme al contacto físico entre los dos, no podía evitar, cada vez que nos tocábamos, sentir descargas eléctricas erizándome entera. Ahí estaban recorriéndome de arriba abajo. Al segundo, me aparté, azorada, era una perra cachonda, no sabía qué me pasaba con este hombre. En realidad, sí lo sabía: me ponía cachonda, pero en mayúsculas.

—No me las des, somos amigos.

—Sí, claro —dije bajando la mirada, para que no fuera capaz de leer en mis ojos todo aquello que me provocaba.

Sin darme cuenta, me quedé mirándole el vientre. Se le habían abierto un par de botones de la camisa de cuadros, y vi su sólido vientre y la línea de vello negro que conducía hasta su...

«No pensar, no pensar», traté de distraerme y levanté la vista y me encontré con sus ojos. Pepe se miró el vientre y luego volvió a mis ojos. Sé que pudo leer en ellos las ganas que le tenía. El corazón me iba a mil, y con suerte no lo estaba escuchando latir como un poseso... Con un poco de suerte, no lo estarían oyendo en Chinchilla, yo no alcanzaba a escuchar otra cosa. Nos miramos fijamente y en silencio. No se me ocurría nada qué decir.

Deslizó la lengua hacia fuera y se humedeció los labios. Y de pronto el deseo estalló dentro de mí como un volcán derramándose caliente por las profundidades de todo mi ser. Y del suyo también, supongo, por lo que ocurrió a continuación.

No sabría decir cuál saltó primero sobre el otro o cuál tenía más prisa en devorar la boca del oponente. Dios, era maravilloso. Me encantaba besarle y lo que estaba sintiendo mientras lo hacíamos. Nuestras lenguas se invadían mutuamente saqueándonos las bocas como salvajes. Busqué desesperada ese vientre duro que me llevaba por la calle de la perrería, apartándole con torpeza la camisa y lo acaricié, suspirando de deseo; lo quería restregándose contra mí a la

voz de ya. Pepe debía sentir la misma necesidad, con una rapidez que le debía venir de serie o formación profesional, había desabrochado los botones delanteros del vestido de mi abuela (tacha abuela, no es sexy en este momento) y había deslizado las manos por debajo para acariciarme la piel sin nada por medio. Eran grandes, eran fuertes, eran ásperas. Joder, cómo me ponían esas manos acariciando toda la anatomía de mi caja torácica, ansiosas por llegar a la codiciada cima de mis pechos.

Parecía estar pensándose, pues daba rodeos y más rodeos suaves, melosos, como lluvia en abril, una puta locura para mis necesitados sentidos y mi potorro palpitante (valga la vulgaridad, pero lo tenía en modo flamenco: palmeando al compás de nuestras respiraciones). Los labios de Pepe eran tal cual los había imaginado: calientes, dulces, suaves y exigentes. Me embargó una oleada de placer en cuanto alcanzó mis pechos y comenzó a acariciarlos como si fueran un preciado tesoro. Le rodeé la cintura y atraje su cuerpo al mío. Algo entre los dos estaba creciendo, notaba su miembro en erección buscando mi cuerpo por instinto, apuntalándose el vientre de un modo desquiciante.

Pepe se detuvo para mirarme con una sonrisa maliciosa que me encantó y luego me mordió la boca.

—Tenía ganas de hacerlo desde que te vi por primera vez.

—Esto no debería estar pasando —dije no creyéndomelo ni yo.

Negó con la cabeza con una sonrisa de cabroncete de podio esbozada en la boca y me replicó:

—Y tú también lo estabas deseando, reconócelo.

Asentí como una niña buena y una de sus manos me cogió de la barbilla para enfrentar nuestros ojos.

—Sabes muy bien, señorita Garrido.

—Tú estás mucho más rico de lo que había podido imaginar —dije con la voz cargada de deseo.

Me mordió la comisura de los labios y luego fue deslizando la boca por la mejilla para mordisquearme el lóbulo. Gemí cuando lo hizo.

—¿Es que me habías imaginado?

—Sí, muchas veces —le confesé en un susurro, y jadeé cuando sus dedos pellizcaron mis pezones.

—Yo no pienso en otra cosa desde que te vi sentada en tu coche.

—¿En serio?

—Sí, muy en serio. ¿Y qué imaginas cuando piensas en mí?

—Que por las noches en tu cama, te acercas despacio para pegarte a mi cuerpo, estás tan empalmado que siento tu polla palpar en mi espalda, me subes el camisón y comienzas a sobarme el culo y la espalda con tus grandes manos —

le dije así a bocajarro, sin anestesia previa ni nada, ¿para qué? Tonterías las justas, Pepe me gustaba y me lo iba a ventilar porque me lo pedía el cuerpo.

Tragó saliva.

—¿Y tú qué haces mientras tanto?

—Nada, me hago la dormida.

Sonrió, mirándome los labios.

—¿Y por qué haces eso, señorita Garrido? ¿Es que no te gusta interactuar?

—Lo hago para que creas que no soy consciente de lo que está pasando y así a la mañana siguiente podremos fingir que no ha pasado y seguir con nuestras vidas como si nada.

—Te gusta jugar —afirmó, retorciéndome los pezones—, a mí también.

Gemí.

—Me gusta imaginar cosas sucias contigo, Pepe, y que me retuerzas los pezones hasta gritar de dolor.

—Yo también pienso en esas cosas. Estás enredada en mi cabeza todo el tiempo.

—¿Y qué cosas piensas tú?

—En muchas cosas, pero no estoy seguro de saber qué hacer contigo. Me estás mandando mensajes contradictorios todo el tiempo.

—No te preocupes más por eso. —Lo miré a los ojos—. La próxima vez te lo haré saber como hago ahora para que no tengas ninguna duda de mis intenciones. —Deslicé las manos por todo su abdomen, pasándome la lengua por el labio inferior.

Pepe asintió mientras sus pulgares recorrían sinuosos la cima de mis pezones y yo gemí echando la cabeza hacia atrás.

—¡¡Virgen santa, pero ¿qué está pasando aquí?!! —alguien gritó.

Pepe me soltó de pronto con impulso y me vi despedida hacia la mesa, tropecé y me quedé despatarrada en el suelo enseñándoles las bragas a las tres señoras que nos miraban estupefactas. La Juana se santiguaba, la Domitila me miraba con una sonrisa de aprobación y la Salomé tenía la boca más abierta que el tiparraco del cuadro de *El grito*.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —alcancé a preguntar tratando de incorporarme.

—La puerta estaba abierta y hemos llamado antes, pero no contestabas. — La Domitila seguía con esa mirada cargada de picaresca.

—Pero serás desvergonzada, si es que no sé qué os ha *dao* a las mujeres de tu familia por la mía. Nos *tenís enfilaos*. —La Juana vino hacia a mí con ánimo de arrearme un bolsazo.

Pepe la detuvo por el brazo.

—Ya está bien, tía, esto es cosa de dos. No la tomes con Alicia. Yo también

he tenido algo que ver.

—Pero ¿tú la has visto? Es una pecadora, mírala —me señaló con un dedo acusador—, te ha provocado con esos pechos hechos por Satanás. Al menos podía tapárselos.

Me cubrí la delantera con los brazos. En medio de la vorágine no solo tenía al descubierto el sujetador, sino que mis dos pechos estaban a su aire y miraban insolentes a la Juana, que seguía observándome indignada e iracunda.

—Pero ¿usted quién se ha creído que es para insultarme en mi propia casa? —Me levanté para encararme con ella.

—Haya paz —pidió Pepe interponiéndose entre las dos; sabía que yo no me andaba con chiquitas y que, si se terciaba, le plantaba un sopapo que iba a ver las estrellas—. Tía, por favor, te pido que te vayas y que no te metas en mis asuntos. Alicia y yo estamos juntos.

¿Juntos?

—¡Y tanto! —bramó la mujer con las mejillas encendidas—. No se sabía dónde acababa su carne pecadora y empezaba la tuya, sobrino mío. Te ha seducido con sus malas artes. Las mujeres Sempere son demonios de ojos bonitos. No te dejes embaucar, te hará un desgraciado para toda tu vida.

Pepe apretó los puños y la miró con una expresión tan seria que incluso provocaba temor.

—Tía, te lo he pedido de buenas maneras, pero como sigas insultando a Alicia, seré yo mismo quien te saque de su casa.

La Juana resopló como un toro bravío conteniendo su veneno, pero tras sostenerle la mirada apenas unos segundos, se dio media vuelta y salió de la salita con rumbo al exterior.

—Alicia, te pido disculpas en nombre de mi tía. No sé qué le pasa.

—Que está como una cabra —dije y miré a la Domitila y la Salomé que se habían quedado en silencio presenciando la gresca.

La Domitila me hizo un gesto para que me calmara y sacudí la cabeza negándome.

—Tranquilízate, *mumacha*, y no hagas caso a la Juana, es que le pierde la boca.

—Y las maneras —añadí.

—*Perdonar* que *haigamos* entrado así las tres, pero estaba la puerta abierta y veníamos a invitarte a venir al *mercadico* con nosotras —intervino la Salomé con voz culpable.

Asentí recuperando la respiración. Esa víbora me sacaba de mis casillas, pero ¿qué le pasaba conmigo? ¿Y por qué decía esas cosas de mi familia? Tenía que haber un porqué para tanta inquina como me profesaba. Aquello no era

normal.

—Lo mejor será que se vayan, creo que Alicia no está muy en condiciones de ir a ningún sitio.

Las dos mujeres asintieron. En cuanto nos dejaron solos, miré a Pepe que me observaba con una leve sonrisa que denotaba la vergüenza que le había hecho pasar su tía.

—Perdónala, Alicia.

—No eres tú quien tiene que pedir perdón.

—Lo sé.

—Ya sé que nos han pillado *in flagranti* —me sonrojé—, pero somos adultos y no estamos en medio de la calle dando el espectáculo. No entiendo por qué ha dicho eso de las mujeres Sempere y tu familia. ¿Tú sabes algo?

Negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—A mí me da igual lo que diga —me dedicó una sonrisa maravillosa—, me gustas mucho, Alicia, y no me avergüenzo de lo que ha estado a punto de pasar entre los dos.

—Ni yo. Luego podríamos seguir —le sugerí mimosa.

—¿Y por qué no ahora? —Me cogió la mano y tiró de mí hacia a él para abrazarme.

Me sostuvo entre sus brazos, mientras me olisqueaba el cabello.

—Me ha puesto de mal humor esa mujer —le repliqué.

—No hagas caso.

—No lo hago.

Se separó y me miró a los ojos, Dios, qué tenía este hombre que me hacía olvidarme de todo lo malo.

—¿Por qué no vas al mercadillo y te das una vuelta? —me propuso—. Yo voy a seguir investigando un poco por aquí, a ver si encuentro algo.

—Qué volátil eres, pero vale —dije de pronto animándome. Me encantaban los mercadillos, tal vez encontraría algo de ropa o podría comprarme ropa interior de repuesto hasta que llegasen mis cosas—. Voy a cambiarme. A ver qué encuentro en el armario de mi abuela.

—Esa es la actitud. —Me besó la punta de la nariz— ¿Comemos juntos antes de que me vaya a trabajar?

—Genial, compraré algo también.

Me metí en el dormitorio y abrí el armario. Tras inspeccionarlo opté por una falda de tubo negro y una camisa blanca, que mi vellón transformaría en un *look* profesional de oficinista que no era muy santo de mi devoción, pero no había mucho más donde elegir. Me vestí, me hice dos trenzas de espiga a los lados, que me quedaban divinas y me daban un aire naif, y salí al encuentro de Pepe para

enseñarle el modelito.

—Pareces Miércoles —comentó echándome un vistazo de la cabeza a los pies.

—Horrible, ¿no? —Fruncí la cara para hacerle reír.

Pero no lo hizo, me miró con aprobación y respondió:

—En ti no.

—Gracias —dije, sonriente—, bueno, me voy a ese mercadillo.

—Está bien, yo ya casi he terminado aquí, si me da tiempo te voy a buscar y nos tomamos algo en Casa Cebrián, o luego nos vemos en mi casa a la una.

La idea de tomarme algo con Pepe, aunque fuera en Casa Cebrián, me llenó de ilusión.

—Genial. ¿Dónde está el mercadillo?

—En la plaza, no tiene pérdida.

Lo dejé solo y salí de la casa de mi abuela con una sonrisa de oreja a oreja. Empezaba a encontrarme muy a gusto en Villa Maravilla, como si de pronto hubiera encontrado mi lugar allí.

Pero ¿¡qué carajo era eso!? Llamar a esos cinco tenderetes «mercadillo» era un ultraje contra el diccionario. Me acerqué al primer puesto y, por suerte, vendían ropa interior en medio de todas aquellas prendas horrorosas que colgaban de las perchas. Me compré un par de bragas y de medias, un sujetador y un pack de calcetines. Fui al segundo y pasé la mano por los percheros desganaada, pensando de qué guerra habría salido aquella ropa. Me detuve en un vestido gris de lana que tenía una posibilidad de ser salvado de la quema y tras inspeccionar la etiqueta y ver que era de algodón cien por cien, me decidí a comprarlo. Con mis dos bolsas por bandera me arriesgué con el tercer puesto.

Pese a que el mercadillo era una caca, había muchas villamaravillenses regateando con los vendedores. Me crucé con una gitana, que llevaba las manos llenas de ristras de ajos, y al rozarnos sentí un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo.

—¡Chica! —me llamó. La miré, dudando de que se refiriera a mí—. Sí, tú. —Me señaló y me hizo un gesto para que me acercara. Por mi cara, se dio cuenta de que no pensaba hacer tal cosa.

—No quiero ajos —me limité a decirle con el fin de ahuyentarla.

—Ven, que no quiero venderte *na*.

Volví a mirarla con recelo, pero ella me instó a acercarme haciendo grandes aspavientos con sus ristras de ajos.

Intrigada, me aproximé a ella.

—Tranquila, chica, es que... a ver... yo es que tengo gracia, veo cosas — dijo— y cuando nos hemos rozado he sentido algo.

—¿Algo?

—Sí, ¿alguien de tu familia tenía gracia?

No se me pasó por alto que había usado el verbo en pasado, pero no sabía de nadie de mi familia que tuviera algún tipo de don, de hecho, hasta hacía cuatro días no sabía ni que tenía una especie de familia.

—No —respondí.

—Es que la llevas detrás *tuya*.

Asustada, miré a mis espaldas.

—Es su espíritu —afirmó—. Está contigo para protegerte.

—¿A mí?

—Sí, a ti, porque alguien te ha mirado mal y quiere protegerte de esa persona.

Me estremecí.

—Toma. —Me agarró la mano y me puso tres dientes de ajo en la palma, luego me la cerró y añadió—: Llévalos encima tres días seguidos.

No sabía qué decir, así que le di las gracias y me fui con mis ajos para ahuyentar vampiros un tanto acojonada.

Unos metros más allá estaban la Domitila y la Salomé comprando fajas en otro puestecillo y me acerqué a ellas con la intención de pedirles que no contasen nada de lo que habían presenciado en mi casa. Pero cuál sería mi cara, que en cuento las tuve delante, la Domitila me preguntó:

—¿Qué *tapasaó*, *mumacha*, qué cara llevas?

—Algo muy raro —respondí y procedí a narrarles el extraño encuentro con la gitana. Las dos mujeres se miraron por unos segundos y luego me miraron a mí con cara de circunstancias—. ¿Ocurre algo más que yo deba saber?

Asintieron las dos a la vez.

—¿Y qué es, pensáis contármelo algún día?

—Tu abuela Virginia tenía un don —habló la Salomé aproximándose como queriendo guardar un secreto.

—Pero nunca lo desarrolló —siguió la Domitila en el mismo tono—. Veía cosas —añadió misteriosa.

—¿Qué cosas? —las increpé.

—Cosas que aún no habían pasado —respondió la Domitila haciéndome un gesto para que bajase la voz—. La tarde antes de morir me dijo: «Domi, mañana va a pasar algo», y al día siguiente murió, ya ves.

—¿Quieres decir que mi abuela era como Sandro Rey?

Asintieron las dos con determinación. Joder, así que mi abuela tenía un don

vidente, y ahora mismo la tenía detrás vigilándome. Me estremecí y entonces lo noté. Algo raro. Fue leve, como una corriente de aire frío que dura un instante. Se me pusieron de punta hasta los pelos del toto.

—Me ha dicho que la llevo detrás —les susurré.

Las dos miraron a mis espaldas y abrieron los ojos conmocionadas

—Ya sabía yo, que tu abuela no te iba a dejar *solica* —dijo la Domitila sonriendo en dirección de mi supuesto fantasma.

Aquello también me dio miedo.

Parecía que mi propia imaginación me estuviera jugando una mala pasada. Se estremecieron todas mis carnes solo de pensarlo pero, puede que sí, y al final la trola que le solté el día del baño a Pepe no había sido más que un acto premonitorio de que algo extrasensorial estaba a punto de suceder, y que mi abuela sí que estaba tocándome el orto a base de bien por culpa de la mala cabeza de mi santa madre, aunque yo hubiera jurado, por los comentarios de la Domitila y por la foto que guardaba mía, ahora transformada en una Freddy Mercury manchega, que la mujer me tenía en gran estima.

Estaba bastante sobrecogida con el rumbo que habían tomado las cosas. A ver si iba a resultar que yo también tenía *gracia*, pues qué gracia, ¿no? No me molaba ni un pelo, y quizá era capaz de mover cosas con la mente en plan *Carrie*; pues me estaba volviendo tarumba por la ansiedad y, sin ser consciente, había provocado todas esas destrozas en la casa de mi abuela. Me estaba desquiciando.

—Pues lo preferiría, la verdad, a mis todas estas cosas raras me dan *yuyu* — comenté a la Domitila que sostenía una faja de color marrón glasé antiglamur total.

—*Yuyu* me da a mí tener que *arrepretar* mis carnes en una de estas, estar acompañada de un ser querido, no. Además, ya tienes al Pepe cubriéndote para que no te pase *na*, qué *callaico* te lo tenías, pájara.

No supe qué contestar, estaba claro que tenía un guardaespaldas capaz de cubrirme bien las espaldas, las nalgas, el toto y lo que hiciera falta. Mi pecho delator lo había dejado bien claro. Me limité a soltar una risita nerviosa y la Domitila se cruzó de brazos sosteniéndose las pechugas riendo cínicamente.

—¿*Tas compra*o bragas nuevas? —La Domitila empezó a rebuscar entre mis bolsas.

—Por mera necesidad, no te vayas a creer que es por Pepe.

—Nooooo —llevó los ojos al cielo exageradamente—, yo no me creo *naaa*, pero *pal* Pepe son.

Las dos comenzamos a reír a carcajada limpia y nos cogimos del bracillete. Pese a que esta señora me llevara unos cuantos años podríamos ser buenas

amigas, tal vez la madre que echaba tanto en falta desde que vine aquí y a la que no quería coger el teléfono por ocultarme algo que ahora me reconcomía por dentro. ¿Qué habría querido decir Juana con eso de las mujeres Sempere? Nadie soltaba prenda, todo eran pullitas por aquí y por allá, pero nadie se atrevía a contarme nada de lo ocurrido.

El resto de la mañana la pasé eligiendo verduras y frutas en el mercadillo, que olían verdaderamente a campo, no como las que solía comprar en el Mercalonia. Estaba a punto de dar por terminadas mis compras, cuando un olor embriagador de un puesto ambulante de asados me tentó y acabé comprando un costillar de cerdo a las finas hierbas para darme el festín con Pepe (¡a la mierda la dieta macrobiótica! Se puede comer sano sin necesidad de tanta chorrada). Los villamaravillarenses estaban muy lozanos y gozaban de muy buen humor (menos la Juana, que era una bruja piruja con verruga en la napa y todo) y tenía que admitir que incluso me lo estaban contagiando. Ya no se me antojaba tan horrible pasar el resto del mes aquí, con las Navidades incluidas, ni tan cruel el hecho de no tener una wifi con la que *wasapear* a mis anchas. Comenzaba a disfrutar de las cosas pequeñas de la vida, como salir a tomar el fresco (ja), comprar en un mercadillo, una buena conversación vis a vis y, especialmente, si la persona que tenía enfrente era mi *Picoletto Guaperas* favorito.

Se pilla antes a una mentirosa que a una coja

He dicho que soy Alicia y tengo imán para las desgracias, ¿verdad?, vaya, pues sí, ya estaba yo cantando victoria demasiado pronto. A eso de la una volví a casa, con mis bolsas llenas (el olor de las costillas me embriagaba las fosas nasales y de no ser una señorita fina y de buenos modales lo hubiera devorado como una hiena hambrienta) y mis ajos metidos en el sujetador, pensando en la gracia que le haría a Pepe cuando le contase toda aquella historia rocambolesca de la gitana. Yo no era muy de creer en esas cosas, pero tampoco me hacía mal llevarlos encima y ahuyentar por si las moscas ese mal de ojo que, visto lo visto, me habían echado.

Vi que la puerta estaba abierta y un ruido a taladros y montaje en general ensordecían la casa.

—¿¡Hola!?! —grité desde el recibidor.

Rebeca salió a recibirme con un pañuelo liado en la cabeza y un collar de perlas.

—Oh, Alicia, qué bien que hayas llegado —dijo con su saber estar como de costumbre.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? ¿Y cómo habéis entrado? —Juraría que había echado la llave, ¿o no?

—Querida, Edurne y yo nos hemos enterado de lo que ha estado sucediendo en casa de tita Virginia. —Al ver mi cara, rectificó de inmediato—. Bueno, en tu casa, tú ya me entiendes.

—Pues gracias por la preocupación, pero ¿quién es toda esta gente y qué están haciendo en mi casa?

—Soy interiorista, ¿recuerdas? —Le faltó sacarse brillo a las uñas—. He querido adelantarme y darte una sorpresa. Esta gente está instalando ventanas nuevas de Climahot, con un acabado rustico en el aluminio fantástico, nadie diría que no es madera natural, ¿te gustan? —dijo, señalando un montón de ventanales apoyados en una pared de la salita.

—Pues no sé qué decir...

—Estás emocionada, lo sabía, sabía que te ibas a emocionar, para eso está la familia, querida.

—Gracias, pero podría haber llamado yo a los instaladores y elegido las ventanas —le repuse no demasiado emocionada, la verdad.

—Toma, la factura —me dijo sin filtro alguno y continuando las directrices de todo el cotarro, mientras Edurne inspeccionaba la estufa.

—¿Y esto? —preguntó señalando el amasijo de hierros en el suelo.

—Eso... fueron también los vándalos, lo hicieron todo caniquí.

Madre e hija se miraron y después me invitaron a marcharme. Esta vez fue Edurne quien tomó la iniciativa.

—Vete, querida, aquí hay mucho polvo, déjame que acabe la reforma de tu habitación y luego vienes a verla. Colchón de látex, colcha, cortinas, cuadros y pintura al más puro estilo Laura Cashey.

—Me voy porque había quedado, no porque tú me lo digas.

Aquella tía-prima o lo que fuera me estaba echando de mi propia casa y para más colmo decorando sin mi permiso una parte de ella.

—Ay, qué graciosa es Alicia, ¿verdad, Edurne?

—Sí, mucho —dijo la hija, cruzándose de brazos con cara de estar oliendo una mierda.

—Venga, no finjas no estar emocionada y vete ya, que molestas. —Rebeca me dio unas palmaditas en el culo y me sacó de allí como si fuera su propia casa.

La puerta de Pepe estaba abierta, la gente en este pueblo tenía por costumbre no cerrar con llave, era una especie de escenario a lo *Friends*, pero en modo rural. Pepe estaba sentado en el sofá con un portátil en el regazo. En cuanto lo vi (a Pepe, no al portátil) el corazón me dio un brinco.

—Pepe, no te vas a creer lo que está pasando en mi casa. Mi tía Rebeca y su hija Edurne están haciéndome una reforma exprés por sorpresa que voy a pagar yo. ¿Te lo puedes creer? —Pepe estaba serio y con el ceño fruncido—. ¿Pasa algo?

Despegó la vista de su ordenador y me miró como si hubiera matado a su abuela.

—No sé, ¿dímelo tú? —dijo, dejando el portátil a un lado.

—Yo... no sé qué decir. ¿Qué mosca te ha picado? —Me estaba empezando a impacientar.

—¿Qué hiciste exactamente ayer en la finca?

—Visitarla, ver la bodega, decantar vino, ya te lo dije.

—¿Seguro? —Pepe cogió el ordenador—. ¿De qué va todo esto? —Señaló la pantalla—. Mira, ven, acércate.

Me acerqué con cierta intriga y Pepe abrió el Goble, tenía varias pestañas abiertas, eligió la del Facepook y me encontré directamente con mi página personal. Su dedo viajó hacia mi último *post*. Maldije cien veces no tener un perfil privado.

La había cagado. Suspiré hondo y dije:

—Te lo puedo explicar.

—No hay nada que explicar, me has mentido y encima has recaído.

—Pero Pepe, solo fueron dos minutitos de nada.

—¿Dos minutos de nada? Mira todos estos comentarios, te recuerdo que pone la hora de la publicación. Estuviste prácticamente toda la tarde hasta el cierre de la finca con los ojos pegados al ordenador.

—Se me fue el santo al cielo, ya te pedí disculpas por dejar a tu abuela sola —dije, rascándome la cabeza muerta de vergüenza.

Podría seguir mintiéndole, negándole y negándome lo evidente, que me había estado pinchando datos por un tubo la tarde anterior, pero eso significaría de alguna manera que asumía que él tenía razón, y no quería hacerlo, porque no era cierto.

—Eso no es lo que más me preocupa, me preocupa que seas capaz de olvidar la noción del tiempo, que mientas patológicamente para encubrir tu adicción y que no te intereses realmente por lo que es tuyo por colgar emoticonos absurdos como una posesa. Es un tanto ridículo y nada productivo.

Ahí me engresqué.

—¿Me estás llamando ridícula?

—Esa no sería exactamente la palabra correcta, la palabra que mejor te define en estos momentos, es patética.

—¡Esto es el colmo! ¿Patética? Pero ¿quién te ha nombrado mi terapeuta personal?

Se encogió de hombros sin restarle seriedad a su gesto de mosqueo.

—¿Y qué hacías tú mirando mi Facepook? ¿Es que ahora te dedicas a espiarme? —le increpé.

—Interesarme por la mujer con la comparto el colchón, quería saber más de ti, de tu carrera, de tu vida en Madrid... Pero veo que no hay nada interesante más allá de *hashtags* tontos y caritas sonrientes.

—¿Eso es lo que crees que soy? ¿Una tonta que no sabe hacer otra cosa?

—¿Qué otra cosa demuestra esto? —Me mostró un *selfie* que me hice con la webcam empinándome una botella de vino de la bodega de la finca con el título: «Bebiéndome la vida en Villa Mierdecilla».

—Lo siento, supongo que eso no ha estado bien.

Realmente, me avergoncé, además, era algo que no pensaba. Villa Maravilla

me había conquistado de algún modo y no pensaba ni de lejos que fuera una mierdecilla.

—Supongo que mi tía Juana tenía razón cuando me advirtió sobre ti.

—Eso no te lo consiento, esa mujer cree que soy una especie de pelandusca.

Levanté la mano para golpearle en el brazo, pero él me detuvo antes de que pudiera propinarle el golpe.

—Será mejor que te vayas.

—Perdona, Pepe, perdóname de verdad, no quería hacer nada de eso ni decir eso que dije de Villa Maravilla ni tampoco pegarte.

—No sufras tanto, señorita Garrido, ya te queda menos en Villa Mierdecilla y puesto que tu tía te está adecentando la habitación, ya no necesitarás mis servicios.

—¿Y no te parece raro la aparición de esas dos hacienda del barbas de *Bricomanía*?

—No me importa, sinceramente.

—Pues es tu trabajo que te importe, eres guardia civil por si lo habías olvidado —le dije molesta.

—Pero aún no estoy de servicio, además, deberías agradecerérselo, esta noche necesitarás un lugar decente donde dormir.

—Pero Pepe, no me dejan entrar, y he traído la comida, mira que costillas más ricas. —Se las pegué a la nariz en su envoltorio de aluminio típico de los pollos asados.

—Pues te las comes en el porche, Alicia. Vete por favor —zanjó con tal desprecio que me dolió.

Sin más dilación, salí de su casa derrotada con mi paquete de comida de mercadillo, y acurrucada en un rincón del porche empecé a devorar el costillar presa de los nervios y la rabia, manchándome la cara de aquella grasa porcina que me sabía a gloria bendita, y cuando Pepe salió para marcharse, me arrojó una mirada cargada de ira mientras yo me relamía los dedos como una pordiosera. ¿Dónde podría ir ahora? Solo había otro lugar en Villa Maravilla que podía catalogarse como mi hogar: la finca.

Anduve hasta allí y de camino recibí una llamada de Jimmy para decirme que ya me había enviado la maleta y que no tardaría más de tres días en llegarme. Se lo agradecí porque seguir llevando ropa de mi abuela me iba a convertir en una en poco tiempo y le rogué por su madre que no tardase mucho en venir a verme, tras la disputa con Pepe mi vida allí se me antojaba de nuevo asfixiante, necesitaba el cariño de mi amigo y su positividad para verlo todo.

En la puerta de la finca, me encontré con un feliz Cristo, que volvió a recibirme con la cantinela del «wiki-wiki». Debía ser muy fan de Shakira y

estaba ensayando el próximo *single* de la trilogía «waka-waka, wiki- wiki, jaca-paca».

—Hola, Cristo, voy para adentro, no hace falta que me acompañes.

—Lo que usted mande, señorita Alicia.

Entré en las oficinas y la gente, que hablaba alegremente fuera de sus puestos de trabajos, al alertarse de mi presencia volvió como balas a sus respectivos sitios.

—Tranquilos, de verdad, no quería molestaros.

—Estábamos comentando cosas de la producción, señorita Alicia —dijo una mujer de mediana edad con moño italiano y gafas con cadeneta. No recordaba su nombre, seguramente me lo dijo, pero yo había estado demasiado ocupada avistando como un águila a su presa las tentadoras pantallas planas de los ordenadores.

—De verdad, vedme como una amiga, no como una jefa. Seguid a lo vuestro, no quiero molestar.

Los trabajadores empezaron a teclear como unos autómatas y Pascual entró con su bata blanca y la carpeta que llevaba auestas la última vez.

—Señorita Alicia, qué grata sorpresa verla de nuevo por aquí. ¿Qué se le ofrece? Hay un ordenador disponible en el despacho del contable, hoy no ha venido, está enfermo.

—No era eso lo que andaba buscando, pero podría estar bien.

—Acompáñeme.

Seguí a Pascual mirando alrededor, aquellas oficinas eran fascinantes y modernas. ¿Por qué vivía mi abuela recluida como una monja de clausura en esa casucha cochambrosa si tenía en la finca aquellas maravillosas instalaciones? En fin, sinsentidos de la vida.

—Aquí es, quédese el tiempo que desee y si necesita cualquier cosa hágamelo saber.

—Por favor, no me hables de usted, tenemos casi la misma edad.

—Lo que quiera, señorita Alicia.

—Alicia a secas, por favor.

—Lo siento, Alicia —sonríó con timidez—. Tengo cosas que hacer, ¿necesita alguna cosa más?

—La verdad es que sí, ¿tienes algo que hacer luego, Pascual?

El chico se sonrojó ante mi descarada pregunta.

—¿Se refiere a cuando termine mi jornada?

—Ajá.

—Tenía pensado pedir una pizza y ver *MasterBeef*.

Lo miré sin poder creérmelo.

—¿Hay pizzería en Villa Maravilla?

—En el pueblo de al lado, en Villa Gorgoritos, si le apetece podemos cenar allí juntos.

—¿A cuántos kilómetros está de aquí?

—A unos quince, si no tiene vehículo, podemos ir en el mío.

—Me parece fantástico. —Me moría de ganas de borrarle del mapa de Villa Maravilla y perder de vista a Pepe durante unas horas—. De acuerdo, aquí te espero Pascual, estoy deseando hincarle el diente.

—¿Hincarme el qué?

—A la pizza.

—Qué tonto estoy. —Pascual se rascó la cabeza—. En dos horas vendré a por ti, Alicia —dijo eligiendo bien las palabras ahora; se veía a una legua que al pobre le costaba hablarme de tú.

Era un chico aparentemente muy formal y puede que resultase mejor compañía que mí misma. En ese momento me detestaba un poco.

En cuanto salió, abrí el Goble y me di un atracón descomunal hasta empacharme. No paré durante horas como si me fuera la vida en eso. Ya no tenía ni ganas de teclear, pero sí por demostrarme a mí misma que me traían sin cuidado las duras palabras de Pepe, pero ¿qué se pensaba? ¿Quién se creía que era para hablarme así?

A las tres horas me encontraba tan mal que tuve que dejarlo, me sentía como una anoréxica que acababa de zamparse un elefante y tenía que echar la pota para no sentirse culpable. La ira, el dolor, la vergüenza... danzaban en mi estómago danzas tribales y el sentimiento de culpa era tan brutal que solo tenía ganas de llorar a rienda suelta hasta quedarme seca como un junco. Odiaba a Pepe, nunca antes me había sentido así por pasar unas horas frente al ordenador, o al móvil, o a la *tablet* conectada con mis amigos y seguidores. Y me eché a llorar en la soledad que me brindaba el despacho del contable.

Lloré tanto que me dolían los ojos y la garganta y cuando dejé de llorar apagué el ordenador y me quedé mirando la pantalla negra. Era un fiel reflejo de cómo sentía mi vida. ¿Tan vacía estaba que solo encontraba consuelo en la Red? Fue en ese triste momento cuando al fin comprendí que él tenía en parte razón y que yo era una yonqui cibernauta. Pensé en todas aquellas ocasiones en las que me habían invitado a salir y había declinado la oferta para quedarme sumergida durante horas al cobijo de la Red, o las horas del día que dedicaba a actualizar mis *apps* sociales, o la de veces que había interrumpido una conversación para responder un *wasapito*, o hacer un *selfie* para inmortalizar el momento.

Volví a encender el ordenador y me puse a investigar en mi Facepook la rutina de mis *posts*. Joder, había cada hora, y si no era en esa *app*, entonces era

en Twito, o en Instaglam. Era un goteo permanente de *flashes* de cada instante de mi vida reflejado en ellos. Apenas hacía otra cosa en todo el día que *postear* cada pequeño acontecimiento. Era tan exagerado, que si juntabas todos esos momentos y los pasabas a cámara rápida hasta se podía hacer un videoclip de mi vida... bastante triste, a decir la verdad. Solo había largas ausencias cuando estaba trabajando y no podía acceder, como me hubiera gustado y lo mal que lo pasaba entonces y la ansiedad que me generaba tal impedimento. Lo más sorprendente es que no hubiera colgado ninguno haciendo mis cositas... aunque, pensándolo bien, ahora me venía a la mente una vez que sí lo hice. Sentí mucha pena por mí y en el fondo rabiaba de reconocerlo porque me sentía culpable y ridícula a la vez... una imbécil abducida por mi mundo cibernético.

Pascual entró en el despacho. Al acercarse, traía una sonrisa leve en la cara como de preocupación.

—¿Te pasa algo, Alicia?

—Soy una jodida adicta.

Me miró estupefacto.

—¿A la coca?

—No, joder, a internet y al móvil, y ese capullo tenía razón.

—¿Qué?

—Lo que oyes, soy una maldita yonqui de los datos.

—Aceptarlo es el primer paso. Por ahí se empieza.

—¿Y el segundo? —pregunté de pronto muy interesada en su persona.

—No lo sé, lo leí en alguna revista, pero podemos mirarlo en Goble si quieres.

—¡No quiero! —Me aparté de un empujón de la mesa y de aquel demonio de pantalla plana tan chula y tan llamativa, pero que no pensaba volver a mirar en mucho tiempo.

—Creo que vas por buen camino —comentó con una sonrisa.

—Él tenía razón y yo no —gemí de dolor, tapándome la cara.

—¿Y quién es *él*?

—Pepe, el guardia civil de Villa Maravilla. No sé si lo conoces.

Al decir aquello a Pascual le brillaron los ojos.

—¿Sabes quién te digo? —insistí.

—Sí, claro.

—Pues él —rezongué.

—¿Es tu novio?

—No, no, nada de eso. Somos amigos, o un poco más que amigos, la verdad es que ya no sé lo que somos.

No sé por qué motivo le estaba contando todo aquello a ese chico tan mono

y que no conocía de nada, pero, a decir verdad, necesitaba descargarme, sacarme del cuerpo toda la hiel. Necesitaba liberarme.

—Comprendo.

—Soy una idiota, nos acabamos prácticamente de conocer y ya estoy contándote mis rollos.

—No me importa, yo ando bastante solo por estos lares, me viene bien un poco de acción y una amiga con la que charlar.

—¿Tú también estás solo, Pascual?

—Sí, bastante solo, no hay muchos hombres jóvenes por la zona, tú ya me entiendes...

—No, no te entiendo.

—Pues eso Alicia, *que yo entiendo*.

Lo miré de pronto alucinando.

—¿Eres gay?

Asintió con rotundidad y se encogió de hombros.

—Eso mismo.

—Pues no se te nota nada de nada.

—No todos los gais somos amanerados.

—Vaya, pero nada, ¿eh? ¿Y cómo te las apañas para lidiar con todos estos garrulos?

—Como ves, domino a la perfección la ablación de mi pluma, que no es mucha, pero a veces sale la loca que llevo dentro.

—La verdad es que eres muy buen actor, yo no lo hubiera imaginado.

—Tampoco voy presentándome por ahí como Pascual el homosexual, y tampoco soy natural de la zona así que es fácil disimular.

—Pues no es algo que se deba esconder, aunque te entiendo.

Puso los ojos en blanco y suspiró.

—Ahora sí que se te ha notado, cuando has hecho eso con los ojos — comenté, imitándole.

Se echó a reír.

—Pero qué bien nos vamos a llevar tú y yo —dijo.

—¿Verdad que sí? Yo es que tengo mucho *feeling* con los gais. De hecho, vivo con tres.

—¿¡Qué!?! —Abrió los ojos como platos.

—Sí, y les vas a encantar, sobre todo a mi amigo Jimmy. Cuando te vea, tan rubito, tan blanquito y tan mono, va a perder más aceite que la caravana de Priscila.

—¿Y es guapo ese Jimmy?

—¿¡Guapo!?! ¡Es un dios de ébano! Un negrazo de dos metros con más

músculos en el cuerpo que todos los Avengers juntos. Con que te diga que es bailarín en *El Rey Peleón*.

—Pero ¿¡qué me dices!?! —Abrió tanto la boca que parecía que le habían metido una polla de un metro de diámetro en ella.

—De hecho, mis tres compis son bailarines de *El Rey Peleón*.

Se llevó la mano al pecho emocionadísimo.

—Yo fui a ver el musical en Madrid solo por ver esos cuerpazos en movimiento.

—Serás calentorro.

—Jolín, ¿en serio que vives con esos adonis?

Asentí.

—Voy a hiperventilar y todo —gritó conteniéndose las ganas de dar saltitos—. Tócame el corazón. Estoy superemocionado.

—Les vas a encantar —alcé las cejas—, ya lo verás.

—Ooooooh —suspiró—. Dios mío, qué alegría me da haberte conocido. Sabes que te digo, Alicia, que vamos a pasar de la pizza, me apetece pillar una buena turca esta noche y luego conducir no es una buena idea. Nos vamos a ir a cenar a Casa Cebrián, buen vinico de la zona, alguna carne succulenta y un postre sabrosón ¡para alegrarnos el corazón!

—Pero mira qué pintas. —Me señalé a mí misma.

—Podemos pasar por tu casa para que te cambies, aunque yo te veo divina.

—Es que no tengo casi ropa, Jimmy me la ha enviado hoy y me llegará el lunes o martes de la semana que viene.

—Solo oír su nombre ya me provoca palpitaciones —comentó, entornando los ojos al infinito.

—Pues tú a él le vas a poner a palpar otra cosa. Te va a querer poner el culo como la bandera del Japón. Prepara un arsenal de condones porque te va a hacer mistos con esa tranca que tiene.

—Ay, perla, tal como dice el dicho: No eres mujer completa hasta que un negro te la meta, y aunque no soy una mujer me asemejo bastante en cuanto a gustos.

Asentí y me puse en pie.

—¿Crees que voy bien para triunfar?

—Tú siempre, Alicia Trevi —dijo con un ápice de admiración—. Te veo estilosa pero un poco recatada, ¿no tienes algo más desenvuelto? —me preguntó haciendo unas florituras con las manos sobre su pecho.

—Pues sí, ahora que lo pienso, esta mañana me he comprado un vestido en el mercadillo que puede valer, si no te importa pasamos por mi casa y me cambio.

—Pues claro, y mañana si te apetece puedo llevarte a Almansa de *shopping*, no sufras por nada, Pascual está aquí *for you* —dijo con unos movimientos de manos que me recordaron al Jimmy más dramático.

—Ahora sí que te ha salido esa pluma que llevas frustrada.

—Cuando me siento a gusto me desmeleno, y contigo me siento liberado. —Sacudió la cabeza muy diva—. Agárrate de mi brazo, guapa, que nos vamos de cena.

Y así, sin proponérmelo, había encontrado un nuevo amigo en Villa Maravilla, un amigo con el que podía ser yo misma, conversar sobre temas banales durante horas y no tener que lidiar con los demonios que llevaba dentro. Un *break* en medio de este camino tormentoso que estaba consiguiendo capear sorprendentemente bien después de todo. Yo misma dudé de mi arrojo y valor, en cuanto puse el primer pie en este lugar, de poder aguantar más de tres días sin arrancarme la cara de cuajo, pero a medida que pasaba el tiempo y me mimetizaba en el ambiente por propios medios o por casualidades de la vida, el angosto camino se me hacía más llano y más sencillo de andar.

Escándalo, es un escándalo...

Cuando Pascual y yo llegamos a la casa de mi abuela era noche cerrada a pesar de que eran poco más de las siete, y los albañiles y las locas de mi tía y prima ya se habían esfumado.

—Ponte cómodo, tardo dos minutos —le dije a Pascual, que se había quedado de piedra al ver el estado de la vivienda.

—Nunca había estado en casa de la señora Virginia, no me la imaginaba así ni de lejos, con todo el dinero que tenía tu abuela, me la imaginaba viviendo en una especie de palacete, aunque por fuera no lo pareciera.

—¡Lo sé, yo también quedé bastante impactada! —grité desde el baño.

El vestido me sentaba como un guante, tenía un bonito escote en uve y se ceñía muy bien a mis curvas. Las medias nuevas me proporcionaron calidez y elegancia, pero no podía ponerme las Uff, hubiera sido un atentado contra el buen gusto.

—¿Qué le ha pasado a esta estufa?

—Te lo cuento mientras cenamos, voy a ver si mi abuela tiene algún zapato para combinar con este vestido.

—Estás estupenda, luego podríamos ir al pub del pueblo, los fines de semana es un hervidero de bellezas castrenses.

El zapatero de mi abuela estaba repleto de manoletinias de viejuna, por suerte teníamos el mismo número y pude rescatar unas negras lisas con un poco de tacón cuadrado que la mujer usaría para ir a alguna verbena. No eran ninguna maravilla, pero no quedaban tan mal como mis Uff, que ya apestaban un poco a chotuno.

—¿Cómo estoy?

—Divina, como siempre. Eres una diva, Alicia Trevi, estás guapa con lo que te pongas. Eso sí, olvídate de ese bolso que queda como el culo y píntate los morros de rojo putón y ya estarás arrebatadora.

—¿Y qué hago con todas mis cosas?

—Hija mía de mi vida, estás en un pueblo, no necesitas llevar encima más que un monedero con cuartos y las llaves de casa. Dame, que yo te lo guardo en mi mochila.

Corrí al baño y en un viejo neceser que necesitaba un lavado a noventa grados, encontré una barra de labios medio seca, una sombra de ojos azul y un delineador de cejas. El kit de belleza de la perfecta abuela. Cogí el pintalabios y apreté con fuerza para que saliera un poco, rasqué la capa seca y pude pintarme de manera medio decente los labios; no era lo que se dice rojo putón, pero era un rosa bermellón que no me sentaba nada mal.

—¿Qué hay detrás de este plástico de obra? —dijo tocando el plástico que ahora era la puerta de mis aposentos

—Mi habitación, debe estar empantanada, no quiero ni mirar.

—Pues no mires y vámonos, me están rugiendo las tripas.

Durante la cena, Pascual y yo nos contamos nuestras respectivas vidas, alucinó un poco con la cláusula de mi abuela para poder heredar y me la describió como una mujer generosa y amable. Yo le conté lo de la gitana del mercadillo y la posibilidad de que nos estuviera acompañando en la cena pegada a mis espaldas, y Pascual se rio de mí asegurando que todas esas cosas eran supercherías.

—Pues yo, por si acaso, llevo aquí los ajos —dije palmeándome el sujetador.

A lo tonto nos bebimos tres botellas de vino, me aparecieron dos coloretos naturales en las mejillas y Pascual adulaba cada cosa que yo le decía, estaba encantado de ser amigo de Alicia Trevi y lo entendía. A mí también me pasaba eso al principio, conocer famosos era lo más. También me contó que el vino de la finca, Manuela (bonito detalle para con mi madre), estaba participando en un concurso europeo de vinos y de momento estaba siendo muy bien puntuado por el jurado popular, y brindamos por ello con una cuarta botella de la cosecha del 2.010.

—¿No te parece absurdo estar pagando vino que podemos beber gratis? —le dije algo achispada.

—Querida, la vida es absurda la mires por donde la mires. Voy a pagar la cuenta y nos vamos a por unos *gin-tonics* con cardamomo.

—¿Es que aquí tienen de eso? —pregunté, soltando una carcajada.

—Aquí, Alicia, aunque no lo parezca hay de toooodooooo. —Pascual rio como loco y se levantó para hacerse cargo de la cuenta.

Abrazados por las cinturas, medio bailando medio cantando, recorrimos las cuatro calles (en Villa Maravilla las distancias se medían en número de calles) que llevaban al pub Pasiones Manchegas. Bonito nombre, donde los haya.

El sitio era pequeño y alargado, con luz tenue y una decoración pasada de

moda, pero para lo que íbamos a hacer allí servía a la perfección. El camarero encajaba divinamente en el ambiente, con el pelo lleno de greñas, camiseta de Van Halen y cara de pocos amigos. Se notaba a la legua que debía resignarse a poner las canciones de moda que requería la clientela si quería hacer caja y no lo que a él le gustaba.

—Dos ginebritas con tónica y toque de cardamomo para mí y mi amiga — pidió Pascual al camarero-cara-de-seta.

—Esta vez pago yo.

—Ni se te ocurra, estaba deseando gastarme una cantidad indecente de dinero en una juerga en Villa Maravilla, hace tres años que vivo aquí y no había sucumbido a la noche villamaravillareense.

—¿Y cómo has sobrevivido todo este tiempo? —Lo miré fuertemente conmovida.

—A base de porno gay y vino en soledad. —Se me quedó mirando unos segundos con una sonrisa maliciosa—. Es broma, Alicia, suelo irme a Albacete de juerga los fines de semana, pero tengo que quedarme en casa de mis padres. Es algo incómodo.

—Me lo imagino. Jimmy y los demás no tienen ningún reparo en traerse a sus ligues a casa, pero soy yo, no su propia madre.

Pascual miró detrás de mí y abrió mucho los ojos.

—Alicia, no te gires, pero ahí está tu macho.

—¿Quién?

—Pepe.

—¿Qué hace aquí? —Me puse muy nerviosa y me tiré el trago que iba dar por encima del escote.

—Pues lo mismo que tú, supongo, va con dos chicos más y está de rechupete con una camisa blanca que se le pega como un condón al cuerpo y unos vaqueros desgastados que se le marcan justo en el paquetón.

—Me estás mintiendo.

—Te lo juro por Liza Minelli. —Pascual puso las manos en alto.

—No puede verme aquí, estamos enfadados y mucho menos en este estado.

—No seas tonta, no es tu dueño, puedes hacer lo que quieras. Aún no te ha visto, está jugando a los dardos y besando un botellín de cerveza, quién fuera cerveza.

—Ese pedazo macho me lleva por la calle de la amargura. Tengo tantas ganas de follármelo que no consigo dejar de pensar en él ni un solo segundo. Me vuelve loca... me pone cachonda perdida... ¿entiendes?

—Vamos que te hiperventila el clítoris cuando lo tienes delante. Es que está muy bueno —comentó comiéndoselo con los ojos—. Una vez me paró en la

rotonda y quise delinquir para que me cacheara. Yo también me lo follaría si se dejara —añadió con lascivia.

—Sí, ¿verdad? —suspiré—. Y qué bien le queda el uniforme. No hay derecho.

Pascual suspiró y dijo:

—Y qué ojazos tiene y qué boca de chupóptero.

No sé yo a cuál de los dos gustaba más *el Picoletto Guaperas*.

—Pepe no es gay —le informé para que no se hiciera ilusiones.

—Lo sé —dijo con un quiebro de ojos—, esas cosas se notan. Huele a macho que tira de culo —comentó oliendo un rastro de testosterona en el aire en dirección a Pepe.

—Joder, Pascual, córtate un poco.

—No seas tonta, ya sé que no podría ligármelo ni en un millón de años, solo estoy fantaseando, y eso mismo deberías hacer tú, fantasear.

—¿A qué te refieres?

—Pidamos la canción de *La bomba* y bailemos como dos puercos en la pista.

—¿La de King África? Es antierótica total.

—No, la de Ricky. Y si no te gusta, pues la que sea, pero una bien guarrona... la de la *Gasolina*.

—¿De dónde sacas esa cultura musical tan obsoleta? —Pascual puso los ojos en blanco y se fue a hablar con el camarero, mientras yo me hacía de un trago sin respirar el copazo que tenía delante.

La canción que sonaba en ese momento acabó y de repente empezó a sonar *Yo soy tu gatita*^[3]. Iba a matar a Pascual.

—Venga, putón, mueve tus caderas. —Me levantó del taburete y me arrastró del brazo hasta la pista de baile.

«Yo soy tu gatita, tu gatita, así que explota como dinamita, soy gata y araña, aráñame el corazón, el corazón, aráñame el corazón, aráñame el corazón.»

Yo soy tu gatita, tu gatita, así que explota como dinamita, soy gata y araña, aráñame el corazón.

Papi, no te dejes llevar por las distancias, mucho cuidao con la desilusión, porque yo quiero sentirte pegao, pegao como este regatón, abrázame acaríciame hasta más no poder, quiero que seas tú el nene que roce mi piel, que me digas te amo cada noche y al amanecer, oye, papi, papi, ya no aguanto más...»

El ahínco de Pascual hizo que me envalentonara, y empecé a restregarme contra su cuerpo, haciendo *tuerqing* como una quinceañera con pantalones chocheros. Poniéndole las tetas prácticamente en la cara y haciendo movimientos de gata arañando su espalda. Un corrillo de gente empezó a arremolinarse a nuestro alrededor, animando aquel provocador baile, y en uno de los giros vi a Pepe alucinando con aquel espectáculo, apurando el botellín de cerveza y bufando como un toro. Yo seguía loca con aquel baile sensual y ordinario, lo mirases por donde lo mirases. Di gracias por que no hubiera *paparazzis* por allí; seguro que hubiera protagonizado la portada del *Furore* de la siguiente semana. Estaba en pleno refregón contra el trasero de un Pascual muy emocionado por el baile, cuando, de repente, sentí como alguien tiraba de mí con fuerza y me sacaba de mi actuación estelar hasta la puerta del pub.

—¿Se puede saber qué coño haces? —me dijo Pepe, apretándome sin darse cuenta el antebrazo.

—Suéltame, me haces daño.

—Lo siento —me soltó en el acto—, no era mi intención. Joder, me has puesto de los nervios. ¿Quién es ese tío y qué haces restregándote como una cualquiera a la vista de todos?

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Que qué me importa? Alicia, parece mentira que me estés preguntando eso.

—Esta mañana me has tirado de tu casa y me has dejado comiendo sola como una pordiosera en el porche, te has ido y me has dedicado una mirada inquisitoria que hubiera derretido un glacial. ¿Por qué razón debería darte explicaciones de lo que hago o dejo de hacer? ¿Es que estás celoso?

Me miró fijamente y asintió.

—¿De Pascual? —No pude evitar soltar una risita tonta, pero no me molesté en sacarlo de su error, todavía.

—No me ha gustado nada verte con otro hombre. ¿En qué pensabas cuando estabas bailando así con él ahí dentro?

—Básicamente estaba pensando en ti. En lo que decía la canción, eso de sentirte *pegao*, abrazándome y acariciándome hasta más no poder. Pensaba en todo lo que quiero que me hagas y en todo lo que quiero hacerte a ti... Y por eso quería provocarte unos celos brutales, impulsarte a actuar como lo estás haciendo. He disfrutado muchísimo dándote celos, Pepe. No sabía que fueras tan celoso, tenías que haberte visto la cara y tendrías que verte ahora. —Le hice una carantoña que recibió frunciendo más el entrecejo.

—No lo soy tanto —me replicó mosqueado.

—¿Entonces...?

—No entiendes nada, ¿verdad?

—Lo único que entiendo, querido Pepe, es que te va imponerte a costa de todo y ahora mismo estás cachondísimo pensando en ponerme las esposas y follarme como a una gatita sedienta, ¿me equivoco? —le increpé haciéndole el gesto de arañarle el pecho.

—¿Tú te estás oyendo? —dijo apartándose un poco de mí.

—Me oigo y me reafirmo, acaso ¿esa erección no es prueba evidente de que lo estás? —Me lamí los labios con *golferío* y alargué la mano para agarrarle aquel bulto que me llevaba por el camino de la perdición y el insomnio.

—Eres una jodida chalada, Alicia Garrido —dijo con desdén sin apartarme la mano.

Retándolo con los ojos, le di un buen apretón y gimió.

—Sí, lo soy, pero soy la jodida chalada que te quieres follar.

Me miró furioso, pensé que me iba a mandar a la mierda, pero no lo hizo. Me enganchó de la nuca, pegándose a él, mis pechos aplastados contra su cuerpo. El corazón se me subió a la garganta y sentí que me faltaba el aire. Tiró de mi cabello hacia atrás y gemí. Sus labios rozaron mi oreja y susurró:

—No negaré que me vuelves loco.

—Repítelo.

—Me vuelves loco, joder, estoy cachondo desde el primer día que te vi.

—Eh... disculpad tortolitos, uno que se va. Huelo cuando sobro. Ali, cariño, llámame mañana para ir de *shopping*. —Pascual lanzó dos besos al aire y se marchó dejándome sola ante el peligro.

—Es... es...

—Gay, sí, machito de pueblo.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Ya te lo he dicho, me gusta mucho cuando te pones celoso. Estás increíblemente sexy —respondí, dándole otro apretón.

—Vas a conseguir que me estalle una vena —dijo Pepe.

—Llévame a casa, espósame y fóllame —le ordené, empezando a trabajarle la polla.

—No eres tú quien da las órdenes aquí, recuerda que yo soy el guardia civil.

—Pues no lo hagas. —Se la solté y empecé a andar torpemente a causa de la embriaguez que me invadía—. Ahora dirás que no quieres aprovecharte de mí porque estoy borracha —me reí en su cara—, sí, señor, muy típico de gallinas —añadí con bastante mala leche y empecé a cacarear mientras daba trompicones.

—Tú te lo has buscado, señorita Garrido, está usted arrestada.

Pepe corrió hacia mí y con una sola maniobra me colocó las manos en la espalda inmovilizándome con la fuerza de su cuerpo.

—No estás de servicio, capullo. —Me volví a reír.

—Me da igual y tampoco me importa una mierda que vayas borracha o no. Si tú me das permiso, te voy a follar hasta que se te pase la borrachera y entonces no puedas decirme que no lo recuerdas. Y me pedirás más y no sé si te lo querré dar, porque estás siendo una chica muy mala —susurró fiero en mi oreja.

—Mejor, ¿no? Así te doy motivos para que me esposes a tu cama y me hagas pagar por todos mis delitos.

Me mordió el cuello y luego me dio la vuelta.

—¿Tengo tu permiso?

Lo miré a los ojos sin responder por unos segundos y él se limitó a estudiar mi reacción, aguardando mi respuesta, pero quise seguir jorobándolo un poco más, ya que estaba.

—¿Para...?

—Señorita Garrido, ¿me da usted su consentimiento para las cosas indecentes que le voy a hacer esta noche?

—Lo tiene, señor agente, además, me declaro culpable.

Me levantó en alto y me cargó al hombro a lo troglodita.

—¿Dónde me llevas?

—A terminar lo que hemos empezado esta mañana. Tú te lo has buscado, señorita Garrido, es hora de que pruebes el golpe de una buena porra.

Aquellas palabras encendieron todo el fuego que había en mí, por fin iba a probar ese hombre que nublaba mis pensamientos más húmedos con solo absorber su olor o el simple roce de su piel.

No me bajó del hombro ni para abrir la puerta, así de fuerte estaba mi macho. Me metió en su casa dando un portazo sin importarle perturbar el sueño de su abuela, aunque esa señora debía estar medio sorda por culpa del transistor.

Y en cuanto estuvimos en su habitación me lanzó en su cama sin ningún cuidado, luego se encaramó sobre mí aplastándome por completo, oprimiéndome el pecho y sujetándome las manos por encima de la cabeza, haciéndome prisionera y robándome el primer beso devorador. Deliré de gusto al sentir aquellos labios ansiosos. De un tirón me bajó la parte de arriba del vestido descubriendo mi sujetador que retenían a duras penas mis pechos. Cuando su lengua recorrió mi cuello hasta hundirse en ellos me hizo delirar aún más e instintivamente moví las caderas en busca de la presión de su erección.

—Te vas a enterar de lo que es bueno, Alicia, vas a sentirte la mujer más afortunada del mundo. Dime qué es lo que quieres que te haga.

Agarró mis pechos haciéndome soltar un gemido desde lo más profundo, tenía las manos calientes y mi cuerpo se tensó bajo el suyo. Una corriente de

electricidad me recorrió entera cuando empezó a jugar con la lengua con uno de mis pezones, para luego mordisquearlo con ansia, haciéndome voltear los ojos y sumiéndome en un placer extremo que ya sabía que superaría todas mis expectativas. Recorrí con la yema del pulgar la bien torneada curva de su espalda, deseando sentir su piel contra mi piel como nunca antes había deseado sentir el contacto de otra piel masculina. Pepe era puro vicio y yo me estaba enganando a él de mala manera. Sentía tal necesidad por él que se me escapaba a borbotones por todos los poros de mi cuerpo.

—Quiero que me la metas bien hondo, Pepe, te necesito dentro de mí —dije, con la voz acelerada—. Que me lo hagas hasta que me corra.

—Por supuesto —susurró, riéndose a medias—. Cuando te folle, te correrás más de una vez. Pero, no seas tan ansiosa, antes quiero probar cada rincón de tu cuerpo y que te retuerzas de placer y me pidas más hasta que te quedes sin voz, y que tú saborees también mi piel y que te quedes con ganas de más.

Me quedé sin palabras, Pepe era mucho mejor amante de lo que había supuesto, en mi imaginación no hablaba tanto y se dedicaba más a la acción.

Sus palabras fueron órdenes para mí, y en un intento frustrado por quitarle los pantalones, se ofreció a quitárselos él mismo, dejando a la vista un aparato que haría las delicias de cualquier fémina. Ya estaba completamente empalmado y se lo miré con avaricia (siempre he sentido una rara fascinación por los penes erectos). Y el suyo era apabullante. Fue verlo, tan rígido, tan duro, tan encendido y tan receptivo, que me dieron ganas de metérmelo en la boca al punto.

—Alicia. Me parece que nunca en toda mi vida he deseado nada tanto como te deseo a ti —dijo—. No pienso en nada más que en ti, en besarte, acariciarte, comerte, follarte, durante horas y horas. Todo el puto día pensando en lo mismo. Quiero que me comas la polla hasta explotar.

Sonreí antes de metérmela en la boca y Pepe apoyó una mano sobre mi cabeza para dirigirme, pero no hizo falta. Se la chupé que parecía se me iba derretir sin poder saborearla. Con codicia. Con gula. Con necesidad. Solo se escuchaba el sonido de la carne en movimiento reverberando en las paredes del dormitorio y sus gemidos cada vez más frecuentes. Con movimientos circulares de arriba abajo intentando captar todos los sabores de aquel manjar divino, excitándome más con cada lamida al sentirlo tan palpitante y caliente dentro mi boca y bajo mi mano, con la que me ayudaba a descapullarlo al ritmo de mi lengua golosa, para luego deleitarme en la punta, propinándole dulces mordisquitos que le hicieron gemir y rendirse al más puro éxtasis.

Estaba deseosa de que me penetrase. No podía soportar más el ansia que sentía entre las piernas, así que me incorporé un poco y me puse de espaldas a él a cuatro patas para ofrecerme. Me remangué la falda y me bajé de un tirón las

medias hasta las rodillas, mostrándole una imagen directa de mi húmedo tanga, en el que hundió la cara, aspirando su olor y sutilmente mi sabor por encima del encaje, mientras me acariciaba lentamente los muslos. Algo que me resultó altamente erótico y excitante.

Deslizó la mano hasta mi sexo y con sumo cuidado la metió por debajo del tanga, hundiendo suavemente varios dedos en mi interior. Jadeé.

—Me encanta tu olor y el tacto de tu piel, me encanta sentir lo húmeda que estás —susurró cerca de mi lóbulo—. Quítate las medias del todo y déjate puestas las braguitas.

Hice lo que me pedía y él me observó en silencio mientras lo hacía con una sonrisa de lado que prometía muchas cosas y todas muy sucias y pecaminosas, cosas que yo deseaba y se lo hice saber, volviendo a ofrecerme a él con mi sexo apuntándole esa cara que tenía de follador nato.

Cubrió mis nalgas de besos y cuando llegó al elástico del tanga lo sujetó con los dientes y luego tiró de él con fuerza fustigándome la piel. Gemí tan fuerte que temí despertar a su abuela, estaba en estado salvaje y desenfrenado, con unas ganas de que me follara que ya no podía aguantar más el delirio. Pareció leer mis pensamientos, pues entonces apartó el tanga a un lado y me propinó unos lengüetazos que me hicieron convulsionar, luego jugó con mi sexo hasta tenerme completamente extasiada pidiéndole que por favor me follase ya o me iba a derretir como el azúcar en la boca. Pero él siguió cebándose de mi sexo, me latía tanto y tan fuerte que creía que me iba a explotar de un momento a otro, y cuando ya no podía más, y ya no tenía ni fuerza en las piernas para mantener la postura, sin previo aviso, me embistió hasta lo más profundo de las entrañas, haciéndome gritar y morder la almohada para sofocar los gritos.

Sentía el tintineo de sus pelotas en mi clítoris, algo que acompañaba deliciosamente aquellas clavadas infernales, acariciándome con cada roce el centro neurálgico del placer, que se extendía por todo mi cuerpo como una raíz tocando cada una de mis células.

—Vas a hacer que me corra de un momento a otro —gemí más que hablé.

—Córrete, Alicia, quiero ver cómo lo haces.

Y, de nuevo, sus palabras fueron órdenes, como si yo fuera una subordinada y él mi sargento de la Guarda Civil de Villa Maravilla, me invadió un calor sofocante desde la punta de los pies, propagándose a toda velocidad para estallar en mi coño palpitante y entonces pensé que el nombre del pueblo se debía precisamente a la maravilla de polvo que estábamos echando. Pepe también se corrió dentro de mí, agarrándome con fuerza las caderas, clavándome las uñas en la carne aún temblorosa por aquel orgasmo extraterrenal, su semen derramándose por mis muslos hasta las rodillas. Pedazo semental de primera

categoría. Joder con Villa Maravilla y sus lugareños.

Sin decir nada, me cubrió la espalda con el cuerpo para besarme la nuca, las manos masajeándome los muslos, esparciendo su semen por mi piel, cosa que lejos de relajarme me puso otra vez en pie de guerra.

—Dios mío de mi vida —suspiré, cogiéndole las manos para llevarlas por el camino del interior de mis piernas hacia mi sexo—. Don Anselmo debería pedirle al Papa que canonizara tu porra.

Pepe se echó a reír mientras se dejaba guiar por mis manos y le instigaba a que me masturbase con los dedos.

—¿No has tenido bastante, gatita?

—No me llames gatita y por supuesto que no. No hemos hecho más que empezar.

Estaba tan necesitada de él, que no podía parar de jugar con sus dedos y mi clítoris, que volvió a revolverse. Tiré de su mano para chuparle los dedos y saborearme un poco, me encantaba el sabor de mi sexo mezclado con el suyo, me ponía tan cachonda ese olor tan primitivo que desprendía nuestra fusión que volví a sentir el ansia entre mis piernas exigiendo más de ese desquiciante delirio que acababa de experimentar. Volví a guiarle la mano hasta mi sexo, que engulló sus dedos con ansia voraz, y él jugueteó en mi interior arrancándome gemidos cada vez más sonoros.

—Sigue así, Pepe, me gusta mucho eso que estás haciendo.

Al punto, detuvo la mano, qué capullo, y me dejó con las ganas de correrme, apartando sus dedos mágicos de mí.

—Quítate el vestido, Alicia —me ordenó mientras se desabrochaba la camisa—. Quiero verte entera y sentir tu piel contra la mía.

Me di la vuelta para ver cómo se la terminaba de quitar y luego la lanzaba lejos, y deseé besar cada centímetro de ese cuerpo perfecto, recorrer con mi lengua cada rincón de sus pectorales, de su abdomen y su aparato viril.

—Me gusta que los hombres no se depilen —le confesé deslizándole el índice por el pecho, luego lo fui bajando por el sendero de la perdición que conducía a su verga, que de nuevo estaba en pie y lista para el combate.

—Quítatelo ya —me señaló el vestido y se recostó sobre un codo para observarme con una sonrisa plasmada en los labios.

Me mordí los labios y le guiñé un ojo.

—A sus órdenes, señor agente de la Guardia Civil.

Me subí el vestido hasta el vientre y moví las caderas para impacientarlo, pero lejos de eso, se acomodó un poco más como si aquello fuera muy de su agrado y quisiera disfrutarlo relajadamente. Me saqué el vestido por la cabeza y bajé la mirada hacia mis pechos.

—Enséñame esas tetas turgentes y jugosas.

Puse cara de cachonda y me relamí los labios como una actriz de porno sobreactuada mientras me desabrochaba el sujetador. Joder, no me acordaba de los putos ajos de la gitana. Cayeron en el colchón entre los dos, y Pepe los miró con interés y desconcierto.

—¿Qué coño es eso? ¿Te lo has puesto para mí? ¿Pensabas que era un vampiro o algo así? —se rio.

Sacudí la cabeza.

—Luego te explico —dije, dejando los ajos encima de la mesilla—. Tú eres más bien un vampiro sexual. Te gusta chupar coños, Pepe, y, además, lo haces muy bien.

—Sí, sobre todo, si es el tuyo. ¿Te gustaría que lo volviera a hacer? —Arqueó una ceja provocándome.

Me recosté sobre la almohada y abrí las piernas tentándole con mi sexo sonrojado y brillante y él lo miró con apetito.

—¿Por qué no te masturbas para mí?

Me eché a reír. «Espera, ¿qué?» No sería la primera vez que lo hacía estando con un hombre. Si la ocasión lo requería y el tío no me daba lo que me pedía el cuerpo, tiraba de mis propios medios para llegar al clímax, pero no era el caso de Pepe, que parecía haberse aprendido de memoria el manual inédito de preferencias sexuales de Alicia Garrido y las iba poniendo en ejecución sin ningún tipo de modestia. No obstante, sí era la primera que un hombre me lo pedía directamente por el mero hecho de disfrutar viendo cómo lo hacía.

—¿Qué?

—Me gustaría ver cómo lo haces —se limitó a responder.

Le quise dar el gusto. Abrí más las piernas y deslicé las manos por mis pechos, pellizcándome los pezones un poco antes de retomar el camino hacia el vientre, lo redondeé y seguí el descenso hasta llegar a mi sexo. Estaba tan mojada que no me hizo falta humedecerme los dedos y comencé a rotar con la yema de los dedos por la cresta, primero despacio e introduciendo un par de dedos a la vez. Encontré enseguida el ritmo que me haría explotar en un orgasmo en muy pocos segundos, y aceleré, mientras mis ojos no dejaban de escrutar su expresión fascinada en mi acto.

—¿Te gusta verme tocarme?

—Sí —dijo, cogiéndose la verga y emprendiéndola con ella—. Mira cómo me pone, me va a estallar solo de mirarte.

—Joder, eso es muy sexy —le dije, alucinada con el movimiento de su puño.

—¿Te gusta cómo me la machaco? —Cerró los ojos dejándose llevar.

—Mucho —comencé a jadear mientras seguía autocomplaciéndome.

—Me gusta que me mires.

—Lo estoy haciendo —le aseguré, a decir verdad, no podía apartar la vista del movimiento hipnótico de su mano.

Sonrió y dejó ir un gemido.

Joder, era tan sexy. En mi vida había visto algo tan increíblemente sexy como Pepe haciéndose una paja.

—¡Quiero que me la metas! —le grité cuando mi cuerpo empezó a convulsionarse.

Sonrí de oreja a oreja y abrió los ojos para mirarme.

—Me gusta que me supliques.

Abrí los ojos como platos asimilando sus palabras.

—¿Qué coño?

—Sí, que me lo pidas por favor —dijo.

—Pero ¿por qué?

—Porque lo deseas.

—Pero tú lo estás deseando más que yo —le repliqué.

—No seas mala, señorita Garrido, y suplícame un poquito.

—No quiero, seguiré dándome gusto yo sola. —Aceleré la velocidad de mis dedos.

Asintió con la cabeza y se mordió los labios. ¿En serio que me iba a dejar con las ganas?

—Pepe, no seas cabrón —le dije medio riéndome.

—Ven tú —se soltó la verga y dejó las manos a un lado, apoyadas sobre el colchón—. Mi polla es toda tuya.

—Eso no me lo dirás en un juzgado.

—Te lo diré donde tú quieras.

—Pues dilo ahora —lo reté—, no, mejor grítalo.

Empezó a reírse a carcajada limpia.

—Estás chalada, Alicia. Si grito voy a despertar a mi abuela.

—Tu abuela no se despertaría ni aunque le explotase una bomba al lado de la cama.

—Está bien, lo haré si me lo pides por favor.

Solo por darme el gusto de escucharle gritar aquello, accedí a decirlo, bajito y haciendo un mohín:

—Por favor, Pepe.

Se irguió y llenó los pulmones de aire como un gorrión y su voz sonó atronadora, tanto que tuve que taparme los oídos, mientras gritaba con todas sus fuerzas: «¡Mi polla es tuya, Mi polla es tuya, señorita Garrido!». Empecé a reírme a carcajadas. Me abalancé sobre él para taponarle la boca y dejase de gritar,

con un poco de suerte, no tendríamos a su tía Juana con una motosierra en las manos en cinco minutos con la intención de amputarme la cabeza para liberar a su sobrino del embrujo de mis ojos, pero sinceramente, no sé cuál de los dos estaba más embrujado. Yo estaba completamente abducida por los encantos de ese hombre tan increíble.

—¿Ya no quieres que grite, Alicia?

—Solo si lo haces entre mis piernas.

—¿En serio? Pensaba que preferías la posición del perrito.

—No tengo manías si el producto es de calidad.

Volvió a cogerse la polla y bajó la vista hacia ella, seguí la dirección de sus ojos, y tuve que relamerme para quitarme las babas. Por Dios, estaba babeando literalmente por un hombre. En mi vida.

—¿Te gusta el salchichón manchego? —bromeó, agitándosela ante mis ojos golosones.

Empecé a reír, pero qué bien me lo estaba pasando. El sexo con Pepe era espectacular.

—Sí —dije, poniendo mi mano encima de la suya para dirigírsela—, sobre todo, si tiene la denominación de origen Pepe.

—Pues ya sabes.

—¿Qué sé?

—Lo que tienes que hacer si quieres un poco más de esto —hizo un gesto con la cabeza en dirección a su entrepierna.

Lo miré fijamente tratando de decidirme. «¿Por qué no?, solo era un juego sexual.» Y ya que iba a hacerlo, lo haría con todo el protocolo que conlleva una buena plegaria. Me arrodillé ante él y bajé la cabeza hasta la altura de su abdomen.

—Pepe —dije en voz muy baja—. Te pido por favor que me metas la polla y me hagas volar.

—A sus órdenes, señorita Garrido.

Puso las manos sobre mis hombros y guio mi cuerpo hasta tumbarme y luego me cubrió entera con el suyo.

Me miró a los ojos y me preguntó:

—¿Qué necesitas?

Me perdí, me perdí por completo, bucéé en el abismo de sus ojos oscuros y no supe qué responder. En ese momento lo que quería de él se había mudado desde la parte inferior de su abdomen hasta un poco más arriba. Quería su corazón, quería su alma, quería que todo él fuera mío, no solo su polla y quise decírselo, pero no deseaba que se riera de mí. Entré en modo pánico y recurrí a la respuesta fácil.

—Fóllame.

Enterró su boca en la mía y absorbió toda mi alma a lametazos. Así lo sentía, cada vez era más suya que mía y entonces supe que irme de allí iba a ser mucho más difícil de lo que en un principio había pensado. Le dejé cabalgarme al ritmo fuerte que impuso desde que entró en mí con un golpe rudo que me dejó más llena de lo que nunca había estado, como si tuviera prisa por terminar, pero me gustaba así, con cada empujón sentía su alma entrando en mí a cachos, rebuscando curiosos en su nueva morada, invadiendo cada escondite o recodo de mi ser, ocupando todas las parcelas, saqueando mis células de recuerdos de amores no correspondidos, perdidos o pasados, como si ellos no fueran reales y lo único real en mi vida fuera solo él. Estaba aturdida por lo que estaba sintiendo, aquello me parecían historias inventadas y que solo existían en mentes altamente románticas, y no era mi caso, yo era de todo menos romántica, pero Pepe me estaba llevando a otro plano sensorial a golpes de cadera. Abrí los ojos y lo vi tan bello, tan entregado, tan liberado y tan él y tan solo Pepe, que sentí que se me encogía el alma hasta volverse diminuta como un átomo para luego expandirse a una velocidad de vértigo a la vez que un orgasmo brutal devoraba todo mi cuerpo.

Fuego en el cuerpo y veneno en la lengua

El señor Morfeo vino a visitarnos poco después, sumiéndonos en un sueño reparador. Un sueño poscoital de esos que te dejan con la boca abierta y la baba colgando. Cada uno en su lado de la cama, pero sintiendo el calor que aún desprendían nuestros cuerpos, un calor que me despertó a eso de las seis pensando quién sería el pirado que estaba asando castañas en cantidades industriales, pues olía a humo que tiraba de culo. En eso, unos fuertes golpes en la puerta de entrada me alertaron de que algo estaba sucediendo.

—¡Pepe, Pepe, despierta! —Lo zarandeeé porque aquellos golpes no habían conseguido despertarlo; lo había dejado para el arrastre.

—¿Qué pasa? —El pobre pegó un brinco de la cama que me hizo rebotar como una pelota loca.

—Abre la puerta, ¿no oyes que alguien está aporreándola como si no hubiera un mañana?

Al punto, Pepe se puso unos vaqueros y la camiseta del revés y fue a abrir a toda prisa.

Fui tras él, pero me quedé en las sombras del pasillo escuchando.

—¿Magencio, qué pasa?

—*Mumacho*, la casa de la Virginia está en llamas, ¿es que no *olés* a chamusquina?

—Pero ¿¡qué dices!?

—Mira las llamas de fuego que se ven por los ventanucos. ¿Qué haces ahí parado? Llama a los bomberos o a tus compañeros, si no apagamos el fuego rápido se prende toda Villa Maravilla, y el efecto dominó se nos lleva a *tos por alante*.

—Voy a por el móvil. No te muevas de aquí, Magencio, por si te necesito para achicar agua hasta que lleguen los bomberos.

Pepe entró y me contó lo que estaba sucediendo. Yo ya había escuchado la conversación con el tal *Magnesio* y estaba petrificada como una estatua de sal y

con la mirada perdida.

—¿Me oyes, Alicia? Tu casa está ardiendo, hay que salir de aquí, no vaya a ser que vaya a más y se queme también mi casa. Voy a sacar a mi abuela. —Yo seguía inmóvil—. ¿Alicia? —Me sacudió para que reaccionara.

—No, no pueden verme aquí contigo.

—Pero ¿qué dices? No seas tontaina, solo es Magencio que se iba a la huerta, no hay nadie más, además, ¿qué más te da que te vean conmigo?

—No, no quiero que me tengan en boca y que piensen cosas que no son.

—¿Cosas que no son? Mira, voy a perdonarte eso que has dicho porque estás en *shock* o te está dando un ictus.

—Joder, déjame pensar, saca a tu abuela y yo me iré vistiendo —le dije con la férrea convicción de que, si me veían salir de allí, el rumor correría como la pólvora entre la Juana y sus secuaces y, visto lo visto, me tildarían como la furcia de Villa Maravilla.

Pepe me lanzó una mirada furiosa y sacudió la cabeza antes de salir de la salita, que ya estaba cargándose con un humo asfixiante, y entró en la habitación de la abuela Elisa, que dormía plácidamente ajena a todo aquello, y la despertó

—Abuela, levanta, hay fuego.

—¿Qué fuego? ¿Es que padre nos ha traído a las Fallas de Valencia?

—Sí, ¡eso es! —Oí que le decía para no asustarla—. Levántate, que vamos a comprar unos buñuelos.

Salieron juntos del dormitorio, Pepe la agarraba del brazo y la condujo a la salida.

—¡¿Qué haces ahí parada todavía?! ¡Vístete y sal, esto se está llenando de humo! —me gritó saliendo por la puerta.

Seguía paralizada tratando de decidirme, Pepe tenía razón, era una valiente gilipollez lo que los demás pudieran pensar o hablar de mí y juro que por un momento estuve a punto de echarme algo encima y salir a la calle para reunirme con ellos, cuando las palabras del testamento me golpearon la cabeza como una maza. Para poder heredar debía haber vivido un mes con sus días y sus noches en la casona de mi abuela, y si alguien me veía salir de casa de Pepe ahora y le daba por contarle a los vecinos de Villa Maravilla, muy pronto todos sabrían que había incumplido la primera y más importante cláusula del testamento. No podía permitir que eso sucediera, no había soportado cinco días aquí para nada, y no estaba dispuesta a perderlo todo por una minucia como esa. Así que tuve claro que tenía que evitar ser vista saliendo a esas horas de la casa de Pepe y entrar en la de mi abuela y simular que el incendio me había pillado durmiendo. Sabía que era peligroso, pero mi cabeza a veces iba por libre y no se centraba en los verdaderos problemas, declinando en ocurrencias quizá poco ortodoxas. Y

desnuda, como vine al mundo, decidí saltar la tapia que separaba los patios traseros y salir alegremente por la puerta principal para no levantar sospechas.

Me calcé las manoleínas de mi abuela y como un guepardo despellejado, sorteando gallinas, trepé por el murete, rasgándome las rodillas en un esfuerzo titánico por llegar a lo más alto (con lo fácil que parecía cuando lo hacía Pepe). Una vez en el patio, me encaminé hacia la puertecilla verde que se abría girando el pomo y entré en la casona con la intención de entretenerme lo mínimo y salir por la entrada como si nada.

La casa estaba ardiendo, no había duda, nunca había sentido un calor tan intenso como aquel, y el humo y el hollín lo invadían todo, imposibilitándome ver y respirar, pero necesitaba ponerme algo de ropa encima para no hacer una aparición estelar en cueros.

En la salita una gran fogata coronaba el incendio, la mesa camilla era una llama gigante que llegaba al techo, empezando a quemar las vigas vistas de madera.

Calculé mentalmente el tiempo que tenía para ponerme algo encima y salir de allí como una víctima y no como la *copuladora* de vecinos que era. Bien, me daba tiempo.

Entré en el dormitorio de mi abuela y me puse un camisón rosa de esos que tanto le gustaban a ella, extralargos y extrarrecios, y con un pañuelo me cubrí la boca y la nariz. La falta de oxígeno ya se estaba haciendo notar en mi cuerpo y la visión también empezaba a ser bastante precaria. Escapé corriendo de allí, pero cuando estaba a punto de poner un pie en el recibidor recordé que toda mi documentación personal junto con las llaves del coche y mi pPhone estaban en mi bolso en el dormitorio de mi abuela. Tenía que salvar mis cosas de ser quemadas (los trámites burocráticos para renovar la documentación pueden ser motivo de suicidio en algunos casos) y, después de todo, el fuego acababa de comenzar y tampoco sería para tanto, tardaría en propagarse, así que, decidí ir en su busca, pero estaba un tanto equivocada. Cuando volví a la salita, la fogata se había apoderado también del sofá.

Estaba muy asustada, pero tenía que llegar al dormitorio para rescatar la documentación, las llaves y mi móvil. Corrí dando saltos y esquivando las llamas hasta que logré alcanzar mi objetivo. Sobre la cama estaba el bolso (no sé cómo no lo había visto antes), lo agarré al vuelo, me lo colgué a lo bandolera y salí de allí *a pijo sacaó*. Presa de los nervios y del pánico tuve que enfrentarme de nuevo a la tea monumental en la que se había convertido la mesa camilla. Las llamas ondulaban acechando los muebles adyacentes, quemando lentamente, pero de manera devastadora todo lo que iba a ser mi casa en Villa Maravilla. No había apenas espacio para pasar al otro lado. El pánico se apoderó de mí en

cuanto empecé a notar que el aire no me entraba con la misma facilidad que antes, y el último aliento que me quedaba lo empleé en gritar con todas mis fuerzas deseando que Pepe me oyera.

Estaba agotada, pero aun sin fuerzas, tenía que conseguir llegar al otro lado del fuego; desde allí llegar a la entrada era coser y cantar. Pegado al sillón orejero había un pequeño hueco, solo tenía que saltarlo. Hice acopio de valor y cogiendo carrerilla para impulsarme, pegué un salto que ni una saltadora olímpica y conseguí sobrepasarlo sin quemarme, o eso creía. El camisón había sido alcanzado por una llama y estaba prendiéndose, lo miré horrorizada y a la desesperada me tiré al suelo y rodé sobre mí misma para sofocarla.

Estaba debilísima. El aire no me llegaba a los pulmones. Los ojos me picaban una cosa bárbara y no veía con claridad a más de un metro. Comencé a arrastrarme a duras penas en dirección al recibidor.

Al poco escuché la voz de Pepe llamándome desde la puerta.

—¿¡Alicia!?

—Sí, ayuda, cof, cof, cof... —Empecé a toser como una tuberculosa en sus últimas y me desvanecí mareada en el suelo.

Sentí un fuerte estruendo y abrí los ojos con dificultad. Vi una imagen borrosa acercándose hacia mí, como un superhéroe de la liga de la justicia, haciendo aspavientos con los brazos para librarse del humo que le impedía llegar hasta mi posición.

—¡Joder, Alicia! —Pepe me cogió en brazos y me sacó de aquel infierno, recorriendo con rapidez el estrecho pasillo, que las llamas aún no habían alcanzado.

En el exterior me depositó junto a su abuela, que miraba hacia la casona con los ojos hipnotizados por las llamas que acababan de alcanzar las ventanas de la cocina y habían prendido los visillos.

—Pero ¿esto son las famosas Fallas? *Pos* a mí esto no me gusta, mejor me voy a la cama otra vez —protestó cruzándose de brazos.

—Magencio, haz el favor de llevártela de aquí. Lleva a mi abuela a casa de mi tía Juana y alerta a todos los vecinos para que acudan —le pidió Pepe a ese buen hombre de nombre tan raro.

No podía reaccionar ante nada, estaba medio ida, mirando entre lágrimas como las llamas llegaban a la puerta y consumían las tristes cortinas. Sentía un dolor inmenso por todos aquellos recuerdos por descubrir que se extinguían bajo el fuego, el posible tesoro, las prendas y muebles de mi abuela Virginia, lo poco material que restaba de ella se iba dilapidando bajo ese fuego infernal que no daba tregua, devorándolo todo, mientras Pepe y una gran cantidad de vecinos, vaya, eran muchos después de todo, hacían todo lo posible por evitar que el

fuego se propagara y llegara a las viviendas colindantes.

Estaba tan agotada que cerré los ojos, alguien entonces se acercó a mí y me limpió la cara con una toalla húmeda y me cubrió el cuerpo con una manta. La sensación térmica era extraña, el calor procedente del incendio apagaba el frío invernal de aquellas horas tempranas. El amanecer comenzaba a apuntar formas en el horizonte y pronto sería de día, si el espectáculo ahora era dantesco luego, cuando la luz del sol se hiciera dueña y señora del pueblo, sería tétrico.

Al poco empezaron a escucharse sirenas, logré entreabrir los ojos para ver qué estaba sucediendo. Pronto una abundancia de luces invadió la estrecha calle, de normal tan oscura y silenciosa, y me sentí aliviada. Noté que alguien me cargaba en una camilla y me alejaba de la zona, poniéndome en el acto una mascarilla para insuflarme oxígeno.

—¿Señorita, puede decirnos su nombre?

Abrí los ojos y vi a un joven con chaleco fosforito naranja.

—Ali...

—Bien, Ali, intente respirar todo lo hondo que pueda, ha inhalado mucho humo, pero se pondrá bien.

Asentí medio grogui.

—Siga respirando y no hable, tampoco intente incorporarse, estamos aquí para ayudarla.

Volví a asentir aliviada, parecía que mis pulmones empezaban a reaccionar al oxígeno de aquella bombona.

No sé cuánto tiempo pasé en aquella ambulancia, por fin me había recuperado y los médicos del SAMU me estaban incorporando y ofreciéndome algo para beber.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí, gracias.

—Ha tenido mucha suerte, dé las gracias a su vecino, unos minutos más y no lo cuenta.

En ese momento me sentí estúpida, ¿cómo se me había ocurrido hacer semejante cosa? Me pregunté desesperada por qué no le había hecho caso a Pepe, mi imprudencia había puesto mi vida en peligro y la suya.

La ambulancia llegó con premura al hospital de Almansa y allí me hicieron el reconocimiento de rigor. Estaba en perfecto estado, pero dado mi agotamiento me dejaron reposar en una cama hasta que alguien viniera a por mí.

Agradecí entonces mi acto temerario, pues gracias al mismo había salvado no solo mis documentos y las llaves, también mi pPhone del alma. Lo saqué del

bolso y pensé en llamar a Pepe en primer lugar. Necesitaba escuchar su voz, saber que se encontraba bien y fuera de peligro, pero no respondió; debía seguir ocupado con las labores de extinción del incendio. Llamé entonces a Pascual, el único en el pueblo que podía considerar amigo y que sabía tenía coche. Lo pillé durmiendo, pese a que eran pasadas las diez. Su voz sonó cargada de sueño cuando respondió tras siete u ocho tonos.

—¿Ya te has levantado, folladora?

—¿Es que no te has enterado de lo que ha pasado?

—Eeeeeh... noooo, ¿qué pasa?

—Esta madrugada se ha incendiado la casa de mi abuela.

—¿¡Qué!?

—Lo que oyes. Ahora mismo deben seguir ahí los bomberos, no sé si habrán apagado ya el incendio, pero pintaba mal cuando me fui.

—¿Que dónde estás?

—En Almansa, en el hospital, me ha traído una ambulancia para comprobar mi estado.

—¿Y estás bien?

—Sí, Pepe me sacó, por suerte.

—Pero ¿es que tú estabas en la casa? Pensaba que habrías pasado la noche con él.

—Al final no. —Decidí mentir, ya que había hecho todo el rocambolesco montaje, era mejor seguir con el paripé y que nadie supiera que había dormido fuera de casa.

—¿Y se puede saber cómo entraste? Tus llaves siguen en mi mochila junto al monedero.

—Tenía otro juego en casa de Pepe para emergencias.

—Vaya, pues lo siento mucho, y ya se sabe cómo se ha producido el fuego.

—Creo que empezó en el brasero. ¿Tú no lo encenderías ayer cuando estuvimos por la tarde, verdad? —le pregunté con tiento. Había que descartar posibilidades.

—No.

—Pues no sé cómo ha podido ocurrir, supongo que los bomberos lo investigarán y encontrarán la causa. Pero, vamos, que me he quedado sin casa, no sé cómo voy a poder cumplir la cláusula de mi abuela.

—Tendrás que llamar al abogado y contarle, supongo que él podrá darte una solución a este lío.

—Ya... supongo. Necesito que me hagas un favor, ¿puedes venir a recogerme al hospital y traerme algo de ropa y unos básicos de higiene? Estoy en camión de abuela y con el pelo hecho un esparto. —Me atusé un poco las

ásperas greñas despeinadas.

—¿Voy a tu casa a por ellas?

—Ve, pero no sé lo que vas a encontrar, tenía una pinta horrible cuando me fui —dije con un hilo de voz sintiendo entonces unas ganas inmensas de llorar—. No creo que haya quedado nada tras el incendio.

—Dios, qué pena —se lamentó con ramalazo—. Voy a ver para informarme y luego iré a Almansa y te compro cualquier cosa para que te pongas y te asees.

—Muchas gracias, Pascual. Luego te pagaré lo que sea.

—No te preocupes por eso ahora. Además, tengo tu monedero, usaré el dinero que haya.

—Vale —me limité a decir antes de finalizar la llamada.

En cuanto colgué me eché a llorar sin freno. La sencilla vida de mi abuela acababa de morir un poco más y, en parte, me sentía culpable. Había despreciado su hogar y ahora estaba siniestrado. Tal vez podría levantar una casa allí, pero nunca sería la suya. Lamenté la pérdida de esos muebles tan maravillosos y antiguos de su dormitorio: el cabecero, la cómoda, el armario... así como todos los manteles y servilletas bordados por su mano. Sentí incluso el dolor de perder todo lo que todavía no había encontrado: sus recuerdos dormidos y guardados en los cajones del aparador o en los confines de la casa todavía por descubrir, esos de los que nunca sabría... y también por la foto de una niña vestida de manchega con bigotes de Hulk Hogan que nunca volvería a ver.

Conseguí calmarme y decidí llamar al abogado. Era sábado, pero no pensé que estaba fuera de horas de trabajo, o si lo pensé, me dio igual. Mi tema era muy urgente. El hombre respondió al primer tono con su voz imperturbable de letrado paciente y hecho al trabajo a deshoras. Le expliqué de corrida lo del incendio, que me había pillado durmiendo, que había logrado escapar por los pelos de convertirme en un kebab, y que estaba viva gracias a mi vecino Pepe, el guardia civil. El señor Francisco José Coloma Aparicio tras escucharme se quedó largo y tendido tiempo en silencio, meditando sobre qué hacer conmigo. Yo empecé a impacientarme y gracias a que el móvil es inalámbrico porque de haber tenido cable lo hubiera roído como un hámster durante la eterna espera que se me hizo infinita.

—Supongo que eso lo cambia todo —dijo al fin, menos mal, pensaba que había muerto el pobre hombre en algún momento. Vista mi suerte, era incluso bastante probable.

—¿En qué sentido, Francisco José? —le pregunté ansiosa.

—Ahora mismo le es imposible cumplir con la cláusula testamentaria que le impuso la señora Virginia y me temo que tengo que consultarlo con unos colegas y esperar al resultado del perito.

—Pero ¿qué perito (ni qué peritas en almíbar)? —le increpé.

—Voy a solicitar una investigación de las causas del incendio. Preciso estudiar las circunstancias que se han dado para que ese hecho se produzca y eliminar la sospecha de que usted no ha tenido nada que ver.

—Pero ¿¡qué dice (loco)!? Soy completamente inocente, casi muero por culpa de ese incendio. Si no llego a despertarme a tiempo ahora mismo no estaría hablando con usted.

—Me hago cargo, señorita Garrido, pero es mi responsabilidad legal determinar las causas.

—Y entonces, ¿qué me quiere usted decir?

—Que ahora mismo no puede cumplir los deseos póstumos de su abuela y, por tanto, es libre de volver a Madrid.

—¿De verdad?

—Sí, mientras esperamos el resultado de la investigación pericial, que yo mismo voy a ordenar de forma privada para poder tomar una decisión justa en cuanto el testamento.

—¿Y...?

—Si se determina que fue intencionado, usted es la principal sospechosa y no tendré más remedio que desheredarla a la fuerza.

Me quedé tan pasmada que no supe ni qué decir. ¿Sospechosa, yo? ¿Desheredada, yo, que había hecho lo inimaginable por cumplir con las últimas voluntades de mi abuela? Cosas tan locas, como volverme antes de tiempo de Santo Domingo, aceptar vivir un mes en Villa Maravilla, abandonar mi vida social por fuerzas mayores, dormir en una cama ruinosa (una noche, sí), pedir amparo al *Picoletto Guaperas* y follármelo casi sin ganas (modo ironía en *on*). Era inconcebible. ¿Y ahora qué? ¿Me volvía a Madrid, así, sin más? Joder, justo ahora que me había hecho a la idea y empezaba a encontrarle el gusto al ambiente rural y sus lugareños.

Tras colgar, no pude resistirlo más y llamé a mi madre para contarle lo sucedido. Ella sí respondió a mi llamada e incluso derrochó felicidad en un principio al saber de mí tras varios días de inopia, pero luego, como cada vez que le hablaba de algo relacionado con Villa Maravilla y mi difunta abuela, empezó a mostrarse poco receptiva, como si todo se la trajera floja. No la entendía, por más que lo intentara, no lo conseguía. ¿Cuánto daño? ¿Cuánto rencor? ¿Cuánta inquina? Y, de nuevo, cabreada con ella, comencé a acribillarla con preguntas sobre mi abuela y mi padre. Todas a la vez, todas tan urgentes que terminé por aturullarla, no dijo ni *mu* y terminó colgándome sin responderme a ninguna.

Me eché las manos a la cabeza sin saber qué hacer, tenía que hablar con ella

y tenía que hacerlo en vivo y en directo. Tenía que sacarle la información, aunque fuera con una cucharilla de café.

Y en esas me entró una llamada de Pascual para comunicarme que estaba en el vestíbulo esperándome.

En cuanto me lavé y me adecené el cabello en unos aseos y me puse la ropa que había comprado para mí, me sentí un poco más yo, o más como la antigua Alicia Trevi que había sido antes de ser abducida por el paletismo intrínseco del ambiente villamaravillareense. Me miré en el espejo, tenía los ojos rojos de tanto llorar y un rasguño en la mejilla, que me había hecho durante el incendio sin darme cuenta, pero volvía a distinguir en esa imagen el aura de mi yo anterior. El vestido tipo sudadera que me había traído Pascual y las zapatillas me iban perfectos; vaya, qué ojo tenía para las medidas, así como las medias y la ropa interior.

Después de salir del hospital nos fuimos a dar una vuelta por el centro de Almansa y aproveché para comprarme algunas cosas más, un vestido *burlesque*, unos vaqueros pitillos, un par de blusas, unas botas camperas, unos zapatos con taconazo, ropa interior de putona y un pijama que no daba mucho juego a la imaginación.

—Pero si te vas, ¿no? —Pascual me miraba desde una banqueta mientras yo giraba para enseñarle el vestido lencero que enmarcaba divinamente mis curvas. A Pepe le iba a volver loco quitármelo.

—Supongo.

—¿Te vas o no te vas?

—Me voy porque tengo muchas cosas que hacer en Madrid, he postergado todo el tema de la promoción por el asunto de mi abuela, pero sé que Rúper me está esperando como agua de mayo.

—Pero si te vas, ¿para qué necesitas ese vestido tan sexy?

—De momento me quedo un par de días y quiero estar guapa (para Pepe).

—¿Y dónde vas a dormir?

Me encogí de hombros sonriendo.

—Alguna alma caritativa me acogerá.

Y ya que estábamos allí aproveché para ir a la peluquería. En un principio no me querían atender, pero entonces una clienta me preguntó con voz de pito si yo era Alicia Trevi y se armó un pequeño revuelo en el salón. Tras eso, no solo me atendieron dejándome monísima y olorosísima, sino que además me regalaron una manicura, que buena falta me hacía, a cambio de un *selfie* con la imagen de la peluquería a mis espaldas difundida por todas mis redes sociales. Cosa que hice encantada y, gracias a que en Almansa sí me funcionaban los datos, puse a circular la imagen en un tris, recibiendo cantidad de «Me gustas» y

comentarios de guapa, preciosa, estilosa, la madre que te parió... bueno... ese tipo de cosas que se suelen poner. Cuando salimos del salón ya era un poco tarde y decidimos quedarnos a comer en un restaurante maravilloso donde servían todo tipo de pescados frescos y demás manjares libres de grasas, y me chispé un poco tomando vino blanco, pero qué carajo, me lo merecía, había sufrido mucho. Después nos fuimos un poco de tardeo, había un montón de locales donde tomar algo, con buena música y cervezas de todo tipo, parecía mentira que, a escasos treinta kilómetros de Villa Maravilla, existiera un mundo así, era como una realidad paralela.

Llegué a casa de Pepe cargada de bolsas y destilando glamur con mis pitillos nuevos, una blusa con volantes y puntillas y los taconazos, sintiéndome la Julia Roberts de Villa Maravilla.

Eran más de las siete y la lacónica farola alumbraba lo mínimo la calle. Pese a que eché un vistazo al porche de mi abuela, poco pude ver. No era el momento ni iba vestida para una incursión nocturna en un siniestro pospirómano. Entré en casa de Pepe dispuesta a darle las gracias de la mejor manera que se me pasaba por la cabeza por haberme rescatado.

La sonrisa de oreja a oreja se me cayó al suelo cuando vi la expresión que puso al verme en su salita. No es que me mirase mal, me miró más que mal, cosa que no me gustó ni un pelo. Aun así, saqué un esbozo de alegría y dije:

—¡Hola, Pepe!

—¿¡Hola, Pepe!? —repitió con sarcasmo.

—Sí, hola, ¿qué pasa?

—¿Que qué pasa?

Sacudió la cabeza y volvió a fijar la vista en el libro que estaba leyendo cuando había irrumpido en la salita.

—Sí, ¿qué pasa?

Se rascó pensativo la barba y miró a los lados como buscando una respuesta.

—O sea, ¿¡qué pasa?! Pero ¿es que te falta un tornillo? —Soltó una carcajada cargada de estupefacción—. ¿Tienes la memoria de un pez? ¿No me digas que no te acuerdas o que un extraterrestre te ha abducido y te ha borrado la memoria? ¿Es que no sabes que la casa de tu abuela se ha quemado? —me vomitó de aquella manera con toda la mala leche que pudo imprimir a sus palabras.

—Sí, claro, te recuerdo que he estado en el hospital.

—¿No me digas?

—Sí te digo y, gracias por preguntar, estoy bien.

—Ese es el problema, Alicia. Eras tan egoísta, estúpida y superficial que no eres capaz de darte cuenta siquiera de que has puesto tu vida en peligro esta

mañana y también la mía. —Me dedicó una mirada glacial.

—Pepe, tenía que entrar —le repuse con voz culpable.

—No, no tenías que entrar, te había dicho que no lo hicieras. ¿En qué coño estabas pensando?

—Tú no me mandas —le contesté de inmediato.

—Pero ¿es que estamos en el colegio? —Miró a los lados alucinado—. Es que no consigo entender qué te pasa por la cabeza, si es que te pasa algo, porque ya tengo mis dudas.

—Pepe, me estás cabreando, que lo sepas —le dije levantando el dedo en el aire hacia él.

—¿¡Que yo te estoy cabreando!?! —Se puso en pie irguiéndose tan alto era frente a mí—. Aquí el único que está cabreado y mucho soy yo —puso su índice puntiagudo sobre mi clavícula—. Estoy tan cabreado contigo, Alicia, que por mucho que tú puedas cabrearte conmigo no estarás ni la infinitésima parte de lo que yo lo estoy. Has puesto tu vida en peligro a expensas de que te he pedido que no lo hicieras, aun así, no has dudado en entrar en la casa de tu abuela en llamas, casa que, por cierto, está en la ruina. Pero eso tampoco te importa, porque lo único que te importa eres tú y esa ropa que traes como un trofeo.

Hubo un largo silencio antes de que le preguntara de forma entrecortada:

—Pero ¿de qué vas, capullo?

—¿Capullo? —Se encogió de hombros—. ¿¡Eso es lo único que tienes que decirme!?

—Pues no. —Joder, me estaba aturullando con tanta incriminación injustificada—. Venía dispuesta a darte las gracias...

—¿Las gracias, por qué? —me cortó.

—Pues ¿por qué va a ser?, por salvarme esta mañana.

—O sea, que te llega el riego sanguíneo a las neuronas para reconocer tal cosa.

—Pues claro. —Me estaba tocando bastante las narices ya con tanto llamarme tonta, pero me contuve los vapores—. Pepe, sé que tú me has sacado.

—Y menos mal, ¿no? Porque podrías estar muerta.

Bajé la cabeza.

—Sí, claro, menos mal.

—Pero es que por más que me expliques, no puedo entender —sacudió la cabeza— que... que... que —me señaló la frente con las manos— ¿¡Qué tienes ahí dentro!?

—Si me dejaras hablar.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia la cocina.

—Es que tenía que entrar, Pepe —le dije, pisándole los talones.

Se detuvo en seco y choqué con su espalda. Volvió el rostro lanzándome una mirada furiosa. Di un paso atrás.

—Ya sé que tenías que entrar, no puedes permitir que nadie sepa que estás conmigo. —Estaba tan tenso que si le hubiera dado un golpe hubiera caído de bruces. Su espalda, la vena de su cuello, los puños cerrados...

—Pero que no es eso solo, Pepe —Joder, boca mala, boca mala, el «solo» sobraba.

—Pero no te preocupes, Alicia —cambió el tono a uno bañado en melaza, cosa que aún me gustó menos—. Tú y yo no estamos juntos ni lo hemos estado ni lo estaremos nunca. No sufras más, señorita Garrido, que eso no es bueno para la belleza, nadie sabrá nunca que has estado con un paleta como yo... porque para mí es como si no hubiera pasado. Ha sido un error —hizo un breve alto, pensándose mejor—, no, has sido un error.

Tuve la impresión entonces de que abandonaba mi cuerpo y me alejaba volando de aquella salita. Me miraba desde arriba y tenía la sensación de estar perdiendo algo grande. Aunque esa sensación pronto pasó, volví a entrar en mi cuerpo a la velocidad de la luz y sentí un odio furioso hacia él. ¿Qué? Pero ¿qué narices se pensaba? ¿Que yo era un error? Pues si yo era un error, él lo era por duplicado. Mirándolo ahora, con el ceño fruncido y los ojos cargados de mala hostia, no podía entender qué había visto en él. Era un cretino, un imbécil, un prepotente...

—Ahí tienes tus cosas. —Me señaló la mesa antes de entrar en la cocina.

Ante eso nada tuve que añadir. Me limité a recoger la bolsa con mis cuatro bártulos y le di un beso a la abuela Elisa, que había estado presente mientras discutíamos sin decir ni pío, y salí de allí con toda la dignidad que pude reunir arrastrando los tacones. En mi coche, respiré hondo y me puse a llorar como una descosida agarrando el volante como si fuera una tabla de salvación.

Vuelve pa madrid

Como no sabía dónde vivía Pascual, lo llamé antes. Me recibió en la puerta de su casa con una sonrisa que se tornó en un gesto de preocupación conforme me vio bajar del coche.

—Pero ¿qué te pasa, perla?

—Pepe y yo hemos discutido.

—Pero ¿por qué? —Me rodeó los hombros con el brazo y me hizo pasar.

Tenía una casa bonita de estilo rústico pero amueblada con piezas modernas de Pikea. Me sentó en un sofá de piel de tres plazas y me preguntó si me apetecía tomar algo. Lo rehusé con un gesto; no me daba para más el malestar que tenía en el cuerpo.

—No entiendo nada, ¿por qué os habéis enfadado?

A ver cómo le explicaba yo a Pascual por qué narices habíamos discutido, si no le contaba antes que había entrado en mi casa adrede en pleno incendio para simular que había dormido allí, poniendo primero mi vida en peligro y posteriormente la suya. Si es que era para darme con un calcetín sucio en toda la cara, ¡zaca!, sin compasión. En el fondo, sabía que Pepe tenía motivos de sobra para estar cabreado conmigo, había sido una irresponsable, una loca, una imbécil, pero tenía que entrar y fingir que había dormido allí para no perder la herencia y, después de todo, ¿para qué? Todo se había vuelto en mi contra, ahora encima era la principal sospechosa de incendiar mi propia casa conmigo dentro y, además, Pepe, no quería saber nada más de mí, cosa que me dolía muchísimo, a pesar de todo lo que había dicho sobre mí, y con qué desdén y con qué odio, como si yo fuera una mierda *pinchá* en un palo. Si es que me había mirado un tuerto. Sí, joder, y como lo pillase le iba a sacar el maldito ojo sano y me iba a hacer un collar de borlas con él, cabrón.

—Sí pasé la noche en su casa —le confesé en voz baja—, solo que no quería que nadie lo supiera, por eso entré saltando la tapia del patio trasero.

Arqueó las cejas y sacudió la cabeza a los lados.

—Ya sé que soy una loca y que me merezco todo lo que me pasa, pero no me sermonees tú también, es lo último que necesito ahora. Me voy. Tengo que irme a Madrid y reemprender mi vida donde la dejé y pasar de Pepe.

—Claro, en Madrid hay miles de tíos mejores que Pepe.

Asentí, pero me dije con pena: «Sí, pero ninguno será Pepe».

—Me voy —dije decidida, levantándome.

—¿Ahora?

—Sí, solo son las ocho, a estas horas no habrá tráfico en la entrada a Madrid, y a las once estoy allí y podré dormir en mi cama, que ya me apetece.

—Puedes dormir aquí, tengo una habitación de invitados.

Lo miré dudando de si aceptar su oferta, pero negué con la cabeza.

—Si me quedo, tal vez no pueda resistirme y me arrastre hasta su casa suplicándole perdón.

—¿Y?

—Que no pienso hacerlo, es mejor así, desde que empezó toda la historia con él —me reí porque pensándolo ahora me parecía que había pasado mucho tiempo desde mi llegada, y no habían sido más que seis días de nada. Seis días muy intensos. Muy raros. Muy locos—, supe que lo nuestro tenía fecha de caducidad y me jode reconocer que, aunque hubiera estado un mes aquí entero y hubiésemos llegado a más, al final lo tendría que haber dejado y hubiera sido incluso peor de lo que es. Así que me voy. No puedo darme la oportunidad de recular, porque lo mío con Pepe no puede funcionar, estamos en dos mundos distintos y yo no voy a dejar todo lo que tengo por él.

—¿Y él por ti? —Ladeó la cabeza con una sonrisilla.

Me encogí de hombros, no tenía una respuesta para eso.

—Dudo mucho que él esté enamorado de mí.

—¿Y tú de él?

—¿Yo? No sé... puede que estuviera cerca.

Asintió lentamente y extendió la mano para coger la mía.

—Debes irte entonces.

—Sí —me limité a decir.

En cuanto pasé la rotonda donde Pepe me hizo el alto, pPhone resucitó con un mensaje de WhatsApp, y luego con otro aviso de Instaglam y otro y otro más, un sin parar, pero ni eso consiguió arrancarme una sonrisa. Así de jodida estaba. Tenía ganas de estamparlo contra el cristal; él tan feliz y yo tan triste. Detuve el coche y silencié todas las *apps* para no tener que escuchar en mi cabeza la voz de Pepe, diciéndome que era una enganchada de mierda. Sí que lo era, sí, una

maldita adicta. Me reí como una loca y me dije: «Dios, estás fatal. Cálmate, *mumacha*», y aquello aún me hizo reír más. Ahora sí que me sentía enganchada, pero a él, una maldita Pepe-adicta, y no sabía si podría desintoxicarme, pero dicen que veinte días es suficiente, así que iba por el buen camino, nada mejor como apartar el agente para superar la adicción, el agente, joder, si es que todo me recordaba a él.

En mi vida he llorado tanto como lloré en las tres horas que duró el trayecto de regreso. En mi vida hubiera pensado que dejar atrás ese pueblo me iba a doler tanto, pero en parte dejaba un algo de mí allí, un sueño irrealizable, una bonita casualidad, un amor no correspondido... Joder, cómo me gustaba agonizar, me puse a Lana del Rey y todo. Y de haber llevado una botella de *whisky* la hubiera empinado de lo lindo, y eso que no me gusta el *whisky*, pero necesitaba anestesiarse el dolor que se había instalado en mi cuerpo, qué tonta.

Aparqué en Paseo de las Delicias frente a la cafetería a la que solía ir a tomarme mis socorridos cafés con soja y al ver esos panes de pueblo expuestos me invadió una estúpida añoranza por Villa Maravilla y sus lugareños. En fin, agua que no has de beber, mejor déjala correr.

Mi piso en Divino Valles me recibió en silencio, mis compañeros no me esperaban tan pronto y posiblemente, o estaban trabajando, o habían salido a la caza en un pub que había a un par de calles, vaya, en Madrid las distancias también se podían medir en calles. Me reí nostálgica y entré en mi habitación minúscula con su ridícula ventana mirando a un patio interior tan horrible que provocaba congoja, y me lancé sobre la cama para hacer lo que mejor se me daba hacer, visto lo visto, llorar a moco tendido autocompadeciéndome. Ahí estaba en su máximo esplendor mi yo más socorrido y dramático.

Mientras tanto, Pepe...

Aunque iba de chico duro, aquella noche Pepe tampoco consiguió pegar ojo. Fue la peor en mucho tiempo. Su mundo había cambiado a una velocidad sideral en los últimos días, y solo había un motivo para ese cambio tan radical. Yo. Esa chalada intrusa que se había instalado en la casa de al lado y que le había trastocado en un visto y no visto la rutina diaria.

Desde que Pepe se había mudado hacía unos seis meses a Villa Maravilla para cuidar de su abuela todo había sido tan metódico como aburrido. Casa, trabajo, abuela, en ese sentido, o en el inverso. Todo controlado. Todo en orden. Los días en el pueblo fluían de un modo tan baladí que apenas era consciente de que había trascurrido el tiempo hasta que se había comido un mes. Y así, seis. En un lugar tan pequeño todos se conocían, no había un factor sorpresa que alterara el latir cotidiano de la vida. Hasta que llegué yo y mi musicalidad en movimiento. Le rompí todos los esquemas. No pensaba que estuviera loca en realidad, pero mi fascinante locura lo había atrapado y él no había hecho nada por impedirlo. Se había dejado llevar, y de qué manera, pero es que hay veces en las que uno no puede impedir dejarse llevar por el vendaval o simplemente no hace nada por evitarlo, porque en el fondo lleva tiempo necesitando salir volando.

La primera vez que me vio le parecí tan irresistible que no pudo resistirse a hacerme la puñeta, cosa que se le daba muy bien. De narices. Eso y que estaba mortalmente aburrido, su compañero había tenido que quedarse en el cuartel y había salido a patrullar solo.

Un coche, media hora, otro coche, veinte minutos, un coche más, un bostezo. Se iba a dormir dentro del Paton, así que decidió bajar y detener el primer coche que entrara en la rotonda para matar el tedio de las horas.

Un golpe de suerte trajo mi Forito del año de la Piquer a aquella solitaria rotonda en aquel momento. La conductora era la mujer más preciosa que había visto Pepe en mucho tiempo. Algo que me pareció en exceso exagerado cuando

así me lo contó, pero ya sabéis lo romántico que es Pepe cuando se pone. Viajaba sola con su vellón. La señorita Garrido. Alicia en el país sin wifi. Yo misma.

Una sonrisa nerviosa, cuatro palabras torpes, una caída de ojos y ya lo estaba liando. Soy muy cabrona cuando me pongo. No era pan comido *el Picoletto Guaperas*, pero estaba para comérselo. Y en ese momento fue donde todo comenzó. Hubo chispa entre los dos, la que encendería lentamente la mecha en los días siguientes hasta estallar la bomba que demolió la tranquila vida de Pepe.

Él no entendía cómo alguien en tan poco tiempo puede meterse tanto en tus huesos, enredarse en tu cabeza, confabularse con todas y cada una de tus neuronas y ya no puedas dar un paso sin pensar qué pensará esa persona de ese paso que estás dando. Pero así fue. No encontraba la manera de quitarme de su mente. Había llegado con mi bandera y la había clavado en el centro de su pecho, y era tan jodido como alucinante.

Tras la gresca en su casa, no estaba orgulloso de su proceder, pero estaba tan cabreado que había sido incapaz de medir sus palabras conmigo. No negaré que había sido una inconsciente. Me había puesto en peligro y ¿por qué? Él no conseguía entenderlo. Le había dado vueltas durante horas y, de acuerdo, tampoco le apetecía ser el centro de la picota en un pueblo en el que apenas había temas de los que cotillear, pero suponía que ya lo íbamos a ser de todos modos, y esto era otra cosa. Había cometido la locura de meterme en medio de un incendio para evitar los rumores y eso le dolió, mucho. Pepe tenía su orgullo. Muy grande. Y más, tras lo que había pasado entre los dos apenas unas horas antes. No es que pensase que fuéramos a comprometernos para siempre, y más sabiendo quién era yo y lo que esperaba de mi futuro.

No se le escapaba que estábamos en dos realidades distintas y que mantener aquella chispa no sería fácil, pero a él le hubiese gustado probar; si luego salía mal, pues ya se vería. No podía negarse a sí mismo que yo tenía posibilidades. La reacción que le provocaban mis ojos, haciéndole sentir como si viera lo que había debajo de su piel, mi sonrisa, mis risas, mis canciones en la boca que me acompañaban en cualquier momento... (Pepe se pone muy cursi a veces) por no entrar en el detalle de asuntos más íntimos, como los besos y el exquisito roce de mi cuerpo contra el suyo, todo era demasiado intenso como para resistirse. Irresistible, sí. Yo tampoco había podido resistirme. Y había caído de lleno.

No podía perdonarse todo lo que me había dicho ni de cómo lo había hecho. Podía haberse medido un poco, lo sabía. Se había excedido y me había hecho llorar. Aún no me había ido y ya me estaba echando de menos. Como yo a él. Estuve diez minutos a lágrima viva en mi coche, esperando que saliese y me dijera que volviera, y él, mientras tanto, estuvo espiándome desde la ventana,

muy tentado de salir en mi busca y abrazarme y consolarme, besarme como le pedía el cuerpo, pedirme perdón o algo, no sé, algo que pudiera arreglar el desarreglo.

Sabía mejor que nadie que yo no había sido un error. Era bajo su parecer la más bonita casualidad con la que había tenido la suerte de tropezarse y me iba a perder. Pero el orgullo se impuso y no salió, y yo terminé marchándome, y cuando digo «marchándome», no estoy hablando de la acción en ese preciso momento. Me había marchado de verdad, tal vez para no volver, aunque esto Pepe no lo supo hasta el día siguiente. Y si la primera noche había sido mala, no quiero explayarme en lo malo que fue ese domingo ni el lunes ni el martes ni el miércoles ni el jueves... Había sido un asco de semana. Para Pepe. Para mí. Para los dos.

¿Cómo alguien en tan poco tiempo puede meterse tan adentro? La casa le parecía más vacía que de costumbre, la rutina tan tediosa que estaba deseando tumbarse en la cama y cerrar los ojos; casi era peor. El insomnio llevaba mi nombre. Me tenía en la cabeza y mi olor estaba en sus sábanas. Joder, ¿qué había hecho con Pepe? ¿Puede alguien enamorarse en tan poco tiempo? Pepe estaba perdido, debía estarlo, porque nunca antes se había sentido así de desesperado.

Cuando ya no podía resistir ni una sola vuelta más sin pegar ojo, entonces hacía algo de lo que se avergonzaba, pero era lo único que conseguía aplacarle. Se levantaba y se sentaba al escritorio, encendía el portátil y entraba en Facepook o en Twito para verme, era lo único que contenía sus ansias por llamarme. Ver que había vuelto a las andadas, y de qué manera, tanta sonrisa, tanta pose, tanto derroche de felicidad lo mataban. Adicta de mierda, se decía, qué bien estás en Madrid con tu wifi y viviendo la vida de la gente *cool*. Él sobraba.

El domingo siguiente llegó sin pena ni gloria, y se levantó de la cama. Hizo lo que hacía siempre, desperezarse, darse una ducha y arreglar a su abuela. Seguía en su mundo, cada vez la notaba peor y, por lo que le habían dicho los médicos, iría en aumento hasta dejar de ser quién era, incluso en el pasado que creía vivir en el presente. El martes le habían cambiado la medicación y andaba medio grogui todo el tiempo, apenas hablaba y si lo hacía era para confundirlo con sus vivencias pasadas que revivía con tal intensidad que a veces asustaba un poco.

—Abuela, voy a salir un rato.

—Manolo, ten *cuidao* con el *trastor*.

—Lo tendré —se limitó a responder.

Era inútil lidiar con sus confusiones. Para Elisa, él era su abuelo y ya era de agradecer que no le diera por meterse en su cama pidiendo guerra, aquello

hubiera sido demasiado complicado de batallar, incluso para un chico duro como Pepe.

—Ay, qué pena más grande —dijo la abuela.

—¿Qué pena, por qué?

—¿Es que no te has *enterao*?

Pepe la miró con pereza, podría ser cualquier cosa de las suyas, aun así, le mostró interés:

—No, ¿qué ha pasado?

—Lo del Ángel y la hija de la Virginia.

Aquello sí consiguió captar su atención.

—¿Qué ha pasado con ellos?

—Que la ha *preñao* y su madre la echó de casa anoche.

—¿Embarazada?

—Sí, Manolito, qué disgusto le ha *dao* a su pobre madre. Preñarse con diecisiete años y encima de un cura.

Pepe abrió los ojos muy impactado por la noticia.

—Tenías que haber oído los gritos que pegaban. Yo no quería enterarme, pero lo escuché todo —prosiguió con voz culpable.

—Claro, se oye todo desde el porche.

—No *vías* qué voces se daban. —Bajó Elisa la voz entonces.

—¿Y ese Ángel dices que es cura?

La abuela le dio un manotazo en el brazo.

—Pero ¿en qué mundo vives, Manolito? No te enteras de *na*. Pos claro, el sobrino de don Anselmo que llegó hace *agora* un mes al pueblo. La que se va a liar va a ser *gordisma*.

Si le hubieran pinchado con un alfiler no hubiera sangrado. Aquello era muy fuerte. Mi padre era o había sido cura y, además, era el sobrino de don Anselmo. Mierda, ¿y si era sobrino de don Anselmo que era a su vez el hermano de su tía Juana? Joder, no... a ver si al final íbamos a ser primos segundos. Pepe tenía que hablar con la persona que mejor podría sacar algo de luz en todo aquel entuerto. Se puso en pie, decidido.

—Yaya, me voy —le dijo, dándole un beso en la mejilla.

—No vengas tarde, Manolo, que voy a hacer arroz caldoso y sabes que se esclafa.

Nada de esto fue un error

Me levanté con unas ojeras de oso panda que no repararía ni con masilla de carpintero. Pensaba que dormir en mi cama y volver a respirar aires madrileños me iban a hacer un poco más feliz, pero no fue así. Cuando me metía en la cama me pasaba horas despierta, con la cabeza dando vueltas como una lavadora. Me sentía muy vacía, muy nostálgica y muy triste por no estar en Villa Maravilla con Pepe. Él era, sin duda, la razón de todo mi pesar, ni siquiera se había dignado a llamarme para preguntarme cómo estaba o dónde pensaba dormir. Y eso, que me constaba, que me había estado espiando desde su ventana y me había visto marchar con unos lagrimones a lo nacimiento del río Mundo, impasible a mi desdicha.

Me senté al borde de la cama y asomé la cabeza por la ventana que daba al patio de luces. Alguien estaba cocinando callos y la idea de respirar aire fresco se fue al traste, me dio tal repugnancia que salí disparada hacia el baño.

—¿Alicia? —Me tropecé con Jimmy que lucía una bata de raso de leopardo de lo más chic.

—Un segundo... —Entré en el baño y solté la pota, mientras Jimmy aporreaba la puerta incesante.

—¿Estás bien, reina? ¿Qué *hases* tú aquí?

Salí con cara de calamar y me desplomé en el sofá seguida de un Jimmy en modo ametralladora, haciendo preguntas y agarrándome los hombros para hacerme reaccionar.

—Hija mía de mi vida, *pareses Mortisia Adams*. Me quieres responder ¿qué *narises hases* aquí? ¿Ya has trincado la pasta? —Me abalancé sobre él y me puse a llorar desconsoladamente—. *Mamasita*, esto no tiene buena pinta, ¿no será por las fotos de Alex en el *Furore*? Valiente hijo de puta, no te me arremolines, hay más tíos que *longanisas* y tú eres la gran Alicia Trevi, te lloverán los maromos...

Alcé mi cara lacrimosa de su pecho, había dejado un rodal acuoso con restos de rímel en su bata glamurosa.

—Lo siento, te pagaré el tinte.

—¡Qué tinte ni qué tinte! Cuéntame que te pasa ahora mismito que me va a bajar la regla del susto por el recto.

Las ocurrencias de Jimmy siempre me hacían reír, pero esta vez no tenía ganas de esbozar ni una diminuta sonrisa.

—No es por Alex, ese tío me la trae sin cuidado. Es por Pepe.

—¿Navarro? —Jimmy se echó las manos a la cabeza.

—No, ¿cómo iba a encontrarme con Pepe Navarro en el pueblo? Además, ¿cuántos años tiene ese señor? ¿Mil?

—Sesenta y *sinco*, y aún está resultón.

—Bueno, pero no es ese Pepe, Jimmy, es otro Pepe que tú no conoces, de treinta y dos años, y, por lo visto, yo tampoco, creía hacerlo, pero me he dado cuenta de que no.

—Será mejor que *empieses* desde el *principio*, voy a hacer café mientras tú *comiensas* esa *narración* que me tiene *engrifada* como un gato. —Bufó dos veces y yo lo seguí hasta la cocina.

—Por cierto, gracias por la maleta.

—Lo siento, mi *amol*, no tuve tiempo de más nada la semana pasada...

—Pero Jimmy, me dijiste que me la habías enviado —le reocriminé cortándolo.

—Lo sé, *presiosa*, lo sé, pero no tenía ganas de oírte gritar y te mentí. Uuuuuuiihhh... ya te contaré, pero *empiesas* tú que no puedo más con esta *desasón*. —Movi6 su culo al más puro estilo caribeño y empecé a contarle con pelos y señales todo lo vivido esa semana en Villa Maravilla.

La semana transcurrió lenta, llenando mis días y mi basura de tarrinas de helado que Jimmy reciclaba para plantar hierbas aromáticas. Le había dado ahora por los huertos urbanos y teníamos convertida la cocina en una especie de invernadero. Y mientras me contaba para distraerme sus técnicas de labranza en recipientes reutilizables, la pena de pensar en los extensos y llanos campos de Villa Maravilla me hundía cada vez más en la miseria. La vida seguía y crecía a mi alrededor, pero yo me había detenido en un punto inexacto en el que no dejaba de mirar hacia atrás. Y eso no era plan. No para mí. Tenía que seguir, pero era superior a mis fuerzas mentales el batallar con mi cataclismo interior.

Mis amigos intentaron cualquier cosa para levantarme el ánimo, sacándome a cenar, llevándome a bailar bachata y poniendo música en casa a todas horas para que no pensara en nada. Y yo me acicalaba, los seguía a rastras y posaba con mi mejor versión sonriendo de oreja a oreja hasta que me dolía la

mandíbula. Pero el domingo toqué fondo cuando se les ocurrió poner *Nada de esto fue un error* de Coti y Julieta Venegas.

—¡Quitad eso ahora mismo! —grité, saliendo en estampida de la habitación con un parecido muy acojonante a Courtney Love tras la fiesta de su vida, a mis tres compañeros que hacían los quehaceres de la casa como señoronas.

—¿Qué mosca te ha picado? Es una *cansión presiosa*. —Osvaldo se plantó frente a mí, plumero en mano.

—¡No quiero oírlo, no quiero oír la palabra «error» nunca más en la vida! —Gruñí y me fui derecha al equipo de música y tiré del cable para desenchufarlo.

Jimmy se acercó con los ojos como platos.

—Estás mucho peor de lo que creía, Alicia, tienes un dolor de coño que no te aguantas ni tú misma. ¿Qué te ha dado ese Pepe? —dijo soltando la escoba, los brazos en jarras como si fuera mi madre, a la que por cierto todavía no había avisado de que estaba de nuevo en Madrid, ¿para qué? Manuela pasaba de todo.

—¡Tú no lo podrías entender! —le grité al punto del llanto.

—¿Insinúas que soy un insensible?

—Insinúo que nuestra vida, la de los cuatro es una pantomima. Me he pasado la semana haciéndome *selfies* absurdos poniendo buena cara y fingiendo que mi vida en Madrid es la leche y cuando llego a casa me quito la careta y me martirizo en la habitación, llorando con la cara hundida en la almohada.

—Habla por ti, reina, mi vida no es una pantomima. Ni la de estos dos —me replicó encrespándose muy ofendido.

—¡Nuestra vida es una mierda!

—¡¡Di que tu vida es una mierda!!

Osvaldo y Samuel, con su característica prudencia y evidenciando que Jimmy y yo nos íbamos a batir en un duelo verbal, se retiraron con sus plumeros a otra parte.

—¿Y por qué no le llamas tú? —me increpó—. O mejor ¿por qué no te vas a ese pueblucho y te desfogas pegándole con una goma de butano en el lomo? —Levantó un dedo y alzó una ceja—. Con *caperusa* y todo.

—Porque el muy cabrón me llamó «error», soy un jodido error para él. Y el orgullo me puede, llevo toda la semana publicando en las redes lo feliz que soy y lo bien que me va, poniendo cara de golfa y sonriéndole a la vida, cuando por dentro tengo cara de perro, porque quiero joderlo y darle donde le duela, que se piense que sus palabras me resbalan —le expliqué de nuevo con un huevo grandísimo—. ¿Y sabes qué, Jimmy? Que no me vale de nada, no estoy feliz ni estoy orgullosa. Seguro que ha estado espionando mis perfiles y me ha visto y eso habrá agravado lo que piensa de mí.

—¿Y no es lo que querías conseguir? ¿Darle en los morros *haciendo*

posturitas de diva? —me preguntó Jimmy visiblemente enfadado, recordándome a un Pepe días atrás recriminando mi comportamiento.

—Sí, eso quería... pero no lo he conseguido. Soy un puto desastre. No puedo quitármelo de la cabeza, todo lo que hago lo hago pensando en él. Y no puedo olvidarlo por más que me lo exija, porque me lo he traído conmigo. Está aquí —le señalé mi pecho y lo hinché antes de llevarme las manos a la cara para enjugarme las lágrimas. A este paso me iba a deshidratar de tanto llorar.

—Ya veo lo que insinúas, yo solo quería ayudarte, Alicia.

—Pues así no me ayudas. —Me enfurruñé, pero lo cierto era que la culpa no era de Jimmy ni de Samuel ni de Osvaldo. La culpa era solo mía por no saber actuar por méritos propios y hacer lo que tenía que hacer.

—Siempre *hases* lo mismo, Alicia, cuando algo no sale según tus planes echas la culpa a los demás. Madura un poco.

—¿Y me lo dice un hombre que viste de leopardo y se lleva una maleta con plataformas a los *castings* como una mamarracha? —Lo había vuelto a hacer, mi boca de rayo me había jugado una mala pasada y había vomitado toda mi rabia en alguien a quien quería.

—Te has pasado, *Alisia*. —Jimmy se quitó el delantal de *print* animal y lo lanzó contra el sofá, marchándose a su habitación con la barbilla bien alta y dejándome en medio del salón con el pijama lleno de manchas de chocolate. Lo había ofendido a base de bien, lo sabía porque esta vez no vocalizó la «c» de mi nombre como si estuviera en manos de un logopeda, a sabiendas de lo mucho que yo odiaba que me llamara «*Alisia*».

Al mediodía, tras una ducha reparadora que me sentó de maravilla y vestida con mis mejores galas para darme vidilla, esperé a que mis compañeros salieran de sus habitaciones para disculparme.

—Chicos, perdonad mi comportamiento de antes, en compensación, ¿qué tal si os invito a comer en Shikku?

—No, *gracias*. Nosotros hemos quedado —dijo Jimmy como portavoz de las reinonas.

—¿Puedo ir con vosotros? —les pregunté con mi mejor voz y poniendo carita de niña buena.

—Será mejor que no, quédate en casa y reflexiona. No queremos que te hagas alguna foto que te joda la vida comiendo sushi a dos carrillos.

Los tres salieron por la puerta dignamente, dejándome tirada en el propio salón de mi casa con unos tacones de doce centímetros. ¿Se podría ser más patética? No lo sé, puede, pero me lo tenía merecido, era una lagartona mala.

Ahora empezaba a ser consciente de que mi personalidad no acompañaba a una vida plena y feliz. Era más consciente que nunca, que Pepe tenía razón en algunas cosas que decía, recordando cuando me llamaba adicta y la razón que tenía, cuando llegué como si nada a su casa arreglada de punta en blanco tras el incendio, como si el mundo me tuviera que perdonar la vida con mi absurda convicción de que yo era la hostia.

Yo era como cualquier ser humano, con virtudes, defectos y debilidades. Y mi debilidad era Pepe; cuánto lo echaba de menos, sus ojos oscuros en los que perderse, su barba poblada que en otro momento le hubiera obligado a esquivar, su olor que me encendía, sus brazos fuertes y mortíferos... él era la verdadera repera. Un hombre que había sacrificado su vida por cuidar de una anciana y arriesgado el tipo para salvar la mía por mi absurda imprudencia. Podríamos haber acabado chamuscados como dos seres en Pompeya, fosilizados como pinchos morunos en casa de mi abuela.

Era el momento de poner solución a todo esto, de buscar respuestas y de decirnos el uno al otro, tras una semana de reflexión, todo lo que llevábamos dentro, pero no por teléfono; maldito aparato que carga el demonio. Lo mejor era vernos las caras, mirarnos sinceramente a los ojos y soltar lo que sentíamos, yo estaba dispuesta a ello.

Aunque parezca una locura y algo absurdo de creer, ese tío en una semana había hecho girar mi mundo y mi vida y me había enamorado de él hasta las trancas. Si eso no era amor, ¿qué narices era el amor? Tenía que ser amor. Nunca me había sentido tan desesperada. Lo quería, lo quería de una forma loca y bruta y quería decírselo, quería que lo supiera y que él también me dijera si sentía algo por mí o si no. ¿Y si era un no!? Pues si era un no, me daba igual, así por fin encontraría el empuje que necesitaba para despellejarme y poder sacármelo de debajo de la piel.

Tan solo tres horas de distancia nos separaban y no podía dilatar más esa agonía, quería sentirlo cerca y me iba a tragar el orgullo, aunque me costara digerirlo, y esta vez lo haría en chándal.

Me puse unas mallas negras, una sudadera de Queess desgastada y unas zapatillas Kike, me recogí el cabello en un topo, me colgué del hombro mi maxibolso y salí por la puerta con una sonrisa de oreja a oreja rumbo a mi Forito, que había estado aparcado durante toda la semana en el mismo lugar donde lo dejé cuando llegué a los madriles.

—Venga, guapo, llévame al país sin wifi —le dije nada más arrancarlo.

La radio me fue deleitando con canciones románticas todo el camino, que no hicieron otra cosa más que aflorar mis nervios aún más. Me subía y me bajaba por el cuerpo una especie de escalofrío que me oprimía el pecho y luego

cesaba para dar paso a uno nuevo. La carretera me parecía más larga que la primera vez, eran tanto las ganas de volver a pisar suelo villamaravilleense que no le veía la punta al lápiz, y más de poder ver a Pepe, que había inundado mis pensamientos cada noche y cada día desde que partí de allí hecha un mar de lágrimas.

Ni el mejor helado del mundo podría sustituirlo, ni el glamur de los lugares donde solía moverme por Madrid era comparable con lo que él me daba. ¿Cómo una mujer como yo que había sido la más superficial por antonomasia ahora prefería la casta más rural y el abrigo de un chico como Pepe? Supongo que la vida no deja de sorprendernos jamás, nosotros mismos nos sorprendemos cada día con una pequeña acción o un simple gesto, pero esto era demasiado para mí.

Estaba empezando a entender qué era aquello que pretendía mi abuela Virginia. De un modo poco ortodoxo había querido mostrarme, con lo que antes me parecía una absurda y cruel cláusula testamentaria, sin haberla conocido y desconociendo, el porqué de la inquina que había entre mi madre y ella, y le estaba agradecida. Había empezado a despertar en mí un cariño por su persona, aunque ya no podría conocerla en vida o quizá sí, ya me lo dijo la gitana.

Me encontraba a la altura de la rotonda donde me paró Pepe aquella tarde y una sonrisa se me dibujó en la cara al recordar aquel momento loco y absurdo. Recordaba que pensé que jamás hubiera imaginado que existieran esos especímenes por aquellos lares llenos de secarrales y molinos astronómicos más sosos que el pan con pan. Y cuál fue mi sorpresa cuando encima descubrí que era mi vecino.

Por fin vi el cartel que anunciaba mi llegada a Villa Maravilla y en mi cabeza se barajaron dos opciones: llamar a Pascual y tomarme unas copas de vino antes de enfrentarme de nuevo a Pepe o ir directamente y sobria a ver al hombre que había poseído mis pensamientos.

Detuve el coche y abrí la ventanilla para tomar un poco de aire reparador y darme a mí misma unos minutos para pensar, me lo merecía, había conducido a piñón fijo las tres horas con un ataque de ansiedad digno de un concurso de hipercolesterolémicos a punto de petarlo.

Estuve muy tentada entonces de pedir consejo a Pascual y tomarme unos copazos del vino de mi abuela para templar mis nervios, pero la razón esta vez me dijo que llegar a casa de Pepe con aliento a *vinacho* picado no sería una buena elección ni mi mejor carta de presentación. Una tiene que afrontar las cosas desde el raciocinio y con toda la lucidez posible dadas las circunstancias.

Arranqué de nuevo y sobrepasé el cartel de bienvenida, ya estaba en territorio comanche lista para la batalla, o no. No lo sé.

La calle seguía igual que la dejé, con sus farolas viejas y su empedrado

maligno que se te clavaba en los pies si no llevabas una buena suela. Todo estaba igual, excepto mi casa. Las ventanas estaban destrozadas, el marco de madera ahora era de carbón y se tenía a duras penas, y la fachada antes blanca ahora hacía aguas negras como el mármol travertino. Estaba empezando a oscurecer y las farolas se encendieron dándome un recibimiento algo menos glacial; seguía haciendo un frío de mil demonios, y en la casa de Pepe se encendió la luz programada del porche. Fue como una señal cuando bajé del coche, ya sé que solo era efecto de la electricidad y los automatismos modernos, pero su brillo ambarino fue un claro signo de que era el momento de pasar a la acción.

Sabía que la puerta estaba abierta, como en todas las casas de este pueblo, y que alguien estaba dentro de la casa, pues se veía luz a través de las persianas a medio bajar. Aun así, creí mejor llamar a la puerta; ya no estaba en situación de irrumpir con mis camisones extralargos y mi mejor cara como si nada hubiera pasado. Ahora era una forastera más que se había perdido en su camino.

Me costó mucho alzar la mano y dar esos golpes, pero llené mis pulmones con el aire puro de esta villa que me llenaba de vida y lo hice.

—Ya voy. —Oí la voz de Pepe tras la puerta y los pasos que iba dando hasta llegar a ella y el corazón empezó a latirme muy fuerte, tan fuerte que juraría que se me iba a salir del pecho a trompicones—. ¡Alicia!

Cuando me vio allí parada vestida de *cutre-runner* pude adivinar un apunte de sonrisa, sonrisa que se volvió enseguida un gesto seco y taciturno bastante forzado, aunque justificado. Yo venía en son de paz y por ello estaba dispuesta a pasar por alto su mala cara.

—Pepe —dije, asintiendo con la cabeza a modo de saludo.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó en tono autoritario.

—¿La verdad...? —Pepe esperó mi respuesta en silencio y el ceño fruncido mientras yo trataba de darle forma verbal en la cabeza a lo que quería decirle, pero eran tantas cosas que no sabía ni por dónde empezar—. No lo sé.

—Magnífica respuesta, Alicia, no esperaba menos de ti. Cuando sepas por qué estás aquí no dudes en volver a llamar a mi puerta. —Pepe agachó la cabeza y empezó a cerrarme en las narices, pero yo detuve la puerta con la mano.

—Espera, en realidad, sí lo sé. Pero me cuesta mucho, entiende que no sea fácil para mí.

—¿Por qué no me has llamado, Alicia? He tenido que enterarme por terceras personas de que te marchaste. Cuando te subiste al coche no pensé que fuera para volver a Madrid. Podrías haberme puesto un *wasap* para informarme de que habías llegado bien —me recriminó. Vaya, pues también podía haberlo escrito él, maldito orgulloso de mierda.

—¿Y usar esa máquina infernal de lobotomizar cerebros!? —fingí

horrorizarme.

Sacudió la cabeza y estrechó los ojos en mi dirección.

—Ya te dije que no me parece mal un uso racional del mismo —empezó a envalentonarse—, pero lo tuyo no es racional, es enfermizo, y hasta que no te des cuenta de ello y reconozcas esa adicción no podrás superarla.

Inspiré y conseguí tranquilizarme; debía mantener la boca cerrada y no alterarme. Levanté las palmas indicándole con el gesto que parase.

—Vale ya, no empieces, no he venido aquí para discutir contigo.

—He tenido que saber de ti gracias a las redes sociales —masculló, torciendo el gesto.

—¡O sea, que me has estado espiondo! —exclamé triunfal, cruzándome de brazos en actitud retadora.

—¡No te he estado espiondo, no empieces con tus locuras! ¡Solo estaba preocupado! —Pepe también empezó a elevar la voz.

—Tú también podrías haberme llamado.

—La que se fue fuiste tú.

—No porque yo quisiera, se me quemó la casa.

—Casa que usabas bien poco, puesto que dormías en la mía.

—¿¡Y eso te molesta!?

—¡Yo no he dicho tal cosa!

—¿Entonces...?

—Entonces, dime a qué has venido, dímelo, va —me pidió, aunque su tono no era el adecuado.

Mira que yo quería hacerlo bien, estaba a buenas, pero cuando se ponía gallito me saltaba los fusibles. Conté hasta tres para no soltarle cualquier barbaridad.

Iba a responderle cuando una llamada con la canción *Ave María* de Bisbal me entró, distraendo tan alegre como inoportunamente el tenso momento que se estaba generando entre los dos.

Pepe se llevó la mano a la cara para ocultar una sonrisa burlona y yo llevé los ojos al cielo muy tentada de echarme un bailecito si con eso conseguía que se relajara el ambiente.

—Responde, si quieres.

—No quiero. —Le dediqué una mirada belicosa.

—Sí quieres, lo estás deseando.

—Que te estoy diciendo que no quiero.

—¿Y si es algo importante?

—Joder, Pepe, que te digo que no quiero.

—Insisto.

—Pero ¿qué te pasa, Pepe!? —El tono de mi voz volvió a ser el mismo que solía utilizar cuando Pepe y yo teníamos riñas día sí y día también. Cosa que, a decir verdad, me ponía bastante cachonda y esta vez no iba a ser menos.

—Pues mira, voy a responder —dije desafiante.

Me hizo un ademán con la mano de que era libre para hacerlo.

Saqué el móvil y miré la pantalla. Era Jimmy. Pero en lugar de darle a responder, le dirigí una mirada de arrebatamiento y comencé a besar toda la superficie de mi pPhone, mientras Pepe se apoyaba en el marco de la puerta y me observaba con los ojos abiertos como platos, bastante confundido y algo divertido a juzgar por ese entrecejo menos marcado.

—Te quiero mucho, muchísimo, estoy loca por ti. Te amo, eres mi amor, mi novio —le decía al aparatejo entre beso, morreo y lametazo al canto ante un Pepe cada vez menos contenido. Bien, ya lo estaba ablandando un poco.

—Anda, trae —dijo alargando la mano—, deja de hacer eso. —Miró a los lados por inercia. Pero estábamos solos. Él, yo y mi pPhone que ya se había silenciado harto de esperar.

—No quiero, es mío y soy adicta a él, mira lo que hago con él. —Puse cara de golfa y empecé a restregármelo por las tetas gimiendo—. Ay, qué gustito, oohhhh, oohhhh, pero qué gustito más grande, sigue así, sigue así, cómo me pones. Estoy que ardo, me quemo, me quemo, ooooooh... —Lo deslicé hasta mi entrepierna y simulé el característico sonido de un objeto muy caliente al entrar en contacto con algo muy frío—. Psssss, Psssss, Psssss...

—Dámelo —me ordenó, extendiendo la mano para quitármelo.

—No —me negué rotunda, apartándolo de su alcance y metiéndomelo con una rapidez digna de Houdini por dentro de la sudadera, dejándolo a buen recaudo entre mis dos tetas.

—No me obligues a cachearte, señorita Garrido —dijo entrando por fin en mi juego.

—Hazlo, capullo, no pienso dártelo, tendrás que cogerlo si tienes huevos —lo reté antes de levantar los brazos y darme media vuelta.

Pasaron unos segundos en los que cada vez me sentía más ridícula de cara a la pared en posición para ser cacheada, mientras Pepe se lo pensaba. Un cabreo monumental se adueñó de mí. Pero ¿qué narices se estaba pensando tanto? Me estaba ofreciendo. Quedaba claro, ¿no?

—Pasa, hace mucho frío —dijo en tono seco.

Lo miré un tanto abochornada por encima del hombro, me acababa de rechazar y no sabía si quería entrar o darle un puñetazo en la nariz. Pepe entonces abrió la puerta de par en par, pero yo me quedé quieta mirándolo molesta y mi mirada furiosa encontró la suya.

—Te he dicho que entres —me ordenó.

—¡Ahora no quiero!

—Pero ¿¡qué cojones te pasa ahora, Alicia!?

—¡¡Nada!!

—¿Y por qué estamos gritándonos otra vez?

—No lo sé —me encogí de hombros—, será la costumbre.

—Te pido que entres —cambió el tono a uno menos espartano y me dedicó una mirada cargada de intenciones.

—Está bien, pero porque tengo frío —protesté, dando un paso hacia la puerta, y es que en el fondo estaba deseando entrar (tampoco es ninguna novedad que me lo quería ventilar).

En cuanto cerró tras de mí, me empujó contra la pared y me aplastó con su cuerpo. Jadeé sofocada. Él también. Nuestras respiraciones se arremolinaron y nuestras miradas se enfrentaron como dos titanes.

—¿Me vas a cachear ahora, chulo-putas?

Puso los ojos en blanco y sonrió juguetón.

—Hasta el último centímetro de piel, señorita Garrido. Date la vuelta, levanta las manos y apóyalas en la pared —susurró, acariciándome los labios con su aliento.

No dije nada, simplemente hice lo que me pedía. Se pegó por completo a mi espalda, marcándome con su cuerpo y me besó la nuca erizándome entera.

—Separa las piernas —me ordenó metiendo la suya en medio—. Y quietecita, no muevas ni un solo músculo.

—No pienso hacerlo.

Empezó a tantearme los muslos despacio, deslizando las manos hacia arriba, palpándome el trasero y luego las caderas por encima de la ropa con una cadencia desquiciante.

—¿Es así cómo cacheas a los malos?

—No, solo a ti, señorita Garrido. No hables mientras te registro —respondió, metiendo entonces las manos por debajo de la sudadera acariciándome el vientre.

—¿Y tu abuela?

—Acostada.

—¿Tan pronto?

—Sí.

—¿Es que se encuentra mal?

—No... sí, joder, deja de hablar de mi abuela, me cortas el rollo.

—Ya, pero es que no quiero que nos vea cometer actos impuros.

Se rio por mi ocurrencia.

—¿Querías que te cacheara en la calle a la vista de cualquiera y ahora te preocupa que nos vea mi abuela?

—Pepe, por esta calle no pasa ni dios —le repliqué.

—¿Quieres que lo hagamos en la calle, señorita Garrido? —me susurró.

—Hoy no, hace frío —le repliqué.

—O sea, que sí te gustaría hacerlo en la calle. Eres una chica muy sucia y perversa —afirmó riéndose, marcándome las nalgas con su erección de campeón.

Se me escapó un quejido muy sonoro, pero es que estaba muy pero que muy necesitada y Pepe me ponía muy tontorrón.

—Me gusta experimentar y hacerlo en sitios poco frecuentes.

—Dios mío, cómo te he echado de menos. —Su boca recorrió toda mi nuca a minúsculos besos mientras sus manos rodaban por mi vientre abrasándome la piel—. ¿Dónde lo tienes escondido, señorita Garrido?

—Un poco más arriba.

Sus manos subieron hasta mis pechos y comenzaron a amasarlos dulcemente, justo en el momento en el que pPhone resucitó con una nueva llamada entrante. No sé quién vibraba más, él o mi cuerpo.

—Aquí está —dijo sacándolo de su escondite—. Es Jimmy, ¿quieres responder?

—No, tíralo.

—¿Tu móvil?

—Sí, a la mierda con él.

—A la mierda con él. —Lo dejó con cuidado en el suelo y le dio una patadita para alejarlo—. ¿Por dónde íbamos? —preguntó volviendo a posar sus labios en mi nuca.

—Por mis pechos necesitados.

Exhaló una risa y al punto introdujo las manos por debajo de la sudadera para volver a ellos. Sus manos me quemaban la piel.

—¿Qué necesitas?

Cómo decirle que a todo él. Que lo quería para toda la vida. Que lo necesitaba al completo. No solo sus manos y lo que me hacían sentir cuando me tocaban o su boca devorando mi piel dándome su alma a golpe de aliento. Necesitaba todo lo que era Pepe y la sensación de hogar que me proporcionaba su sola presencia. Pero no quería decírselo tan pronto. Era demasiado pronto y no quería asustarlo con una declaración romántica que se le antojara ñoña. Me limité a confesarle lo que necesitaba en ese momento, que sofocara el calentón que amenazaba autocombustionarme por dentro. Me follaba encima, y si no me lo hacía él, lo haría igualmente.

—Necesito que me folles.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

Esbocé una mueca socarrona que él no pudo ver, pero no me negué a decirle lo que quería escuchar.

—Por favor, Pepe, fóllame toda.

—¿Toda? —preguntó entre risas.

—Sí, toda yo. Lléname de ti.

—Pues esto fuera —dijo quitándome el bolso del hombro y dejándolo caer al suelo. Luego empezó a tirar de la sudadera hacia arriba.

De pronto nos sobraba toda la ropa. Teníamos la respiración entrecortada por el arrebató y la excitación y no había manos para deshacernos de ella a estirones como si nos quemara las yemas de los dedos. En cuanto nos quedamos en pelotas el uno frente al otro, nos observamos en silencio durante un buen rato. Nos habíamos visto antes desnudos, pero era la primera vez que lo hacíamos con aquella claridad que invadía el recibidor de su casa.

Una de sus manos se acercó a mi mejilla para acariciármela mientras sus ojos ahondaban en mi interior, buceando en el océano de mi mente, buscando tesoros perdidos de naufragios. Nadie me había mirado así antes, era como si pudiera entrar en mi mente y descryptar mi código más secreto. Ladeé la cabeza para posarla sobre su mano y se la besé.

—Pero ¿quién eres tú? ¿Una hechicera? —me preguntó en voz baja.

Me hizo gracia su pregunta-afirmación, pero no me reí; no era el momento de hacer bromas. Me incliné hacia delante apoyando la frente en su clavícula. ¡Madre mía de mi vida, pero qué bien olía! Sentí sus labios en mi pelo y luego su mano rodeándome la nuca. Me estrechó con fuerza contra su pecho. Podía escuchar su respiración e incluso su corazón latiendo desbocado. Alcé la mirada y sus labios me estaban esperando.

—Me miras haciéndome sentir como si vieras lo que hay debajo de mi piel —susurró y ya no pude más. Una descarga me recorrió de arriba abajo y me puso a mil, pero ¿qué me daba Pepe que solo podía alcanzar a pensar en tenerlo entre mis piernas palpitando.

Nos besamos de una forma caótica y salvaje, adsorbiéndonos como dos bocas de aspiración neumáticas a todo trapo. Pepe bajó las manos por mi espalda hasta llegar a mis nalgas y apretó mi sexo contra el suyo. Comencé a jadear y a arquear el cuerpo buscándolo, desesperada. Sus manos me instaron a mover las caderas siguiendo el ritmo que él imponía. Nunca nada me había parecido tan exquisito como su boca sobre la mía y la fuerza de sus manos que seguían pegándome a él mientras nuestros sexos se frotaban en un dulce martirio. De un salto me subí a sus caderas y lo envolví con las piernas, deseosa de sentirlo ahora

moviéndose dentro de mí. Me apoyó en la pared y me aferré a sus hombros mientras me penetraba de una estocada con todas sus fuerzas. Y comenzó moverse. Era un sin parar, una máquina de empotrar. Cada vez iba más fuerte y entraba más hondo. Me vi asaltada por un estremecimiento brutal y no pude contener una cadena de grititos que reverberaron en el silencioso pasillo. Pepe me acalló con la mano mientras seguía empujando dentro de mí, empotrándome contra la pared con una furia incontenida como si le debiera una deuda y quisiera cobrársela toda de una. Me iba a provocar moratones en la espalda, pero me daba igual. Estaba desatada pidiéndole que lo hiciera más fuerte y que me marcara de por vida como una ternera. Así de animal era yo cuando me ponía en serio.

—Espera —le dije con dificultad—. He oído algo.

Pepe me miró con los ojos entrecerrados.

—No puedo parar, me va a estallar —dijo con voz ronca—. Estamos llegando a lo mejor —añadió volviendo al ataque y cerré los ojos dejándome llevar por el delicioso ritmo de sus caderas.

—Pero ¿qué son estos gritos?

Ahora sí que lo escuché alto y claro y abrí los ojos, mientras mi cuerpo absorbía las embestidas de Pepe y su martillo percutor provocándome un orgasmo tan intenso que no fui capaz de controlar una retahíla de gemidos ante los ojos confusos de la abuela Elisa en camisón y redcecilla de noche. Nos miraba desde la salita con la cabeza ladeada.

—¿Es que es hora de ir a misa? No hago más que escuchar un coro de ángeles cantando el *Ave María*.

Sí, Jimmy estaba un poco pesado esa tarde y me había llamado un par de veces más en el transcurso del polvazo. Porque lo había sido, pese a que la abuela lo estaba jorobando ahora con su aparición.

Solo conseguí menear la cabeza a los lados.

—Pero ¿qué *hacís*? —preguntó, acercándose con los ojos entornados.

Del salto que dio Pepe hacia atrás, al escuchar a su abuela a sus espaldas, mi cuerpo rebotó como una pelota de goma primero contra la pared y luego contra el suelo.

—Pero ¡serás *desgraciaó*, Manolo! —gritó con el puño en alto aproximándose a Pepe, que no sabía con cuál de las dos manos que usaba para taparse la cuca detener el ataque octogenario.

Gateé por el suelo recogiendo mi ropa para vestirme un poco y le eché un cable alcanzándole su camiseta, que usó de inmediato para cubrirse las partes bajas.

—Pero ¡Manolo! ¡Ese trabuco no lo sacas *pa* mí! —le reprochó la mujer yéndose por los cerros de Úbeda y yo me reí. A qué mala hora, pero no pude

evitarlo. Entonces la abuela posó en mí sus ojos iracundos.

—¿Es que me la estás pegando con mi hermanica? Pero serás cabrón, Manolo, y tú —se acercó a paso tortuga hacia mí y yo reulé un poco, pero era más rápida de lo que había presumido y me enganchó del moño—, no me lo esperaba de ti, eres una pelandusca.

—¡Soy Alicia, señora Elisa! —quise hacerla entrar en razón, pero la mujer no atendía a razones.

Estaba cabreadísima y me zarandeaba con una fuerza titánica del topo, llamándome «putón verbenero» y «cochina» entre otras muchas lindeces.

—¡¡Pepe, párala, párala, me va a dejar calva!! —gritaba yo medio histérica.

Pero Pepe no podía pararla, no sabía por dónde agarrarla para no hacerle daño. Se me estaban poniendo los ojos chinos con tanto estirón de pelo y me iba a terminar arrancando la cabellera de cuajo como a un indio. Tenía mucha fuerza esa mujer y la ira que la dominaba no hacía más que acrecentarla.

Emitió un grito feroz con los ojos inyectados en sangre y, de pronto, se le quedaron en blanco y cayó redonda sobre mí, y menos mal; le hice de colchoneta, amortiguando el golpe de la caída. Sentí un alivio bárbaro (por mi pelo, no por la abuela desmayada).

—Joder, Pepe, hemos matado a tu abuela —dije asustada, quitándomela de encima y colocándola a mi lado boca arriba.

Pepe se acuclilló y le agarró la muñeca.

—Está bien —dijo, comprobando sus constantes vitales—. Solo se ha desmayado.

—Voy a llamar al 112.

—No hace falta, ya está volviendo en sí —afirmó abanicándole la cara con la camiseta.

—Joder, qué susto.

Pepe me miró y sonrió.

—Anda, ve a peinarte y a vestirte, nos vamos a Almansa.

—¿Ahora?

Asintió.

—Tienen que hacerle un reconocimiento, no creo que se haya roto nada, pero es mejor que la miren en el hospital por si acaso.

—Claro, sí —dije, poniéndome en pie de un salto—. Tú también deberías vestirte —añadí.

—Yaya, ¿estás bien?

—¿Qué *ma pasao*? —preguntó la pobre mujer, mirando a los lados, descolocada.

—¿Te has caído?

—Pos no me duele nada.

—No te muevas, yaya, voy a por un abrigo.

—¿Y por qué vas en cueros, *mumacho*? No *haci tanta* calor.

Pepe se cubrió con la mano, avergonzado, su abuela le estaba haciendo un buen repaso.

—Con lo chiquitica que la tenías y hay qué ver cómo te ha crecido.

Pepe se echó a reír.

—Pero ¡yaya! —exclamó falsamente alarmado.

—Pepón, te has hecho *mu* hombre —dijo la abuela con una sonrisa traviesa, que me llenó de ternura.

—¿Estás seguro de que necesita ir al hospital? Yo la veo perfecta.

La abuela me miró entonces extrañada, ladeando la cabeza.

—¿Y quién es esta chica tan guapa? ¿Es tu novia? ¿Y por qué está desnuda? ¿Es que nos vamos a una playa nudista *desas*?

—No, yaya, es que... —Se rascó la cabecita buscando una respuesta sólida que no fuera la real.

—Es que nos ha pillado duchándonos cuando se ha caído —me adelanté yo.

—¿Y os estabais duchando los dos a la vez? —preguntó ahora mirándonos primero a uno y luego al otro con cara de sospecha.

—Sí, es que somos novios —le respondí para no escandalizarla más— y nos vamos a casar.

—Pero, Pepón, ¿por qué no *mas* dicho *na*?

—Yaya, cuánto te he echado de menos —dijo Pepe por respuesta, besándole la frente. Tenía lágrimas en los ojos y me emocioné viéndolo así. En aquel momento si ya me tenía hasta las trancas, consiguió pillarme por completo.

—¿A mí, por qué? —se extrañó la abuela y me miró confusa.

No supe qué decirle y me encogí de hombros. Me acerqué a ella y le besé la mejilla.

—Soy Alicia, la nieta de la señora Virginia, su vecina.

—¿Y cómo está? Hace días que no la *vio*.

—Está muy bien, deseando venir a verla.

—Pos que venga y hacemos una fiesta para celebrar los casorios de nuestros nietos —dijo emocionada.

—Claro —dije con la voz a punto de rompérseme—. Voy a llamarla —añadí incorporándome y Pepe me lanzó una mirada interrogante. Le hice un gesto para indicarle que iba a vestirme.

—*Ties* unas ubres *mu* hermosas, y ya se sabe. ¡Pepón, tiran dos tetas más que dos carretas! —bromeó la abuela echándose unas risas—. Con ese par no vas a pasar hambre.

—Descuide, señora Elisa, su nieto está muy bien alimentado —respondí, guiñándole el ojo antes de enfilear el pasillo.

—Y qué nalgas, yo las tenía *asín* de prietas. —Le escuché decir antes de entrar en el baño.

Chuletas de amor

Me vestí deseando haber llevado conmigo otra ropa más elegante que ponerme, mientras cantaba alegremente la canción que horas atrás había sido el detonante para mi regreso a Villa Maravilla, pero esta vez me dejé el pelo suelto.

Cuando salí del baño vi a la abuela Elisa sentada en el sofá con su camisón y su reddecilla de noche. Le sonreí feliz, pero ni siquiera levantó la vista. De golpe la noté muy desmejorada.

—¿Cómo se encuentra tu abuela? —le pregunté a Pepe, entrando en la cocina donde estaba sirviéndose una copa de vino. Me di cuenta por el gesto de que ya no íbamos a ir al hospital.

Él negó con la cabeza.

—Parece que no se ha roto nada, gracias a ti, que le has hecho de colchoneta, pero vuelve a ser la de siempre.

—Qué lástima... —dije, apenada, mientras le quitaba la copa de la mano para darle un sorbo; qué poco le había durado la lucidez a la pobre mujer.

—En cuanto a su enfermedad ha empeorado, esta semana se ha puesto varias veces agresiva y le han tenido que cambiar la medicación, ahora se pasa casi todo el día durmiendo.

—Vaya, lo siento mucho, Pepe —dije devolviéndole la copa.

—Quédatela, me pongo otra.

—¿No íbamos al hospital?

—No hace falta, está bien. No es la primera vez que le pasa eso de desmayarse tras una impresión fuerte —respondió sirviéndose otra copa.

No pude evitar reírme y me tapé la boca. Pepe me miró y rompió a reír también.

—Supongo que ver a su Manolo con su hermanica Angelita dale que te pego debe ser algo muy conmocionante para una persona en su estado —comenté entre risas.

—Yo me atrevería a decir que lo puede ser para cualquier persona en

cualquier estado.

—Qué pena, de verdad —suspiré.

—Voy a acostar a mi abuela y luego preparo la cena, ¿te parece? —dijo dejando la copa sobre la bancada.

—Puedo hacerlo yo, dime que...

No pude seguir hablando porque Pepe se volvió hacia mí y me plasmó un beso en la boca que me puso toda loca, agarrándome las mejillas con posesión, apretándome contra él como si no quisiera dejarme escapar en la vida

—No deberías haberte ido cuando te pedí que lo hicieras.

—No lo hiciste, solo lo insinuaste, y para que lo sepas, yo siempre hago lo que quiero hacer —le repliqué.

Frunció el entrecejo y se le achicaron los ojos.

—¿Siempre tienes que tener la última palabra, señorita Garrido?

—Sí, pero contigo no me funciona.

Negó con la cabeza con una sonrisa triste y se separó.

—Iba a hacerme unas chuletas a la plancha. Si te apetece cenar, hay suficientes para los dos. No es comida macrobiótica —me hizo un guiño burlón —, ya sabes que por aquí no se estila mucho eso.

Me eché a reír.

—No importa, la he dejado.

Pepe me miró sorprendido y asintió complacido antes de salir por la puerta dejándome sola con mis pensamientos.

Preparé la cena mientras él acostaba a su abuela y se daba una ducha. Salió del baño destilando hombría por los cuatro costados y se acercó a la cocina para ayudarme a poner la mesa en la que habíamos compartido la semana anterior tan buenos momentos, yo ya estaba terminando de asar las chuletas, que repiqueteaban deliciosamente en la sartén, proyectando un olor que me hacía babear de gusto.

Me dio un beso en la mejilla y suspiré hondo. Aquello era como volver a tu hogar tras haber huido de tu madre tras una riña, algo con sabor agridulce y difícil de manejar, pero no tenía por qué ser así. Serví las chuletas en dos platos y salí con ellos de la cocina, mientras Pepe se hacía cargo de las copas.

Nos sentamos frente a frente, y yo me erguí en la silla como si hubiera una chincheta en el asiento que me impidiera adoptar una postura cómoda. Estaba alerta, habíamos empezado bien, pero sabía que con él en cualquier momento todo podía volver a estropearse.

—Ahora dime, ¿a qué has venido? —preguntó serio.

Vaya, no me gustaba de pronto ese tono de poli-malo otra vez. Creía que lo habíamos superado ya tras el momentazo recibidor y posterior el susto de la

abuela.

—¿No es obvio? —dije, cortando una chuleta, sin levantar la vista del plato.

—No, no es obvio, no creo que sea para cenar chuletas asadas.

—Podría ser, echo de menos la comida de pueblo —dije riendo tontamente, pero a Pepe no le cambió la cara ni un poquito—. Lo siento, no he venido a cenar chuletas, he venido a verte a ti.

—¿A mí? ¿No sería más lógico venir a ver el estado de tu casa?

—Pues a eso mismo he venido, a ver el estado de mi casa, Pepe. ¿Es que aún no te has dado cuenta de que mi casa eres tú, que eres mi hogar y mi refugio, y sin ti ya no tengo dónde ir? —Más claro, agua.

—Es la primera noticia que tengo.

—¡Joder, Pepón! —exclamé provocándole una sonrisa, que pronto escondió metiéndose un trozo de carne en la boca—, eres duro de pelar, pero me he prometido a mí misma que no iba a perder los papeles y, además, estoy sacando contigo la munición de oro y ni con esas consigo ablandarte un poco. Te estoy pelando la pava, diciéndote moñadas, suspirando por ti como una colegiala y tú ahí con esa cara de cenutrio como si todo te resbalara. ¡Eres un puto cristal, Pepe! La lluvia te golpea, pero no logra traspasarte.

—Alicia. —Pepe suspiró hondo—. Eres una jodida chalada y lo sabes. Eres egoísta, materialista, egocéntrica, chillona, desquiciante...

—¿Algo más? —Bostecé teatralmente.

—Muchas cosas más. —Esta vez sí soltó una estúpida carcajada y yo quise estrangularlo.

—¿Vamos a volver a hablar de todas esas cualidades mías que te sacan de quicio y te ponen cachondo a la vez? —dije con desdén, no quería seguir por ahí, pero de nuevo me lo estaba poniendo difícil.

—¿Te arrepientes?

—¿De qué?

—De lo que ha pasado entre los dos... antes.

Lo miré alucinada y rompí a reír.

—No, claro que no, pero si venía pidiéndotelo a gritos, solo me faltaba traer en las manos una pancarta con el mensaje de «quiero follarte, Pepe» —respondí alegremente, luego caí en la cuenta de que a lo peor se había visto obligado a hacérmelo; después de todo, soy muy irresistible—. ¿Y tú? —Lo miré un tanto aterrada.

Me repasó la cara por unos instantes con los ojos, antes de encontrar la respuesta.

—No, para nada. Alicia, quiero que sepas que no pienso que seas un error... me equivoqué al decirte eso. Debería haber dicho cualquier otra cosa. Estaba

muy enervado contigo. Te pido perdón. Quería llamarte para hablar sobre ello, pero soy muy estúpido... y muy orgulloso en realidad y también tienes que perdonarme por eso.

—No quiero que me pidas perdón, ni yo pedírtelo a ti.

Sonrió con una amplitud que me deslumbró.

—Te he estado escuchando antes cantar en el baño —comentó con una sonrisa.

—¿A mí?

Asintió pensativo.

—Es mi vía de escape, siempre lo hago cuando algo me martiriza, o si soy feliz, o si estoy triste.

—¿Y cómo te sentías cuando cantabas antes?

—Como ahora... —le di un sorbo a la copa mirándolo por encima del borde —... básicamente feliz por estar aquí, contigo.

Asintió, pero no sonrió ante mi superdeclaración de amor. El gesto me hizo dudar de si haber venido había sido una buena idea después de todo; qué no me arrepentía, ¿eh?, pero sentí una rara tristeza en él, que me provocó inseguridad.

—Te he echado mucho de menos, señorita Garrido —masculló como si le doliera reconocerlo—. No sé cómo lo has conseguido, pero incluso con todos esos defectos que cohabitan en ti te has clavado aquí —señaló su corazón— y aquí —prosiguió señalándose la cabeza.

—Pues entonces estamos los dos en la misma situación, tú también te has clavado aquí y aquí. —Imité sus gestos y añadí con retintín—: Y tampoco es que seas don perfecto.

—Sé que no soy perfecto, nadie lo es, pero tú aún me haces parecer más imperfecto de lo que me gustaría creer y eso es algo a lo que no estoy acostumbrado. Veo en mí muchas debilidades cuando estoy contigo. Y ahora mismo tú eres una debilidad para mí y me haces sentir inseguro todo el tiempo, como si mi vida sin ti no mereciera la pena, y no es así. No quiero sentirme así, Alicia. Sé que te marcharás de nuevo, ¿no es cierto?

—Debo hacerlo.

—Y yo debo estar aquí, ya me conozco cómo funcionan esas cosas, no quiero volver a sufrir. Joder, Alicia, viniste y fuiste como un salvavidas para mí, sentía que me querías todos los días, pero si no estás... no sé cuándo podrás quererme.

—No te he entendido. —Y era cierto, no había entendido ni una sola palabra, antes no solía decir esas cosas tan poéticas.

—El amor en la distancia no suele funcionar, ¿lo entiendes ahora?

—¿Tan cobarde eres que no lo vas a intentar siquiera?

—Lo hice una vez y salí escaldado.

—¿Me estás comparando con otra persona? Yo soy yo, y quien quiera que sea ella no tiene nada que ver conmigo.

—En eso te doy toda la razón, nada puede compararse con lo que he sentido estando contigo en tan solo una semana, por eso sé que no podré soportar no tenerte cerca todos los días.

—¿Eres una especie de obsesivo?

—¿Me tomas el pelo?

—No, no te lo tomo...

—¿En serio te estoy diciendo que estoy enamorado de ti y que no podré soportar estar tanto tiempo sin verte y me saltas con que, si soy una especie de obseso, un hombre posesivo, un machista loco?

—¿Estás enamorado de mí? —Lo miré con los ojos abiertos como platos.

—¿No es obvio?

—No, no es obvio hasta que te lo dicen a la cara delante de un plato de chuletas asadas.

—Alicia —extendió la mano sobre la mesa buscando la mía—, igual no me he sabido expresar bien, como el día que te fuiste, lo siento. —Yo asentí agarrada a su mano—. Lo que no quiero es obligarte a dejar todo por lo que has luchado por mí, yo tengo una vida que no he elegido, bueno... en parte sí, pero no puedo hacerte partícipe de una batalla que no es tuya.

—Podemos intentarlo, los fines de semana, las vacaciones... solo estamos a tres horas.

—Lo he pensado, he pensado en todas esas posibilidades, pero llegará un día en el que te canses y tendrás compromisos y empezarán los reproches.

No me gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación, así pues, decidí bromear para que se fuera por otros derroteros.

—¿Entonces no somos novios? ¿Cómo se lo vamos a decir a tu abuela? Se va a llevar un disgustazo, pobre mujer —fingí apenarme mucho.

Y lo conseguí, Pepe sacudió la cabeza y luego la dejó caer teatralmente sobre la palma de la mano tapándose los ojos diciendo que no.

—No, en serio, ¿cómo se lo vamos a decir? —insistí y él se recostó en la silla para mirarme con perspectiva cruzándose de brazos.

—He de reconocer que me ha gustado eso de ser tu novio, aunque solo haya sido por espacio de unas horas.

—Podemos serlo, Pepe, si tú quieres.

Parpadeó sorprendido.

—¿Me estás pidiendo que salga contigo, señorita Garrido?

—No hago otra cosa. Estoy todo el tiempo enviándote señales que rebotan

en tu cara de guaperas de podio como flechas de gomaespuma. No sé... igual tengo que ponerme de rodillas —dije, haciendo ademán de levantarme de la silla.

Rompió a reír.

—Eres única, Alicia. —Se llevó las manos a la cabeza y la enterró debajo de ellas, y yo lo miré sin entender cuál era el problema. No lo había. Para mí no.

—¿Cuál es el problema, Pepe? Dímelo.

Cabizbajo, se restregó las manos por la frente, los ojos y la boca y finalmente las dejó cruzadas sobre la mesa, entonces alzó el rostro y me miró.

—Esta semana se me ha hecho eterna. Desde que te fuiste el tiempo pareció detenerse en un instante. Ese en el que te fuiste. Era como si el tiempo se hubiera parado en mi persona y el resto del mundo siguiera en marcha y yo no pudiera subir a él. Cada momento era infinito y por más que quisiera expulsarte de mi cabeza, seguías en ella, incrustada como un clavo y... lo he pasado francamente mal, Alicia. No quiero que mi vida sea así, siempre pensando en ti, en qué estarás haciendo, con quién andarás, a quién habrás conocido, a quién habrás besado...

Ahí lo corté, indignada.

—No quiero besar a ningún otro.

Se rio entredientes.

—No porque tú quieras —me repuso de inmediato—, pero a lo mejor lo tienes que hacer porque te lo dice un guion.

Asentí comprendiendo a qué se refería, pero eso no tenía nada que ver, yo sabía separar mi vida personal de la profesional.

—No es que sea especialmente celoso —prosiguió—, pero no me hace ni puta gracia pensar en ti besándote con otro hombre o haciendo otras cosas, aunque sea por trabajo.

—Todo es fingido.

—¿Lo tuyo con Alex lo era?

—¿¡Y por qué me sales con Alex ahora!?

—Pues porque trabajabais juntos en la película y también os estabais acostando, ¿no es así?

—A ver... no te confundas... —traté de explicarle, aturullada, la cosa se estaba otra vez yendo de madre—... yo era libre entonces y él también.

—Alicia, no lo sé, no puedo decirte más. Es que no sé si voy a poder lidiar con todo eso, y no quiero que sufras tú por mi culpa.

—Pues nada —levanté las manos en el aire— lo dejamos estar. Tú estás enamorado de mí, o eso dices, yo también lo estoy de ti, pero lo vamos a dejar estar, porque somos unos cobardes de mierda, ¿me estás diciendo eso?

—En parte sí —asintió con pesar.

—Vamos a dejar el tema estar. No quiero seguir discutiendo, estoy un poco harta ya. No he venido a eso, aunque reconozco que me pone bastante cachonda hacerlo. —Le sonreí.

—Lo sé. A mí también me pasa, pero... emmm... —Se quedó pensativo y se rascó la cabeza.

—¿Hay algo más que me quieras decir? —le pregunté, viendo que tenía algo en la punta de la lengua que no se decidía a escupir.

—Sí. No sé cómo empezar ahora, tras todo lo de antes, pero esta tarde te iba a llamar. Estaba a punto de hacerlo justo cuando has llamado a mi puerta.

Nunca digas, este cura no es mi padre

—¿Ibas a llamarme?

Asintió lentamente con la cabeza.

—Tengo que contarte algo importante.

—¿Algo sobre la investigación del incendio?

—No, es algo sobre ti y tu pasado, aunque también es tu presente. Igual no debería haberme metido donde no me llaman, pero lo he hecho...

—Joder, Pepe, me estás asustando, suéltalo ya.

—Sé quién es tu padre, Alicia.

En ese momento se me cayeron los palos del sombrero, la mandíbula se me desencajó hasta tocar el plato de chuletas y me empezaron a temblar hasta las pestañas.

—¿Que sabes qué?

—Verás Alicia, mi abuela esta mañana soltó por casualidad algo sobre tu abuela y tu madre, sobre una discusión y que la había echado de casa. Aproveché la ocasión para preguntarle el motivo y me dijo que tu madre se había quedado embarazada de un tal Ángel, sobrino de don Anselmo.

—¿Mi padre se llama Ángel?

—¿Tu madre nunca te dijo su nombre? —Pepe me miró atónito.

—No.

—Vaya, lo siento.

—Solo me contó que mi padre, *Ese Vil Espermatozoide*, nunca quiso saber nada de mí y que no me reconoció como hija, de hecho, mis apellidos son los de mi madre.

—Sé más cosas.

—¿Más? ¿Quién te las ha contado? ¿Tu abuela?

—No, mi abuela tampoco es muy de fiar, así que me fui a ver a don Anselmo aprovechando que era domingo y venía a dar misa al pueblo.

—¿Y qué te dijo? —Mi estado de nervios era extrapolable a un infarto

inminente.

—Alicia, tu padre no te abandonó... —Lo miré con los ojos expectantes, él tenía toda la información que mi madre me había ocultado toda la vida y la revelación de Pepe podría cambiar para siempre mi relación con ella—. Ángel era sobrino de don Anselmo, desde niño había estado internado en un seminario y acababa de ordenarse como cura cuando regresó al pueblo temporalmente hasta que le asignaran una parroquia. Por lo visto, al conocer a tu madre sucumbió a los placeres de la carne, dejándola embarazada y creando un escándalo de tres pares de narices.

—A ver que me centre. —Me re Coloqué en la silla y tragué saliva—. Don Anselmo es tu tío y mi supuesto padre también era sobrino de don Anselmo... ¿¡Somos familia!?! —Las tripas se me revolvieron y me dio una arcada.

—No, tranquila. De haber descubierto que lo somos no te hubiera cacheado como lo he hecho. —Sentí un alivio tremendo, solo me faltaba por descubrir que Pepe y yo éramos primos para rompérsame un poco más la vida—. Tu padre era hermano de mi tía Juana, ambos sobrinos de don Anselmo, pero ella es mi tía política y don Anselmo es mi padrino, siempre le he llamado tío.

—O sea, que Juana es ahora mi tía.

—Siempre lo ha sido.

—¿Y sabiendo que soy hija de su hermano me trata así?

—Lo sé, es horrible, pero entiende que son otras mentalidades, tú eres fruto de una relación extraña entre un cura y una moza del pueblo que lo engatusó para apartarlo del señor. —Pepe rio y por mi cara de perro se dio rápidamente cuenta que la cosa no tenía ni pizca de gracia—. Perdón.

—¿Y por qué mi padre no renunció a todo y se fue con mi madre?

—Lo hizo. Al enterarse de que tu madre se había ido, colgó lo hábitos y se marchó a buscarla, pero tuvo un accidente y falleció. —Hizo un alto para darme tiempo a asimilar la noticia y le hice un gesto para que continuara—. Dudo que tu madre lo sepa siquiera. Nadie se pudo poner en contacto con ella para contárselo, desconocían a dónde había huido y el único que lo sabía no se lo reveló a nadie antes de morir.

Ahugué un gemido de dolor.

—No puedo creer lo que me estás diciendo, estoy en *shock*. —Las lágrimas pedían paso para brotar de mis ojos, se amontonaban unas con otras como los castellers y la presión y la congoja me oprimían el pecho.

—Lo siento, Alicia, lo siento mucho. Sé que no soy el más indicado para contarte algo así, mi tía Juana jamás me dijo que tuvo un hermano cura, ni que falleció. Ha sido un tema tabú en la familia desde siempre, nunca lo han mencionado. Por eso me vi en la obligación de ir a ver a don Anselmo, porque

sabía que si no lo hacía nunca te enterarías de lo que realmente pasó con tu padre.

—Te lo agradezco, de verdad que sí. —Rompí a llorar desconsoladamente y aliviada de conocer que en realidad mi madre no me hubiera ocultado nada así. La pobre creyó que la habían dejado tirada y preñada y es lo que me contó, no podía culparla por ello.

—Tu abuela intentó averiguar muchas veces dónde vivía tu madre, escribió muchas cartas que nunca pudo enviar, quizá las guarde en algún lugar de la casa. Tan solo recibió una sin remitente con una foto tuya con tu nombre detrás, a la que pintaron un bigote. Don Anselmo me lo dijo, pues tu abuela se la enseñó a todo el mundo con orgullo. La señora Virginia tuvo que pasarlo mal, a veces la gente hacemos cosas por impulso y luego nos arrepentimos.

—Creía que tenía una gran vida y lo que tengo es un drama total. Pero me consuela mucho saber que mi padre no renunció a mí por propia voluntad y que mi abuela me quería.

—Me alegra oírte decir eso, quizá podamos buscar en lo que queda de casa si hay alguna de esas cartas. Por lo visto tu abuela pudo localizarte porque te vio en la tele, supo que eras su nieta por el nombre y porque te pareces *muchísimo* a ella, palabras textuales de don Anselmo.

Asentí lentamente.

—Tengo que irme.

—¿Ahora?

—Sí, tengo que salir y tomar aire fresco —dije levantándome precipitadamente de la mesa—. Necesito caminar, dar una vuelta y despejarme.

Eché a andar hacia la puerta con las piernas temblorosas y un huevo en la garganta que me impedía hablar claro.

—¿Quieres que te acompañe? —Vino detrás.

—No, quiero estar sola —conseguí decir.

—Está bien, pero no te pierdas —dijo en broma para arrancarme una sonrisa.

—No iré lejos, además, me llevo el móvil.

—Vale, pero ponte algo encima, hace frío. ¿Has traído algún abrigo?

Asentí recogiendo mi bolso, que seguía tirado en el suelo tal cual lo habíamos dejado antes de ser cacheada, y mi pPhone.

—Mi vellón, lo tengo en el coche.

Asintió.

—Está bien. Te espero aquí.

—Adiós, Pepe, y gracias —dije saliendo por la puerta.

Arranqué a andar sin rumbo por las callejuelas oscuras y silenciosas de Villa

Maravilla que olían a frío. No sabía dónde ir, solo quería calmarme, tomar aire, conseguir encajar en mi cabeza toda la información sobre mi padre y llamar a mi madre y contarle la verdad. No quería culparla, pero si no hubiera sido tan cabezota, tal vez hubiera descubierto la verdad y no haber vivido toda su vida bajo la inquina hacia mi padre y mi abuela, y yo no tendría que haber descubierto las cosas de golpe. Era demasiado. Muy fuerte todo. Me superaba.

Me detuve unos segundos para tomar aire y mirar el firmamento. Era un lecho de estrellas, ¿cómo podía haber tantas aquí y tan pocas en Madrid? ¿No vivimos todos bajo el mismo cielo? Parecían dos mundos paralelos andando al mismo ritmo, pero Pepe tenía razón en algo, aquí el tiempo parecía a veces detenerse en un instante y todo giraba alrededor a la espera del siguiente.

Desbloqueé el móvil y busqué en el registro de llamadas a mi madre. Me había llamado según nuestra norma todos los días a las nueve, solo que yo no le había cogido el teléfono ni una sola vez en toda la semana.

—¿¡Alicia!?! —respondió sorprendida.

—Sí, mamá, soy yo —la voz empezó a rompérsese.

—¿Qué te pasa, hija? No aguantas más allí, ¿verdad? —Se mostró preocupada.

—Han pasado muchas cosas, mamá, ya te las contaré otro día con más detalle, te llamo por otra cosa.

Y así fue como entre palabras, que se me hacían nudos en la garganta de los que ella iba tirando, traté de resumirle todo lo que me había contado Pepe.

Mi madre se quedó en un silencio negro, que se me hizo eterno, pero sabía que necesitaba su tiempo igual que yo para asimilarlo todo.

—¿Mamá? —la llamé al cabo de un rato.

—Sí... —No le salía apenas la voz.

—¿Estás bien?

—No.

—Lo siento, mamá.

—Eh... nada, lo siento yo, Alicia, ahora no puedo hablar —consiguió decir con la voz en un hilo.

—Lo entiendo, llámame cuando puedas. Un beso, mamá.

Colgué, me dejé caer vencida al suelo y rompí a llorar y así estuve hasta que todos los demonios que rugían dentro mí se quedaron sin voz.

Estuve un buen rato arrodillada, helándome de frío, sin apenas fuerzas para ponerme en pie.

—¿Estás bien?

Levanté la cabeza y vi a Pepe frente a mí observándome preocupado.

—No —mascullé.

Se agachó para ayudarme a levantarme y luego se quitó el abrigo y me lo puso encima de los hombros. Di un paso y apoyé la frente en su pecho y Pepe me recibió, rodeándome todo el cuerpo con sus brazos, espachurrándome. Por fin, en casa.

—Tranquila.

—Estoy bien, creo que es la primera vez en mi vida que me siento en completa paz. Y todo gracias a ti.

Le oí esbozar una sonrisa en mi pelo y supe que no me dejaría marchar. Era tan mío como yo suya.

—¿Me has seguido?

—No —respondió demasiado rápido.

—Pepe, mientes fatal —le reproché.

—Vale, sí, estaba preocupado por ti y te he seguido para asegurarme de que estabas bien.

Alcé la mirada y le sonreí, y él me besó de una forma mágica. No sabría describirlo de otra manera, en ese beso no había frenesí ni erotismo, era un beso cargado de amor, como de final de película romántica clásica. El beso más maravilloso que me habían dado en la vida. Maldito Pepe. Tenía que dármelo él.

Pepe-adicta

Aquella primera noche pasó sin más, dormí como un lirón entre los brazos de Pepe con una camiseta prestada suya y las bragas, nada más, pero no hubo roces de pies intencionados bajo las sábanas ni erecciones de escándalo caldeando el momento, así que dormimos y punto.

En cuanto desperté me di cuenta enseguida de que estaba sola. Pepe ya se había levantado y arreglado a su abuela, que estaba sentada en la mesa de la salita frente a un tazón de leche con galletas.

—Buenos días, Elisa, ¿cómo se encuentra esta mañana?

—¿Quién eres? —preguntó, levantando la vista de la mesa.

—Alicia, la nieta de la señora Virginia.

—Pos no te había visto en la vida.

De nuevo me había dejado sin palabras la buena mujer, pero qué le iba a hacer, así era ella, o así era su enfermedad.

—¿Necesita algo? —cambié de tema.

—No me vendría mal una ducha. Hace días que no me lavo y huelo a choto.

—Bueno, pues cuando termine de desayunar puedo ayudarla a asearse.

—Vale —dijo, metiéndose dos galletas Marianas enteras en la boca.

—¿¡Pepe, tu abuela puede comer galletas a bocajarro!?

Al oírme, mi macho salió del baño más guapo que nunca con unos vaqueros caídos y una camiseta de algodón con cuello pico que dejaba ver el vello negro que sombreaba su pecho ibérico-manchego. Casi me corro, lo juro.

—Yaya, no te las metas todas de una —la regañó acercándose a la mesa.

—Deja ya de llamarme «yaya», coño. —Por lo visto hoy la abuela Elisa estaba peleona.

—Dice que quiere ducharse —le comenté.

—Ya la duché ayer.

Me dio un alivio tremendo. No sabía yo cómo iba a manejarme en esas lides. Se acercó a mí y le puse cara de beso, pero pasó de largo entrando en la

cocina.

—¿¡Café con leche de soja!? —me gritó.

—Sí, por favor.

Al poco salió con una taza y me la puso delante.

—Gracias.

—¿Cuándo tienes pensado marcharte? —preguntó sentándose enfrente.

Me lo quedé mirando alucinada, después de todo lo de anoche ¿y solo tenía que decirme eso? Un «Hola, Alicia, ¿cómo has dormido?, te quiero», no sé, o «Un quiero follarte la boca», un algo, joder, ¿cómo podía ser así de enrevesado?

—He pensado en ir a casa de mi abuela a ver si encuentro algo y luego pasarme por la finca.

—¿Y luego te vas?

—¿Es que quieres que me vaya?

—Yo no he dicho eso.

—Pero lo estás insinuando. ¿Quieres que me vaya?

—No, claro que no, puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

—Pues muchas gracias, Pepe, eres muy amable (e insensible). ¿No trabajas hoy?

—Turno de tarde —contestó sin más.

—¿Y qué piensas hacer esta mañana?

Se encogió de hombros.

—Pensaba pasarla contigo hasta que te fueras.

—Pero ¡que no me voy! —empecé a engrescarme.

—¡Ya lo sé, ya lo has dicho! —Él también se engrescó, y ya estábamos con el toma-daca.

—Tú quieres que me vaya, ¿verdad?

—No.

—Entonces ¿qué quieres? —Lo miré sospechando—. Ah, ya sé. —Vi la luz al final del túnel—. Tú quieres follar.

Pepe me miró boquiabierto y soltó una sonora carcajada.

—Pero ¿cómo se te ocurren esas ideas tan locas?

—No sé, como te pone cachondo discutir, he pensado que podrías estar así por eso.

—¿Quién se pone cachondo? —preguntó la abuela Elisa.

Los dos la miramos y nos echamos a reír.

—Su nieto, Elisa, es un cachondo mental. Está más salido que el carrito de la gaseosa —le respondí, pero mirando a Pepe en plan desafiante.

—¿Qué Pepe?

—Él. —Le señalé a su nieto y la abuela lo miró confusa.

—¿Manolo?

—No le sigas el rollo, es imposible —me aconsejó Pepe antes de lanzarme una galleta que me dio en toda la frente.

—Tú quieres pillar cacho y no sabes cómo, ¿verdad? —le increpé, apuntándole con la misma galleta.

—Yo ya no sé lo que quiero, Alicia —respondió levantándose.

Entre el nieto y la abuela a mí me iban a volver loca, pero loca de manicomio con traje blanco de michelín y todo.

Acabé de desayunar, recogí la taza y la llevé a la cocina, Pepe hacía rato que se había marchado a no sabía dónde, porque tampoco me lo había dicho. Estaba bastante desconcertada con su actitud, no entendía nada, pero hice de tripas corazón y salí en su busca, pensando que tal vez estaría en casa de mi abuela, o en lo que quedaba de ella.

Miré a todos lados con los ojos como platos en cuanto puse un pie dentro, a punto de echarme a llorar. Era una verdadera pena que toda una vida acabase tan tristemente.

—¿¡Pepe, Pepe!?! —lo llamé a gritos.

—Estoy aquí. —Escuché su voz desde alguna de las habitaciones que daban a la salita.

—¿Has visto algo? —pregunté conforme entré en el dormitorio de mi abuela. Era el único que seguía más o menos en pie, pese a que las paredes antes amarillas ahora eran pardas y todo el mobiliario y las cortinas estaban cubiertos de una nieve negra.

—Lo demás está quemado, pero la habitación de tu abuela ha sobrevivido al incendio. Tu maleta y tus cosas están a salvo —dijo, señalándome la cama.

Ahí estaban sobrevivientes, pero totalmente negras por el hollín. No sé si valdrían para algo. Me acerqué y levanté en el aire el pantalón vaquero que llevaba puesto el día que llegué y que aún no había podido lavar, pensando ahora que podría valerme si lo sometía a un lavado a 90°. Se lo mostré a Pepe con cara de pena y él se encogió de hombros.

—Puedes lavarlo en mi casa a ver qué tal queda.

—¿Me vas a dejar usar tu lavadora?

—Claro, ¿por qué no?

—No lo sé, como todo te molesta.

Sacudió la cabeza y me dio la espalda inspeccionando el interior del armario

—Aquí hay muchas cosas de tu abuela en perfecto estado, ¿quieres llevártelas?

Me acerqué y eché una ojeada a la ropa que había colgada en las perchas.

—Sí, no he traído más ropa que la que llevo y si me voy a quedar *unos días*

voy a necesitar algo que ponerme.

—Abre la maleta y la vamos metiendo dentro.

Empezó a pasarme prendas y yo iba guardando algunas y otras no. Cuando la tuve casi llena, le dije que ya no me pasara más.

—¿Necesitas ropa interior? —preguntó, enseñándome una faja.

—Pues sí, de esas dame todas las que haya, que me van a hacer falta.

Pepe se rio entredientes.

—¿Qué te hace gracia? —le pregunté molesta.

—No te imagino con una de estas puestas.

—Igual no te hace falta usar la imaginación.

Entornó los ojos y volvió a sus labores de inspección. Me quedé mirándolo mientras se agachaba a mirar en los cajones, preguntándome dónde estaba mi Pepe de anoche. ¿Quién narices me había dado el cambiazó? Suspiré y subí los ojos al altillo.

—Pepe, baja esa caja.

—Así no se piden las cosas.

—Por favor.

Volvió el rostro y me sonrió.

—Así está mucho mejor, señorita Garrido.

Le hice burla en cuanto volvió a darme la espalda para auparse y alcanzar la caja que le señalaba.

La dejó sobre la cama y yo retiré la tapa. Estaba llena de cartas viejas, sin abrir y sin remite, y me puse nerviosa. Había muchas, como cien, no sé. Cogí una cualquiera de las de arriba y la abrí con las manos temblonas; por la fecha del encabezamiento supe que era de hacía unos diez años. Miré a Pepe con una lágrima al borde y él asintió.

—Pesa un poco, ¿quieres que te la lleve a mi casa? —dijo, mostrándose por una vez en esa mañana normal.

—No —dije, retornando la carta al montón y cargando la caja—. ¿Puedes llevarme tú el *trolley*?

—Claro —contestó, cerrándolo y cogiéndolo por el asa—. Vamos.

Cuando pasamos por la salita miré hacia lo que había sido un bonito aparador, lleno de manteles y servilletas bordados, tapetes de ganchillo y novelitas rosa, y ahora solo era un montón negro de vacío, y me puse a llorar.

—Pepe, no entiendo nada, ¿cómo pudo quemarse la casa?

—Los bomberos dijeron que el fuego se había iniciado en el brasero, ¿te lo dejaste encendido?

—No, qué va, solo estuve media hora para cambiarme antes de cenar.

—Pues entonces se encendió solo —afirmó.

—¡No digas chorradas!

—Lo que te quiero decir es que no pudo encenderse solo, alguien lo hizo y si no fuiste tú, alguien entró en la casa y lo hizo. Lo que no sé es cómo. ¿Cerraste con llave?

—Sí...

—¿Sí o no?

—Sí.

—Pues no lo entiendo, solo tú tenías llaves y yo, que me quedé las copias. Y tengo claro que yo no fui. Alguien entró por la puerta principal sin forzarla y ese alguien tenía llave.

Me lo quedé mirando con algo rondándome la cabeza como si fuera una bola de goma rebotando entre mis neuronas.

—Pascual —dije cuando la bola rebotó en la adecuada y se hizo la luz.

—¿Quién?

—El enólogo de mi abuela, el que estaba conmigo la noche de... —Le lancé una mirada cargada de intención.

—¿De...? —dijo, afirmando levemente con la cabeza.

—Sí, coño, Pepe, la noche que tú y yo estuvimos jodiendo hasta el amanecer. Dilo, no pasa nada.

—No he dicho nada —protestó encogiéndose de hombros.

—No hace falta, sé leer en la mente y sé lo que estás pensando.

Ladeó la cabeza y puso morritos.

—¿Y qué estoy pensando? —me retó levantando el mentón.

Lo miré fijamente a los ojos, tratando de entrar en su cabeza, tras diez segundos me di por vencida. Ni pajolera idea de lo que le rondaba por esa mente de cenutrio.

—Pues no lo sé. —Saqué pecho y empecé a andar dignamente rumbo a la salida cargada con la caja.

Pepe me siguió con la maleta y, en cuanto pisamos la calle, se detuvo.

—¿Vas a estar todo el tiempo que te quedes en ese plan? —me increpó.

Me paré encrespándome por momentos.

—¿En qué plan?

—Así, arisca.

—No estoy arisca.

—Entonces ¿eres así?

—No me toques los ovarios morenos que te meto.

—¿Siempre eres tan agresiva?

—Cuando me tocan las narices, sí.

—¿Y yo te las estoy tocando?

—Bastante.

—Pues no entiendo —se encogió de hombros—, te presto mi casa, mi cama, mi ropa, te alimento, te ayudo con tus cosas...

—Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Es que te han borrado la memoria unos extraterrestres manchegos?

Pepe abrió los ojos al máximo y acto seguido se echó a reír a carcajada limpia. Lo miré seria todo el tiempo que estuvo haciéndolo y hasta que decidió parar por sí mismo.

—Eres un imbécil.

Se irguió y se encaró conmigo.

—Sí, pero soy el imbécil que te quieres follar.

Me quedé con la boca abierta, indignada, estupefacta, mosqueada...

—Cierra esa boca descarada que tienes, hay muchas moscas por aquí.

—No me da la gana —me negué en rotundo.

—Vale, está claro que no me dejas otra opción.

—¿Opción de qué?

Con parsimonia dejó la maleta en el suelo y luego me quitó la caja que llevaba en las manos y también la depositó en el suelo, mientras yo lo observaba sin entender qué narices estaba haciendo. Cuando se enderezó, de un paso se plantó a la distancia de un beso y, sin darme tiempo a decir esta boca es mía, la hizo suya. Me envolvió las mejillas con las manos y me absorbió entera.

—¿Qué haces? —conseguí decir entre lengüetazo y lengüetazo.

—Besarte. ¿Puedo?

—Ya lo estás haciendo. El permiso se pide antes, capullo.

—¿En que quedamos, imbécil o capullo?

—En tu caso son sinónimos.

Se relamió los labios con los ojos fijos en los míos y me acarició con el pulgar la comisura de la boca, antes de separarse, agacharse a recoger la caja, colocármela de nuevo en las manos y salir hincando arrastrando el *trolley* hasta su casa mientras silbaba alegremente.

Pero qué cabrito. Lo miré alejándose con la boca de nuevo formando una «o» de estupor y suspiré mirando al cielo. «Dame paciencia con este hombre», le pedí a ese dios en el que nunca había creído y eché a andar empujando mi orgullo. ¿Qué podía hacer? Las personas con tendencia a las adicciones, como al parecer era mi caso, no pueden hacer prevalecer el orgullo por encima de sus necesidades, y yo en aquel momento era una Pepe-adicta total. El cuerpo me pedía Pepe todos los segundos del día.

La caja, el wiki-wiki y el gay, crónicas de Villa Maravilla

La caja contenía muchísimas cartas, no sabía por dónde empezar. Sabía que todas aquellas palabras envueltas en sobres contenían respuestas valiosas sobre mi vida y sobre el tormento de mi abuela. Las revolví dentro de la caja y cogí una al azar, abrí el sobre y me encontré un billete de cinco mil pesetas junto al pliego. No entendí en aquel momento por qué mi abuela incluyó un billete y por qué se molestaba en meter las cartas en un sobre, cuando no tenía ningún lugar donde enviarlas. Tendría que preguntarle a su fantasma uno de estos días si se dignaba en manifestarse, pero supongo que el mero hecho de pensar que lo había hecho, aliviaba un poco el peso de su conciencia y que deseaba en su fuero interno que algún día mi madre las encontrara y reconciliarse con ella de algún modo.

Leyéndola lo entendí aún más. La letra de mi abuela denotaba que no había ido mucho al colegio, sus faltas de ortografía lo reafirmaban, pero todo lo que expresaba era puro sentimiento. Preguntaba por mí y por la fecha supe que yo debía tener unos dos años y ella aún no sabía si era niño o niña, pues se refería a mi persona como «tu bebé». Las lágrimas se apoderaron de mí otra vez mientras terminaba de leerla atrincherada en la habitación de Pepe. Él había preferido darme intimidad en ese momento y se lo agradecí, al igual que agradecí al dios del fuego que preservara aquella caja.

Me quedé un buen rato en silencio sosteniendo aquel folio amarillento tentada de abrir otra carta, pero sentí que no eran más, esas cartas no eran para mí. Eran las cartas de una madre a una hija y era mi madre la que debía leer todas y cada una de ellas. Guardé la carta y las cinco mil pesetas y la dejé con el resto, cerré la caja y la metí debajo de la cama de Pepe. Debía entregársela a su dueña, mi madre, en cuanto tuviera ocasión.

—¿Estás bien? —me preguntó Pepe cuando me vio salir con los ojos rojos

por la llantina.

—Sí, tan solo he leído una, creo que debe ser mi madre quien las lea, al fin y al cabo, eran para ella no para mí.

—Es lo correcto. —Pepe me abrazó fuerte y me besó en la frente para reconfortarme.

—Gracias por todo.

—No tienes que agradecerme nada.

—Más de lo que tú te piensas, Pepe, me has dado tantas cosas en tan poco espacio de tiempo.

—Bueno, tú a mí también, creo que estamos en paz. —Pepe me soltó y volvió a adoptar una actitud reacia ante mí—. Tengo algunos recados que hacer. ¿Quieres que te deje en algún lado o prefieres quedarte aquí?

—Creo que iré a visitar a Domitila, no me despedí de ella y tampoco la he llamado.

—Bien, ¿sabes dónde está su casa?

—Sí, iré dando un paseo.

—Te vendrá bien. —Me miró tiernamente y me acarició la cara; este hombre era el sumun de la bipolaridad—. Nos veremos a la hora de comer.

Ese día el tiempo pareció dar una tregua y el sol brillaba calentando un poco las calles de Villa Maravilla. La gente había salido al exterior como los caracoles, había corrillos al sol hablando alegremente mientras portaban sus bolsas de la compra, gente de mediana edad que no había visto antes vestida con ropa de deporte fluorescente corriendo por la carretera empedrada, y un par de turistas despistados con un mapa que parecían maravillados con la España profunda que ofrecía la villa.

Al final de la calle, en la puerta de su casa, estaba Domitila sacudiendo un edredón con su eterna redecilla al pelo; alguien debería decirle que usarla noche y día era absurdo, pero supongo que era su punto de distinción, una marca propia que la hacía única.

—¿¡Qué ven mis ojos!?! —exclamó, soltando aquel aparatejo de Atapuerca para aporrear ropa de cama—. ¡Alicia, has vuelto! —Corrió hasta mí y me dio un fuerte abrazo.

—Siento haberme ido sin decir nada, lo siento de verdad.

—No te preocupes, imaginé que estabas en una especie de *choc pus traumaticus* de esos. La hija de Eduvigis se quedó *pallá* con uno de esos *apechusques*. No quise llamarte por si molestaba, *mumacha*, pero me alegro de verte tan bien y tan lozana.

—Tú que me miras con buenos ojos, Domitila.

—¿Quieres un cafetico?

—Me encantaría.

—*Pos* pasa, no te quedes ahí como una *espantaja*. Pasa a mi casa, llamaré a la Salomé y que se traiga unos Miguelitos. Su hijo le ha traído una caja extragrande de La Roda, es camionero y siempre que para allí le trae aun sabiendo que se le dispara el azúcar.

—Me encantaría verla y probar uno de esos Miguelitos.

—No me extraña, pareces una libélula de lo flaca que estás. Pero es que te has llevado un disgusto *mu* grande, todo es comprensible.

La Domitila y su verborrea eran incombustibles, pero me agradaba estar en compañía de aquella señora de mediana edad con redecilla. En realidad, me encantaba estar rodeada de villamaravilleenses, me sentía arropada e inundaban mi corazón de sensación de hogar.

Mientras la Domitila preparaba un café de olla, que nada tenía que envidiar al de Starfucks, y hablaba sin parar de todo lo acontecido durante la semana, pensé en lo fácil que me sería adaptarme ahora a esta vida sencilla y rural, libre de ataduras y libre de teléfonos.

—¿Dónde está la *mumacha* Alicia? —La voz de la Salomé retumbó en la casa y por instinto corrí a saludarla con un emotivo abrazo.

—*Pos* será que la quieres más que a mí —comentó la Domitila poniendo los brazos en jarras, molesta por el recibimiento que le había hecho a Salomé.

—Os quiero a las dos. —La agarré por el brazo y la uní al abrazo, apretujándolas como si fueran mis amigas del instituto, y a ellas pareció divertirles mucho.

—Alicia, ay, Alicia, qué falta de cariño tienes, alma de Dios. ¿Has visto ya al Pepe? —dijo la Domitila.

—Sí, de hecho, voy a pasar estos días en su casa. Es muy amable.

—Yo creo que muy falta de cariño no está la moza —comentó la Salomé con retintín.

—¿Has vuelto por él? —La Domitila estaba en toda su salsa, quería empaparse de todo y yo le iba a regalar los oídos, en parte.

—No exactamente, pero una parte de mí también quería verlo, me salvó la vida.

—Eso fue heroico, todo el mundo habla de eso. La Juana es la única que no ha abierto la boca, se pasea por ahí con cara de perro pachón y le cambian las fauces en cuanto oye tu nombre.

—Me imagino, es muy triste que siendo mi tía me odie tanto —dije apesadumbrada.

—¡Virgen de la teta al hombro! ¿Ya te has *enterao*? —exclamó la Domitila llevándose las manos a la cara.

—Sí, de todo.

—*Cuantismo* lo siento, Alicia, te acompaño en el sentimiento —añadió la Salomé (imagino que por lo de la muerte de mi padre).

—Gracias, entiendo que no quisierais inmiscuiros en ese tema cuando os pregunté.

—¿Y quién te lo ha dicho? —preguntó la Domitila, sirviendo el café con las manos temblorosas.

—Pepe. Por lo visto su abuela soltó algo y se preocupó de ir a hablar con don Anselmo, y como es su padrino se lo contó todo. Le estoy muy agradecida.

—Si es que ese *mumacho* vale millones.

—Es... estupendo —admití ruborizándome al pensar en Pepe.

—Tú estás *namorada*, te lo noto en la mirada.

—¿Eso no es la letra de una canción? —preguntó la Salomé.

—Sea o no sea, Alicia tiene al Pepe incrustado en el corazón, te lo digo yo que he visto muchos casorios.

—No os negaré que me gusta.

—¡Y tanto que te gusta! Ya lo vimos *nusotras* dos con nuestros propios ojos el otro día, y tú a él, se le había puesto el pájaro como un águila imperial. Si es que se gasta una porra el mozo; si yo tuviera unos cuantos años menos escamocharía un par de gallinas para que me detuviera.

Las tres reímos ante aquella revelación de la Domitila.

—En realidad, quería preguntaros por Pascual.

—¿El lechero?

—No, el enólogo.

—¿El urólogo?

—No, ese es el médico de los aparatos reproductores masculinos —le explicó entendida la Salomé a la Domitila, metiéndose otro Miguelito con calzador en la boca.

—Es e-nó-lo-go, trabaja en la finca de mi abuela, se dedica a los vinos.

—Aaaah, ese *mumacho*. ¿Qué quieres saber? A parte del lío que tuvo con la hija de mi sobrina segunda, la Antonia, qué vaya lío gordo que se montó en Villagorgoritos porque la chiquilla tenía un novio en Colete y los pilló besuqueándose en el lavadero un día que vino de sorpresa... poco sabemos de él.

—¿Cómo que la hija de la Antonia? —pregunté extrañada—, pero si Pascual es gay.

—¿Te refieres a *marusa*?

—Sí, a eso mismo me refiero.

—Pos dudo que sea *fray* de esos, bien que se la agenciaba día sí y día también, por lo que me contó su madre, pero yo no sé *na*, ya lo sabes, que no me gusta hablar de nadie ni una *miaja*.

No podía creer lo que acababa de contarme la Domitila. ¿Por qué razón se había hecho pasar Pascual por gay? Tal vez para ganarse mi confianza, pero ¿para qué?, igual me hubiera dado que fuera hetero, ¿acaso los gais tienen alguna ley divina de impunidad ante la vida?

—¿Y por qué preguntas por ese chico?

—Por nada, estoy valorando en hacer cambios de personal en la finca —mentí; antes de desvelar cualquier cosa prefería hablarlo antes con Pepe.

—Nosotras también te queremos preguntar algo...

Ambas se miraron y juntaron las manos nerviosamente entrelazando los dedos.

—Preguntad.

—¿Tú le has enseñado el *kiwi* al Cristo?

—¿El qué?

—El *kiwi*... —La Salomé movió las cejas tipo Groucho Marx—. El asunto... —aclaró entredientes.

Y de repente sentí como un *flashback* venía a mi mente como una estrella fugaz: «Wiki, wiki, wiki».

—Fue un accidente, se coló en mi casa y me pilló agachada en la cocina tras darme una ducha, no fue a propósito. Es un discapacitado, ¿¡por quién me tomáis!? —exclamé, ofendida.

—Ya se lo dije yo a su hermana la Escolástica. Me vino contando que su hermano aseguraba que le habías enseñado el seto y te le habías ofrecido.

—¡Es aberrante lo que me dices! Jamás haría algo así y menos con Cristo.

—Pero te lo vio, de eso no hay duda, todos *ahora* en la villa saben que lo tienes más pelón que un Eunuco —concluyó la Salomé limpiándose los restos de azúcar glas de la cara con el delantal.

—Accidentalmente, jamás de manera voluntaria.

—Tranquila, Alicia, el tema no ha transcendido, el Cristo es el corto del pueblo, nadie le hace mucho caso. —La Domitila se pasó poco disimuladamente el dedo por la boca en señal de silencio mirando a la Salomé, que asintió.

—Bueno, he de irme, he quedado para comer.

—¿Con Pepe? —La Domitila movió las pestañas de forma coqueta.

—No, con Cristo. —Y salí de allí un poco molesta por aquello, ¿cómo podían soltarme algo así y quedarse tan panchas?

Llegué a casa de Pepe con la cara roja, pese a que el sol se había esfumado y el frío a contraviento me había cortado la cara, el enfado que llevaba por aquella

rumorología barata había encendido mis mejillas.

—¿Qué tal con tus *amiguis*? —preguntó Pepe socarrón.

—¿Tú sabías que por el pueblo se va diciendo que yo le he enseñado el *kiwi* a Cristo?

—Algo había oído.

—¿Y no me dices nada?

—No te he dicho nada porque sé que no es cierto. ¿Quién va a creerse lo que diga ese pobre hombre?

—Pues todo el mundo.

—¿Tú le has enseñado el *kiwi* a Cristo?

—No, bueno... sí, pero de manera involuntaria, el día que entró en mi casa, me iba a duchar y fui a buscar jabón a la cocina, iba con una diminuta toalla y estaba agachada buscando, supongo que me vio toda la breva en posición de ataque. —Me tapé la cara con las manos y Pepe empezó a reírse de manera loca y descontrolada, agarrándose incluso el estómago—. No tiene gracia, recuerdo que te conté el susto que me dio al verlo ahí parado.

—Lo siento, tienes que reconocer que tiene gracia y mucha.

—¿Te haría la misma gracia si le hubiera enseñado el *kiwi* a Pascual?

—¿A qué viene eso ahora? Además, ese tipo es gay, sería como enseñarle una pata de jamón de plástico.

—Pues te equivocas, ese tío no es gay.

—¿Y le has enseñado el *kiwi*? —Ahora su cara era de enfado total.

—¡No!, ¿eso es lo único que te preocupa, Pepe? Pascual me mintió, ¿por qué lo hizo?

Pepe se rascó el mentón.

—¿Y dices que tenía llaves de tu casa?

Asentí.

—Eso debemos investigarlo —prosiguió.

—¿¡No me digas!?

—¿Me tienes que atacar por todo lo que digo?

—¿Quién te ataca?

—Tú, no pagues conmigo que el cántico de Cristo sea *wiki-wiki* mientras sostiene una foto tuya sacada de una revista. —Pepe intentó aguantarse la risa ante aquella revelación, pero el aire se le escapó por los agujeros de la nariz.

—Eres un idiota, deberían inhabilitarte en la Guardia Civil.

—Tú me vuelves idiota. —Me agarró con esos *brazacos*, que había mencionado la Domitila, y apretujándome contra su pecho, me besó.

—A ti te pone burro que nos peleemos, ¿verdad? Tienes unos gustos muy raritos.

—No te quepa duda; me gustas tú.

Abrí la boca, falsamente ofendida.

—Muy gracioso. —Pepe me dio un golpe en la punta de la nariz con el dedo y volvió a sus quehaceres, que en ese momento eran preparar la comida.

Después de comer, Pepe se marchó a trabajar y al poco recibí una llamada de mi madre, que tras el impacto de la verdad sobre mi padre se había tomado unos días libres en el trabajo. Le pedí que viniera a verme, pero me respondió que aún no era el momento. Antes de colgar quise asegurarme de que realmente se encontraba bien.

—Pero ¿estás bien, seguro, mamá? Puedo ir a verte el fin de semana. Estoy solo a hora y media de casa.

—Todavía sigo haciéndome a la idea de lo estúpida y orgullosa que he sido toda mi vida.

—Bueno, no te martirices más con eso, lo pasado, pasado está y hay que mirar hacia adelante.

—Te noto distinta, Alicia.

—¿A mí?

—Sí, más madura y sensata, parece que, después de todo, te ha sentado bien respirar aires villamaravillenses.

—Empiezo a encontrarme realmente bien aquí, mamá.

—¿No lo estarás pensando en serio?

No había llegado a decirlo, pero mi madre ya había leído entre líneas lo que estaba pensando.

—No lo sé, puede.

Tras eso nos despedimos y me quedé mirando a la señora Elisa, que dormitaba en la mecedora con un libro entre las manos. Encendí la tele y no había nada interesante que ver, excepto alguna telenovela mala de la cual no podía nutrirme de ninguna dote interpretativa.

Miré mi pPhone, que yacía inerte en el reposabrazos del sofá, lo cierto es que esa hibernación en la que se encontraba era agradable. Tan solo tenía notificaciones básicas del teléfono como las tropecientas llamadas perdidas de Jimmy, y alguna que otra vibración fantasma que no se correspondían con nada real. Quizá era un buen momento para llamarlo.

—¡Valiente zorra! —me dijo nada más descolgar—. Estábamos megapreocupados, ni una sola *notificación* de Facepook, ni un *selfie* en Instaglam, ni un puto *tweet*... —sollozó de manera dramática.

—No sobreactúes, sabes de sobra dónde estoy y que no hay cobertura de

datos, os dejé una nota.

—Ya, ya, pero no obstante podría haberte pasado algo, un *accidente*, por ejemplo.

Y dicho eso, me puse a contarle todo lo que había descubierto: el accidente de mi padre, las cartas de mi abuela, el descubrimiento de que Pascual no iba a ser su juguete sexual porque ya no era gay...

—Menuda mamarracha está hecho ese Pascual, dile que no se juega así con los sentimientos de un pobre negrito.

—Lo sé, ¿y qué me dices de lo del incendio? ¿Crees que podría haber sido él?

—No sé qué *desirte, darling*, no entiendo qué interés tendría ese Pascual.

—Yo tampoco, estoy con la mosca detrás de la oreja.

—Y la polla de Pepe entre las piernas.

—Mira que eres grosero.

Jimmy era basto hasta el infinito y más allá, pero me divertía muchísimo con sus ocurrencias.

—Te recuerdo, reina, que la que se fue con el toto en llamas fuiste tú. ¿Has encontrado lo que andabas buscando?

—En parte sí.

—Me alegra oírlo. ¿Cuándo volverás?

—Supongo que cuando se resuelva todo esto.

—¿Crees que llegarás a tiempo para celebrar tu cumpleaños?

—Es el jueves y aún me quedan muchos asuntos que resolver, no creo que me sea posible.

—Tú lo que quieres es *resibir* el regalo gordo: los dos huevos y el rabo, ¡toreraaaaaa!

—Y tú vas a conseguir que cuelgue.

—Bueno, reina, tengo ensayo. Llámame con lo que sea. Te *I love you*, aunque seas una perra mala.

—Y yo a ti, saluda a los chicos de mi parte.

El resto de la tarde fue soporífero, la abuela estuvo durmiendo casi todo el tiempo y el *Furore* me la había releído ya tres veces por lo menos. Cada vez que veía al imbécil de Alex con la mulata en las blancas playas dominicanas me hervía la sangre con lo idiota que yo había sido al pagarle ese viaje. Tenía tal aburrimiento encima que estaba a punto de sacar las fajas de mi abuela y ponerme a leer las etiquetas.

En esas la abuela Elisa se despertó y me dijo que quería ir al baño, la acompañé y entonces pensé que sería un bonito detalle con Pepe tenerla arreglada ya a su llegada, así que me puse al tema echándole ovarios al asunto,

pero tras desnudarla y meterla en la ducha descubrí que no era tan desagradable como había supuesto y la dejé más linda que una *candy bar*.

A las diez y cuarto llegó Pepe, nada más entrar por la puerta me vio terminando de poner la mesa para la cena y luego miró hacia el sofá, no encontrando a su abuela allí.

—¿Y mi abuela?

—Acostada.

—¿Ha cenado? —preguntó, acercándose a la mesa.

—Claro.

—¿Y le has puesto los pañales?

—Por supuesto —dije sin alterarme ni un poco, pese a que su actitud otra vez no era la adecuada.

—¿Y cómo te las has apañado?

—Ha sido fácil, tranquilo —respondí de manera cortante—, está perfecta, puedes comprobarlo por ti mí mismo.

Y ante mi indignada mirada lo hizo con un par, se fue derecho al dormitorio y encendió la luz de la mesita.

—¿Por qué está pintada como un payaso y lleva el pelo como Tina Turner? —preguntó, observándola dormir plácidamente arropada hasta el cuello.

—Porque la he duchado, peinado y puesto guapa y le ha gustado tanto que no se lo quería quitar. —Suspiré sonoramente de puro agotamiento y salí disparada del dormitorio en dirección a la habitación de Pepe.

Me puse frente a la ventana y me miré en el cristal, yo también me había puesto guapa para él, me había cepillado el pelo y me había hecho una coleta de caballo alta que me dejaba toda la cara y la nuca despejada y me había puesto un vestidito camisero de mi abuela de manga corta que me hacía parecer una niña buena.

Pepe entró poco después y se me quedó mirando desde la puerta.

—¿No vamos a cenar?

—Cena tú, a mí no me apetece, se me han quitado las ganas.

—¿Qué te pasa?

Lo miré en el reflejo del cristal y fruncí el ceño.

—¿A mí? —le increpé—. Llegas a casa, te lo encuentras todo hecho: la casa recogida, tu abuelita acostada, la cena lista, (yo follable cien por cien) y lo único que tienes que decirme es: «¿Y mi abuela?» —le imité ridículamente la voz—, ni un «hola», ni un «¿cómo estás, Alicia?» Eres un capullo, Pepe, es demasiado complicado vivir contigo y me estoy cansando ya un poco de esta situación que no controlo. Dices que soy una egoísta, pero tú solo miras por ti, y yo, ¿qué?

Él meneó la cabeza como si le hiciera gracia el comentario.

—Alicia, podrías relajarte un poco y dejar de pensar que todo lo que hago lo hago con ánimo de molestarte —dijo, andando hacia la librería, dándome la espalda.

Parpadeé al escuchar que empezaba a sonar música en un altavoz Tosé que había a mi lado sobre el escritorio. Unos acordes de piano de una canción que no conocía.

—¿Qué es?

—Los Ronaldos, *No puedo vivir sin ti* —contestó sin más, aproximándose hasta situarse tras de mí, muy cerca.

Me pasó la mano por la nuca y me acarició el cuello y sentí un ascensor subiendo a toda velocidad desde mi estómago hasta mi garganta.

—¿Te gustan Los Ronaldos? —le pregunté; nunca habíamos hablado sobre sus gustos musicales.

Se pegó a mí y deslizó la mano por mi hombro recorriéndome lentamente el brazo desnudo poniéndome la piel de gallina a su paso y acelerándome el corazón.

—Me gusta esta canción, lo que dice, parece que esté hecha pensando en mí. Expresa a la perfección lo que siento por ti —dijo, enlazando sus manos con las mías y las puso sobre mi vientre y comenzó a mecarme mientras susurraba la letra en mi cuello con los ojos cerrados.

Llevas años enredada en mis manos, en mi pelo, en mi cabeza. Y no puedo más, no puedo más. Debería estar cansado de tus manos, de tu pelo, de tus rarezas. Pero quiero más, yo quiero más.

No puedo vivir sin ti, no hay manera, no puedo estar sin ti, no hay manera.

Me dijiste que te irías, pero llevas en mi casa toda la vida. Sé que no te irás, tú no te irás... Has cambiado tu bandera, traspasado la frontera, eres la reina. Siempre reinarás, siempre reinarás.

No puedo vivir sin ti, no hay manera, no puedo estar sin ti, no hay manera.

No lo interrumpí, dejé que me meciera mientras seguía cantándome y me llevaba al cielo a tumbarme para soñar despierta sobre las nubes, estaba por completo cautivada escuchando lo que según la canción eran sus sentimientos hacia mí. Mi tonto Pepe, tan duro por fuera y tan blando por dentro. «No pienso irme nunca», ansiaba decirle y que dejara de sufrir sin motivos, pero también sabía que era una promesa que tal vez no podría cumplir.

Buscó mis ojos en el reflejo del cristal.

—¿Qué necesitas, Alicia?

—A ti, todo tú, tenerte dentro.

Noté que me subía la falda con brusquedad, introduciendo la mano por dentro de mis bragas, entre los muslos, en busca de mi sexo. Me penetró con un

dedo y luego con otro y jadeé empañando el cristal. Cerré los ojos apoyando la frente en él, casi sin fuerzas cuando me pasó el pulgar por el clítoris mientras me penetraba con los dos dedos. Cada movimiento era un delirio. Me iba a correr de un momento a otro si seguía jugando así conmigo, pero yo lo necesitaba dentro y llenarme de su esencia.

—Pepe, fóllame.

Al punto apartó la mano para desabrocharse la bragueta y bajarse los pantalones. Me dio la vuelta bajándome las bragas de un tirón y subiéndome la falda, luego me levantó en el aire con una facilidad asombrosa y le abracé con fuerza el cuerpo, rodeándolo con las piernas y los brazos, apoyando la cabeza en su hombro.

Me fue bajando poco a poco, hasta que rocé la cabeza de su erección con mi sexo y entonces se hundió despacio en mi interior. Me besó con posesión y respondí devorándolo. Pepe impuso un ritmo rápido con el que cada embestida hacía que mis músculos se electrizaran hasta que comenzaron las sacudidas de un orgasmo grandioso y casi interminable. Pepe me besó para acallar el grito que surgió de mi garganta. Embistió por última vez con fuerza y se quedó inmóvil, conteniendo la respiración cuando llegó también al orgasmo.

Pasó un buen rato antes de que nos moviéramos. Yo seguía aferrada a él, con la cabeza apoyada en su hombro, y nuestros cuerpos, unidos de la forma más íntima. Lo escuché soltar un gemido entre dientes.

—No hay manera —dijo sin fuerzas.

Lo silencé cubriéndole la boca con la mía.

—Pero podemos encontrarla.

Pequeños *wasaps* ardientes

Esa mañana me levanté diferente, con aires renovados, el sexo con Pepe me llenaba de energía, era la gasolina de mi vida y despertaba en mí el ingenio. El dichoso Pascual me iba y me venía por la mente, tenía que utilizar mis dotes interpretativas, para eso era Alicia Trevi, esa virtud podía utilizarla en cualquier faceta de mi vida y esta era una ocasión que merecía toda mi habilidad.

—Pepe, voy a ir a la finca a resolver unos asuntos.

—Vas a tirar de los pelos al tal Pascual, ¿no es cierto?

—No, no es cierto, yo tengo mucha más clase que eso, pero entiende que necesite averiguar más cosas sobre él.

—Deberías dejar esas cosas a los profesionales, esta tarde puedo pedir sus antecedentes... —Le silenció con un corto beso en los labios.

—Tranquilo, no va a pasarme nada, al fin y al cabo, no puedes detenerlo por contar mentiras a una chica.

—No, no puedo, pero no me fío de él.

—Estaré bien, no tiene pinta de ser un asesino en serie.

—Llámame en cuanto salgas de allí, prométeme que lo harás.

—Lo haré, te lo prometo.

Arranqué mi Forito con la mente puesta en un capítulo de *Castle*, iba a realizar el papel de mi vida, aunque lo que me pedía el cuerpo era dejarlo calvo de un repelón. Conduje con cuidado por aquellos caminos, no quería quedarme tirada en esa carretera y que Pascual me encontrara y me empitonara como a la hija de la Antonia. Vaya pajarraco debía estar hecho y qué sorpresa se iba a llevar al verme.

Cuando llegué al portón de la entrada vi a Cristo con su gran sombrero de paja y me vi tentada de decirle cuatro cosas, pero, al ver que estaba alegremente sacándose una sepia gigante de la nariz y analizándola con sumo esmero con su gran pulgar, decidí que lo mejor era pasar del tema, al fin y al cabo, solo era un pobre corto de entendederas.

—¡Señorita Alicia! —Los ojos le hicieron chiribitas cuando me vio y empezó a reír de forma absurda.

—Hola, Cristo —dije sin apenas mirarlo, no me convenía, podría provocar una nueva rumorología si este inocente creía que estaba enamorada de él por ser demasiado amable. Toda precaución era poca.

Los trabajadores me saludaron con sonrisas en la cara, como si de verdad se alegraran de verme. El ambiente era algo distinto a la última vez que había estado allí y una mujer de unos cuarenta años con gafas de concha y pelo rubio se acercó a mí.

—Hola, señorita Garrido, soy Ana.

—Encantada, Ana, ¿qué tal todo por aquí?

—De eso mismo quería hablarle, podemos ir a un lugar más privado.

—Te sigo, no conozco aún muy bien todo esto.

La mujer comenzó a andar y me llevó a una sala donde había una gran mesa y máquinas de bebida y café. Antes de cerrar la puerta comprobó que no había nadie en el pasillo.

—Cuéntame.

—Verá, señorita Garrido, la plantilla está muy preocupada, la semana pasada se pasaron por aquí doña Rebeca y su hija Edurne. Sé que son sus parientes y a mí no me gusta malmeter... pero nos dijeron a todos que las cosas iban a cambiar mucho a partir de ahora y que iban a mandar una psicóloga especialista en perfiles laborales y que podría haber despidos.

—¿Y quiénes son ellas para hacer semejante cosa? No son las dueñas de la finca.

—Eso es lo que pensamos todos, pero por lo visto corre el rumor de que como usted se fue del pueblo al incendiarse su casa, ellas serían las dueñas de todo.

—Es la primera noticia que tengo, Ana, y no estéis preocupados, el caso se está investigando, ellas no son nadie por el momento.

—Nos ha dado mucha alegría verla, pensábamos que no iba a volver jamás.
—La chica se agarró las manos y las puso en modo rezo.

—Gracias, Ana, por la información, te estoy muy agradecida. Ahora debo ir a buscar a Pascual, ¿sabes dónde puedo encontrarlo?

—Estará en la planta, sepa usted que habla mucho con ellas cuando vienen, deben ser amigos o algo. —Aquello avivó aún más mis ansias investigadoras, aquí había gato encerrado y lo iba a averiguar.

Tras aquella conversación tan reveladora me fui derecha en busca de Pascual. Por suerte había vuelto de sus controles de planta y estaba sentado ante su mesa de trabajo. Me acerqué sigilosa por la espalda.

—¡Sorpresa!

—¡Alicia! —Pascual se aclaró la voz— ¡Qué maravillosa sorpresa! Creía que no volverías por aquí.

—¿Y por qué no iba a volver? Tengo unas cosas que heredar, ¿recuerdas?

—Cierto. —Pascual se rascó la cabeza con cierto nerviosismo.

—¿Piojos?

—Urticaria, es algo crónico.

—Lo siento, ¿puedo utilizar tu ordenador?

—Sí, claro, estás en tu casa.

—Aún no, pero pronto lo será.

—Eso espero. —Qué falso que le sonó aquello—. ¿Qué tal con Pepe?

—Muy bien, la verdad es que estamos resolviendo favorablemente nuestras diferencias, creo que podría funcionar.

—Me alegro un montón, hacéis una pareja fabulosa —dijo amistosamente.

—Gracias, ¿podrías traerme un café?

—Desde luego, te lo traigo ya y vuelvo a la nave a seguir con mis controles rutinarios, puedes estar aquí el tiempo que quieras.

—Lo sé, gracias Pascual, eres un cielo. —Le dediqué la mejor de mis sonrisas.

Por fin estaba sola, crucé los dedos y pedí a todos los santos que tuviera las cuentas de correo abiertas o con acceso directo desde el ordenador con la contraseña predeterminada. Sabía que ahí podría encontrar información valiosa, mientras esperaba que el Goble abriera la página de Bmail, miré alrededor de su espacio de trabajo, era el rincón más resguardado de la sala, el escondite ideal para una rata rastrera como Pascual, me alegré de que no disfrutara de un despacho para él solo.

En el archivador, que tenía delante, vi en todo lo alto su móvil. Qué mejor que su móvil para recabar información vital. El móvil de una persona recopila toda la vida de uno mismo, qué me lo digan a mí. No sabía de cuánto tiempo disponía hasta que regresara con el café; lo primero que tenía que adjudicarme era el dichoso chisme, me levanté presa de los nervios para nadie me viera usurpándose y rápida como una gacela lo cogí y me lo guardé en el bolso. No tenía tiempo de silenciarlo, así que estaba vendida a mi suerte de que no sonara en cuanto él regresara.

—El cafelito, manchado de leche y con sacarina.

—Qué bien que lo recuerdes.

—Siempre recuerdo lo que les gusta a mis amigos, es de ser buen anfitrión.

—Gracias.

Pascual se quedó mirándome sin saber qué decir, se notaba a un kilómetro

que mi presencia le incomodaba y no sabía disimularlo tan bien como yo.

—¿No tenías que ir a la planta? —dije para darle el empujoncito que necesitaba para sacármelo de allí.

—Sí, lo siento, estoy muy contento de verte de nuevo, Alicia, podemos quedar luego si te apetece.

—No creo que pueda, pero lo intentaré.

—Bien, luego te veo. —Se marchó con la mirada perdida y, para mi gran suerte, sin percatarse del detalle de su móvil. A este no le habían enseñado que para ser mentiroso hay que tener memoria.

En cuanto lo vi salir por la puerta, aproveché para silenciar su teléfono y me puse a revisar su correo. Allí no había nada sospechoso, tan solo la reafirmación de que Pascual no era gay. Su suscripción a *culonas y pechugonas mulatas* era más que incuestionable de que le gustaba el pescado fresco más que a un tiburón. La clave iba a estar en su móvil. Tenía que marcharme de allí cuanto antes y enchufarlo a un cargador; no podía permitir perder ni una sola rayita de batería; si se apagaba no podría volver a encenderlo ya que no me sabía su clave de acceso, aunque dado su historial de búsqueda bien podría ser «salidorrodelquince» en modo numérico.

Me fui de allí como alma que lleva al diablo sin despedirme de nadie. Esta vez el Forito fue a la máxima velocidad permitida por aquellos agrarios caminos. Cuando llegué a casa de Pepe entré hecha un basilisco pidiendo un cargador.

—Necesito un cargador de móvil y tu clave de wifi.

—Ya estás otra vez con esas. —Pepe me miró molesto.

—No, tonto, no es para mí, bueno sí, pero es para el móvil de Pascual, no puede apagarse, es de vital importancia.

—¿Le has robado el móvil? —Se cruzó de brazos, negando con la cabeza.

—Sí, pero sin violencia, digamos que se lo dejó olvidado y yo se lo estoy guardando.

—Podría detenerte por eso.

—Luego te dejo que me esposes y me des con la porra, pero sé que este dichoso aparato tiene toda la información que necesitamos para atrapar al pirómano que se cargó mi casa.

Pepe sacudió la cabeza y me entregó su cargador, el mío era incompatible con aquel modelo y luego me dictó su clave wifi: 12345beeee.

—¿12345beeee? ¿Qué clase de contraseña es esa?

—Una sencilla y rural. Me gusta el balar de las ovejas.

—Y luego soy yo la loca.

Estaba muy nerviosa y excitada; el móvil estaba obteniendo la dirección IP y autenticando.

—¡Bingo! Ya estaba dentro del centro de operaciones de aquel mequetrefe. Lo primero que hice fue entrar en su WhatsApp, seguro que las tenía como contactos, algo básico hoy en día, incluso en el mundo del delinque. Y, efectivamente, Rebeca formaba parte de sus contactos, de hecho, su foto de perfil estaba realizada en la puerta de la finca: madre e hija sonrientes, levantando los dedos en señal de victoria. Menudas pájaras.

—¿Has encontrado algo? —me preguntó Pepe, doblando unas camisetas.

—¿Lo dudabas?

Soltó la prenda y vino corriendo a sentarse a mi lado.

—Hombre de poca fe, deberíais contratarme en el cuerpo, os sería de gran ayuda.

—Nosotros no robamos teléfonos, eso es delito, pero por ser tú te lo voy a perdonar.

—Mira, Rebeca está entre sus contactos, voy a abrir la conversación, seguro que vamos a llegar al quid de la cuestión.

—Me asustas.

—¿Te asusto? —Entorné los ojos y me quedé mirándolo esperando una respuesta a aquella afirmación.

—Pareces muy inteligente.

—¿Creías que no lo era?

—¡Yo no he dicho eso! —gritó molesto.

—Es lo que me ha parecido.

—Abre el chat de una maldita vez.

—Mira, hay mucho intercambio de mensajes. —Fui deslizando el dedo hacia arriba y abajo—. Mira este, es del viernes que fui a cenar con él. *Estoy con la polla en la mano* —leí uno de la tarde—, qué cerdo el tío, decirle eso a Rebeca —añadí con una mueca de asco.

—*Tengo la polla caliente* —leyó Pepe el siguiente—. Es de las ocho. ¿Estaba contigo ya?

—Sí, joder, qué asco de tío, estaba pajeándose mientras yo me cambiaba de ropa, seguro que me estuvo mirando —comenté indignadísima dándole golpes al móvil.

—Cuando pille a ese tío le voy a dar de hostias hasta que se olvide de su apellido —dijo, Pepe enfadado, y yo le lancé una mirada cargada de aprobación—. Pero no entiendo por qué le decía esas cosas a Rebeca, es muy raro.

—Sí, raro, raro, raro.

—*Tengo el pito gorgorito.* —Pepe siguió leyendo—. Pero es que el tío pervertido no para, está colgado de ti. Me lo voy a cargar, hacerte creer que es gay para meterse en tu casa y verte desnuda.

—*Estoy alimentando la polla con una olla.* Qué puto bastardo de mierda — exclamé engrescándome; la que le iba a partir la cara era yo a ese Pascual cuando lo tuviera delante.

—¿*La polla está incubando los huevos?* —Pepe me miró extrañado.

—Pepe, son mensajes en clave —dije, viendo una bombilla encendida sobre mi cabeza y él asintió lentamente—. *La polla soy yo* —afirmé feliz.

—Y yo soy *los huevos*. Mira la hora del mensaje, es de las 00:25.

—Es verdad, tú eres *los huevos* —dije, riéndome eufórica por el descubrimiento.

—Pues yo no quiero ser *los huevos* —protestó cruzándose de brazos.

—¿¡Acaso crees que me gusta a mí ser *la polla!*? Yo no me parezco en nada a una polla, ¡soy más como un cisne o un flamenco! Mira que nunca más espigada tengo. —Le mostré mi cuello estirado como un mata-suegras.

Pepe me miró con una sonrisa y asintió antes de volver a centrarse en la pantalla.

—Mira el siguiente, es de la una: *El pito gorgorito está en el mar.* Está hablando de la llave, fijo. El *pito* es la llave y el *mar* es el lugar donde la escondió para que ellas pudieran entrar.

Le di un beso por la emoción.

—Pero qué listo eres, por Dios. Te comería todos los morros ahora mismo.

—Pues hazlo.

Y lo hice, le di un morreo de padre y señor mío.

—¿Lo ves, Pepe? Estaban todos en el ajo metidos. Y me las van a pagar —gruñí—, se van a enterar de quién es la señorita Garrido.

Asintió lentamente mirándome con recelo.

—Eso me ha recordado algo, ¿por qué llevabas dientes de ajo en la ropa interior?

—Me los dio una gitana en el mercadillo para protegerme de una persona que me estaba mirando mal, y mira por dónde es verdad, y no una, dos: Edurne y Rebeca. También me dijo que el espíritu de mi abuela estaba a mi lado protegiéndome.

—No empieces.

—No empiezo, eso es exactamente lo que me dijo y yo la creo, acuérdate de lo que pasó el otro día en el baño con tu perfume, mi abuela me obligó a hacerlo.

—Perdona si no me termino de creer esa historia. ¿Por qué hiciste semejante cosa?

—Vale, no fue mi abuela, fui yo. No sé qué me pasó, pero fue echarme un poco en la muñeca y ya no pude parar, quería tu olor sobre mí.

—Pues habérmelo dicho.

—Sí, claro, y que te pensaras que estaba loca por ti.

—¿Y lo estás?

—¿Loca por ti? Estoy loca, sin más, ya lo sabes.

—Sí, lo estás, pero es una de las cosas que más me gustan de ti.

—Una de las qué más... —Le hice una carantoña—. ¿Y cuál es la cosa que más te gusta de mí?

—Es una pregunta difícil.

—Pero tiene respuesta, ¿no?

—Es un sumun, hasta lo que no me gusta de ti, me encanta.

—¿Sabes algo, Pepe? Pareces una cosa y en el fondo eres un romántico empedernido. Dentro de ti habita un *poetiso* y yo lo he descubierto. —Le guiñé el ojo, divertida.

Negó con la cabeza.

—No lo has descubierto, señorita Garrido, lo has visto porque solo tú lo sacas al exterior.

Emití una especie de ronroneo al escuchar aquello, el Pepe *poetiso* me ponía cardíaca.

—Dime algo profundo y lírico.

—¿Más?

—Sí, por favor.

—Está bien —carraspeó y me cogió las manos—. *¿Qué es poesía?, preguntas, mientras fijas en mí tu mirada azul. ¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas? Poesía eres tú.*

—Eso es de Bécquer, hasta una inculta como yo lo sabe.

—Sí, joder, me has pillado.

—Venga, inténtalo otra vez, seguro que puedes, ¿no dices que te inspiro?

Asintió con una sonrisa.

—Eres mi musa.

—Pues dale al coco.

Se puso serio y bajó la mirada.

—No soy un cristal, Alicia, soy un jodido paraguas roto, y cuando llueve me mojo hasta calarme y eso es lo que me ha pasado contigo, Alicia. Has llegado a mi isla como un huracán, descargando sobre mí todo tu ser de esa forma arrolladora que tienes para hacer todo lo que haces, y te has metido tan dentro de mí, que ya no sé dónde acabo yo o dónde empiezas tú.

—Vaya, eso me ha llegado —dije golpeándome el pecho en plan *brother*.

Sonrió y me dio otro besazo.

—Voy a enviar el chat a mi correo personal, como prueba. Esto prueba muchas cosas, aunque dudo mucho que tenga validez en un juzgado, pero

entiendo que al abogado le valdrá igual para tomar una decisión en cuanto a ti.

—Así es —dije feliz—, así matamos dos pájaros de un tiro, destapamos a esas víboras y además probamos mi inocencia.

—Pero, Alicia, sabes que yo hubiera dicho que estaba contigo y que no tuviste nada que ver con ese incendio.

—Claro que lo sé, pero mi abuela era muy inflexible en sus cláusulas y yo tenía que vivir en su casa, y no lo estaba haciendo, me pasada el día y la noche en la tuya.

—¿Es por eso que entraste?

—Pues claro, ¿quién te piensas que soy yo? Me da igual que nadie sepa que estoy contigo.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio. Lo gritaría en la plaza si tú me lo pidieras.

Pepe dibujó una sonrisa tan grande que le daba la vuelta a la cabeza.

—Pero no vas a pedirme algo así, ¿verdad? —le pregunté dudosa, entornando los ojos en su dirección.

—Si quieres que estemos juntos, lo estaremos. Que nos vean todos, Alicia. ¿O no quieres?

—Me estás asustando, tanto entusiasmo en ti me abrumba así de repente — dije riendo—. ¿No hablarás en serio?

—Muy en serio, pero no ahora, ahora tenemos que destapar a estas ratas. Nadie se mete con mi chica y se va de rositas.

Ahí estaba mi macho manchego empuñando su espada, y qué espada.

—Entonces ¿soy tu chica? —le pregunté haciéndole un juego de pestañas.

—Lo eres.

—Uauuuuh, alabado sea Dios —levanté los brazos al cielo—, por fin lo has soltado.

—Por fin —suspiró hondo como si se hubiera quitado un gran peso de encima—. No quiero estar en ningún sitio, si tú no estás conmigo. Lo quiero todo, Alicia.

—Y yo —le dije, abalanzándome sobre él, besándolo con ansias y quitándole la camiseta a toda prisa, y ya estábamos al lío; teníamos tanta necesidad que a la mínima explotábamos.

Tras retozar como cerdos, volvimos a nuestras tareas investigativas.

—Mira, Pepe —dije, volviendo al chat de Pascual con Rebeca—. *El pito gorgorito está en el mar.* Mensaje de Rebeca de las seis de la madrugada.

—La hora en la que comenzó el incendio—comentó Pepe mirando la

pantalla—. El siguiente mensaje es de las ocho de la tarde, mira lo que pone Pascual—. *La polla ha volado. ¿Por qué hubo barbacoa improvisada? Eso no era lo previsto. Solo había que desplumar la polla.* Por lo visto, Pascual no sabía de las verdaderas intenciones de esas dos.

—Pero las ayudó y me pregunto el porqué.

—Pues se lo preguntaremos. Pero deberías llamar al abogado.

—Sí, creo que tengo la sartén por el mango.

—¿Por qué querrían esas dos quemar tu casa? Son familia tuya, ¿no es cierto?

—Pues me temo que precisamente por eso —suspiré hondo, acurrucándome contra él—, si no conseguía estar un mes me quedaría sin herencia y ellas serían las siguientes en la lista para heredar.

—Comprendo. —Pepe me apretó con fuerza la mano, seguramente pensando en lo desdichada que era yo en cuanto a relaciones familiares, incluida la tía que compartíamos—. ¿Y para que se pusieron a hacer obras en la casa entonces?

—Supongo que para parecer buenas personas y que no sospechara de ellas. Asintió levemente con la cabeza.

—Bueno, hay que ponerse en marcha, voy a llamar al abogado para que venga y aclaremos todo este embrollo.

—Bien dicho, esa es la actitud. ¿Pero cómo vas a hacer que esas dos confiesen?

—Tengo un plan y unas agentes especiales que estarán encantadas de ayudarme. —Guiñé un ojo a «mi chico» y contoneando las caderas me fui a su habitación a hacer las gestiones.

—Lo sentimos mucho, Alicia, no queríamos incomodarte con lo del Cristo.

—La Domitila se dio golpes secos en el plexo solar, estaba realmente afligida.

—Ya os he dicho que no pasa nada, os he citado en el bar porque necesito que me ayudéis.

—Lo que te haga falta, ya lo sabes.

—¿De qué se trata, *mumacha*? —preguntó la Salomé—. Si es algo de bailes lo tengo complicado, tengo las cartucheras en rompan filas, estoy medio *esgonzá*.

—Veréis, necesito que hagáis de superagentes de investigación.

—¿Como el Paco Lobatón? —La Domitila se había quedado un poco arcaica.

—Más o menos, pero con más acción.

—Estoy intrigadísima, mira que me gustan a mí los casos.

—Pues este es un caso peliagudo...

Les conté con pelos y señales todo lo que había planeado.

Tenía que hablar con el abogado y quedar con él a una hora en casa de Pepe convenciéndolo de que tenía el caso del incendio resuelto, seguramente se mostraría reticente, pues yo era la principal sospechosa. Después, mandaría desde el móvil de Pascual, haciéndome pasar por él para no levantar la liebre, un *wasapito* a Rebeca, citándola veinte minutos más tarde en la casa de mi abuela, bueno, en lo que quedaba de ella, diciéndole que se había enterado de que el abogado iba a ir con un perito al lugar y suponía que ellas querrían estar presentes. Tan solo quedaba que Pascual acudiera a esa misma hora, así que les pedí a la Domitila y la Salomé que se acercaran a la finca y le llevaran una invitación para mi fiesta sorpresa de cumpleaños. Cumpleaños que no iba a celebrar, pero que me venía de perlas como pretexto para que Pascual se personificara; estaba segura que entraría al trapo.

—¿Tenemos que llevar pasamontañas de esos? —preguntó la agente 77 (la Salomé) removiéndola la manzanilla de manera nerviosa.

—No hace falta, solo vais a entregarle una invitación con la excusa de que es una fiesta sorpresa que habéis organizado para mí y de la cual yo no sé nada.

—Pues vaya acción que nos has *vendío*, esto no me emociona ni un tanto —sentenció la Salomé cruzándose de brazos.

—¿Os parece poca emoción presenciar en vivo y en directo una detención? —pregunté con una sonrisa torcida al tiempo que apoyaba la frente en la mano.

—La verdad es que a mí sí me emociona, y mucho más formar parte de esta emboscada, los vas a *escamochar*. —La agente 78 (la Domitila) estaba más que emocionada.

—No os olvidéis mañana de ir a avisarlo a la finca.

—Descuida, Alicia, creo que no voy a dormir en toda la noche de la emoción. Pero ¿es realmente tu cumpleaños?

—No, no, pero es una gran excusa. —Me supo mal mentirles, pero no tenía previsto celebrar nada; no tenía el cuerpo para jotas y además nadie excepto yo sabía que cumplía años ese día.

Volví a casa de Pepe nerviosa por los acontecimientos que se iban a llevar a cabo al día siguiente. Con él había organizado la llegada de la Guardia Civil para detener de manera cautelara a las tres ratas de cloaca. Pepe me advirtió que, a menos que confesaran, no podría retenerlas en un calabozo más de veinticuatro horas y, aun así, se estarían saltando la ley. Pero yo confiaba en que confesaran dándoles un susto de muerte. Esa era la parte crucial del plan, mi as en la manga, mi locura más locura, pero, si todo salía según lo había imaginado, sería todo un

éxito.

Ahora vas y lo cascás

El día D y la hora H habían llegado, Pepe no quiso dejarme sola en ningún momento, era mi Kevin Costner personal y lo tenía pegado a mí como una lapa. Temía que me pillaran y quisieran hacerme algo para hacerme desaparecer de escena. Algo un tanto exagerado, aunque pensándolo bien esas dos arpías eran unas pirómanas sin escrúpulos.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? Aún estás a tiempo de echarte atrás y buscar otras formas.

—Estoy muy segura, no temas tanto, ¿no van a venir tus compañeros acaso?

—Sí, pero me preocupa que pueda pasarte algo.

—No me va a pasar nada, no seas tonto. —Lo besé para tranquilizarlo, aunque yo por dentro era un simulacro de Spiderman—. Además, tú estarás conmigo.

—Eso es cierto, me tiraré a la yugular de quien sea.

—Gracias, mi pequeño pitbull. —Le sonreí.

—Por cierto, me he enterado de que hoy sí es realmente tu cumpleaños.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El Facepook.

—Maldito delator de vidas —protesté molesta.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No quería que te molestaras y mucho menos con todo este lío, puedo celebrarlo otro día.

—Mañana.

—¿Mañana?

—Sí, no me ha dado tiempo a comprarte nada, me gustaría hacerte un regalo.

—Tú eres mi mayor regalo, pero aceptaré una cena mañana contigo. —Volvimos a besarnos, la atmosfera que ahora pululaba entre nosotros era menos tensa y más romántica de lo habitual, y a la mínima encontrábamos un buen

motivo para besarnos—. Preparémonos, el abogado estará a punto de llegar.

A las ocho y dos minutos el abogado llamó a la puerta. Pepe se mostró solícito y fue él quien le abrió, mientras yo lo esperaba sentada a la mesa con las manos cruzadas apoyadas en ella; si las tenía sueltas me temblaban como una gelatina en un tren.

—Señorita Garrido, espero que no me haya hecho venir para nada, soy un hombre sumamente ocupado.

—Créame que no, esta noche va a presenciar usted algo insólito, algo que resolverá el caso de la barbacoa.

—¿De qué barbacoa me habla? —Este señor tendría estudios, pero no entendía muy bien los juegos de palabras.

—Hablo del incendio.

—Entiendo, ¿y cómo va a resolver el caso si se puede saber?

—Pues verá...

Le conté al señor abogado todo lo acontecido el día anterior, su cara iba gesticulando a medida que la historia avanzaba, quedándose alucinado cuando le dije que *los huevos* eran Pepe y que obviamente *la polla* era yo.

—Me deja usted perplejo, tiene una gran capacidad deductiva, señorita Garrido, pero me temo que eso no será suficiente para que pueda dar por válida la herencia.

—Lo sé, por eso en cuestión de quince minutos. Los delincuentes se encontrarán en casa de mi abuela y lo confesarán todo.

—¿Y cómo piensa usted hacer eso?

—¿Confía usted en mí?

—No veo por qué no debiera hacerlo, pero créame que he visto muchas cosas en los juzgados y no será tan fácil como usted se cree.

—¿Pero si esos tres confiesan delante de usted podrá dar fe de lo que ellos digan?

—Por supuesto, soy un letrado con muchos años de trayectoria.

—Pues acompañe a Pepe, nos vemos en un rato.

Pepe le tocó el hombro y le invitó a acompañarlo y el señor letrado lo hizo con poco convencimiento, agarrando su maletín contra el pecho y recolocándose las gafas. Antes de cerrar la puerta, Pepe me hizo un gesto que no dejaba lugar a dudas: estaría vigilándome y no dejaría que nada malo me pasara.

El *momentazo* había llegado, de nuevo iba a hacer uso de mi talento para la

interpretación y mi parecido más que razonable con mi abuela Virginia, aunque hiciera falta una peluca y un poco de maquillaje para ajarne las facciones. Lo había visto hacer miles de veces a las maquilladoras de la película, convirtieron a una estupenda Candela Peña en Fuensanta a golpe de brocha y polvos compactos, así que lo iba a intentar, además, la oscuridad de la noche sería mi aliada.

Me puse uno de los vestidos de mi abuela con unas calcetas que encontré en su armario y las manoleínas negras. Me coloqué la peluca, que esa misma mañana habíamos comprado en los chinos de Villa Gorgoritos, y empecé a aplicarme maquillaje con polvos de talco para crear surcos y grumos que envejecieran mi piel. Mientras aplicaba sombra oscura en la parte baja de los ojos para crear ese efecto profundo en la mirada, recibí un *wasapito* de Pepe (ya que me había dado su clave de wifi, no iba a ser tan tonta de no usarla en beneficio personal, ¿verdad?), indicándome que la máquina de humo estaba lista. Un amigo del primo del sobrino de Domitila, tocaba en un conjunto musical (así lo había nombrado ella) y pudo conseguir en muy poco tiempo que nos alquilara una vieja máquina de humo y un micrófono de *autotune* por veinte euros. Una ganga dado el papel fundamental que iba a desempeñar esa tarde la castigada máquina y aquel cambiador de voz *reguetera*.

Todo estaba listo, a decir verdad, yo daba bastante el pego, parecía mi abuela Virginia venida del más allá, y estaba segura de que esos tres iban a confesar con el mollón pegado al culo. Pepe y el abogado lo grabarían todo desde su posición oculta.

Estaba preparada, el aviso de Pepe de que Rebeca y Virginia estaban en la casa era lo que esperaba para saltar la tapia del patio trasero. Pero en ese momento me di cuenta de que mi plan tenía un fleco, Pascual iría a casa de Pepe y no a la casa de mi abuela, tenía que avisar a las agentes especiales de que tenían que llevarlo a la casa chamuscada antes de que se cansara de llamar a la puerta y se marchara a su casa tras no obtener respuesta.

—¿Digamelón?

—Domitila, hay un cambio de planes, avisa a Salomé: La rata tiene que ir a la madriguera no a casa de Pepe.

—¿Qué rata? Alicia, ¿te has *dorogado*?

—No, estoy hablando en clave.

—No entiendo esa manía de cambiar las palabras que tenéis los jóvenes.

—Domi, escucha bien, Pascual va a ir a casa de Pepe, cree que la fiesta es allí, pero no va a haber nadie, tenéis que llevarlo a mi casa, bueno, a la de mi abuela.

—Agora sí te he entendido, pero yo no sé dónde vive ese *mumacho*.

—No es necesario que vayas a su casa, debe estar al caer. —En esas, oí como alguien llamaba a la puerta con unos golpes secos de aldaba—. De hecho, está aquí ya, corre calle abajo y no dejes que se vaya —la azucé, poniéndome nerviosa por momentos, y me entró el *wasapito* de Pepe indicándome que las tipejas ya estaban en casa de mi abuela. No había posibilidad de recular.

Salté el muro con dificultad, aquellos zapatos resbalaban una cosa bárbara, me raspé las rodillas y me descoloqué la peluca, pero nada que no se pudiera solucionar con un poco de mercromina. Miré al cielo y pedí perdón a mi abuelita por usurparle la identidad, pero estaba segura que de poder verme estaría orgullosa de mí por querer salvar su legado de aquella manera. De paso y ya que estaba, recordando las palabras de la gitana, le pedí suerte y que le diera reprís a la Domitila para que llegara a tiempo.

—Abuelita, dime tú, por qué... —me estaba quedando con la canción de *Heidi*—... por qué no nos hemos podido conocer en vida, me hubiera encantado abrazarte y besarte, pero sé que allí donde estés me vas a echar una mano. Haz que la Domitila corra *a pijo sacao* como las gacelas huyendo de un león.

De pronto, sentí como una brisa helada pasaba por mi lado y se condensaba a mis espaldas. Podía sentirla cerca de mí y aquello, lejos de cagarme viva por la pata abajo, me reconfortó muchísimo. Me llené de energía positiva y quizá del mismísimo espíritu de mi abuela Virginia.

En el salón escuchaba murmurar a las dos víboras; estaban tan tranquilas hablando de un nuevo pintauñas de Sebhorra y unos pañuelos divinos del Corto Inglés ajenas a todo lo que iba a suceder esa noche. Me asomé un poco por la puerta y recé una vez más para que la Domitila llegara con Pascual. Ya habían pasado más de cinco minutos desde que había tocado la puerta de Pepe, y sin él el plan se iba a traste, o quizá no, pero no podía permitir que ese tipo se fuera de rositas.

Escuché unas voces provenientes de la calle y pude reconocer la voz de la Domitila y de Pascual; parecían enzarzados en una riña.

—*Mumacho*, no compliques más la operación.

—¡Señora, no me tire de las orejas!

—Es que no me haces caso, *pos no ta* dicho que entres en casa de la señora Virginia. No me enfades que te arranco el aparato auditivo de un *bocao*.

Pero ¿qué estaba haciendo esta mujer? Tenía que salir ya, Pepe estaba impaciente mandando *wasapitos* con iconos de humo. Tenía que salir ya.

—Entra *pa* dentro y verás que sorpresa más maja. —La Domitila lo empujó literalmente dentro de la casa y cerró de un portazo.

Accioné la máquina de humo y me santigüé dos veces antes de salir al tablao, agarrando el micrófono de *autotune* con las manos temblonas, cosa que

me haría ganar puntos en escena; las señoras mayores padecen de temblores, ¿no?

—¿Qué demonios es esto? —exclamó Rebeca tosiendo por la humareda.

—Hijos míos, soy la Virginia, que he venido del más allá para que me rindáis cuentas y me contéis qué carajo *habís* hecho con mi casa.

—¿Tía Virgi? —preguntó Edurne agarrada a su collar de perlas.

—La misma que viste y calza, ¿no lo veis?

—No vemos nada con este humo, ¿y esa voz?

—Es para que me oigáis mejor. —En realidad, parecía un vendedor de tómbola con aquel micrófono; no parecía ni de lejos de ultratumba.

—Señora Virginia, no nos haga daño, yo no sabía que estas dos iban a quemar la casa, soy un pobre ignorante. —Pascual estaba de rodillas rogando clemencia, era sin duda el más asustado de los tres.

—Calla, memo, no digas nada —le espetó Rebeca con soberbia.

—¿Queréis que doña Virginia nos combustione con un rayo celestial?

—Eso mismo haré si no me decís por qué habéis *chamuscao* mi hogar.

—Nosotras no hemos chamuscado nada, fue Alicia —gritó Edurne.

—Estáis mintiendo y me estoy enfadando *muchísimo*. —Miré a Pascual fijamente, sabía que él sería el que confesaría, estaba visiblemente cagado de miedo.

—No, no me mate. Se lo contaré todo.

—*Pus* ya estás tardando.

—Estas dos mujeres me ofrecieron dinero y el puesto de gerente en la finca a cambio de distraer a Alicia esa noche. Me dijeron que solo iban a hacerle una putadita para que no aguantara el mes. Nunca pensé que fueran capaces de incendiar su casa. Lo siento mucho, me hacía falta el dinero, la crisis, ya sabe usted.

—¿Acaso no te pagamos bien en la finca? Te has *vendió muuuu baratooooo*.

—Sí... pero...

—Ni pero ni almendro, *agora* estás *despedío*, fíjate tú.

—Tú para que hablas, no digas mentiras, para que querríamos nosotras quemar la casa —soltó Rebeca presa de la ira.

—Para quedaros con la herencia, mamarrachas —le respondí con ganas de tirarme derecha a sus pelos y dejarlas calvas como a Kojak.

Rebeca hizo un ademán de acercarse, pero no pudo, porque de pronto la máquina de humo explotó, soltando un gran estruendo y miles de chispas a mi alrededor; parecía el misterio de Elche, y a Rebeca le cayó la lámpara del techo en todo el cogote dejándola inmobilizada. Mentalmente, le di las gracias a mi abuela, ya sabía yo que no iba a dejarme sola.

—¡Esa no es la tita Virginia! ¿¡Qué hace un fantasma con un micrófono como Jorge Javier Vázquez!? —gritó Edurne, señalándome con el brazo bien extendido—. Menudo mequetrefe estás hecho, Pascual.

—La culpa la tiene Iker Jiménez y su programa —sollozó el pobre ignorante.

—¿Qué querías probar con todo esto, Alicia? Quemamos la casa, ¿y qué? Pero eso lo tendrás que demostrar, bonita, delante de un juez y no te será fácil —me increpó Edurne, agachándose sobre su madre para comprobar su estado. Rebeca estaba sentada en el suelo como una muñeca de trapo con el cuello torcido y los ojos a la virulé.

Alguien carraspeo a sus espaldas.

—Disculpen, pero me temo que serán ustedes las que tendrán que buscar un buen abogado para defenderse —les dijo el abogado con esa solemnidad que le caracterizaba.

—Y de momento están los tres detenidos —añadió Pepe con un gesto de gran satisfacción.

Aquel teatrillo había terminado, los tres delincuentes de chichinabo eran conducidos esposados hacia la calle recriminándose cosas, y yo iba detrás a paso lento, como en procesión. Me hacía mucha ilusión ver cómo los metían en el coche patrulla ante la atenta mirada de los villamaravilleenses, que se habían acercado al lugar alertados por la Domitila y la Salomé, prometiéndoles camorra de la buena.

Mientras un compañero de Pepe les agachaba la cabeza como en las películas para entrar en el coche, una música empezó a escucharse a lo lejos, aumentando su volumen a medida que se acercaba a nosotros. Era la canción de Gloria Gaynor, *I am what I am*.

—¿Alguien ha llamado a los organizadores de verbenas? —miré extrañada a la Domitila que negó con la cabeza—. ¿Pepe?

—¿Para qué iba a hacer eso?

—¡Por mi cumpleaños!

—Tengo mejor gusto que eso, créeme.

Una furgoneta destartalada pintada como la casa de Margarito (un señor hippy famoso en las redes sociales) dobló la esquina de la calle, derrapando con aquella canción icónica a todo meter, levantando una espiral de polvo y gravilla. La música seguía sonando por el altavoz de aquella monstruosa furgoneta cuando se detuvo en la puerta de Pepe. Los vecinos de Villa Maravilla se arremolinaron a su alrededor, pensando que de ella podrían salir unos extraterrestres. La puerta corredera se abrió de sopetón y Jimmy vestido de cuero y con una boa de plumas rosas enrollada al cuello y plataformas salió con los

brazos extendidos como la gran diva que es.

—¡¡Sorpresaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!!

Todo el mundo se quedó en silencio, y Jimmy cambió la amplia sonrisa por una cara larga; supongo que algo amedrentado por las miradas inquisidoras de aquellos cejijuntos a punto de entrar al ataque.

—Tranquilos, es mi amigo Jimmy —los aplaqué acercándome a mi amigo.

—¿Alicia? —Abrió los ojos a más no poder.

—Sí, ¿acaso no me reconoces?

—Diosito de mi vida, pero ¿qué te ha pasado? *Paseses* doñita Rogelia —se mostró preocupado antes de volverse hecho una fiera hacia la muchedumbre—. ¿Qué le habéis hecho a mi amiga, engendros rurales?

—Es un disfraz, como el que llevas tú, papanatas —le gritó un hombre con boina calada, camisa de raya diplomática y pantalón de chándal.

—Qué sabrá usted de moda —le espetó Jimmy, acercándose a mí para abrazarme.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté entrando en modo felicidad radical.

—Que qué *hacemos* aquí, ¿dirás? Hemos venido todos por tu cumpleaños.

—¿Osvaldo y Samuel también están?

—Sí, dentro de la furgoneta, preparando tu sorpresa.

—¿Más sorpresa que esta?

—Mucho más, choco loco. ¿Dónde está ese Pepón pollón que lo conozca?

—Yo soy Pepón y gracias por lo de pollón. —Pepe lo sorprendió por detrás.

—*Oh, my Good*, pero qué tío te has *agensiado*, so guarra.

—¿Siempre es tan expresivo? —comentó Pepe entre risas.

—Ya lo irás conociendo.

—Ven aquí, Pepón, que te *abrasc*. —Jimmy estrujó a Pepe entre sus brazos, haciendo gestos que no dejaban lugar a dudas: material de primera, reina—. Oye, ya que está toda esta gente aquí, ¿por qué no *selebramos* una megafiesta rural? Siempre he querido *selebrar* una *farmer party* —añadió tras despachurrarlo un buen rato.

—Es una gran idea —confirmó Pepe entre risas.

—Tengo unas pintas horribles, debería cambiarme —comenté, señalando mi atuendo.

—Ve a cambiarte, Pepe puede ir sacando bebidas espirituosas...

—Yo puedo traer ganchitos —le interrumpió la Domitila sin la redecilla.

—¿¡Domi y tu redecilla!?! —exclamé sorprendida.

—Es una ocasión especial, tenía que estar guapa, no suelen visitarnos dioses de ébano a menudo. —Domitila le lanzó una mirada sexy, a su manera, a Jimmy.

—Señora, soy gay.

—Y yo no soy celosa —le replicó ella con la voz cargada de sensualidad.

Dejé a toda la gente organizando una fiesta improvisada para mí. Sin comerlo ni beberlo iba a celebrar mi cumpleaños por todo lo alto. Me desmaquillé con agua y jabón de pastilla y me puse el chándal. Era cómodo y abrigado y, al fin y al cabo, era una *farmer party*, no tenía que ir glamurosa.

—Vaya sorpresa te han montado tus amigos. —Pepe cargaba una caja con botellas de alcohol de todas las clases.

—¿De dónde has sacado todo eso?

—Mi abuela regentaba el bar del pueblo, ahora lo tenemos arrendado a Fulgencio.

—¿No estarán caducadas?

—El alcohol no caduca, mejora con los años.

—Espero que me digas esas mismas palabras cuando esté arrugada como una pasa.

Pepe me besó con dulzura.

—Salgamos, todo el mundo te está esperando.

Salimos a la calle, donde la gente ya había empezado a festejar mi cumpleaños. Alguien había sacado a la abuela de Pepe, que bailaba torpemente con unos vecinos y un vaso de plástico en la mano.

—¡Pepe, tu abuela! No puede mezclar alcohol con la medicación.

—Tranquila, es zumo, ha oído la música y ha salido como una bala.

Habían dispuesto unas mesas de camping y colocado platos con patatas, almendras fritas, empanadillas... ¡Incluso tortilla de patatas!

—Todo el pueblo ha contribuido para la fiesta —comentó la Domitila dándome un gran abrazo.

—Gracias a todos, no tengo palabras —le dije agradecida mirando hacia el abogado, que había soltado la cartera y bailaba garboso con una señora que no logré reconocer de espaldas, pero cuando se dio la vuelta el corazón me dio un vuelco.

—¡Mamá!

—¡Alicia!

Las dos nos fundimos en un profundo y cálido abrazo.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has venido?

—Tus amigos creyeron que sería una gran sorpresa para tu cumpleaños y prácticamente me secuestraron en la puerta de mi casa.

—Así es, amiguita, tu madre no podía faltar a esta megafiesta. Solo nos desviamos un poquito hasta *Valencia* con la *dirección* del último *chirtsmas* que te envió. Fuera las telarañas, hay que vivir, olvidar, bailaaaaar... ¡Arriba, *corasones*! —Jimmy era etéreo, estaba y aparecía en cualquier parte.

—Me alegra tanto que estés aquí, mamá.

—Y yo, no creía que me sentiría así de bien en este pueblo después de tantos años, tengo que ponerme al día. Lo siento mucho, hija, lo siento tantísimo. Prométeme que jamás vas a hacer lo que hice yo con mi madre, que jamás nos enfadaremos de esa manera.

—No hay nada que sentir, mamá, no es culpa tuya, son cosas que ya han pasado.

—Lo sé, pero mi madre se ha ido y no pude hablar con ella, mi orgullo me lo impidió... —Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Ella te quería, tienes que leer sus cartas, te supondrán un gran alivio.

Me senté en un rincón apartado con ella y le conté lo que había sucedido aquella tarde y los planes que tenía para nosotras en un futuro en Villa Maravilla. Le presenté a Pepe y mi madre le agradeció todo lo que había hecho por mí y por ella. A decir verdad, mi chico era parte crucial en todo aquello. En esas el abogado se acercó a nosotras y le pidió a mi madre que volviera a bailar con él y mi madre se mostró *ofrecida*, como diría la Domitila, que, por cierto, perseguía a mis tres amigos como una posesa en llamas.

—¡¡Alicia, dile algo a esta señora, tengo las plantas de los pies en carne viva de tanto correr!! —Osvaldo huía de ella como loco y a mí me dio la risa tonta.

—¿Te lo pasas bien, Alicia? —me preguntó Pepe, agarrándome de la cintura.

—He estado en otras fiestas, pero ninguna como esta. Me encanta. Estoy pletórica, me siento en casa.

—Lo sé y me alegra mucho oírte decir eso.

En ese momento, comprendí que me entendía de verdad, porque, aunque Pepe seguramente estaba acostumbrado a ese tipo de eventos multitudinarios de familiares y vecinos, para mí era un mundo totalmente distinto al sistema binario en que había crecido en Valencia.

—Pero ¿sabes una cosa? Que siento que cualquier lugar podría ser mi casa si eres tú quien me abre la puerta. —Intenté besar a mi hombre, que me miraba con una sonrisa cargada de ternura, pero la multitud empezó a vitorear.

—¡¡Que se besen, que se besen, que se besen!!

Pepe me agarró como a una actriz de cine clásico, echando mi cuerpo atrás, y me besó como si no hubiera un mañana, acompañado de aplausos y silbidos de concierto de Camela.

—Qué locura —dije entre risas cuando nuestro beso terminó.

—Tengo algo para ti.

—¿Para mí? No hace falta que me des nada, esto es más que suficiente...

—No es nada material, espera un momento.

Pepe se marchó a la improvisada pista y le dijo algo al abogado, que bailaba ahora acarameladamente con mi madre, y ambos lo siguieron hasta mi posición.

—Una vez me retaste a que no diría ciertas palabras en un juzgado. —Mis ojos se abrieron como platos y la boca se me abrió como el túnel del metro—. No estamos en un juzgado, pero tengo un hombre de leyes delante.

—Lo soy, el colegiado número 525 del Ilustre Colegio de Abogados de Albacete —dijo Francisco José volviendo a su rictus habitual.

—Alicia, ante todo el mundo aquí congregado, incluida tu madre —le dedicó una sonrisa monísima y ella se derritió como el chocolate al sol—, te digo que mi polla es tuya.

Mi madre se llevó las manos a la boca y el abogado hizo una mueca similar a una sonrisa.

Era algo tan disparatado que me eché a reír y él arqueó las cejas.

—Pues ya que estamos sincerándonos y aprovechando esta situación diré, ante toda esta gente y mi madre, que yo me declaro culpable.

—¿Culpable de qué, señorita Garrido? —La semisonrisa del abogado se tornó en un gesto serio.

—No se preocupe, señor Francisco. —Posé la mano sobre su antebrazo para tranquilizarlo—. Tan solo me declaro culpable de ser Pepe-adicta.

Epílogo

—Pero qué divina, a reina no te gana nadie —comentó Jimmy emocionadísimo, dándome vueltas bajo su brazo como a una peonza.

—¡Qué vestido más ideal! —gritó Osvaldo, pasando la mano por encima del guipur de la falda.

—*Pareses* Marlene Dietrich —dijo Samuel—, solo que tú mucho más guapa.

—Vosotros también estáis divinos —dije mirando a mis tres amigos, que se habían puesto trajes de chaqueta negro con pajaritas de colores vistosos sobre camisas más vistosas todavía.

Estaban imponentes y contentísimos de acompañarme a la premier de *Ni conmigo ni sin mí* en los cines Callao, hasta habían alquilado una limusina blanca kilométrica para llegar al evento destilando glamur.

—No hay nivel si no llegas en un carro elegante —comentó Samuel con los ojos desorbitados y los otros dos estuvieron muy de acuerdo.

—¿Estamos listos todos? —preguntó mi madre, saliendo del baño con un maravilloso conjunto de pantalón y blusa de seda que se había comprado para la ocasión.

—¡Mamá, estás guapísima! —exclamé, viéndola tan bien peinada y maquillada; la verdad es que Samuel tenía una mano increíble para eso y se había encargado de maquillarnos a las dos.

—Tú estás espectacular —comentó, abrazándome con cuidado para no estropearme el vestido. Vestido que me habían prestado los de Loerre para lucir mi figura en todo su esplendor en el evento, y solo tenía que decir a cambio que iba vestida de su firma cuando me lo preguntaran los de la prensa.

—¡Falta Pepe! —gritó Osvaldo, él siempre hablaba a gritos, no sé por qué, y al punto comenzó a llamarlo, también a gritos.

Pepe asomó la cabeza por la puerta de la salita. Traía carita de perro abandonado y sentí que lo quería hasta el infinito por ser así de sencillo y de

estupendo a la vez.

—Anda, sal, que te echemos el visto bueno —dijo Jimmy, al que le brillaban las pupilas como dos luceritos.

—No me siento muy cómodo vestido así —comentó Pepe negándose a salir.

—¿¡Quieres salir ya!? —le grité yo empezando a ponerme nerviosa; se nos estaba haciendo un poco tarde.

Inseguro, dio un paso y se colocó ante nuestros ojos. Un montón de «guauuuu», «ñam-ñam», «Dios mío», «te cooomooooo (este fue Jimmy, era fan incondicional de Pepe)» fueron a su encuentro, y no me extraña, *el Picoletto Guaperas* estaba sencillamente extrapolable a dios de los folladores con ese traje de chaqueta azul metalizado y pajarita fucsia a conjunto con mi vestido, que le había comprado para presentarme colgada de su brazo en la alfombra roja y lucir macho ibérico-manchego en todas las instantáneas que iban a tomarnos esa noche.

—Estás guapísimo, Pepe —dije, acercándome a él para besarlo.

—Y tú estás preciosa, señorita Garrido —me susurró al oído, cogiéndome la mano con galantería.

—¡Vamos a comernos la noche! —gritó Samuel, abriendo la puerta del piso de Divino Valles.

—¡Vamos! —gritamos los demás animándonos.

—Te dejas el móvil, reina —dijo Jimmy levantándolo en el aire en el último momento.

—Déjalo, no lo necesito. Esta noche voy a tener fotos de sobra y las personas que más quiero en el mundo están conmigo.

Pepe me miró con orgullo y yo le di un beso.

—Cierra la boca, machote, hay muchas moscas por aquí.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —me preguntó pasando su mano por detrás de mi cintura para pegarme a él.

Nos metimos sin problema todos en la limusina y recorrimos las calles festivaleras de Madrid. Era junio y el clima acompañaba, era bastante agradable ya, había mucha gente paseando por las calles, tomando copas en las terrazas, disfrutando de aquella noche de jueves madrileña (Madrid siempre es así, un hervidero de vida allí donde pongas el pie). Todos eran ajenos a la felicidad que embargaba aquella limusina enorme y ostentosa, que miraban con curiosidad al pasar ante sus ojos, preguntándose qué famoso iría a bordo.

Cuando llegamos al cine, había tal aglomeración de personas en el exterior esperando la llegada de los actores de la película, del equipo de rodaje, de Pedro,

de los invitados famosos, que era casi imposible ver más allá de la marabunta.

La limusina se detuvo justo delante de la puerta, donde una alfombra roja daba paso al vestíbulo. El conductor se apeó para abrirme el portón y el resto de ocupantes bajaron por otro en tropel deslumbrados por los *flashes* que captaron nuestra aparición.

Me quedé quieta, emocionada y con una lágrima al borde, observando aquel derroche de glamur que se habían currado los del equipo de la empresa de eventos que la productora había contratado para acicalar la *premier*. Respiré hondo, al tiempo que los objetivos de la prensa capturaban aquel frágil momento, sin decidirme a dar un paso, hasta que Pepe vino a mi encuentro y cogiéndome de la mano me instó a andar.

—Estoy muy nerviosa, Pepe —le confesé al oído.

—¿Tú? —se echó a reír—. Has nacido para esto, disfruta de tu momento.

La gente apostada a ambos lados de las vallas de seguridad me pedía a gritos que me detuviera para fotografiarme o pedirme un autógrafo o que me hiciera una *selfie* con ellos, a lo que fui accediendo cada vez más calmada. Me entretuve más de la cuenta con ellos y, cuando quise darme cuenta, Pepe y los demás habían ya entrado en el cine y se habían mezclado con los invitados en la zona de recepción. Entré y me detuve ante el *photocall* y mientras posaba delante de un póster gigante de la película, busqué con los ojos a Pepe, desesperada, necesitaba tenerlo a mi lado en aquel momento tan importante para mí. Apareció brillante y con una sonrisa de oreja a oreja por detrás del grupito de Candela Peña y vino derecho a mí.

—Una más, por favor, Alicia, para el *Furore*.

—Claro —dije poniéndome de lado y echándole una sonrisa a la fotógrafa.

—¿Puede tu novio ponerse contigo? —me pidió.

Miré a Pepe interrogante que a su lado me miró con cara de «noooooo», y sonreí.

—Pues claro, que todo el mundo vea lo bueno que está mi chico —dije, alargando la mano hacia él para convencerlo.

Se puso a mi lado y trató de sonreír con la mandíbula tensa.

—No estés nervioso, has nacido para posar —me burlé mientras la chica del *Furore* nos sacaba las fotos.

—Sí, claro. —Se ríe entredientes.

—¿Te importaría cogerle la barriguita por detrás? —preguntó la fotógrafa, dirigiéndose a un Pepe cada vez más suelto.

—Venga, tú puedes —dije, colocándome de lado para que se posicionara detrás de mí e hiciera como que me sujetaba el barrigón de seis meses con las dos manos, y al punto una decena de *flashes* nos deslumbró inmortalizando

aquel momento tan especial

—Así, genial —celebró la fotógrafa.

—¿De qué color crees que serán los ojos de Virginia? —me preguntó Pepe.

—Espero que sean negros como los tuyos.

Y hablando de Virginia un poco, tras aquellas tres semanas locas, desquiciantes, entrañables, maravillosas... me fui de Villa Maravilla con un dolor en el pecho que no conseguía aplacar ni siquiera cuando hablaba con Pepe por teléfono cada mañana, cada tarde, cada noche. Lo echaba tanto de menos que cualquier pretexto era bueno para hacerle una llamada y escuchar su voz al otro lado. Ese pueblo, sus gentes y, sobre todo, *el Picoletto Guaperas* habían derrumbado todas mis fronteras y plantado su bandera en el centro de mi pecho, conquistado así mi necesitado corazón.

Tenía trabajo en Madrid, cosas puntuales de publicidad, algún *casting* o cameo en televisión, pero nada que me ocupara al cien por cien el tiempo, y pensé, ¿para qué narices están las tecnologías modernas y los medios de transporte?, estamos en el siglo XXI y solo son tres horas de viaje en coche, no hay necesidad de seguir separados por más tiempo, así que un buen día de finales de diciembre hice las maletas y me planté en casa de Pepe.

—He vuelto —le dije cuando me abrió la puerta.

—¿Por Navidad?

—Por Navidad para empezar, para siempre si tú quieres y me haces un hueco en tu cama. ¿Te parece un buen plan?

—Me parece un plan increíble —respondió y todo mi cuerpo exhaló un suave suspiro nacido en el fondo de mi alma—. Te estaba esperando.

—¿Ahora? —me sorprendí, tal vez era *pitoniso* además de *poetiso*.

—No. Toda la vida. Llevo toda la vida esperándote.

Me lancé a sus brazos y de nuevo nos amamos casi rompiendo aquella cama que ya pedía un cambio urgente con tanta tralla como le metíamos, pero lo nuestro no era normal en ningún sentido, era sencillamente increíble y espectacular, mágico y apabullante, de imbéciles dejarlo escapar sin romper una lanza a su favor, pero allí estaba yo, que cuando algo se me mete entre ceja y ceja no hay quién me haga cambiar de opinión.

En ese momento ambos desconocíamos una cosa, un pequeño secreto escondido en mi interior, algo que ya nos había unido infinitamente incluso antes de soltarlo al mundo como una bomba nuclear. Y así fue, más o menos, como nos enteramos los dos, a la vez y por sorpresa.

Vale que soy una bromista de podio y tenía unas ganas tremendas de ver la

cara de chico duro de Pepe desencajada por una vez en la vida, así pues, en mi equipaje había traído una pequeña broma, que entre risas había planeado con mis tres compis de piso.

—Se le va a quedar la cara así —comentó Samuel abriendo la boca a más no poder.

—¡Se va a cagar! —gritó Osvaldo en su línea.

—Me encanta, me encanta —celebró Jimmy saltando emocionado—. Fotos, fotos, quiero fotos de su careto.

La dejé sobre la mesita, esperando que Pepe la encontrase y me preguntara qué hacía esa prueba de embarazo ahí, y seguidamente yo le diría con cara de susto: «Es que no me ha bajado la regla y llevo una semana de retraso», cosa que era mentira cochina, pues tomaba la píldora anticonceptiva desde hacía un par de años y tenía una regla muy regular y me había venido puntual la semana anterior. Luego entraría en el baño y saldría agitando la prueba gritándole: «¡Estoy embarazada, estoy embarazada!». Ese era mi plan, más o menos, pero el caso es que no salió exactamente tal cual lo había imaginado.

Pepe entró en el dormitorio y vio la caja del test. La cogió y volvió a la salita sacudiéndola en el aire. Hasta ahí bien.

—¿Y esto? —Se puso frente a mí.

—¿Un test de embarazo? —respondí con una pregunta y la boca chica.

—¿Para ti?

—No, para una de tus gallinas, la noto bastante gorda y creo que está preñada.

Entornó los ojos y sonrió.

—¿Crees que puedes estar embarazada?

Asentí levemente. Le brillaban los ojos y presentí que aquella idea lejos de acojonarlo le estaba gustando bastante.

—¿Y a qué esperas para saberlo? —me increpó.

—A ti.

Se abalanzó sobre mí para ayudarme a ponerme en pie y de un tirón me abrazó.

—Pues vamos.

—¿A dónde?

—Pues al baño, para que mees en eso, se hace así, ¿no?

—Supongo, pero es que ahora no tengo ganas de mear.

—Pues bebe agua, joder, tenemos que saberlo. —Salió corriendo hacia la cocina y me trajo al segundo un barril de agua para que me llenara bien la vejiga. Me lo hizo beber hasta el fondo y se me quedó mirando como esperando un milagro—. ¿Qué? —me azuzó.

—Tendrá que bajar, ¿no? Pero que impaciente estás.

—¿Qué esperabas? Me dejas el test ahí a la vista y quiero saberlo cuanto antes —dijo nervioso arrastrándome de la mano hasta el baño—. Siéntate en el váter, a ver si te entran ganas.

—¿Delante de ti?

Se encogió de hombros y me sonrió nervioso.

—Sí. Quiero estar aquí contigo y enterarme a la vez que tú.

A regañadientes, me bajé los vaqueros y me senté.

—Toma. —Me entregó el aparatejo con la mano temblona—. Sabes lo que tienes que hacer, ¿no?

—¿Me lo vas a explicar tú? —le pregunté un poco borde.

—Solo hay que mearle encima y esperar a que salgan las rayitas —dijo, leyendo el prospecto.

—¡¿No me digas!?! ¡Lo habré visto hacer mil veces en las películas! ¡Todo el mundo sabe eso, Pepe!

—Joder, debes estar muy embarazada, se te está poniendo un carácter muy agrio —comentó con guasa y me dieron ganas de meterle una patata en la espinilla.

Vaya chasco se iba a llevar el pobre.

—Vale, ya me viene —dije, poniendo el test en posición. Viéndolo así de agitado, no era conveniente alargar la espera.

Pepe suspiró fuerte debido al nerviosismo y cuando escuchó el chorrillo sonrió aprobándome la acción.

—Bien hecho, señorita Garrido.

—Gracias, señor agente —dije con una pequeña sonrisa trémula bailándome en la cara.

—¡Sácalo!

—Espera, Pepe, solo es un retraso pequeño, no significa que lo vaya a estar, ¿entiendes?

—Sí, claro, entiendo, pero sácalo que lo vea.

—Te estás poniendo muy nervioso y no quiero que te desilusiones si luego es que no.

—¡Que lo saques!

—¡Pepe, tranquilo, te estás alterando demasiado! —le dije, reteniendo la prueba debajo de mí.

—¿Es que tú no quieres?

—¡No lo sé, Pepe! No lo sé —me puse nerviosa—, es muy pronto para pensar en niños tú y yo. Nos acabamos de conocer.

—Bueno, tranquila, no te alteres, no es bueno para el feto —comentó,

poniéndome más nerviosa aún—. ¡Es broma, Alicia! —rompió a reír entonces —, si no lo estás, no pasa nada, tenemos mucho tiempo para ser padres.

—¿Entonces te gustaría ser padre conmigo? —intenté parecer tranquila.

—Lo que sea, pero contigo, y va, que me tienes en ascuas.

Menos mal que no le iba a dar un *apechusque* cuando descubriera que no lo estaba, pero escuchar de su boca que quería ser padre de mis futuros hijos me hizo sentir unas cosquillitas de emoción en el estómago.

Saqué el test y lo puse ante los ojos de los dos.

—¡Joder! —exclamó Pepe.

—¡La hostia! —exclamé yo sin poder dejar de mirar esas rayitas violetas tan nítidas. Me había quedado blanca de repente.

—¡Vamos a ser papás! —celebró Pepe con los ojos haciéndole chiribitas.

—¡Sí, vamos a ser papás! —grité yo mucho menos emocionada de lo que estaba. Me estaba emocionando muchísimo, pero aún no acababa de creérmelo.

Pepe me miró buscando mis ojos. Los suyos estaban llenos de lágrimas y se acercó para besarme y abrazarme.

—¡Te quiero!

—¡Yo también te quiero!

Era la primera vez que nos lo decíamos en voz alta, vaya, en un entorno nada romántico como un baño viejuno y con una prueba de embarazo positiva entre los dos, pero me supo a gloria. Me abrazó fuerte y me puso en pie, todavía con los vaqueros y las bragas bajados y mi tremendo culo de preñada al aire, gritando como un loco, llorando y riendo a la vez de la alegría.

Al día siguiente fuimos a confirmar mi estado de buena esperanza con un ginecólogo de Almansa, yo todavía seguía en *shock*.

—Enhorabuena, están ustedes oficialmente embarazados —confirmó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Está usted seguro? —pregunté mirando fijamente ese grumo incierto que palpitaba por un altavoz.

—Ahí lo tiene. —Me señaló otra vez ese grumo y yo lo miré sin creérmelo aún.

—Pero a ver, doctor García, que yo tomo la píldora y me bajó la regla la semana pasada.

—Esas cosas pasan a veces. La píldora anticonceptiva si se toma correctamente tiene una efectividad del noventa y nueve por ciento. Sin embargo, en la vida real, como no todas las mujeres la toman correctamente, su efectividad es del noventa y uno. De modo que, en la práctica, nueve de cada

cien mujeres que toman la píldora quedan embarazadas cada año.

—¿Y por qué yo? —Me llevé la mano al pecho sintiéndome estafada por las farmacéuticas que nos vendían la moto y luego solo nos daban un sillín con ruedas.

—Hay varios motivos por los que puede fallar, como tomar ciertos antibióticos, algunos antifúngicos y medicamentos anticonvulsivos... y la hierba de San Juan también anula su efecto.

—¿La hierba de San Juan? —Abrí la boca como una muñeca hinchable.

El ginecólogo asintió.

—¿Ha tomado usted infusiones de hierba de San Juan?

Dije que sí lentamente con la cabeza y el ginecólogo se encogió de hombros sonriéndome.

—Pues ahí lo tiene. Esas cosas pasan, Alicia, y ahora a cuidarse.

—Cuando pille a Domitila le retuerzo el pescuezo —gruñí recordando que fue ella quien me introdujo en el relajante y peligroso mundo de la hierba de San Juan y yo con lo adicta que soy le había cogido un gusto que no veas y la había estado tomando a todas horas para calmarme un poco tras mi llegada a Villa Maravilla. En cuanto la pillara por banda le iba a explicar lo que valía un peine arrancándole todos los pelos que escondía bajo su redecilla.

Unos días más tarde, ya asimilado el golpe de mi embarazo, fuimos al bufete del abogado, se había cumplido un mes desde que se leyó el testamento y había llegado el momento de hacer oficial la herencia. Pepe quiso acompañarme y nos plantamos allí los dos un tanto nerviosos.

—Tranquila, todo irá bien —dijo Pepe, apretándome con fuerza la mano. Sentirlo junto a mí me daba seguridad.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Le debo tanto a mi abuela Virginia. De no ser por ella nunca te hubiera conocido.

—Yo también le estoy muy agradecido, y he pensado que, si es niña, la llamemos Virginia. ¿Qué te parece?

Lo miré emocionándome por momentos. Últimamente era de lágrima facilona.

—Me encantaría, Pepe, es un detalle precioso.

—Pues ya está decidido, si es niña, Virginia, y si es niño, lo llamaremos Cristo.

Le saqué mis ojos de chihuahua ante tal impertinencia.

—Relaja, Alicia, que es broma —dijo besándome la mano.

—¡Déjate de bromas, capullo!

Y ya empezábamos a engrescarnos cuando nos llamaron para entrar al despacho del señor Francisco José Coloma Aparicio, que tras volver a leer todos los puntos del testamento y esclarecer que no había sido posible por mi parte el cumplimiento de las cláusulas testamentarias, concluyó aquel acto tan solemne como emotivo:

—Por tanto, Alicia Garrido Sempere, tras los treinta días exactos desde la lectura del testamento de la señora Virginia Sempere García, en Villa Maravilla y con fecha de 4 de diciembre de 2017, dispongo que usted es la única heredera legítima de... —Y comenzó a enumerar todas y cada una de las propiedades de mi abuela, que eran muchísimas, nadie en el pueblo se imaginaba lo que había logrado amasar con los años.

Miré a Pepe y estaba flipando. Me miró arqueando las cejas y yo asentí con una sonrisa.

—Y ahora —prosiguió el abogado con su voz imperturbable—, le hago entrega de esta carta.

Se levantó de su asiento y dejó con gran respeto ante mis ojos un sobre lacrado encima de la mesa.

Villa Maravilla, a 27 de agosto de 2016.

Querida Alicia, sé que ahora mismo estarás viviendo un sinfín de emociones y quizás estés incluso un poco enfadada conmigo. Espero que no me lo tengas muy en cuenta, solo soy una pobre vieja alimentada de ojalás. Espero, sobre todo, que hayas encontrado por ti misma el verdadero motivo de mis peticiones. Esas que te habrán parecido horribles. No pienses que lo he hecho para fastidiarte, nunca haría tal cosa, bastante daño le he hecho ya a tu madre como para defraudarte también a ti.

Si estás leyendo esta carta, es porque habré muerto, suena clásico, pero así es. Habrá pasado un mes desde mi entierro, al que espero que haya asistido mucha gente, incluidas mis amigas de la cofradía de la Virgen de Cortes, y habrás sobrevivido todo ese tiempo en mi casa. Habrás recibido la herencia, lo que por derecho es tuyo y de tu madre, y el señor Francisco José Aparicio, que a bien tuvo transcribir mis palabras de vieja a palabras cultas, te habrá entregado esta carta. En este tiempo habrás conocido bien a mi querida amiga del alma, la Domitila. Es una gran persona y te habrá ayudado en todo lo que pudieras necesitar, como le pedí hace algún tiempo y estoy segura de que habrá cumplido a rajatabla con mis peticiones, ella ha sido mi sostén todos estos años. Pídele que te hable de mí, de lo mucho que os quise a tu madre y a ti, y que te cuente

cómo era la vida en Villa Maravilla sin vosotras. Para mí casi un infierno en vida. Una larga penitencia que me merecía por ser una mala madre.

Te escribo porque me gustaría contarte los motivos de mi exigencia de obligarte a vivir en mi vieja y triste casa durante un mes.

En primer lugar, quería que hallaras respuestas. Seguramente tu madre te habrá contado muchas cosas horribles sobre mí, todas merecidas, no la culpo, pero créeme que he vivido arrepentida toda la vida. Me merezco todo lo que haya podido decir, porque mi comportamiento fue el más inhumano que una madre podría tener con su hija. Mi mayor castigo ha sido siempre vivir apartada de vosotras, imaginando cómo sería veros, abrazaros, besaros y expresaros mi amor como me hubiera gustado. He soñado tantas veces contigo que dibujé mil caras para ti y todas eran preciosas. Imaginé tantas veces como sería tocarte que lloré millones de veces la soledad de la indiferencia que se me impuso, pero soy muy consciente de que me lo merecí todo y por ello he vivido siempre sola, en el que fue mi hogar de la niñez y tal cual lo dejó tu madre antes de marcharse para siempre. Me impuse a mí misma una vida austera, sin ningún alarde de riqueza, porque me lo merecía. Fue mi castigo. Merecía pagar por todo lo que os negaron mis prejuicios y tozudez, pero debes entenderme o, al menos, intentarlo. Imagínate las habladurías y las presiones sociales que tuve que soportar por aquel entonces. No me estoy justificando, pero espero que hayas comprendido un poco mi mente vieja y anticuada.

En segundo lugar, quería que encontraras a tu padre, sé que ya sabrás que falleció antes de conocerte, pero está enterrado en el cementerio de Villa Maravilla por si quieres visitarlo alguna vez, qué Dios lo tenga en su gloria. Siento mucho haberte causado ese dolor, nieta mía, yo nunca me lo perdonaré jamás. Si no me hubiera comportado de aquella manera, tu madre no se hubiera marchado y él... Lo siento muchísimo, se me encoje el alma solo de pensarlo, estoy segura que comprendes mi afligimiento.

Quiero decirte que tu padre era una gran persona y tenía un corazón hermoso, quería a tu madre con toda el alma y vino a mí muchas veces, antes de marcharse en su busca, para suplicarme que entrara en razón, pero no lo consiguió, yo entonces era más tozuda que una mula y como siempre ganó mi tozudez, y no sabes lo que me arrepiento, me ha costado la vida, pues también me culpo de su muerte y el peso de esa carga ha sido también muy difícil de sobrellevar. Es algo que nunca me perdonaré y que tendré que cargar hasta el día de mi último hálito, que espero sea pronto porque he vivido mucho más tiempo del que me merecía.

En último lugar y más importante, quiero que sepas que tú eres mi estrella de la suerte, mi nieta querida. Pasó mucho tiempo hasta que supe de ti, decenas

de cartas escribí que nunca llegué a enviar pues desconocía vuestro paradero y cuando te vi en televisión, supe que eras tú nada más verte en la pantalla, Alicia Garrido Sempere, los mismos apellidos que tu madre, tan guapa y lozana y con esa cara que la genética te ha dado, tan parecida a la mía, se me quitaron todos los dolores de huesos de golpe. Encontré en la televisión un motivo para seguir adelante y tirar de la esperanza que ya creía perdida. Qué bien cantas, querida niña, qué orgullosa me has hecho sentir escuchándote en cada programa o conociendo tu carácter alegre y espontáneo en los seguimientos de la academia que echaban cada noche. No me perdí ninguno, no podía hacerlo, era tu mayor fan, la Domitila ya te lo habrá contado. Me gasté un dineral mandando mensajes de esos para que ganaras. No lo hiciste, pero me dio igual, para mí tú eres ya una ganadora desde el día que naciste, y tienes una madre que vale millones y no lo digo porque sea mi hija.

Agradezco a Dios cada día, haberte puesto en ese programa, pues volví a nacer, volví a sentir que no todo estaba perdido, que podría encontrar la forma de hacerte venir, pues sabía que con tu madre ya estaba todo perdido, es mi hija y la conozco y sé que a cabezota no la gana nadie, quizá yo. Sé que ella se hubiera negado en rotundo a aceptar lo que le pertenecía por derecho, pero pensé que tú, una chica joven y con grandes proyectos, podría encontrar motivos suficientes para venir y reclamar lo suyo. Me alegra saber que lo hiciste y te lo agradezco, todo lo mío es tuyo y de tu madre, y espero que lo disfrutéis y conservéis en nuestra familia como yo siempre hice.

Tu madre, ¿qué puedo decirte de ella que no sepas? Es valiente y fuerte y ha hecho de ti una magnífica persona. Porque tú vas a triunfar, querida nieta, lo llevas en la sangre. Y como buena estrella que eres, te necesitaba aquí, para que pudieras encontrar todas esas cartas que nunca mandé y entregárselas. Espero que lo hayas hecho, no podría explicarte con palabras el dolor que siente una madre que no puede ver a su hija. Sé que eso a vosotras no os pasará jamás, las cosas son muy diferentes ahora y nada ni nadie os va a separar. Yo me encargaré de ir en alma detrás de vosotras dos porque habéis sido mi único motor de vida y os llevo en mi corazón.

Te quiero, Alicia, te quiero muchísimo, siempre te he querido en la distancia, incluso cuando no te había visto y no sabía si eras niño o niña. Te imaginaba cuando te tejía ropita, que nunca te vi puesta y que guardo en una caja del aparador por si algún día se la quieres poner a tus hijos, ya que nunca abrazaron el cuerpo de ningún bebé. Soñaba que te mecía en mi vieja mecedora hasta dormirme o te consolaba con dulces tras una pataleta. Soñaba que te veía creciendo, siendo una niña feliz, luego una joven feliz y finalmente una mujer feliz, como eres ahora, la más bonita estrella del firmamento. Para ti bordé

muchos manteles y sábanas, cosas de viejas, quería hacerte una dote para tus casorios y soñaba con estar presente en ellos y verte feliz con un hombre que te mereciera. Soñaba tanto contigo que mi vida se convirtió en un eterno ojalá, y mi más doloroso ojalá siempre fue, ojalá pudiera echar el tiempo atrás y deshacer el daño que les hice a tus padres. Te deseo de todo corazón que tú nunca tengas ojalás, que luches por lo tuyo y que todo lo que desees se convierta en realidad. Y, para terminar, te pido que me hagas el favor de decirle a tu madre, a mi Manuelica, que nunca jamás he dejado de pensar en mi hija querida, fue mi vida entera desde el día que nació.

Pd: El mozo de la casa de al lado es muy guapetón y está muy solo, bien podrías echártelo de novio.

Fdo: Virginia Sempere García

Otros títulos ChickBook

Corazones a medida – Desiree Cordero

Un vaquero leal – Tess Curtis

Sin Alas – Andi Cor

Wrap it – Abril Ethen

Un vaquero de ojos verdes – Tess Curtis

Ni conmigo ni sin mí – Nina Minina

Una salchicha muy viva – Nina Minina

¿Viernes o te vas? – Nina Minina

Próximamente...

Un vaquero atormentado – Tess Curtis

^[1] La figura cagona del belén.

^[2] Del álbum Pau-Latina de Paulina Rubio, 2004.

^[3] *Yo soy tu gatita* de La Factoría, 2003.